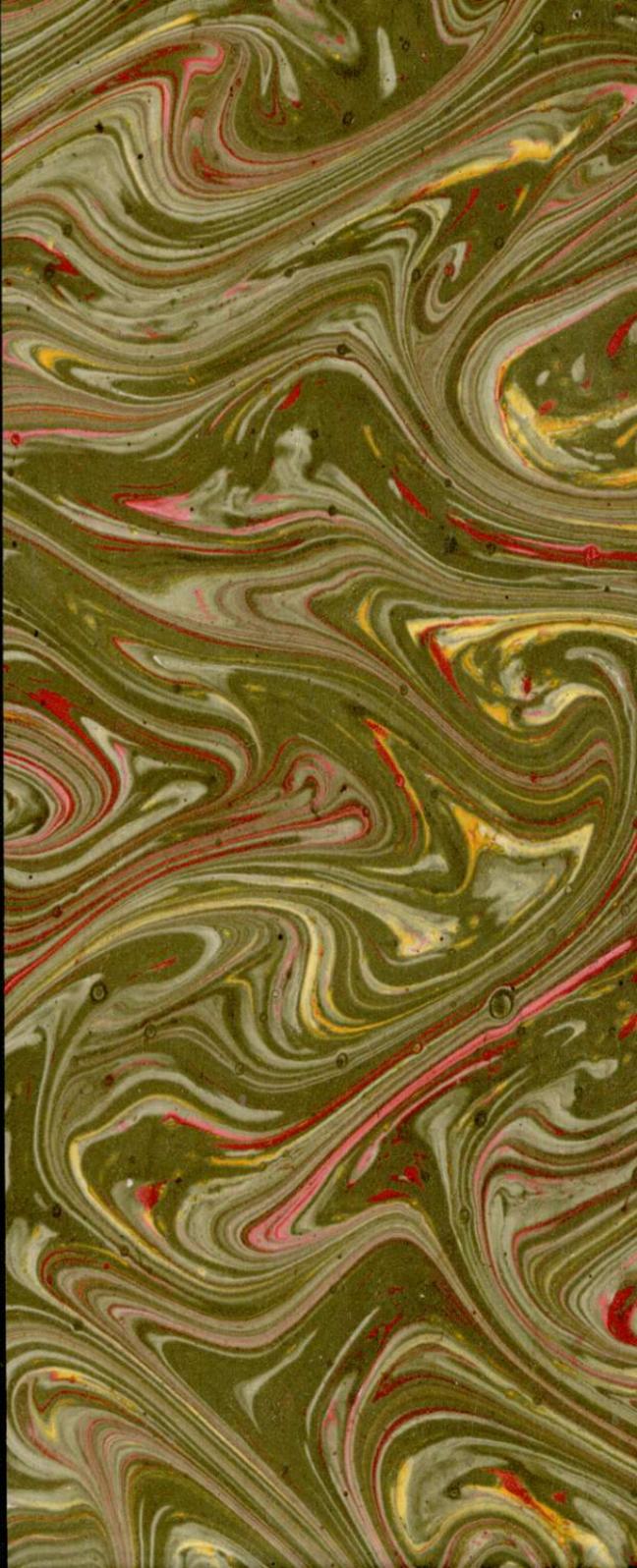


9
5



ἩΣΠΕΡΙΑ

LIBROS HISPANICOS

ZARAGOZA

ESPAÑA

ANT
XIX
1933

R. 204734

LA ILUSTRACION POPULAR ECONOMICA.

(BIBLIOTECA MORAL.)

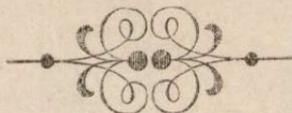
CUADROS DE COSTUMBRES

ANT
XIX
1933

POR

FERNAN CABALLERO.

SIMON VERDE.



VALENCIA:

Imprenta de José María Ayoldi.

Año 1870.



REPUBLIC OF THE PHILIPPINES

DEPARTMENT OF EDUCATION

MANILA

EL AUTOR Á SUS LECTORES.

Algunos piensan—sin duda inducidos á ello por la denominacion de populares que llevan nuestros CUADROS DE COSTUMBRES,—que los reproducimos para el pueblo ; y esto es un error , que está demostrado con sola la sencilla objecion de que el pueblo que nosotros pintamos, no lee. Los pintores flamencos—perdónesenos lo atrevido de la comparacion en favor de su exactitud—no pintaban sus cuadros campes- tres para los que en ellos figuraban , sino para los que amaban la naturaleza campestre y apreciaban la pintura.

Aquella reflexion podria indicar que los Cuadros de costumbres no son propios de la esfera culta. No obstante , solo el que confunda la *forma* y la *esencia* , dejará de conocer que el buen gusto , como el perfume que lleva ese nombre , se compone de *mil flores* ; y que no son las silvestres de las que menos aroma se extrae.

Solo añadiremos una palabra. Hase creido tambien que inventamos los cuentos , dichos , coplas y comparaciones que hacinamos en nuestros Cuadros populares. Está tan lejos de nosotros el dar como propio lo que no lo es , que muchas veces hemos repetido que el mérito que puedan tener , y tienen realmente estos Cuadros , no es otro que lo verdaderos y genuinos que son en el fondo , en los pormenores , en las descripciones , en las ideas y en el lenguaje.

Basta pararse un instante para conocer la fuente de que brotan. La cultura no tiene la inocencia y candidez primitiva ; carece del chiste independiente y original : su peinado lenguaje no tiene la energía y la concision—y así carece tambien de la libertad en la espression—de los rancios y robustos sentimientos religiosos , que aun conserva el pueblo ; todo lo cual , bien ó mal , reproducen estos CUADROS.

SIMON VERDE.

CAPITULO I.

El pueblo es un gran poeta, porque posee en alto grado el sentimiento, que en mí es el alma de la poesía.

Trueba y La Quintana.
(Libro de los Cantares.)

In wita man, simplicity a child.
En la agudeza hombre, niño en la sencillez.

Pope.

Todo el que ha surcado el Guadalquivir, ha parado su atención en los pueblecitos que, como vanguardia de la decana y noble ciudad de Sevilla, se le presentan, si baja, á la derecha, si sube, á la izquierda del río.

La Puebla, que es el primero que encuentra el que sube de los puertos, es grande, compacto, desprovisto de arbolado, y parece ocuparse más de la estensa campiña que domina, que no del río y del movimiento de sus barcos. Es labrador, calza polainas, y no se quita su sombrero calañés ni á los Grandes, ni á los Lores, ni á los Príncipes, ni aun á los Reyes, que en los vapores suelen pasar por delante de él, echándole el lente.

La segunda población, que es Coria, más presumida que su vecina, guarnece sus faldas con huertas: es muy amiga del Bétis, al que labró uno de los vapores que le han engalanado, y al que le dió su modesto nombre. El Coriano, pues, ha alternado con los Teodosios y Trajanos (nombres de otros vapores); por lo cual un consecuente y sistemático alemán llamó siempre al modesto homónimo de Coria, Coriolano. Ostenta Coria una elegante fábrica de orozuz, que es surtida de palo dulce por su suelo; es alegre y amiga de toros.

Gelves, que es el tercero de estos pueblecitos, se retira modesta-

mente del surcado rio, y se escalona sin pretensiones, pero con gracia, en la ladera de un monte, en cuya altura están unidos y formando un mismo edificio la iglesia y el palacio de los Condes de Gelves, propiedad de la casa de Alba. Solo los niños al construir sus nacimientos, pueden colocar las casas y las chozas tan sin simetría y tan pintorescamente como se ven en aquel pueblecito, el mas lindo de los cuadros.

El último, que es San Juan de Alfarache, debe ciertamente la preferencia de que goza, á su buen caserío y á la cercanía de la ciudad señora; pues, en punto á vistas, aguas y posicion, le aventaja el modesto y campestre Gelves. Entre este pueblo y el rio se estiende una verde pradera, que pertenece al comun ó propios. Entre la pradera y el terraplen formado ante la iglesia y el palacio, están en declive huertas con mas árboles que hortaliza: el pueblo se encarama como puede, á ambos lados de estas huertas, sobre todo al izquierdo. El pomposo nombre de palacio conviene á aquella casa—que no lo es,—moralmente por las armas de Grande que ostenta, y materialmente porque entre las sencillas y humildes casas que le rodean, puede pasar por tal. Parte la pradera que besa el rio, una vereda, por la que se comunican la Puebla y Coria con la capital; la que despues de atravesar aquella, pasa rozando por un aislado y pequeño ventucho, tan rústico, que gasta sombrero de paja, y tiene melones y naranjas en las alforjas.

Cuando empieza este sencillo relato, era la hora apacible en que ya no deslumbra la luz, y nada oculta ni entristece todavía la oscuridad. El sol habia descendido por detrás del monte, y se habia ocultado entre los olivos que tiene por crespá cabellera, cuyos modestos contornos se dibujaban en los resplandores que en pos de sí arrastra el rey de la luz, como la cola de un manto real de púrpura. El rio exhalaba su húmeda frescura, que como un bálsamo aspiraban los pechos; introducía sus olitas mansas entre los mimbrales, las ramas de los sauces y sobre la tierra, como uñas con las que quisiera asirse á las orillas, á fin de estancarse en aquellos amenos parajes, y de no ir á perderse en la amarga inmensidad del mar. Hacíale resplandecer reflejándose en él, la luna, que poco á poco iba saliendo del anonadamiento en que la sume el sol; y un barco con sus blancas velas se deslizaba silencioso sobre su tersa superficie de tal suerte, que hubiese podido tomarse por una fantasma, si de su centro no hubiese salido una clara y alegre voz trayendo con una sonrisa la imaginacion á la realidad. Esta voz cantaba:

Toma, niña, esta tumbaga,
 que te la dá un marinero.
 ¡Ojalá que te se vuelva
 una lanchita con remos!

El trabajador volvía alegre á su hogar y á su descanso: oíase de lejos el ladrido del perro de campo, al que la distancia daba la suavidad que le falta, y la invadiente noche el agrado que tiene una señal de fiel vigilancia. Todos los séres tímidos se iban animando; las estrellas se acercaban como de puntillas, é iban ocupando sus altos puestos: miles de insectos, viéndose libres de las miradas de los enemigos que los acosan de día, se decían como chiquillos traviesos: *¡ahora es la nuestra!* En seguida las catarronas se ponían á remedar el ruido del trompo con su tosco zumbido; el *caballito del diablo* (1) imitaba á la perfección el susurro de la cola de papel del pandero ó cometa; las palomitas nocturnas, como las pobres que no tienen que ponerse, salían con las primeras sombras, para ir á la plaza en su humilde pelaje; las luciérnagas meditabundas, á imitación de Diógenes, encendían sus linternas para buscar un *luciérnago*; las ranas competían con denuedo y perseverancia con los incansables grillos, que nuevos Acteones escondidos entre las yerbas, asistían al baño de aquellas ninfas poco esbeltas. El ruiseñor lanzaba entre la enramada algunas notas sueltas, á fin de ensayar su melodiosa garganta para los divinos nocturnos con que obsequia al mes de las flores; el azahar exhalaba de su pequeño y puro cáliz su deleitable fragancia, la que unida al canto del ruiseñor, á la dulzura de la atmósfera y á la delicada luz de la luna, hacían de aquella sencilla y rústica naturaleza el Edén mas encumbrado y aristocráticamente poético; y sobre todo este concierto terrestre, la alta torre de la iglesia esparcía dulce y solemnemente las campanadas de la oración, y el campesino que conserva su fé, pura como la atmósfera que respira, descubriáse la cabeza y rezaba.

Venia de Sevilla por la vereda ya mencionada un hombre montado en su burra, dejándola seguir su acompasado paso, sin hacer otra cosa que decirle de cuando en cuando:

—¡Arre, *Papalina!* que parece que vas pisando huevos: mira que Aguedilla te vá á reñir si llegamos tarde.

(1) Caballeta-salton, pequeña especie de cigarrón de transparentes alas, que mueve mucho y ruidosamente.

Este hombre tendria como de treinta y ocho á cuarenta años, y vestia muy bien al estilo andaluz: su cara era hermosa y regular, su mirada tenia una gran mezcla de sencillez de corazon y de alegre chuscada, y su risa era tan jovial, como franca y bondadosa. Era viudo hacia muchos años, y vivia con su madre y con una niña, que le habia quedado de su matrimonio. Puesto así por la suerte entre la ancianidad y la niñez, sostenia á cada cual con una mano, y dedicaba á ambas con entera abnegacion su vida, así como tambien les habia dado todos los afectos de su corazon. Habia nacido en una lindísima hacienda que lindaba con el pueblo, y de la que su padre fuera capaz; llamábase esta hacienda SIMON VERDE, y este nombre le habia sido puesto por apodo á nuestro buen campesino, segun la costumbre de los pueblos de campo.

Ganábase la vida llevando cada dia á Sevilla una carga de lo que le salia, la que vendia pregonándola por las calles; y al mismo tiempo hacia de *ordinario*, llevando y trayendo encargos, cuyo modo de vivir, unido á su genio alegre y bondadoso, á su graciosa verbosidad y á su complacencia, habianle hecho conocido y querido de todos; y no habia nadie en el pueblo, ni aun en los inmediatos, que al encontrarse con él, no le apostrofase con cordialidad y benevolencia.

—¡Hola! Simon Verde, ¿fuiste á Gibraleon por las naranjas de tu huerta que has vendido hoy? (1)

Tal fué la pregunta que le hizo el Alcalde, que con el medidor estaba sentado á la puerta de la humilde venta, cuando á ella llegó el ginetete borriquito.

—Sí señor: ¿y qué habia de hacer? Si pregonaba naranjas de Gelves, nadie me las habia de haber tomado: y si no, voy á darle á su mercé una prueba. Antaño merqué una carga de bellotas; y para no mentir, señor Alcalde, ne valian *nda*.

—Por lo visto te engañaron, ¿no es eso?

—No señor, sino que se las tomé, para hacerle favor, á un serrano, á quien le precisaba volverse á la sierra.

—¡Tus cosas, Simon Verde, tus cosas! dijo el medidor.

—Y ¿qué quiere V.? Yo no puedo ver apuros, me descoyunto: todo el

(1) Pregonan en Sevilla las naranjas como de Gibraleon, aunque no lo sean, por ser estas las de mas fama:

De Gibraleon...

¡Qué ricos que son!

Tal es el grito de los vendedores.

(N. del E.)

que se queja, me mete el corazón en un puño; y el que llora, me desalienta. Pero volvamos á mi cuento, que no hay cuento desgraciado, como el que lo cuente sea porfiado. Como iba diciendo, me puse á pregonarlas, y en todo el día de Dios vendí ni una siquiera; se venia la tarde, y yo estaba con la carga completa sin saber qué hacer; ó mas bien como el que vendia la suegra—que la daba de balde,—cuando se me vino á las mientes pregonar bellotas de Cádiz...

El auditorio soltó una unánime carcajada.

—¡Cristiano! exclamó el Alcalde, ¿pues acaso no sabes que Cádiz no es mas que piedras sobre rocas?

—De sobra que lo sé, y que allí no hay mas arbolado ni mas matas que claveles en tiestos. Pues por lo mismo lo hice, señor. Y *asina* fué que llamó tanto la atención, que en un *verbo gracia* me las quitaron de las manos.

—¿Y tu trigo, Simon, está bueno? preguntó el medidor.

—¡Qué ha de estar bueno! Yo no pude rodear de sembrarlo á su tiempo, y el trigo tardó es un venturon que salga bueno. Y así siempre se le ha dicho: «¿Dónde vas, tardó?—En busca del temprano.—Ni en paja ni en grano.» Otoño es el *ligittimo* tiempo de la siembra. «En Octubre echa pan y cubre.»

—Eso es la pura verdad, y dice el refran: al que siembra en Abril, su madre no le habia de parir: y al que siembra en Mayo, ni parirle ni criarlo. Pero no tengas cuidado, Simon, que has de cojer; el año es de buen paño; un tiempo está haciendo para el trigo, que ni mandado hacer, para que caiga de su peso y no se violente. Febrero se portó como un general.

—Verdad es, pero Mayo se ha metido á caniculero con sus solanos; ¡maldito aire! Si supiese el agujero de donde sale, lo tapaba con cal y canto.

—Pues yo te digo, Simon, que el año ha de ser de los de las vacas gordas del rey Faraon; y no ha de ser el del hambre, ni del pan á peseta, dijo el medidor.

—Ni permita su Divina Magestad, exclamó Simon Verde, que veamos á otra Doña Paca (1), pues:

Del año de Doña Paca

(1) Nombre que le pusieron al año 1848, que fué tan escaso de grano; creemos que Paca deriva de poco. Citar esta época cuando la historia es anterior, es un anacronismo insignificante.

nos tenemos que acordar;
que estaba la Pura y limpia
en el canasto del pan.

—Simon, te merco tu pegujar en yerba, y doy dos mil reales, dijo el Alcalde.

—Señor, si me tiene mas de costo, replicó Simon Verde.

Despues de algunos debates—en los que el medidor por adulacion sostuvo al Alcalde,—quedó el pegujar vendido en tres mil reales. Era este un trato ruinoso para Simon Verde.

—¡Eh! ya vendió V. el pegujar, y se puede reir si el levante se lleva su parte como de costumbre tiene, dijo el ventero que era una especie de Goliat jóven y bonachon, que moralmente derribaba un Davidillo cualesquiera. Su madre, que era de su jaez, le nombraba desde que nació, mi niño; y el mal aplicado epiteto le habia quedado por apodo.—Usted, tio Simon, prosiguió el ventero, saca agua de donde no hay manantial, y sabe mas que un soldado viejo.

—Pues ya se vé que no soy un bulto con ojos como tú, Joaquin, *mi niño*, repuso Simon Verde; y que en fin, mas corre un galgo que un mastin. Pero no sé qué tiene, que son mis dineros como los del sacristan, que cantando se vienen y cantando se van.

—Tu culpa es, Simon Verde, dijo el Alcalde; lo ganas muy bien y podrias estar mas descansado que caballo de regalo. Pero tu dianche de buen corazon te pierde: no puedes ver lástimas, ni sabes decir que no. ¡Malo hubieras sido tú para muger! tienes una buena fé que no está en uso, y por mas chascos que te dan, no escarmientas.

—Señor, si en este mundo no nos ayudásemos los unos á los otros, ¿qué seria de los hombres?

—Cada cual se rascaria con sus uñas, como debe ser, Simon. A Nicolás el carretero le diste para mercar un buey: ¿te lo ha pagado?

—¡Pues si se le murió! ¿habia el desdichado de pagar un difunto?

—A Matías le diste para techar su casa cuando se le hundió el techo: ¿te ha pagado?

—Se lo dí á réito, señor.

—Pues cuenta ese desembolso y sus ganancias con el buey difunto.

—¡Jesus, señor, que está su mercé siempre pregonando lo malo, como campana de doble! Á bien que no necesito yo esos dineros para comer, y que no nos ha faltado nunca, á Dios gracias, el pan nuestro de cada dia.

—Pero tienes una hija , hombre.

—Y la quiero mas que á mi corazon , porque la chica se lo merece. Es tan bonita que la envidia el sol ; tiene un genio que ni que se lo hubieran hecho de flores las abejas , y un sentido que parece que tiene metida una vieja dentro del cuerpo. Pero no me he de hacer ciquiña ni agarrao por mor de ella : con eso de los hijos salen los codiciosos y avarientos ; porque disculpa quieren las cosas , señor. A mas de cuatro conozco yo , á los que no se les caen los hijos de la boca cuando se trata de dar un cuarto , y que si pudiesen , se habian de llevar sus caudales al hoyo , dejando á los hijos mirando al celeste. Su mercé iba á embargar al guarda Juan Martin por la contribucion ; ahí me le encontré tan atribulado al infeliz , y le dí lo que saqué de mi carga de naranjas. Puede que no vuelva á ver esos treinta reales ; pero nadie me quita que con haber remediado esa desdicha , me sepa esta noche mi gazpacho mejor que un pollo.

—¡Gasta , derrocha , Simon Verde ! dijo con encono y burla el Alcalde , que se creia aludido en cuanto habia dicho sin malicia alguna el escelente hombre. ¡ Echala de pródigo ; á bien que buenos mayorazgos tienes !

—¿ Yo ? no señor ; pero no le debo *nada* ni á su mercé ni á nadie , respondió Simon Verde.

—No saldrás nunca de un coje y come , dijo el medidor , ni llegarás á estar acomodado.

—Nunca lo he intentado , pues mas vale no desear , que tener ; que rico es el que tiene , y feliz el que no desea.—Señores , VV. se queden con Dios , que en mi casa me estarán echando de menos.

Diciendo esto , Simon Verde saltó sobre su burra , y atravesó la pradera entonando con clara y sonora voz un romance.

El Alcalde le gritó por despedida.

—Si quieres que te aplaudan
Y te desprecien,
En tu vida reparte
Lo que tuvieres.

CAPITULO II.

Desde el terraplen que está ante el palacio, desciende bruscamente el terreno algunas varas. En el fondo de este escalon estaba labrada la casa de la huerta de SIMON VERDE. Aunque decente y aseada, era pequeña y no tenia patio; mas como el patio es una casi necesidad para los andaluces, servia de tal un espacio empedrado que ante la casa habian allanado. Sostenialo al frente y de ambos lados, por hacerlo necesario el declive del terreno, un pretil de piedra y cal, del cual partian unos postes que mantenian un gran emparrado, soberbia gala de pobres moradas, magnífico techado de frescas y movibles tejas, tan bien sujetas, que no las arranca de su puesto sino la violencia ó la muerte: techo paterno del pobre, que se renueva cada primavera de por sí; cuya mision es suavizar la luz sin ahuyentarla, quitar á los rayos del sol su ardor sin que pierdan su alegría, refrescar el ambiente con miles de abanicos, avisar á voces la caida de un chaparron, y detener sus aguas, mientras la familia recoje los enseres de su labor y busca abrigo. Cumple este hermoso protector su cometido, sin retribucion alguna de parte de su protegido, ni aun la del riego: ya en el otoño, como regalo de despedida, inclina hácia los niños, que le alegraron con sus cantos y juegos todo el verano, enormes racimos de su hermosa fruta; y despues, dando sus hojas ya inútiles al viento, se encoje y se duerme como una marmota, habiendo merecido bien de sus dueños, y sin que en su benemérita carrera se le pueda echar otra cosa en cara que su intimidad escesiva con las poco simpáticas abispas.

Del lado de afuera del pretil habia una gran cantidad de flores, que se inclinaban hácia adentro del gran salon de verdura, como para buscar la sombra, ó para lucir sus galas. Tambien aparecian en él las gallinas con sus echaduras (1), haciendo regodeos, y muy anchas y afanosas con su dignidad de madre, repitiendo su uniforme clu, clu, que quiere decir ¡cuidado, cuidado! rodeadas de sus polluelos, que respondian en su voz de tiple, pí, pí, que quiere decir ¡pan, pan! Lo de

(1) Con sus pollos.

angustias que pasaban esas aves tan madreras, con los saltos, gritos y corridas de la *echadura* humana que bullia á la sombra de aquel artesonado vegetal, solo las madres lo pueden concebir. Pero ello es que los niños tienen para las gallinas con echaduras un cierto agri-dulce, como en escala gigantesca lo tienen las corridas de toros para ciertas gentes.

En la huerta habia un gran *meeting* (1) de árboles, entre los cuales los naranjos, como decanos y poco versátiles, obtenian la presidencia; pero el que siempre llevaba la voz, era el olivo, porque el laurel, su opositor, no se hallaba en aquella pacífica huerta. La hortaliza, que se criaba allí á la buena de Dios, no era fina, ni tierna; pero era abundante y robusta. Habia coles elefantes, acelgas girafas, rábanos boas y habichuelas dromedarios.

La mañana del dia en que conoció el lector á Simon Verde, se veian una porcion de niñas reunidas bajo el emparrado antesala de la casa de Simon. Todas ellas hablaban; todas las flores que las rodeaban, florecian; y todos los pájaros domiciliados en aquellas enramadas, cantaban á la par. Como las flores formaban casi círculo, y las niñas se agrupaban en medio, podia compararse la vista que ofrecian, á aquellos cuadros flamencos y estampas francesas, en que pintan un grupo de génios ó de niños en una guirnalda de flores. A la puerta de la casa estaba sentada una anciana, de aire dulce y grave, aseadamente vestida. Esta anciana, en medio de tantas niñas, pájaros y flores, y separada de ellos por tan larga série de años, les estaba, no obstante, íntimamente unida por el cariño en ella, por la gratitud en ellos. Era la abuela de las niñas, la madre de las flores que habia plantado, y la providencia de los pájaros, á los que daba de comer, quizás de parte de Dios. Conservaba esta anciana sus facultades en toda su lozanía; pero no así los sentidos corporales: oía poco, y veía menos. Por lo cual, cuando aplicaba la vista hácia el centro del emparrado, confundia las niñas con las flores, y cuando aplicaba el oido, no distinguia entre sí el alegre gorjeo de los pájaros y la infantil algarabía de sus nietos.

— Ya está la cigüeña machacando el gazpacho (2), dijo una de las niñas mas chicas.

(1) Palabra inglesa, que significa junta ó reunion de varias personas para tratar de algun asunto.

(N. del E.)

(2) Alusion al ruido ó castañeteo que hace la cigüeña con el pico.

(N. del E.)

—Sí, respondió otra de la misma categoría—que debía á su respetable gordura el sobrenombre de *Albóndiga*,—ya vino de la tierra de los moros la zancona.

—¡Pobres ranas! dijo suspirando la primera, ¡anoche cantaban tanto! y le decia la rana al rano: Ranoque, ¿ha venido Picuaque?—Ranoque respondia: No ha venido Picuaque.—Pues si no ha venido, decia la rana, cantemos el reniquicuaque.

—¡Cantemos el reniquicuaque! contestaron todas á gritos.

—Chiquillas, que me atolondrais, dijo la abuela, á pesar de lo tarda de oido. Agueda, hija, tú que eres la mayorcita, vé que se diviertan ustedes con mas asiento. Jugad á algun juego, ó decid acertijos, ó contad cuentos. Pero tú, que eres ya una media muger, estás como los pájaros de marisma, que no sirven ni por mar ni por tierra.

Agueda, que era dócil, hizo callar y sentarse al ejército que estaba bajo su disciplina. Aunque esta niña no era una belleza, como le parecia á su padre, agradaba mucho; privilegio bastante general en las hijas de Eva, sobre todo en la primavera de la vida. Era morena, colorada, tenia la cara corta, la barba picuda y saliente, la frente pequeña y muy calzada; lo que le hacia ponerse el pelo muy remangado, descubriendo unas entradas que se acercaban á las cejas. La risa la favorecia mucho, dejando ver una hermosa dentadura, y formando dos hoyuelos en sus megillas. Era altita, y tenia mas gracia que garbo, mas atractivo que seducción.

—Mariquilla Albóndiga, dí tú un acertijo. Mis narices pongo á que eres tan zorrollona que no sabes ninguno, dijo Agueda.

La Albóndiga se irguió indignada, como si quisiese trocar su talento habitual en el de *croqueta*, y respondió:

—¿Que no sé un acertijo? ¡Vaya! ¡y mas de tres, y mas de mil! Y sino ahora lo verás:

Cuando baja, rie;

Cuando sube, llora.

—El carrillo:—¿á que no lo sabes tú?

—¿Y tú sabes lo que es, repuso Agueda,

Una vieja jorobada,

Con un hijo enredador,

Unas hijas muy hermosas,

Y un nieto predicador?

—¡ Es , es... la tia Pilonga !

—¡ Qué desatino ! ¿ tiene la tia Pilonga hijas muy hermosas ?

—Pues yo no conozco mas vieja jorobada ; se acabó.

—¡ Es la parra , muger , la parra!... que tiene sarmientos , uvas y un nieto que se sube á la cabeza , que es el vino : ¿ lo sabes ahora ?

—Lo sé y no lo sé , contestó la Albondiguilla , que en seguida exclamó : ¡ Ay ! ¡ oye el cucú ! está en la huerta .

—Dí los cucús , observó otra de las niñas ; ¿ no ves que son dos voces ? el hijo que dice cu , y el padre que le responde sobre la marcha , cu .

—El cucú es el mas descastado de todos los pájaros—dijo la abuela , que se impuso en la conversacion , gracias al agudo timbre de las voces de las niñas.—Vá el pícaro al nido del *escula-mata* (1) , que es un pájaro muy chiquito , se come sus huevecitos y en su lugar pone los suyos. Despues que la pobre *escula-mata* saca los huevos , abren los polluelos su gran pico , pues son muy comilones , y la pobre pajarita , que cree que son sus hijos , se mata para poder criar los voraces cu-neros .

—Dice padre , añadió Agueda , que otro pájaro hay muy pícaro y de mucho sentido , que es el alcaraban . Las zorras le persiguen mucho para comérselo , porque les gusta mas que un confite . Un dia le dijo el alcaraban á la zorra que su carne no tenia todo su sabor , si antes de comerla no se decia : *alcaraban comí* . Así lo hizo la zorra cuando poco despues le cogió . El alcaraban aprovechó la ocasion de que abriese la boca la zorra para decir *alcaraban comí* , y se voló diciendo : ¡ á otro que no á mí !

—Mira—dijo una de las oyentas al ver posada sobre una rosa una palomita blanca y oír revolotear un moscon ;—cate aquí una palomita blanca , que lleva los recados á MARIA ; y un moscon , que es el que se los lleva al diablo .

Corrieron siguiendo la direccion del vuelo del moscon diciendo á la par :

—Moscon , dile al diablo que se vaya con los moros de Berbería , y que no aporte por acá .

—Moscon , dile al diablo que sepa para su gobierno que está en la iglesia San Miguel , que es quien con él se las sabe barajar .

—Moscon , dijo á su vez Mariquilla Albóndiga , dile al diablo que mi

(1) Coronilla.

mae Ana me ha puesto una cruz de retama macho al cuello para librarme de él y de la *arecipela* (la erisipela).

—Y á la palomita blanca, ¿qué recado le das para MARIA, Mariquilla? preguntó Agueda.

Mariquilla se acercó andando de puntillas, y hablando muy quedo para no ahuyentarla, dijo:

—Palomita, que le des muchas memorias á MARIA.

—¡Qué tontuna! eso no.

—¿Pues qué?

—Se dice: palomita, dile á la SEÑORA de nuestra parte como en las letanías se le dice: ¡*ora por obis!*

Y como si la mariposa hubiese atendido al encargo y á esa súplica, que nada decia y tanto significaba, á palabras tan incorrectas, y á aquella fé tan pura y sencilla, elevóse al impulso de sus blancas alas, y se perdió en el éter como un suave perfume, ó como un dulce sonido.

Las niñas, que eran pobres, comieron todas allá, y á la caída de la tarde dijo la mayor:

—Ea, ya el sol se vá.

—Y yo tambien me voy, que ya vendrá *pae*, dijo la Albóndiga.

—Y yo, añadió la tercera.

—¡Y yo..... y yo! con Dios, *mae Ana*, repitieron todas.

Y el alegre coro se fué cantando, al observar la luna que parecia mirarlas:

Luna lunera,
cascabelera,
mete la mano
en la faltriquera;
saca un ochavo
para pajuela.

Una de las muchas luces del siglo—¡LOS FÓSFOROS!—ha quitado su oportunidad y sentido á esta infantil plegaria á la luna; y pronto, solo en estas hojas quedará el recuerdo del referido coro á Diana, tan desentonada, pero tan graciosamente ejecutado. ¡Pueda perdonárselos la luna! Nosotros no nos sentimos con fuerza y valor para ello.

Las pajuelas, descoloridas y lánguidas sultanas, recostadas en sus muelles divanes de yesca, á las que solo animaban los esfuerzos unidos del hierro y de la piedra, aquellas pálidas vestales del fuego doméstico, se han visto arrebatat su reinado por un ejército de pigmeos y

efímeros republicanos fósforos, que con su gorro encarnado, é íntimamente unidos en sociedades secretas, merced á su *sansfaisons*, se han introducido por todas partes. Pero nosotros—que somos palaciegos de la desgracia,—guardamos fidelidad á las destronadas sultanas que, segun la tradicion de los niños, estaba á cargo de la luna proporcionar en las casas. De esta tradicion se desprende que los niños—que saben mucho y enmiendan la gramática con gran tino,—hicieron el descubrimiento de que la luz de las pajuelas no era la roja luz del sol, sino la amarilla luz de la luna.

Aconsejamos á los sábios que tomen algunas veces informes de los niños sobre problemas que no alcanzan; pues los niños saben muchos misterios que ellos ignoran. ¿Quién se los dice? Ellos lo callan. No sabemos si será un niño al que sonrien dormido, si será un pajarito, pajarito que sus padres calumnian, haciéndole pasar á sus ojos por acusador;—pero los niños no le creen, y en eso llevan los calumniadores su castigo.—¿Si será el aura cuando los besa? ¿si serán las flores cuando los acarician? ¿si será el agua, cuando á los golpes que le están dando mientras desnudos en ella se bañan, salpica sus rostros de líquidos brillantes? ¿O si tendrán algo de divino en su mirada, que estiende su alcance á lo desconocido mientras son inocentes? Ello es, que saben cosas que nadie les enseña, y que la razon matemática no esplica: cosas con las que simpatiza el poeta, que conserva con el bello don de Dios—la poesía creyente,—la inocencia del sentir; pero de que se burla y moteja el hombre positivo, que en este suelo no quiere flores, ni nada inútil ni sin objeto, sino que exige que todo él se are, y despues de arado se siembre de..... ¡patatas!

Volvamos á la narracion, puesto que nos echan en cara nuestras digresiones. ¡A narrar, á narrar! ¡al arado, y á sembrar patatas! Las digresiones están de mas; que tambien en literatura hay hombres positivos. ¡Digresiones! ¡pues no es nada! La prosa se escandaliza; la narracion se indigna; el verso grita ¡usurpacion!; el tiempo pide estrecha cuenta; el interés reniega de esos jaramagos parásitos, y la atencion dice que no quiere vagar como un papanatas, sino que quiere caminos de hierro para estar al nivel de los adelantos de la época. ¡A tus agujas, sastre! (1)

(1) Alude esto al notable artículo laudatorio que sobre *Clemencia* se publicó en el *Mensajero* firmado A. D. F.—A encomiarlo nos impulsa la justicia y la gratitud; pero nos impide hacerlo, el ser nosotros á quien tan entendida y delicadamente elogia. En aquel esceleante artículo nos defendia el autor de este cargo que se nos hace.

—¡Alabado sea Dios! dijo Simon apeándose de la calmosa *Papalina*, que se encaminó sin salir de su paso hácia la cuadra, cuando Simon le hubo quitado la albarda. ¡La bendicion, madre! añadió al acercarse á la anciana.

—Con la de Dios, hijo: ¿vendiste las naranjas?

—*Toas*, y mas que hubiese llevado. Pero no traigo un cuarto, madre.

—¡Hombre, válgame Dios! ¿y qué has hecho con el dinero?

—Se lo presté al guarda del cortijo que linda con mi haza; me le encontré en el camino en unos grandes conflictos, porque ese alma de Judas el Alcalde le iba á embargar por las contribuciones. ¡Pues no clama al cielo que pague contribucion el infeliz, que no tiene ni pan que comer!

—¿Pero no sabes que estamos debiendo al panadero?

—Ese no nos ha de embargar, madre; y bien sabe que tiene su dinero seguro. ¡Jesus, y qué gañotes tan chicos tiene V., que en un instante está ahogada señora!

—¿Y tú sabes, hijo, que Juan Martin, el guarda, tiene mas trampas que misterios la pasion, y que ese dinero no te ha de volver á pesar en tu bolsillo?

—Lo sé, madre. Pero ¿qué habia de hacer? agradecido, me guardará mi pegujar con celo; y ya vé V. que «real que me guarda ciento, es buen real.»

—¡Vaya con el Alcalde! dijo la anciana; que otro mas duro no le ha habido. Mira tú, ¡cebarse con Juan Martin, que es primo de su muger, que en gloria esté!

—El Alcalde, repuso Simon señalando una de sus venas, es malo de esta que corre; y desde que tiene la vara, se ha hecho un *D. Pedro de Palo* de los mas tiesos. ¿Pues no le oí decir el otro dia, hablando de su hijo Julian: «este muchacho no tiene amor al dinero; y eso es lo peor que puede tener.» (1)

—¡Hombre, Simon! exclamó absorta la anciana, ¿esa heregía dijo?

—Con estas orejas que se ha de comer la tierra, lo oí, madre, contestó Simon tirándose bárbaramente de una de ellas, inducido á ello por la energía de la accion y el fuego de la indignacion.

—Mientras mas rico se ha puesto, mas duro y mas avariento se ha hecho, dijo la buena anciana; ese vicio es mas malo que ninguno, porque endurece el corazon, y vá siempre á más, como el cáncer. Mi

(1) Histórico.

padre contaba que un hombre de muchos posibles casó á cuatro hijas que tenia, y á cada cual le dió una cantidad crecida de dinero. Al año fué á verlas.

—¿Cómo te vá? preguntó á la primera.

—Padre, contestó ésta; desde que tomó el dinero mi marido se ha envenenado en los naipes; no hace caso de mí, y todo lo está jugando.

—No te dé cuidado, ni te apures, le respondió su padre: en acabándose el dinero, tendrá que trabajar: se acabaron entonces los naipes, y serás feliz.

Fué en seguida á la segunda de sus hijas, que le respondió llorando á la misma pregunta que le hizo, que su marido era muy enamorado, y que se gastaba todo el dinero en queridas.

—No te dé cuidado, le contestó su padre: en acabándose el dinero, tendrá que trabajar, y se acabaron las queridas, y serás feliz.

La tercera se le quejó de que su marido era borracho, y pasaba su vida en las tabernas.

—No te dé cuidado, le contestó su padre: en acabándosele el dinero, tendrá que trabajar, y se acabó el vino y las tabernas, y serás feliz.

La cuarta respondió á la misma pregunta que le hizo su padre, quejándose amargamente de lo avariento de su marido, que no le daba un cuarto y la tenia muerta de hambre.

—¡Ay pobrecita de mi alma! dijo su padre abrazándola, ¡hija de mi corazon!, que no le veo fin á tu desgracia! (1)

Lo que demuestra á las claras, prosiguió la anciana, que el peor de los vicios es la avaricia, porque es un vicio del corazon. Y así bien hiciste, hijo mio, en socorrer á aquel pobre afligido. Mas que lo pierdas aquí, allá te lo hallarás. Y mas vale atesorar para la eternidad que no para estos cuatro dias de vida temporal.

—Ese Alcalde-rapiña no merece al hijo que tiene, opinó Simon Verde. Es Julian un muchacho de los mejores del pueblo, tan modosito, tan ajuciado, y mas fino que una ele.

—Sale á su madre, que era una *vida de mi alma*: la gloria se la gana con la paciencia que tuvo con su marido.

(1) ¡Qué admirable moralidad! ¡qué magnífica enseñanza! hacer del trabajo el contraste de los vicios; y de la ausencia de estos y de la pobreza, la felicidad!

¿Quién ha infundido el espíritu que inspiran estas sólidas y puras concepciones, sino el catolicismo? ¡Y se dice, y se vé impreso, que este pueblo no tiene moral, y carece de religion!

Desde que habia entrado, no habia cesado Simon de volver la cara por todos lados, como si buscase algo.

—Madre, dijo ahora, ¿dónde está la niña, que no la he visto?

—Haciéndote una camisa con su pechera bordada, hijo. Pero no quiere que lo sepas, hasta que la tenga rematada.

—¡Agueda! ¡Aguedita! gritó el padre; ¿dónde estás que no te veo?

Salió entonces de entre las flores la niña, que vino saltando como una ardilla al encuentro de su padre. Mas en este momento llegó Julian, el hijo del Alcalde, que traia un saco de dinero en la mano. Era un bonitito mozo de diez y ocho años, de modales finos, de talante gallardo sin arrogancia, de mirada dulce, tímida, pero firme y serena.

—Aquí tiene V., dijo á Simon Verde, los tres mil reales de su pegujar en yerba.

—¡Hijo, vendiste el pegujar! exclamó consternada la anciana.

—¡Y yo que no queria que lo supiese V., madre! Pero, anda con Dios, ya que lo sabe, le diré que lo vendí por aquello de «mas vale un toma que cien te daré.»

—Mal hizo V. en venderlo, tio Simon, opinó el muchacho; porque valia mas de lo que le han dado, y el año vá bueno, y así se lo he dicho á mi padre. Más lo sentí cuando lo supe, que si hubiese sido mio el perjuicio.

—¡Válgame Dios, hijo! exclamó la madre, ¡el pan de todo el año!

—Y ¿qué se le ha de remediar? A lo hecho, pecho, madre. Tome V. los tres mil reales, y los emplearemos en trigo en la cogida. Me lió tu padre, Julian, y el medidor, que es como el vino, que ayuda al diablo. Pero anda con Dios, mas vale ser liado que no liar.

La anciana fué á guardar el dinero.

—Cuéntelo V., dijo Julian á Simon, que no habia pensado en hacerlo, que quien destaja, despues no baraja.

Simon siguió á su madre.

—Agueda, ¿me dás ese clavel? dijo Julian á la niña cuando estuvieron solos.

—No.

—¿Pues para qué lo quieres?

—Para ponérmelo ¡mire!

—¿Y á quién quieres parecer bien?

—A mi padrecito.

—¿Y á mí?

—Tanto me dá.

Agueda hizo un gracioso gesto de indiferencia desdeñosa, en el que apareció la muger eclipsando á la niña, como la rosa que se abre, al capullo.

—¿Ya desdeñosa? dijo Julian; tanto mejor, que siempre se ha dicho:

Morena tiene que ser

La tierra para claveles;

Y la muger para el hombre

Morenita y con desdenes.

¿Me dás el clavel?

—¡El clavel... que es el mejor de la maceta! exclamó Agueda; ¡que nones! Primero daría el corazón.

—Pues dámelo y quédate con el clavel.

—Ni lo uno ni lo otro, recalcó Agueda.

—¿Y qué, quieres ser monja?

—No lo tengo pensado ¿estás? Pero por ahora no quiero ni convento no zorroclocos.

—¿Pues qué quieres?

—El clavel, dijo, y entróse corriendo en su casa la niña.

CAPITULO III.

A la mañana siguiente se puso Simon en marcha con su inseparable compañera la buena *Papalina*, encaminándose hácia una hacienda vecina, donde solia comprar aceitunas en salmuera para revenderlas en Sevilla.

Con las bruscas mutaciones de la primavera, veíase aquella mañana el cielo cubierto y enviar las nubes como itinerarios de las que debian seguirles, gruesas gotas de agua, que absorbía ansiosa la tierra, produciendo ese grato olor á búcaro, tan apetecido por muchas personas. Daban estas gotas al caer sobre los árboles sonoros golpecitos, como si quisiesen armar una alegre asonada para avisar á la naturaleza que era llegada la deseada hora del baño. Caían sobre la tersa superficie del rio, en el que dibujaban lijeros y móviles círculos que parecían suaves sonrisas con las que el agua de la tierra acogía á la del cielo. Los pajaritos se dirigian unos á otros pitios preguntando-

nes, como consultándose si se guarecian ó no de aquella lijera lluvia. Las ranas que al sentir el agua estaban en sus glorias, saltaban, cantaban y alborotaban, como lo hacen en el vino los borrachos en las tabernas; y no menos que ellas lo hacian los chiquillos, que al ir á la escuela cantaban:

Señora SANTA ANA,
Abuela de CRISTO,
Mándanos el agua
Para los triguitos.

Y las chiquillas, que tocándose un pañolito por la cabeza, salmodiaban al ir á la amiga:

¡Agua limpia, Padre Eterno!
Sin relámpagos ni truenos.

—Si no hubiese vendido el pegujar, iba murmurando Simon, hoy no habria aun parado de cantar el levante; lo vendí, y agua en tierra. Pero al que no le sopla la suerte, si vá al monte por leña, halla conejo; y si vá por conejo, halla leña.

Simon se habia internado por los olivares, que á gran distancia y á espaldas del pueblo se estendian; y costeara ahora un espeso mimbral que nacia en una cañada, humedecida por las estancadas aguas de un manantial pobre y sedentario.

Seguia caviloso con el disparate á que se habia dejado persuadir vendiendo su sembrado; y de cuando en cuando decia en voz recia:

—¡Cómo ha de ser! Ya no tiene remedio. En este mundo siempre ha de haber quien ria, y quien lllore. ¡Qué agallas tiene ese Alcalde, María Santísima! ¡Su ansia es como la misericordia de Dios... infinita!

Iba tan absorto en sus pensamientos, que solo un inusitado y extraño acontecimiento pudo sacarle de su arrobamiento. *Papalina*, aunque sin alterar su paso, levantó de repente sus dos enormes orejas —paralíticas y con talante de sauce lloron hacia muchos años,—y se puso á mirar hácia el mimbral. Simon siguió con la vista la direccion de las miradas de la burra, y vió y oyó moverse los mimbres. Como todos los campesinos que están connaturalizados con toda clase de riesgos y peligros, no era hombre que conociese el miedo; pero tampoco era desprevenido. Y así, sin alterarse, se puso en observacion.—

Toro no es, pensó, porque haria mas ruido; zorra ni lobo, tampoco; porque haria menos. Este es animal de dos pies, como yo y otros; y si se esconde, sus motivos tendrá, y á mí poco me se importa. Será algun gitano que viene á robar mimbres.

Apenas habia hecho estas reflexiones, cuando salió de entre las ramas un hombre de aspecto fiero, que se dirigió á él.

—No traigo escopeta; y así, me quedo sin ato... pensó Simon sin conmovirse.

—Dios guarde á V., buen hombre, dijo el desconocido.

—Y á V. tambien, amigo: ¿qué se ofrece? ¿en qué se le puede servir? contestó Simon Verde.

—Puede V. salvarme.

—¿Yo? ¿qué está V. diciendo?

—Que soy perseguido, y que si me cojen, soy *afusilado* sobre la marcha.

—¡Caramba, compadre, y qué buenos papeles traerá V.!

—Lo que traigo son méritos, ¿está V.? Pues mi delito es pelear por el rey *lígítimo* Carlos V.

—¿Faccioso?

—Asina nos llaman los traidores.

—Pues señor, dijo Simon echando una mirada escudriñadora á su interlocutor, yo estoy para mí que el Sr. D. Carlos de Borbon poco habia de agradecer que tomase el que se le antojase su nombre para bandera. ¿Por qué, como los otros, no se van VV. á las Provincias á pelear cara á cara?

—Aquí estamos para reclutar gente.

—Y caballos y dinero tambien. Perdone V., señor; pero yo soy un hombre pacífico y un hombre *establecto*, y no me quiero meter en berenjenales.

—Déme V. siquiera un pedazo de pan, dijo con la cara desatentada por el hambre el forastero; que hace dos dias que estoy metido en ese mimbral, y no cómo.

El semblante de Simon se inmutó instantáneamente, y la mas viva compasion se pintó en él.

—¡Válgame Dios, cristiano! exclamó, ¿y por qué no empieza V. por lo primero? ¡Y yo que no traigo pan! Pero aguarde V., que estoy aquí de vuelta en un brinco.

Y antes que el desconocido lo hubiese podido impedir, habia Simon desaparecido, dejándole frente á frente con *Papalina*, que no siendo

dada á la política, no habia puesto al que se dominaba carlino, ni bueno ni mal gesto.

El forastero dió una fuerte patada en el suelo; quedóse un momento suspenso, y murmuró:

—¿Si será que solo ha huido, ó si me irá á delatar? Pero aun dado el caso, ¿dónde voy yo, si todos los caminos están tomados por la caballería? No, añadió despues de un rato de reflexion: las gentes del campo no delatan; no ha hecho mas que huir: volveré á esconderme, y esta noche buscaré amparo.

No bien se hubo metido entre los apiñados mimbres, cuando oyó cecear; púsose en observacion y vió á Simon Verde, que con una hogaza de pan en la mano, corria las lindes del mimbral diciendo:

—Ssssp, ssssp, amigo, ¡eh! ¿dónde demonios está V. metido? aquí está el pan; ¡sssp, amigo, eh!

El perseguido salió precipitadamente de su escondite, y se echó con ánsia sobre el pan, repitiendo:

—¡Dios se lo pague á V. que ha hecho una gran obra de caridad.

—Pues, hombre, repuso Simon Verde, ¿quién no dá de comer al hambriento? me querrá V. decir. Dos cosas no ha conocido nunca el hijo de mi padre; ni miedo, ni hambre. Pero cargo me hago de lo que será el hambre.

—Pues hágase V. tambien cargo de lo que será, repuso el forastero, el estar uno acosado como fiera, no tener donde descansar su cabeza, y estar en tierra estraña, sabiendo que si es cogido le aguardan cuatro tiros.

—Ya, ya me lo figuro, dijo Simon Verde; el que como toda alma caritativa, que empieza á hacer una buena obra y á sentir la delicia que arrastra tras sí como su recompensa, ansiaba por ponerle cima, pero no veia medio de lograrlo.

En pasando unos dias, prosiguió el forastero, podria escapar; pero lo que es ahora, andan tras de nosotros, y están las veredas tan guardadas, que ni los pájaros pueden pasar.

—Pues... donde ha estado V. escondido dos dias, estése V. otros dos, opinó Simon; que yo le traeré á V. el pan, como el cuervo á San Pablo, primer ermitaño.

—¿Y qué, acaso estoy allí seguro? Este olivar será registrado de punta á punta, y en él me hallo como en una jaula. Si V. me escondiese por un par de dias en su casa, me salvaba, pues allí no me habian de buscar.

—Hombre, si eso se sabe, me van á llamar *encubrior*; y me cuesta la torta un pan.

—¿Y cómo se ha de saber? ¿se ha sabido de otras tantas, en que las buenas almas me han dado albergue? ¡Así estuviese en la sierra! Allí no se arredran tan fácilmente las gentes cuando se trata de salvar á un defensor del rey *ligítimo*.

—Déjese V. de rey *ligítimo*, que acá no me comulga V. con ruedas de carreta. No se trata de eso, sino de salvar á un prógimo; y lo haré, lo haré; porque si cogiesen á V. y le despachasen para el otro mundo, me habia de quedar un gusano para mientras viviese, y no quiero gusanos. Ahí no se puede V. quedar; estoy hecho los *cargos*. Además, con el tiempo que está haciendo en ese pantano, agua por arriba y agua por abajo, se iba V. á volver rano. Esté V. esta noche despues de ánimas detrás de la iglesia del lugar, que linda con los olivares: á esa hora no velan en el pueblo sino los gallos y los novios, y podrá entrar en mi casa sin ser visto. Pero... ¿se irá V. en pasando dos dias?

—¡Por esta! contestó el forastero, haciendo con los dedos la señal de la cruz.

—Pues... ¡convenidos! dijo Simon. ¡Ea, salud! Y llamando á *Papalina*, que por discrecion se habia alejado, y por pasatiempo descabezaba algunos cardos de los que llevan por galardón el nombre de su casta (1), volvió Simon á emprender su marcha, cuidando de no ser visto en la cercana hacienda, donde habia ido á pedir el pan.

Simon volvió á su casa, desocupó y aseó un gallinero, que estaba á espaldas de ella, y despues fué á sentarse al lado de su madre, á quien dijo con su boca de risa:

—Madre, esta noche tenemos huésped.

—¿Nosotros?—esclamó sorprendida la anciana.—¿Y quién puede ser ese huésped? Será un amigo tuyo de los mas estimados.

—No señora, no es amigo, ni lo permita Dios. Es un faccioso, madre, y de los de mala calidad: le andan siguiendo la pista de cerca, y si le pillan lo despachan en un trís, y sin confesion, lo que es un dolor.

—¡Ay hijo, sea por Dios! Si lo descubren, te van á armar una, de la que sabe Dios cómo saldrás. Cuando menos, se irá cuanto tienes, entre costas y dádivas, entre músicos y danzantes.

—Verdad es, madre; y bien se me ha prevenido. Pero, señora, cuando me le hallé, estaba muerto de *jambre*, *esfalleció* y *esatentó*: me

(1) Borriqueño.

dijo que no tenia amparo ; me cogió la blanda ; ¿ qué habia de hacer ? ¡ Anda con Dios ! ¡ ha sido un mal encuentro ! Pero si de algo me he de arrepentir , mas vale que sea de haber dicho á un desamparado que sí , que no de haberle vuelto la espalda sin gastar progimidad , como Dios manda .

— ¡ Verdad , hijo , verdad ! haz bien , y no mires á quien , dijo la buena anciana .

Al toque de ánimas Simon salió de su casa .

Al notarlo , un jóven se escondió detrás de un naranjo ; y al salir del huerto Simon , un hombre se ocultó tras de una esquina . Pero él nada observó .

El muchacho era Julian , á quien atraian el clavel y la niña ; el hombre era el Alcalde , que habia notado la escapatoria de su hijo , y le acechaba .

— ¿ Qué se le ofrecerá á estas horas al padre de Agueda ? ¿ si habrá alguien malo ? pensó Julian .

— ¿ Dónde demonios vá Simon Verde tan tarde ? á nada bueno será , pensó el Alcalde .

Entre tanto Simon habia subido hasta la iglesia y el palacio , que solitarios y silenciosos parecian mayores y mas magestuosos á la triste y grave luz de la luna ; pasó ante la puerta de la iglesia , y se quitó el sombrero pensando :

— Esta puerta tampoco se cierra á ninguno que llama á ella .

Llegó al sitio que habia indicado al forastero , al que halló ya aguardándole .

— Ea , le dijo , véngase V . como la sogá tras el caldero . No me pierda de vista , ni tampoco se me acerque , que á seguro lo llevan preso .

— En V . confio , dijo en honda voz el perseguido . Mire V . , que á usted me entrego y sin recelo : ¿ hago bien ?

— Pues , ¡ hombre de Dios , tendria que ver que viniese cargado de esteras ! Oiga V . , señor , ¿ tengo yo cara de traidor ? Si no fuera mirando que la *jindama* (1) que trae , le perturba el juicio , perdiamos las amistades . ¡ Por vida de la Virgen del Lagar ! ¡ Ya se deja ver que no conoce V . á Simon Verde ! Ea , ande V . , y deje los malos pensamientos fuera de la casa mia , en la que no tienen cabida .

Simon se volvió á su casa , á la que poco despues llegó el forastero .

— ¿ Quién será ? pensó Julian ; me ha parecido el hijo del capataz de

(1) Miedo .

Porcuna. Despues de un rato de reflexion murmuró: ¡qué! todavía es Agueda muy niña para que piensen en casarla.

—¡Yo no conozco á ese hombre! ¡aquí hay gato encerrado! pensó el Alcalde.

Simon llevó á su huésped á la guarida que le habia preparado, se alejó, y poco despues volvió con un pan, un chorizo, unas naranjas y una alcarraza de agua.

—Ahora, le dijo, vá V. á estar aquí metido, sin decir esta boca es mia. Puede V. descansar, que estoy para mí que lo necesita; y dormir el sueño de San Juan, que duró tres dias.

—Puede que alguna vez se lo pueda yo retribuir, contestó el otro; y si llegamos á vencer, como hubiera sucedido en la sierra si hubiese muchos de mi *calidá*.....

—Déjese V. de bocas de la Isla (1) dijo Simon Verde, interrumpiendo á su huésped. Yo no quiero retribuciones, compadre: lo que quiero es sacar á V. del atajo, y despues... ¡salud! Pobre soy, pero en mi vida de Dios he hecho nada por el interés.

—¿Usted es pobre? preguntó el forastero; pues me pensé que estaba usted bien acomodado, y que *tenia peso* (2).

—Pues amigo, se engañó V.: no tengo mas que esta huerta. Un pegujar tenia, en el que habia metido toda mi calor, y ayer me tentó el diablo de venderlo; me metí en trato con el Alcalde, que es la sanguijuela del pueblo, y me lo sacó en indinos tres mil reales, que es todo mi caudal. ¡Vamos! ¡si esto ha sido una animalada de las enormes! Pero ha de saber V., que cualesquiera me lleva de calle: esta falta la he tenido desde que nací, y la he de tener mientras viva; que lo que entra con el capillo, sale con la mortaja. Pero, en fin, no me amilano, que rico es quien nada desea; y yo tengo, sino dineros, una madre que vale un Perú, y una hija que vale un imperio.

Mientras tenia lugar esta conversacion, Agueda, como una niña y curiosa, se habia venido acercando de puntillas al gallinero, habia aplicado sus ojos á una rendija, y examinado al forastero; despues de lo cual, temiendo que saliese su padre, se habia encaminado, como vino, hácia la casa.

De repente hizo una exclamacion de sorpresa y asombro, al ver salir un bulto de detrás de un naranjo.

(1) Fanfarronadas.

(2) Dinero.

- Calla , Agueda , que soy yo , dijo una voz queda conocida.
- ¡ Jesus ! ; qué susto me has dado , Julian ! dijo Agueda ; ¿ y tú qué haces aquí ?
- Vengo por el clavel.
- ¡ El clavel ! El clavel está mejor en mi cabeza que en tus manos.
- No digo que no , si es amigo de lucir ; mas no así si prefiere ser estimado . Pero... ante todas cosas , ¿ de dónde venias tú ?
- Cuchareta , donde no te llamen , no te metas .
- ¿ A que venias porque sabias que estaba yo aquí ?
- Ni que lo pienses : venia del gallinero aquel ; ya lo sabes .
- ¿ Y á qué fuistes allí ?
- A ver á un hombre que en él tiene metido mi padre .
- ¡ Un hombre ! ¿ Os toca algo ?
- No me toca nada , ni lo permita Dios .
- ¿ Es mozo ?
- ¡ Qué ! es mas viejo que el paño azul .
- ¿ Es bien parecido ?
- ¡ Es un real mozo ! Tiene los ojos como perro acosado ; las narices como una libra de filete ; la boca como una morcilla , y la color como si lo hubiesen *teñto* con chocolate .
- ¿ Quién será ?
- Algun gitano que le viene á comprar á padre la marrana .
- Eso será . ¿ Me das el clavel ?
- ¡ No eres tú porfiado en gracia de Dios ! ¿ No ves , cabezon , que no lo traigo puesto ?
- ¿ Me lo darás mañana ?
- Lo mismo que hoy . Pero vete , que ahí viene mi padre .
- Me iré si me prometes dármele mañana ,—dijo el muchacho cogiendo por el vestido á Agueda , que queria alejarse .
- ¡ Que no ! ; y en diciendo yo que no , como si lo dijese el rey ! Suelta , *guason* , (1) que viene padre .
- ¿ Me darás el clavel mañana ?
- No .
- ¿ Pues cuándo ?
- Simon Verde se acercaba .
- El dia de la Ascension ,—dijo con angustia la niña , deslizándose silenciosa entre los árboles como una mariposa .

(1) Fastidioso, pesado.

—¿El día de la Ascension, eh?—dijo de repente Simon Verde, á cuyos oídos llegó esta palabra.—Ya veo que el día de la Ascension cuajan la almendra y el piñon. ¡Por vida de los mozos y mozas tempraneros! ¿á qué venias aquí, dí, Julian de mis pecados?

—Tío Simon... venia... venia á decirle si me queria traer mañana de Sevilla...

—¿El qué, acabarás?

—Un... un... almanaque.

—¿Para que no te se pase el día de la Ascension? Lo que voy á traer de Sevilla es un candado para mi puerta, ¿estás? Pues tu padre tiene los humos muy altos, te tiene á tí por esas cumbres, y no ha de consentir en ese noviajo. Y como mi hija no ha de llevar un feo de nadie, le cojo á tu padre la delantera. Y así, Julian, aunque te estimo, te digo que pongas los pies en la del rey, y que en tu vida de Dios aportes por acá. Ea, hijo, coje dos de luz, y cuatro de traspón.

CAPITULO IV.

Al día siguiente fué Simon Verde con su carga de aceitunas á Sevilla, las vendió bien, y resignado ya con la mala venta de su pegujar, llegó como siempre á su casa, contento y cantando; mas no pudo entrar en ella, porque á la puerta fué preso.

El pobre hombre se quedó consternado.

—¡Ahora sí, pensó, que la hice buena, y que me cayó la lotería! ¡De esta hecha cogen al faccioso, y soy perdido! ¡Hija mia! ¡Madre mia! ¡No siento mas sino las lágrimas que van á llorar!

—Simon, dijo el Alcalde cuando éste estuvo en su presencia; aquí ha venido una requisitoria requiriendo á un latro-faccioso que se dice vaga por estas comarcas; anoche escondiste á un hombre en tu casa: dí quien era.

—Yo no he escondido á nadie en mi casa, repuso Simon, que decia la verdad.

—Mira, dijo el Alcalde, que se vá á registrar la casa; y que si persistes en negar, y se encuentra, serás acusado de embustero, encubridor y cómplice.

Simon volvió con desaliento los ojos á su alrededor sin acertar qué responder, cuando se halló con los de Julian sonriéndole como para tranquilizarle: el que en seguida salió sin ser observado de nadie.

Simon, que conocia los nobles sentimientos de Julian, acertó que el intento que llevaba era salvarle, avisando en su casa que iba á ser registrada, dando tiempo á que huyese el reo. Así fué que consideró que lo que convenia era ganar tiempo, y serenándose en seguida, dijo al Alcalde:

—Señor, yo estoy *turulado*. Porque ha de saber su mercé que es la primera vez en mi vida que me he visto en manos de la justicia. ¿Le han preso á su mercé alguna vez, señó Alcalde?

—¿Qué significa esa pregunta, Simon? respondió encolerizado el Alcalde; ¡pues qué! ¿te parece á tí que un hombre como yo pueda dar lugar á que se le prenda?

—Señor, no se perturbe su mercé, que en los tiempos que corren, mas de cuatro que van diciendo por la calle *yo soy, yo soy*, han dormido en casa de muchas ventanas. Podria su mercé haber sido puesto á la sombra por equivocacion, como lo está un servidor de su mercé.

—Simon, dijo incomodado el Alcalde, déjate de zumbas, que pegan aquí como un fandango en un entierro, y vengamos al caso. Un hombre entró anoche en tu casa; no lo podrás negar.

—No entró anoche mas hombre en mi casa que yo, señó Alcalde.

—No niegues, dijo el Alcalde exasperado por las reiteradas negativas de Simon, que yo le ví.

—¿Con que su mercé es el testigo? dijo Simon con una amarga sonrisa; pues no niego, señor, que entrase uno en mi huerta; ese hombre, señó Alcalde, era su hijo de V., al que dije que se pusiera en la del rey, se viniera á su casa, pidiese la bendicion, y se metiese entre palomas. (1)

Por mas que hicieron los presentes no pudieron retener un murmullo de risa, que acabó de exasperar al Alcalde, humillando su vanidad estas palabras de Simon, del que resolvió vengarse. Así fué, que dijo con soberbia:

—El cuidado será mio de que el cabriola de mi hijo no aporte por tu casa, la que ahora mismo se vá á registrar.

—Lo que siento—dijo Simon que á medida que pasaba tiempo se habia tranquilizado,—es que no haya sabido mi madre que nos iba su mercé á honrar, señó Alcalde, para que hubiese estado la casa des-hollinada, *aljofifada y espergurada*.

El Alcalde se levantó lleno de rabia y de coraje, y seguido del es-

(1) Meterse entre sábanas en la cama.

cribano y de un mozo, se encaminó con Simon á su casa. Todo cuanto habia dicho el jovial Simon Verde, con la sola intencion de ganar tiempo, y de darle al asunto poca importancia, no fué interpretado así por el Alcalde, que pensó ver en ello socarronería é intencion de desafiarse; por lo cual, este hombre de mal carácter estaba enconado contra Simon. Lo estaba además por haber descubierto la noche antes que su hijo rondaba á la hija de aquel, por lo que á pesar de su prosopeya le habia calmeado su preso en el interrogatorio, y porque habia sabido por su director y confidente, el perverso escribano, que todo el pueblo, que queria mucho á Simon, habia puesto los gritos en el cielo con la compra que habia hecho el rico pelantrin al pobre pegujalero, de su sembrado.

Demás está decir que Julian habia avisado á la madre de Simon Verde, la que al ir á dar aviso al forastero, halló que como si hubiese tenido un presentimiento de lo que ocurría, habia huido. Así fué que por mas que registraron la casa y sus dependencias, no hallaron ni rastro de lo que buscaban. El Alcalde estaba exasperado á lo sumo, porque constándole que Simon habia escondido un hombre, y no hallándole, su visita domiciliaria iba á pasar á los ojos de todos por una despótica arbitrariedad.

—Yo he visto entrar anoche aquí á un hombre; no se halla; lo que solo prueba que se ha marchado, y hasta que esto no se aclare quedas preso, Simon Verde, dijo el Alcalde.

—¡Señor, por Dios! repuso consternado el pobre hombre; ¿y quién me gana el pan mañana? ¿quién lleva á vender una carga de hortaliza que ya está cogida?

La madre se echó á llorar, y todos los que estaban presentes intercedieron por Simon.

—Si ha de quedar libre, dijo el Alcalde, ha de ser poniendo un fiador, ó dando al menos fianza en dinero hasta que yo dé parte.

—Por eso no ha de quedar, repuso Simon Verde: madre, saque V. los tres mil reales que tiene en el arca, y déselos al señor.

La madre se levantó presurosa, abrió el arca y dió un grito. El dinero habia desaparecido.

—¿Madre, dijo Simon Verde, qué es eso, que se ha quedado V. yerta?

—¡Hijo, exclamó desconsolada la anciana, nos han robado!

Esta desgracia era demasiado cruel é imprevista; y Simon y su madre eran demasiado ingenuos para poder disimular ni su existencia ni su indudable origen.

—¡No puede haber sido sino ese hombre! exclamó en desalentado arrebató de dolor la anciana.

—¡Borríco de mí! añadió Simon Verde dándose con los puños en la cabeza, que le dije que ese dinero tenía: ¡loca es la oveja que al lobo confiesa!

—¿Conque por lo visto, has tenido un forastero en tu casa? Preguntó en sus glorias el Alcalde.

—Mal que me pese, sí señor, respondió Simon; me hallé á ese infeliz...—á esa serpiente, que así es preciso decirle—muerto de hambre, y en un tris de recibir cuatro tiros; me adolecí de él, sí señor; le dí de comer, sí señor; le amparé y escondí, sí señor. Esto, mas que su mercé diga que no, es una obra buena, sí señor. Y cate V. el pago que me ha dado. Esto es ser una mal alma, sí señor.

—¿Y tú le conocias?

—Yo no; no sabia de él ni hoja ni rama.

—¿Pero sabias que era latro-faccioso?

—De sobra que sabia que habia delinquido, pues los cuatro tiros que tenia prevenidos, por rezar el rosario no serian.

—¿Pero sabias que era faccioso?

—¡Otra! ¿qué mas dá?

—Mucho; porque puede haber connivencia, ramificaciones... y así es mi deber...

—¿Qué *convenencia* habia de haber para mí en eso, me querrá V. decir?

—Digo *connivencia*; que es entenderse con la faccion, darle apoyo, prestarle proteccion...

—Yo no he dado nada de eso, señor: tan bien lo sabe su mercé como yo. Dí amparo á un desamparado; en pago me ha robado. Si ahora me vá su mercé á hacer un cargo, será agua hirviendo sobre la quemadura.

—Tengo que cumplir con mi deber, dijo pomposamente el Alcalde; si no lo hiciese, me podrian envolver y meter tambien en el ajo.

—¡Señor, por Dios! dijo con angustia el pobre Simon: ¿se vá su mercé á encarnizar conmigo, á perderme y á hundir á un amigo?

—Al amigo se le acompaña hasta la puerta del infierno, y allí se le deja, respondió el Alcalde.

Triste seria seguir paso á paso la causa que se le formó al pobre Simon Verde, y las picardías que hicieron escribas y fariseos para sacarle dinero hasta dejarle arruinado. ¡Cuántos de estos ocultos y mis-

teriosos embrollos, de que son víctimas de un modo ú otro los pobres, se ven en los pueblos del campo! Véase la justicia ahogada en una multitud de procedimientos, envuelta la inocencia, sujeto el derecho en las redes de hierro de enredos y trapazas, necesitando la verdad y la equidad para hacerse luz tal cantidad de pruebas, diligencias y costas, que desmayan los interesados, como las moscas en las redes de las arañas, y los que desearan protegerlos, se ven con las manos atadas. De todo esto ha hablado la prensa libre; sobre todo ha derramado unas veces su injusta hiel y otras su justa indignacion, y solo han hallado favor ante ella los escribanos, secretarios de los Ayuntamientos de los lugares, los que, con algunas honrosas escepciones, suelen ser los mas malos, los mas venales, los mas tiranos y los mas opresores de los hombres. Todo poder ha sido contrarestado, disputado y combatido en nuestra época, menos el de estos déspotas de los pueblos, que acaso son los que mandan y aflijen mas y con menos remedio.

Agotados todos los recursos de Simon; apremiado por sus acreedores, y perseguido por las costas que le exigieron para echar tierra por cima de aquella gravísima causa, se vió obligado á vender su huerta á subasta, la que ahuyentados préviamente los opositores, adquirió el Alcalde en la tercera parte de su valor. Y no alcanzando su importe á sufragar todas las costas, fué igualmente vendida la sola propiedad que ya poseia Simon; la burra, su buena y anciana compañera. No es posible pintar el dolor que partió el corazon del escelente hombre, cuando habiendo caido el pobre animal en poder del escribano, la vió sacar de la cuadra en que habia pasado las horas de descanso de toda su vida, y arreada bárbaramente por los hijos de su nuevo dueño, encojerse al dolor de los varazos que le asentaban, y alejarse volviendo la cara como buscando á su amo. Agueda lloraba amargamente, y Simon se alejó para hacer otro tanto sin ser visto.

¿Es creible que existan personas que viven largos años, teniendo en su posesion un animal de cuyos servicios se valen, cuyo cariño cautivan, y cuya presencia bajo sus techos se hace una costumbre, y no obstante no le tomen apego, no les inspire un sentimiento de amor, ni de benevolencia, ni aun de lástima? No es creible, no. Y no obstante, es una de aquellas verdades amargas y desconsoladoras que la evidencia inculca puñal en mano.

Hubiera partido el corazon del mas indiferente el ver salir de la huerta á la desolada anciana.

—No se apure V., madre, le decia Simon, reprimiendo su dolor por

no agravar el de la buena anciana. Matías, á quien *empresté* para techar su casa, y que nunca me ha podido pagar, me ha dicho que en su casa hay una vivienda para nosotros, mientras la casa sea casa. Con que ya vé V. que no estamos ni en la calle, ni sin amigos.

—¡Ay Dios de mi alma! exclamaba la pobre desposeida; ¡la huerta que hace tantos años venís heredando de padres á hijos, como si fuese un mayorazgo! ¡La huerta en que habeis nacido todos! ¡La huerta en que murió tu padre como un santo! ¡La huerta, al pié de cuyos naranjos me sentaba, y nos consolábamos de ser los solos en sobrevivir á cuanto nos rodeó en otros tiempos; ellos, con cubrirse de azahares, como de canas; yo con rodearme de nietos, como de flores! ¡La huerta, cuyo emparrado hacia tan dulces los dias de verano con su sombra, tan gratas las noches de invierno con la alegre brasa de sus sarmientos! ¿Quién regará las flores que yo sembré? ¿Quién dará de comer á aquellos pajaritos, que á mi voz acudian sin recelo?

—Señora, no se aflija V., que nos llevamos lo mejor, que es la buena conciencia; la que donde quiera que vayamos, nos prepara un lecho de plumas. A los que es preciso compadecer, es á aquellos que en mullidos lechos no hallan descanso, que son los que obran malamente.

Simon añadía mentalmente:

—¡Condenado ladrón! ¡la culebra que por *mor* suyo se nos ha liado! ¡Y ese Alcalde, mas malo que el siglo, sacando astillas del palo caído! ¡Tan honrado Juan como Pedro!... ¡Dios los ayude!

—Señora, proseguía en voz alta al ver llorar á su madre, Dios no le falta á nadie. V. que es tan dada á las cosas de Dios, hágase cargo de la gloria tan hermosa que estará gozando Job, y los tormentos que estará sufriendo el rico avariento.

—Los mismos has de pasar tú, proseguía Simon para sí, Alcalde de malas entrañas, á quien no han podido mover á compasion estas santas canas, á las que hacen su venera todos los del lugar, grandes y chicos.

—¡Madre! exclamaba al ver que la afliccion de la buena anciana no cedia, no llore V., ¡por Maria Santísima... que me está V. partiendo el alma! No parece sino que se le acabó á V. el mundo. ¿No me tiene usted á mí, que soy su báculo? ¿no tiene V. á la niña, que es su alegría? ¿Dónde irá V. que no le gane yo su pan y á qué parte que ella no le siembre flores? ¿dónde, que no la cuide yo, y ella le cante? ¿dónde iremos que no venga Dios con nosotros?

CAPITULO V.

Algunos años habian pasado. La familia de que nos hemos ocupado, como el árbol que se trasplanta, habia sufrido, se habia ajado. Pero con el gran consolador humano, el tiempo, y su suave hija, la costumbre, el árbol habia tomado la tierra, y regado por el sudor del trabajo, habia reverdecido y aun echado flores; esto es, que en aquella casa habia contento. Contribuia á esto el que Nicolás, el cartero, habiendo tenido una herencia, se apresuró á pagar al pobre Simon Verde el buey difunto: ese dinero sirvió á Simon para recuperar á *Papalina*, pagando al escribano doble de lo que habia dado por ella.

—¡Cómo ha de ser! de *tienes á quieres* un tercio pierdes, pensaba Simon.

Con esto se halló en estado de continuar su anterior manera de ganarse el sustento. La alegría de hallarse de nuevo al lado de su antiguo amo, la demostró *Papalina* de un modo muy recio y sincero, aunque poco melodioso. La tia Ana regaba sus macetas, daba de comer á los pájaros, hilaba y rezaba; Agueda se engalanaba con claveles, y cantaba:

Hermanitos terceros

son los claveles.

Un clavel fué la causa

de yo quererte.

Cantaba así, porque sus amores con Julian, nacidos bajo el auspicio de un clavel, habian crecido recíprocamente á la sombra del misterio, como crece pura y resplandeciente la luna en la oscuridad y silencio de la noche. Motivaba este misterio, además del instintivo pudor del amor, la conviccion que tenian ambos de que sus padres, el uno por innata dignidad, el otro—que queria casar á Julian con la hija de un rico labrador de la Puebla,—por codicia, no los hubiesen jamás consentido. Habia mas; y era que el Alcalde conservaba hácia Simon Verde el rencor que aquel, que se porta mal, siente contra aquel con quien lo ha hecho; rencor mil veces mas amargo é inestinguible que lo es el del ofendido. Y la prueba es que Simon Verde, con su hermoso corazon, no conservaba ninguno contra su perseguidor.

La buena abuela sí sabia estos ocultos amores, y solia decir á su nieta:

—Agueda, hija, ¿ en qué estás pensando?

—En querernos, mae Ana, contestaba Agueda.

—Si eso no lleva camino, hija: ¿ no se os previene el día de mañana?

—No pensamos mas que en el de hoy, madrecita.

—¡ Ya se deja ver! los pocos años no tienen sentido. ¿ No ves, criatura, que te estás previniendo mas lágrimas que perlas tiene la mar?

—Si de todos modos las he de verter, mientras mas tarde mejor, abuelita.

—¡ En fin, sea lo que Dios quiera! decia suspirando la buena anciana.

—¡ Eso, eso, eso ha de ser, y no lo que quiera el Alcalde! Para bien gozar, mucho esperar, abuelita, contestaba Agueda.

Por aquel entonces los habitantes de Gelves abrieron los ojos y la boca inusitadamente, pues un día, cuando menos se pensaba, el vacío y solitario palacio dió señales de vida. Abrióronse balcones y ventanas, como ojos que se despiertan: la gran puerta se abrió de par en par como boca que bosteza. El aseo con su vestido blanco, inmaculado é inodoro, se presentó á tomar posesion de aquellas solas y abandonadas habitaciones. Precediale un ejército de ausiliares; eran estos la activa y ágil escoba, la que se fijaba sobre el suelo con intencion de no dar cuartel á bicho viviente; el desmadejado y lánguido deshollinador, que miraba á las musarañas; los estropajos que sacaban porcion de uñas amenazadoras; el jabon que miraba á los cubos de agua con el asombro con que mira el hombre á la sepultura que se le comerá; las aljofifas y paños de polvo, que abrian los brazos y se sacudian, antes de empezar su tarea.

Al ver este ejército enemigo y sus evoluciones, las cucarachas ó *correderas* se desatentaron, perdieron la cabeza, y atrapadas por las escobas en sus locas carreras, hízose de esta raza una horrible carnicería. Las arañas pusieron en movimiento acelerado sus largas patas, y huyeron llorosas y despavoridas de su tranquila Tebaida, echando una última y tierna mirada á las redes que tan bien habian confeccionado, sin guita ni mallero. Los murciélagos, horripilados al ver candiles y velones, se refugiaron á la torre de la iglesia, á pedir hospitalidad á la lechuza; ésta, que es misántropa, los recibió con muy poco agrado; los ratones se quitaron de ruidos, y el polvo que tomaba las ínfulas de secular, forzado á levantar sus reales, se echó desatinado en brazos de

su enemigo el viento: viósele valsar airosamente en un rayo de sol, y lanzarse por una abierta ventana en el espacio.

—¿Qué le habrá dado al palacio, que así se sacude y se refresca? decían las gentes del lugar: ¿si vendrá la Infanta?

Aquella tarde atracó á la orilla del rio un bote que traia algun ajuar de casa, y en el que venian un caballero y una señora.

El caballero, que tenia como unos cuarenta años, era alto y corpulento: traia puesto un tremendo sombrero húngaro, un gaban de los mas destartados en hechura y de los mas escétricos de color. Tenia la mirada del emperador romano, la pisada de conquistador germánico; traia un puro colosal entre unos bigotes análogos, hablaba recio, llamaba á todos *chicos*, y gastaba mas bambolla que dinero, segun pudo colegirse por la cuestion que sostuvo con el barquero por un real.

La señora, á pesar de que se la conocia que estaba enferma por su color pálido y su estremada delgadez, era viva, petulante, ruidosa y risueña. Tenia puesta una capota rosa, tan en extremo echada atrás, que parecia su page; una manteleta verde-gay con profusion de flecos y borlas; un vestido de seda á cuadros, cada uno de su color, como hombres políticos; unas botas claras de color, pero todo, aunque nuevo, ajado como su ama. Traia un broche que deslumbraba, una pulseira que brillaba, un abanico que relumbraba y una perrita que ladraba.

En la venta estaban algunos vecinos y vecinas del pueblo, que con Joaquin *Mi niño*, presenciaban el desembarque; los que se quedaron absortos al ver aquel lujo estrambótico, exótico, inusitado y visual.

—¿No te lo dije que habia de venir la Infanta? Esa es, decia la necia de la madre de Joaquin *Mi niño*.

—¡Qué habia de ser esa, que lleva la gorra á *moó* de redecilla! replicó un hombre. Su Alteza no lleva mas que mantilla, como una *resaláa* española que es.

—¡Bendita sea su alma! exclamaron las mugeres.

—Han de saber VV. que no tiene Su Alteza mas que cuatro pensamientos, dijo el hombre.

—¿Cuatro? ¡ay Jesus! exclamó la ventera madre.

—*Contáos*; ni uno mas, ni uno menos.

—Oye, ¿y sabes tú cuáles son, José?

—¡Qué ha de saber ese cuaco (1) los pensamientos de la Infanta! opinó *Mi niño* en voz de bajo.

(1) Ganso.

—Pues lo sé, *Mi niño*, y la sabe *toa* España, *toa* Francia, *toa* Inglaterra; y el cuaco lo serás tú si no lo sabes.

—Pues dílos ya que lo sabes, dijeron á una voz las mugeres al narrador.

—Son, respondió éste, DIOS, SU MARIDO, SUS HIJITOS Y LOS PROBES. Y lo mejor que teneis que hacer vosotras es seguir su ejemplo; ¿estáis?

—¿Y el Infante?

—Lo propio, por consiguiente: como que lo ha heredao de su madre que dicen es una Reina santa y *prefeuta*, como Santa Isabel Reina de Hungría y Santa Clotilde Reina de Francia. Y esto es la pura verdad, y se debe decir á voces, para que suene por esos mundos.

—Pero José, si no la conoces, ¿cómo sabes que no es esa? preguntó la hermana de *Mi niño*, que no queria perder la esperanza de que fuese la desembarcada la Infanta.

—¿Pues no estás viendo, chiquilla, que no trae *conmitiva*?

—¿Y qué es *conmitiva*, *mae*? preguntó la muchacha.

—¿Qué sé yo? será á moa de pálio, contestó la ventera madre.

—¡Qué *espilfarro*! dijo *Mi niño*; son los coches.

Los señores desembarcados pasaron al palacio, en el que se instalaron, él arrellanándose en un sillón, ella asomándose uno despues de otro á todos los balcones que tiene el palacio, cantando trozos de las óperas mas modernas, y exclamando con acento italiano:

—¡*Bello, bellissimo!*

Es cierto que es difícil hallar una vista mas bella que la que desde los balcones del palacio de Gelves se disfruta; uniéndose allí lo ameno y lo grandioso, lo bonito en el detalle, lo ancho y hermoso en la perspectiva. Al pié del palacio baja el terreno entre los árboles de las huertas, se detiene un momento en el prado para dar un pienso á los bueyes, y se hunde en el rio para volver á salir en la orilla opuesta, engalanado con arbustos y mimbres, y distribuirse despues en sembrados, naranjales y pastos, marcándose las lindes de estos con frondosos vallados, que llevan penachos de árboles.

El rio pasa tan señor y tan sereno por estas orillas, que se le creeria inmóvil, si no viniese algun vapor con su brusca brisa á turbar sus aguas y á empañar su brillo. La vista, como un sonido que se vá debilitando, llega hasta los lejanos montes de Ronda, que se confundirian con las nubes, si nubes se hallasen en aquel cielo en la primavera. A la izquierda, á los pies de su Giralda, se vé á Sevilla sin orla; lo que presta á su aspecto ya tan grandioso, la solemnidad del silencio.

—No cantes, Fornarina, dijo el repantigado fumador: que los médicos te lo han prohibido.

—¿Y tú haces caso de lo que dicen los médicos? contestó con su marcado acento italiano la llamada Fornarina.

En cuanto al caballero se denominaba á sí mismo el coronel Titan. Pero los despachos de su grado nadie los habia visto, ni aun en la tesorería, pues, á la cuenta, tenia el desprendimiento de no cobrar pagas.

No hemos podido averiguar de qué medios se valieron estos ilustres huéspedes para haber obtenido que se les franquease el palacio con preferencia, y en perjuicio de la otra polilla domiciliada en él. Mas esto no importa; y lo cierto es que los puros aires, y las afamadas aguas de Gelves, sentaron bien á la Fornarina, si se ha de juzgar por el aumento progresivo de sus florituras, de sus carcajadas y de sus gritos cuando reñía con el imponente coronel Titan.

El pueblo en Andalucía tiene ciencia infusa para calificar los individuos, sobre todo si son de esfera elevada á la suya. A los pocos dias de estar los huéspedes del palacio en Gelves, las mugeres torcian la boca y los hombres se reian.

—Quiéreme parecer, decia el uno, que son esos usías supuestos, ó cuando menos ingertos.

—El D. Orondo ese, añadía una muger, que con los bigotes que lleva, rompe las *tallas* (1), tiene una cara de hereje, que ni los sayones de la Pasión. Lo que es ella, parece la reina loca, y hecha de rabos de lagartijas; bien se deja ver que es una casquivana rematada. No sé como Simon Verde consiente que esté metida allí á todas horas su hija.

—¡Toma! para Simon Verde serán esas gentes de las mejores. Nunca se piensa sino lo bueno, dijo un hombre.

—Porque tiene el corazon mas sano que la brisa, opinó una muger.

—Verdad es, repuso el hombre. Pero ahí verás tú cómo en este mundo *indino*, es menester tener una poca de trastienda, y andar con pié de plomo y ala de palomo.

Efectivamente, con motivo de ser Simon Verde el ordinario de Sevilla, entraba diariamente en casa del coronel Titan, para traerle los comestibles que en el pueblo no se hallaban. Como allí no habia ni

(1) *Tallas* ó *alcarrazas*, jarras blancas de barro poroso, en que se enfria el agua en el verano, y suele beberla en ellas la gente de pueblo en Andalucía.

plaza, ni carnicería, ni almacenes bien surtidos, solia decir el Coronel á Simon Verde:

—Como en tu pueblo nada hay, sino el renglon de *no hay*, traételo todo, chico.

Estaba además encargado Simon de llevar y traer la sostenida correspondencia del Coronel con un jóven desenvuelto, pronto, decidido, denominado el Capitan Bulle, que habia estado en todas partes, que conocia á todo el mundo, que todo lo habia visto, que se jactaba de ser adorador fogoso de las repúblicas, ardoroso de los naipes y frenético de las faldas, y que debia concluir por lucir su patriotismo, uniéndose despues á los piratas que atacaron nuestra isla de Cuba.

El trato bondadoso y jovial de Simon Verde habia agradado á la Fornarina, que se complacia en entretenerse con él, hacerle preguntas, é informarse de los pormenores de su existencia.

—Señor Simon,—le dijo una noche cuando vino á recibir las comisiones para la mañana siguiente:—¿cuánto gana V. al dia?

—No tengo ganancia fija, señora, Pero un dia con otro vendré á sacar sobre una peseta, contestó Simon.

—¿Una peseta nada mas?—esclamó con su acento italiano, y haciendo aspavientos la Fornarina.—¡Oh pobre Sr. Simon!!! ¡Oh existencia miserable! ¿V. vivirá desesperado, buen hombre?

—¡Yo! no señora, que vivo muy contento, á Dios gracias.

—¡Con una peseta!!!

—Y nunca me falte.

—Pero no le puede dar á V. para vivir.

—¿Que no? ¡vaya! y para otras muchas cosas, señora.

—¡Oh! ¿cuáles son? estoy curiosa.

—Pues, señora, sepa su mercé que con una peseta mantengo mis obligaciones, pago una deuda, empresto á ganancias, y echo en una alcancía.

—¡Oh! V. se burla de mí.

—No señora, y sino atienda su mercé. Sostengo á mí y á mi casa, que son mis obligaciones; mantengo á mi madre, con lo que pago una deuda; empresto, pues crio á mi hija, que me lo pagará cuando sea yo viejo y no pueda trabajar; y echo en una alcancía, porque nunca le niego una limosna á un pobre, mas que sea un cacho del pan que estoy comiendo.

La Fornarina se quedó un momento pensativa, y dirigiéndose al Coronel, le dijo:

—¡ Ha dicho bien; sí, sí, ha dicho bien ! ¡ Y pensar que tantas pingües rentas se gastan, sin hacer lo que con una peseta hace este buen hombre !

—Estás inspirada, respondió soltando una carcajada el gran Coronel. Escribe una égloga, compon la música, y cántala para solaz de los Fidos, Amintas y Malibéos, pero déjame á mí de esas necias candideces.

—No eres un hombre, eres un cañon; repuso encolerizada la Fornarina.

—¡ Y de á veinte y cuatro ! añadió Simon mentalmente.

El Coronel, á quien este denuesto, lejos de herir, lisonjeó, dijo con la sonrisa con que Júpiter en forma de toro favorecia á la ninfa Europa:

—Vamos, diva Donna, sabes que todo en tí me hace gracia; el cayado de pastora, como la corona de Reina. Eres tan graciosa para un fregado como para un barrido.

—Pues á mí nada en tí me la hace, ni tus cumplidos, que huelen á tabaco, ni tus bigotes, que huelen á almizcle, repuso la Fornarina; y dirigiéndose á Simon, le preguntó: ¿ con que teneis una hija ?

—Sí tengo; pero una hija como las flores del dia, una hija de la que no merezco ser padre; Si la viera su mercé, diria lo mismo con dos bocas que tuviese!

—¡ Oh ! ¡ Yo quiero verla ! exclamó la Fornarina con súbito entusiasmo: ¿ sabe coser ?

—¡ Vaya ! contestó Simon, sabe de todo; tiene unas manos que se debian engarzar en oro.

—Pues traedmela, señor Simon, traedmela, que deseo conocerla, y quiero darla costura. ¡ Ah ! todos mis vestidos se han desgarrado en este campo, que tiene muchas zarzas y espinos.

Simon Verde, á quien costaba un notable esfuerzo tener que decir que no, y que no vió ningun inconveniente en que su hija fuese allá, consintió en ello, y trajo á Agueda, la que desde luego agradó á la Fornarina, que le regaló el primer dia un abanico muy rico de nácar, pero despalmado, y un hermoso zarcillo de oro privado de su hermano gemelo.

Habia, pues, entrado una pequeña era de bonanza para Simon Verde, que se mostraba en sumo eficaz en el servicio del terrible Coronel Titan.

Pero á quien no agradaban estas nuevas relaciones era á Julian.

Una tarde en que se habia ausentado el Alcaldé y en que, como de costumbre, estaba Simon en Sevilla, se hablaban los novios por una apartada reja del corral, que daba al campo.

—Agueda, la decia Julian; ¿á qué tienes tú que salir de tu casa, en la que estás arrecogida como moza recatada, é irte á la de esas gentes forasteras? Dígote, que ella con sus perifollos y sus dijes, que parece que están jurando en falso; y él con su aire finchado y altanero, me parecen gente de historia. Y ten presente que dice el refran, que «para trato, los peores, los pretendidos señores.»

—Voy, repuso Agueda, porque me lo dijo mi padre, y que estoy ganando allí unos cuartos para echarle encima un *rocioncito* de ropa; ¡que bien lo necesita el pobrecito mio! ¡Y tuviera que ver, Julian, que fuese esto en contra del recato de la mas pintada! respondió ella.

—En ir me das un pesar, Agueda.

—Hombre, lo siento; ¡pero ¿qué hago? ¿qué disculpa le doy á mi padre, para decirle que no quiero ir?

—Cuando quieren las mugeres, sacan razones de los centros de la tierra.

—¿Con que.... es decir, que por una manfa tuya, se nos habia de seguir un perjuicio muy grande? Déjame siquiera que junte para unos sajones para mi padre, y un refajo para mi *mae Ana*.

—Cuando nos casemos no les faltarán.

—¡Tómate esa, y vuelve por otra! De aquí allá, pampanitos habrá, esas no son mas que entretenederas, Julian: entonces como entonces, y ahora como ahora. No es regular que despues de los perjuicios que nos ha hecho tu padre, vengas tú á hacernos uno mas, empestillándote en no dejarme ir al palacio.

Julian calló, dolorosamente afectado, al oir evocar á Agueda el recuerdo de la conducta de su padre hácia Simon Verde.

—Agueda, dijo, dia vendrá...

—Bien, dejémosle venir sin atropellarlo.

—¿Y me querrás siempre, Agueda?

—Julian, esa pregunta me ofende.

—¿Por qué?

—Porque demuestra que dudas de mí.

—Mientras mas amor, mas temores, Agueda.

—Mientras mas aprecio, mas confianza, Julian.

El Alcalde, mas por curiosidad que por otra cosa, habia ido á ver al importante Coronel Titan. Pero este personaje, que era primo de

siete marquesas, tio de cinco condesas, é íntimo de tres duquesas, no se habia dignado devolver la visita de un Alcalde de monterilla. Por lo cual esta autoridad ofendida, abrigaba un profundo resentimiento contra el soplado señoron que la desairaba; y se propuso espiar sus pasos. Cada vez que el vigilante Argos veia llegar, no por el camino trillado, sino por medio de los olivares, un nuevo visitante de facha heteroeogénea, se decia:

—Esta gente no es de la cuotidiana; todos son á cual mas descuader-nados, destartalados y desmartelados. Algo traen entre manos, y á mí no me la pegan: los tengo atravesados, como espina en boca de gato. No han querido entender por buena madre, entenderán por mala ma-drastra. Vamos, pues, atando puntas con cabos.

La espina mas atravesada que tenia este gato, era el Capitan Bulle, con el que siempre se hacia enconradizo, pero que pasaba sin sa-ludarle y con aire impertinente, porque sentia la misma hostilidad que él inspiraba, hácia el Alcalde importuno y fiscalizador. Así era que solia cantar cuando le encontraba, esta letra arreglada por él á las cir-cunstancias:

¡Viva la Milicia
Y el aire marcial!
Alcaldes y curas
Están ya demás.

No era solo el Coronel, ese gran Preste de la órden á que pertene-cia el Capitan Bulle, quien atraia á éste con tanta frecuencia á Gel-ves; era Agueda, de la que se habia prendado con su consabido frene-sí amoroso. Es cierto que, aun otras naturalezas menos combustibles que la suya, habrian ardido en las llamas del revolucionario Cupido, al ver á la linda jóven, que callada y modesta, cosia sentada junto á la ventana de la antesala, con su rosado semblante, remangado el pelo de su pequeña frente, que solo adornaban dos diminutos rizos pegados á la sien, y un clavel encarnado en su hermosa cabellera. Pero como algunos cumplidos, hechos con muy poca ceremonia, recibieron la callada por respuesta; como á la primera manifestacion de su atrevido pensamiento, Agueda se levantó con intencion de irse, y solo pudo retenerla la seguridad que recibió, de que no se le volveria á importu-nar; el Capitan seguia mirando sin ser mirado, y suspirando sin ser escuchado.

CAPITULO VI.

Era aquella en que pasa esta sencilla historia, una de esas épocas de amagos revolucionarios, bien denominados *intentonas*, que rodaron como truenos sordos entre nubes, lanzando, ya aquí, ya allí, tal cual exhalacion, hasta que un hombre de energía y de prestigio las desterró de un suelo al que son antipáticas. En tales épocas suelen surgir, terriblemente envalentonados, unos fierabráses de la catadura del denominado Coronel Titan, afiliados y sostenidos por la propaganda cosmopolita, que ningun partido reconoce ni autoriza; pero que á pesar de eso, se denominan miembros influyentes en el que han abrazado. Inflados de orgullo, su programa regenerador es, despreciar toda religion, destruir toda creencia, odiar todo poder, desdeñar toda superioridad, y sacudir todo freno; con lo que se conseguiria llevar su *regenerada* humanidad, en linea recta, al estado salvaje.

Un dia se esparció la noticia de que habia sido descubierta en Sevilla la trama de una *intentona*, y que á consecuencia de esto, se habian hecho algunas prisiones. El Alcalde se puso en observacion, y vió llegar al Capitan Bulle: traia aire azorado, y no cantaba. El Alcalde ató otra punta con otro cabo.

A las ánimas, estando Simon Verde tomando su gazpacho, recibió un recado del Coronel para que se llegase allá.

—No vayas, le dijo su madre, nada bueno han de querer esas gentes de tí á estas horas.

—¡Qué, madre! contestó Simon Verde, será que algun encargo para Sevilla se les habrá pasado, y quieren hacérmelo.

Simon fué al palacio, y halló al gran Titan paseándose agitado por el salon, y al Capitan Bulle, muy abatido, echado sobre una silla.

—Simon, dijo el primero dejando el tuteo republicano para mejor ocasion, sois patriota honrado y ciudadano de honor.

—Señor, soy un lugareño, contestó Simon.

—Es sinónimo: os respeto como á tal.

Simon oyó asombrado aquella profesion de respeto en boca de un hombre, que le habia tratado hasta entonces con la mas impertinente altanería.

—Creo, prosiguió el Titan, que puedo sin riesgo confiaros una mision honorífica y lucrativa.

—Señor—repuso Simon Verde, que empezó á sospecharse algo en que se le queria comprometer,—yo no entiendo de mas misiones que de las de los Padres capuchinos.

El Titan dió una fuerte patada en el suelo, murmurando entre dientes: ¡hipócritas, ladinos, camastrones! y prosiguió en voz recia:

—Es preciso que ocultéis al señor (y señaló al Capitan), que es una gloriosa víctima del despotismo que nos esclaviza. Aquí teneis estas onzas, añadió poniendo unas cuantas sobre la mesa á vista de Simon; salvado que sea el señor, recibireis otro tanto.

Simon Verde, sin mirar las onzas, se rascó la oreja.

—¿Titubeais? exclamó el Coronel Titan con énfasis. Pues qué, ¿el noble patriotismo, la humanidad oprimida, la santa libertad, hollada en la persona del señor, nada puede contra una miserable pusilanimidad?

Simon Verde meneó la cabeza y dijo á su interlocutor:

—Ha de saber su mercé que en otra ocasion escondí á uno que hablaba del bien de la patria y de otras cosas buenas, como lo está haciendo su mercé ahora, y luego salimos..... en fin, señor, la torta me costó un pan; y dice el refran «que por la puerta del perro que te mordió, no pases mas, por Dios.»

—No ofendais con comparaciones al señor, que es un hombre decidido por la gran causa de la humanidad ultrajada; valiente y arrojado lo mismo al empuñar la espada que al pronunciar un discurso.

—Déjese de *discursos*, mi amo; que lo que necesita la *humanidad* son sermones.

—¡Oh supersticion! ¡Oh fanatismo! ¡Pobre España!—murmuró el Coronel Titan, añadiendo en voz recia:—considerad que es el señor un mártir de la libertad, un defensor de los derechos del pueblo, y que el pueblo es el que debe.....

—Déjese de términos curruscantes, señor, que no los comprendo, y lo que no comprendo, no me convence. No entiendo de grajas peladas: y lo que sé es que está el señor fuera de la ley, como lo estaba aquel, y que yo no me meto en fanganinas.

Simon dió unos pasos para salir; pero en este momento se precipitó la Fornarina en el salon, la que con los cabellos sueltos, y hecha un mar de lágrimas, se echó de la manera mas trágica á los pies de Simon. Este, que no habia visto mas espresion de un dolor violento que las tristes y suaves lágrimas de su madre al ser espulsada de su hogar, empezó por asustarse de aquel estrépito teatral, y acabó por inmutarse profundamente.

—¡No quereis salvar á un héroe perseguido por bárbaros esbirros! esclamaba con voz convulsa; y así prosiguió por largo rato, hasta que agotado el tema, concluyó con unos cuantos ¡oh! ¡ah! y murmurando: ¡buen Simon, compadeceos!

La Rachel (1) en ciernes cayó desmayada.

El excelente hombre á quien se dirigia, entre asustado, enternecido, asombrado y confuso, prometió cuanto de él exigieron; pero escarmentado tomó sus precauciones. Hizo que el Capitan Bulle se disfrazase de muger, saliese de la casa por una ventana del corral, y entrase en la suya por la puerta falsa, escondiéndole en seguida en un sobrado al que se llegaba por una escalera de mano, la que subido que hubo el fugitivo, retiró en seguida Simon.

Simon ni recogió, ni se volvió á acordar de las onzas. Regateaba hasta el último maravedí las naranjas que vendia; pero á las obras de caridad que hacia, no les ponía precio la instintiva nobleza de su conciencia. Recibir remuneracion por un favor que hacia, le parecia deshonroso, como lo es para la muger el que se la pague su amor.

El Alcalde, por mas que rondó, nada vió; y tuvo el dolor de retirarse entrada la noche, sin haber atado otra punta con otro cabo.

A la mañana siguiente el Coronel Titan y la Fornarina habian desaparecido; por lo cual una partida que vino á registrar el palacio, nada halló en él sino á sus primitivos moradores, que merced al silencio y soledad que notaron, habian vuelto á su tierra de promision, y entonaban en coro una cancion francesa que cantaba la Fornarina, y que les enseñó el eco de aquellos salones:

*¡A tous les cœurs bien nés
que la patrie est chère!*

*¡Al alma bien nacida
La patria cuán querida!*

Simon Verde siguió yendo y viniendo á Sevilla por unos dias, y el Capitan escondido en el sobrado.

—¡Sobre que apostarí un caballo contra una gallina, decia el Alcalde, á que Simon Verde está metido en la danza!

—Calle V., señor, le contestaban: ¿qué le va ni le viene á Simon en las alborotinas esas? ¿Por qué se habia de meter en ellas?

(1) Llámase así la gran trágica francesa que hoy admira Europa.

—¿Por qué vá la vieja á la casa de la moneda? por lo que se le pega. ¡Y si no, el tiempo! respondia el Alcalde con su mala alma y su perenne rencor; como que le cogí ya una vez el pan faltó no me fio. El se ayuncó con ellos, y quien aceite mesura, las manos se unta.

Pero quien estaba desesperado era Julian, á quien Agueda no habia querido engañar ocultándole que estaba el Capitan escondido en su casa, aunque era demasiado cauta para confiarle la pertinaz persecucion amorosa del atrevido y violento pretendiente.

Julian tenia un amigo, ó mejor le calificaremos llamándole seide, que era el ventero *Mi niño*. Habia éste servido en casa de su padre, y conservaba un cariño entrañable á Julian, al que se esforzaba en imitar en todo, como un caño á un arroyo.

—*Mi niño*, le dijo un dia, ¿estás dispuesto á hacer por mí lo que te pida?

—¿Quieres que me tire al rio de cabeza? respondió *Mi niño*, dando en aquella direccion unas cuantas de sus portentosas zancajadas.

—¡No, hombre! no se trata de eso.

—¿Pues de qué se trata, me querrás decir?

—Te lo pregunto solo para saberlo, por si llegase el caso.

Entre tanto la pobre Agueda veia los cuidados y angustias de su padre, sufría por los celos de su amante, y precisada á llevar al Capitan sus comidas, aunque subida á distancia en la escalera de mano, pasaba la mortificacion de escuchar las locas espresiones de su passion, acrecentada aun por el ocio y la soledad en que se hallaba, sin otra cosa que le distrajesese.

El Capitan seguia escribiendo y recibiendo diariamente respuestas á sus cartas. Una noche dijo al leer la que recibió:

—Señor Simon Verde, me escriben de que mañana llega mi indulto.

—¡Albricias! exclamó el buen Simon regocijado.

—El indulto, prosiguió el huésped, tiene que pasar por varios trámites; pero esperan que mañana mismo me lo podrán enviar.

—¡Dios lo haga y María Santísima!

—Pero esto será siempre que V. se detenga en el meson hasta que se lo lleven; lo que nunca podrá ser antes de oraciones.

—Con mil amores me detendré, repuso Simon, que vió cercano el momento de verse libre de un compromiso que cada dia le apuraba mas, y ver salir á su huésped en bien.

—Pero bajo juramento os encargo que nada digais hasta que yo esté lejos de aquí: así lo exigen de mí.

—No tengo boca, contestó Simon contentísimo.

No obstante, al dia siguiente en vano aguardó Simon hasta la hora convenida: nadie pareció con el anunciado indulto. Empezó, pues, mustio su viaje de vuelta. El camino se le hizo largo, tanto á causa de la contrariedad que traía, como por estar muy oscura la noche.

—¡Qué cosas nos rodea la suerte! venia pensando: el Alcalde anda en acecho; no hace mas que atisbar, y en este lance aun queda el rabo por desollar. Vamos, no nos descorazonemos, Simon Verde; que si el indulto ese no ha venido hoy, vendrá, si Dios quiere, mañana.

Con estas reflexiones habia llegado Simon Verde á Gelves, y se acercaba á su casa. Pero antes de llegar oyó á su madre que gritaba azorada:

—¡Hijo, hijo, se ha fugado!

—¡Calle V., madre, por María Santísima! contestó Simon: ¡si se ha fugado, bendito de Dios vaya!

—Es que... es que... ¡Ay hijo de mi alma!

El llanto, en que hicieron coro las vecinas, le impidió de proseguir.

—¡Es qué! ¿es qué? preguntó asustado Simon Verde.

—¡Es que ha robado á la niña!

—¡Virgen Santísima! ¡Dios mio, misericordia! gritó fuera de sí el desesperado padre: ¿por dónde han tirado? ¿Cuándo fué? ¡Decid, decid pronto! ¿qué camino llevan?

—¡Ay hijo de mis entrañas! respondió su madre sollozando, ¡nadie los ha visto ni oído!

Simon tiró su sombrero en el suelo, se llevó las manos á la cabeza arrancándose el cabello.

—¡Hija! exclamaba, ¡hija de mi corazón! ¡Y tu padre no puede valerte! ¡Hija de mis entrañas! ¡llamarás á tu padre, y él no acudirá! ¡Dios mio, que no me diesen los pájaros sus alas, el lince su vista y las fieras sus garras! ¡Un caballo! ¡un caballo! ¡una escopeta! Y Simon echó á correr á buscar lo que pedía. ¡Vecinos, compañeros! gritaba por las calles; ¡Juan, Antonio, Nicolás, todo hombre honrado présteme mano para impedir una iniquidad de las mas atroces que idean los villanos, dejados de la mano de Dios! ¡Señores, si sois cristianos, prestad asistencia á un padre, al que arrancan la hija de su casa, el corazón de su pecho!

Los vecinos acudían al rededor de aquel padre desatentado por el dolor, pintándose enérgicamente la indignación en aquellos honrados rostros; en las mugeres no se oían sino imprecaciones, alternando con

expresiones de lástima. Ya se habian ido á buscar caballerías, se habian traído escopetas, y muchos hombres, con ese celo caritativo tan general en la gente de campo, pronta siempre á pagar con su persona, se preparaban á acompañar y prestar mano á Simon Verde, cuando se oyeron las precipitadas y fuertes pisadas de caballos.

—¡Tropa! ¡esto es tropa! Puede que sean los civiles. Dios los trae, exclamaron todos, y las mugeres se apresuraron á asomar los velones á las puertas; estos alumbraron una escena, que arrancó un unánime grito de júbilo. Agueda estaba en los brazos de su padre; á caballo é inmediato, inclinado hácia el santo grupo, se veía á Julian, y detrás, enjugándose el sudor de la frente, estaba Joaquin *Mi niño*.

—Padre, murmuró Agueda al oído de Simon, Julian me ha salvado.

—Julian, exclamó con energía Simon Verde, tú me perdistes, y tú me has ganado; besaré la tierra que pisas. Pónme una S en la cara; que tu siervo soy mientras corra por mis venas esta sangre; que te ofrezco hasta la última gota.

No es posible referir lo ocurrido, del modo confuso, agitado é interrumpido con que lo hizo Agueda, que pasaba de los brazos de su padre á los de su abuela, y de estos á los de las vecinas. Pero lo haremos en breves palabras.

Cerrada la noche, el Capitan dijo á Agueda que debian venir por él en aquella hora sus amigos, y le suplicó, tirándole desde el sobrado un pito de plata liado en un papel, que se cerciorase de si estaban ya en el olivar que lindaba con el corral, saliendo á la puerta de este, y haciendo la señal convenida. Gozosamente sorprendida, se apresuró Agueda á hacer lo que le prescribia el Capitan, y desde luego se le presentó un hombre. Volvió Agueda presurosa anunciándose al que aguardaba, y arrimando en seguida la escalera de mano á su escondite para que pudiese bajar. Hízolo así el Capitan sin hablar palabra, y Agueda, alegre y tranquila, le siguió al corral para cerrar la puerta cuando hubiese salido. Mas apenas la abrió Agueda, cuando dos hombres que estaban en acecho se echaron sobre ella, y la sujetaron; mientras el Capitan le ataba un pañuelo en la boca, y con otros dos le amarraba las manos á las espaldas y unia trabándolos, los pies. Saltó en seguida á caballo, los otros alzaron en seguida á la infeliz jóven, que colocaron delante de él, montaron sobre sus caballos, y poniéndoles al trote, desaparecieron entre los olivos.

Media hora despues pasaba Julian por la puerta de la casa de Simon Verde, cuando oyó los gemidos de la pobre tia Ana, y las voces

de las vecinas que ya se habian cerciorado del rapto de Agueda, y se lo comunicaron. Julian se precipitó hácia su casa, de la que salia casualmente el ventero.

—*Mi niño*, le dijo con voz alterada, pero firme y decidida; monta el caballo en pelo, y tenme preparada la jaca, mientras voy por armas.

Mi niño sin mas preguntar hizo todo lo prescrito, y volviendo al momento Julian:

—¿A dónde vamos? preguntó *Mi niño*.

—A Porsuna, á buscar el camino de Benaocaz; esos infames buscan la raya de Portugal.

Diciendo esto, puso Julian su caballo á escape, y *Mi niño* le siguió como el trueno al relámpago.

Apenas habian andado los fugitivos una legua, cuando oyeron el galope de caballos.

—Somos perdidos, dijo el Capitan; es la Guardia civil.

—Apretad vuestro caballo, repusieron los otros, que conocieron que siendo los caballos que se acercaban, mejores que los suyos, iban perdiendo la delantera por momentos.

—Capitan, soltad á esa muger, que retarda vuestro paso, añadió azorado otro compañero; de todos modos la vais á perder: no perdaís al menos con ella vuestra libertad.

El galope de los que los perseguian se acercaba cada vez mas; el Capitan depositó á Agueda al borde del camino, y salió á escape para reunirse á sus compañeros, que ya lo habian hecho. Apenas se vió Agueda en libertad, cuando logró por un violento esfuerzo libertar una de sus manos, arrancarse con ella el pañuelo que tapaba su boca, y gritar al momento que llegaban los ginetes: ¡socorro! Pero no fué un guardia civil el que se presentó á prestárselo: fué...—¡quién pintara su enagenacion!—fué Julian.

Sorprendido por el alboroto que llegó á sus oidos, atraído por las voces, salió el Alcalde de su casa, y se dirigió al sitio en que tenian lugar las escenas descritas: ¡Cuál seria su asombro y su despecho al ver á su hijo figurar como héroe libertador de la hija de Simon Verde, y sus caballos, sudosos y jadeantes, que eran las víctimas de esta gratuita obra de caballero de romance!

Precipitó su paso, y como el primero con quien tropezase fuese *Mi niño*, echole mano al cuello diciendo:

—¿Quién te ha dado facultad, bárbaro, insolente, atrevido, para sacar mi caballo de la cuadra, y echarle encima tus diez arrobas de peso?

Fué tal el susto y la sorpresa de *Mi niño*, que se quedó tan mudo como inmóvil.

—Yo se lo dije, padre, respondió Julian en tono respetuoso, pero sin turbarse.

—Marcha tú á casa á llevar los caballos—mandó el Alcalde, que no quiso reñir á su hijo ante testigos,—que luego hablaremos.

Julian obedeció.

—Lárgate de mi presencia, prosiguió el Alcalde dirigiéndose á *Mi niño*, que permanecía hecho un poste; no sea que no pueda contenerme y te ponga á golpes tan estropeado como has puesto tú á mi caballo padre.

Joaquin *Mi niño* se valió con agilidad de sus zancajadas para desaparecer en la noche, como la gran sombra de Samuel evocada por la Pitonisa de Endor.

—Escóndase con mas vergüenza la moza del bullanguero, prosiguió el Alcalde, y vaya á la cárcel su encubridor.

Un silencio profundo habia sucedido á la dulce y conmoviente escena, que poco antes hacia latir los corazones, verter lágrimas á los ojos, y lanzar espresiones de júbilo á los lábios. Las luces desaparecieron; las puertas se cerraron; la oscuridad, la soledad y el silencio reemplazaron lo mas bello que hay en la tierra: ¡la alegría de todos por la felicidad de uno!

CAPITULO VII.

Mas de un año habia pasado. Era una mustia y encapotada mañana de Diciembre: llovía y venteaba, como si quisiese el día por ese medio dar rienda suelta á su mal humor. Prestaba sus tristes tintas al paisaje, ahuyentaba las mariposas, hacia callar á los pajaritos, y bajar tristemente la cabeza á aquellas flores que no son *frioleras*, (1) y vienen aun en invierno á alegrar el campo de Andalucía. El rio pasaba turbio y murmurando entre dientes, llevando algunos despojos que le habian traído de sus correrías las aguas que afluan á él. Bandadas de cuervos graznaban diciendo en su tosco lenguaje que no echaban de menos al sol, y que tambien á cada ave le llega su San Martin. Era en fin, uno de aquellos dias que hacen tan gratas las comodidades y go-

(1) *Friolero*, el que siente ó teme mucho el frio

ces de su hogar al hombre rico ó acomodado, y tan cruel al pobre la desnudez y frialdad del suyo.

Venia por el camino, que desde Triana costea el rio al acercarse á Geves, un hombre que andaba agobiado y despacio. Su cara llevaba las profundas huellas, que estampan los sufrimientos en el semblante del hombre, las que si bien le ajan, le ennoblecen: su pelo estaba cano, y su mirada, aunque suave y bondadosa, era tan triste, que compadecia mas que una queja. Este hombre era Simon Verde, que salia de la cárcel despues de un año de haber estado en ella. Simon sabia lo que iba á hallar en su casa; y era esto una hija á la que la calumnia habia deshonorado—pues la honra en los pueblos en que nada la empaña, llega á estarlo por el mas leve sople,—y á la que el dolor y la vergüenza minaban la vida con lento, pero seguro progreso; una madre, ciega á fuerza de llorar, y á ambas mantenidas con la corta, pero constante limosna del pobre; pues de dos hijas que tenia la anciana, una habia enviudado por aquel entonces, y la otra se hallaba enferma de sobreparto.

Cuál seria la primera entrevista de esta desgraciada familia, fácil es graduarlo. Mas en esta ocasion, como en todas las ocasiones supremas, era la muger la que sostenia al hombre.

—Simon, hijo mio, le decia la pobre ciega, no desfallezcas; ¿no me decias tú á mí que la buena conciencia era un lecho de plumas? ; verdad es, verdad es! Y bien cierto que no nos ha de despertar despavoridos con sus saetas. Así... no te abatas, hijo mio, y recuerda tus propias razones.

—Cuando yo decia aquello, madre, y me sentia fuerte contra la desdicha, era cuando nos quedaban los dos grandes bienes del pobre, la estimacion y la salud. Mi niña, esa hija de mi alma, ha perdido ambos; á V., madre, se le han secado los ojos de llorar, ; y todo por mi culpa!

—Calla, hijo, calla. ¿Qué culpa has de tener tú? ; Mi alma como la tuya! Dí que lo que sucede ha sido la voluntad de Dios, y verás con esa conviccion la conformidad y el consuelo que te entra.

—Madre, conforme estoy. Pero déjeme V. sentir y llorar; que no lo prohíbe la ley de Dios. Déjeme darle mi llanto, ya que otra cosa no puedo darle, á esa hija del alma, que se nos vá á la gloria, á fuerza de padecer, como las Santas Mártires.

Simon lloraba con amargura fijando alternativamente su vista en su madre, que ya no podia verle, y que buscaba en su corazon palabras

de consuelo para prodigarle, como le habia prodigado caricias cuando él era niño; y en su hija, la que pálida y demacrada se esforzaba por sonreírle, como lo hacia cuando ella era niña.

—¡Perverso, *maldecto* Alcalde!—dijo una vecina cuyo rostro lleno de lágrimas demostraba el mas vivo interés y mas profunda compasion;—tiene el natural como un caimán, que dicen es una fiera voraz y traicionera. Dios no come ni bebe, pero juzga lo que vé; y ya le ha castigado, Simon; pues si él te encerró á tí en una cárcel, Dios le ha encerrado á él en otra, porque hace un año que le roe la cara un cáncer, y mientras mas se cura, menos se alivia. ¡Juicios de Dios, hombre! Pues si tú, que has padecido mas en tu ente que lo que pecaste en tu mente, has salido por tus pies de tu encierro, el malvado ese no ha de salir del suyo sino en pies ajenos, y llevados los suyos por delante. ¿Y esa? De la suerte del malo en tu rincon espera el fallo, Simon.

—El mal ajeno no cura el mio, Beatriz. Y Dios me libre de desearle mal, ni á mi mayor enemigo.

—¡Bien dicho, Simon! exclamó su madre. ¿Iria uno á perder el fruto de las tribulaciones, con la falta de caridad que hay en desearle mal al que nos lo ha hecho? ¡Dios le dé á ese infeliz tanta salud como yo para mis hijos deseos!

—¡Ande V., que se lo lleve pateta! repuso Beatriz: á ese hombre no le ha de sentir ni la madre que le parió.

Y acercándose á Agueda, le dijo á media voz y de manera de no ser oida por nadie sino por ella:

—En estirando las piernas ese mal alma, te casas con Julian, y todo queda remediado.

—¡Yo! ¡yo! exclamó Agueda—cuyo pálido rostro se puso repentinamente encarnado;—¡yo! una muger con mala nota, ¡casarme con Julian! No lo piense V. ni nadie. Julian se merece cosa mejor, tia Beatriz. Antes era yo pobre y él rico, y me creia tan buena como él, porque pobreza no rebaja. Pero ahora que estoy desacreditada, gracias al falso testimonio de su padre, no puede un hombre casarse conmigo sin rebajarse, y no quiero yo, no, que nadie pierda por mí.

—Vaya, Aguedilla, que no tienes las lanas tan bien peinadas como parece; que eso que dices es orgullo puro, hija mia. No te han de poner nicho por humilde.

—No digo que sea yo humilde; pero mal juzga V. lo que hago si lo llama orgullo: es vergüenza, señora.

—¿Pero no ves, muger, que él te quitará esa nota casándose contigo?

—Eso es lo que no puede ser; la nota no me la puede quitar sino quien me la puso. Julian no me la quitaria; y yo se la pegaria á él, y el que pringa á los suyos con su lepra, los enferma y no sana, tia Beatriz. Así es, que ambos bajaremos á la tierra; el que me infamó, con el cáncer que su rostro le roe; y yo, la infamada, con el que me roe el corazon.

Cuanto decia Agueda lo sentia profundamente; y asi era que desde que el Alcalde la echó á la cara la ignominia, Agueda, grande en su humillacion como la palma en el árido desierto, se habia aislado, y habia cortado toda relacion con Julian. Por mas que éste habia insistido, Agueda se habia negado á toda comunicacion con él. Cuando oia la infeliz la voz de Julian, que pasando por delante de la rejá del corral cantaba, como para señalar su presencia y atraerla, estas y otras coplas:

El clavel que tú me diste

El dia de la ASCENSION,

No fué clavel, sino clavo

Que clavó mi corazon.

En Enero no hay claveles

Porque los marchita el hielo;

En tu cara los hay siempre,

Porque lo permite el cielo.

Agueda lloraba amargamente, besaba el clavel de todo el año, que periódicamente le volvía á brindar la maceta—como si quisiera recordarle aquella primera prenda que su amor diera á su amante.—Pero la ventana permanecia cerrada.

Julian estaba desesperado, no hallando medio directo para combatir aquella decidida repulsa, y entenderse con Agueda. Pero como dice el refran, que mas discurre un enamorado que cien abogados, dió al fin con este.

Un dia entró *Mi niño* en casa de Simon, en donde desde que habia contribuido á la salvacion de Agueda era recibido con el mayor agrado. Venia con un pretesto tan sin gracia como él, y habiéndose acercado á Agueda le dijo en voz, que procuró hacer queda, pero que parecia el zumbido de un moscon:

—Agueda, me ha dicho Julian que te diga que lo que estás haciendo con él es una mala partida.

—Dile, respondió Agueda al poco olímpico Mercurio, que su padre, al quitarme la honra, no me ha dado descaro.

—¿Y puede remediar Julian, me querrás decir, el que tenga el villano de su padre lengua de hacha, así como tiene alma de cántaro y puños de hierro? A mí me tiene aborrecido desde que le estropeé el caballo padre, y dice que soy bárbaro y medio; ¡pero esto se me dá!...

Mi niño puso la gran uña de su dedo pulgar debajo de uno de sus grandes dientes, y dió un chasquido.

—No lo puede remediar, lo sé, como sé que tampoco puede remediar el mal que nos ha hecho su padre; que «palabra y bala suelta no tienen vuelta.» Así dile—añadió la pobre jóven, á la que ponía el dolor lágrimas en sus negros ojos, y la indignacion una amarga sonrisa en sus blancos lábios,—que la muchacha deshonrada no tiene mas cama de novia que la tierra.

—¡María Santísima, y qué *fúnebre* estás! si tienes nota, él te la quitará casándose contigo: ¿te enteras?

—No puede ser, Joaquín, que quien no mata la araña, no estingue la telaraña.

—Mira que se vá á desesperar, Agueda.

—Así viviremos iguales, contestó la pobre niña.

—Mira que él no te olvida; testigo yo, dijo *Mi niño* dándose un tremendo golpe en su ancho pecho.

—Lo creo, repuso Agueda; el olvido no entra de sopeton como un tabardillo. Pero sabido es que el recuerdo camina hasta el Campo-santo; y allí se quedan en una misma sepultura el recuerdo y la recordada.

—¿Pues qué, te vas á morir? preguntó con estrañeza *Mi niño*.

—¿No me ves? contestó la pobre enferma.

Mi niño la fijó con sus grandes é insulsos ojos, y dijo con la cruda franqueza campesina:

—Verdad es que pareces *tábida*. Pues mira, á pesar de que dice el refran «que el hermano quiere á la hermana, y el marido á la muger sana,» Julian que es porfiado, no ha de querer mas novia que tú, y desde ahora te digo, que si haces la barbaridad de morirte, vá á haber entre Julian y el *reteíndino* de su padre, una que vá á ser sonada. Y: lo verás.

—No lo veré, contestó Agueda. Pero si llega el caso, dile á Julian que nada remedia con eso; que á los muertos solo Dios los resucita.

—Me voy, dijo *Mi niño* dando algunas zancajadas hácia la puerta, me voy por no oírte hablar mas de muerte; que estás hoy que pareces un *profundis*. Mira, Agueda, yo no soy abogado, aunque á Julian se

le haya figurado; ni tengo como ellos un celemin de razones, y la lengua lijera como paletas de vapor: así solo te daré un consejo; déjate de escrúpulos y sal á la reja. Allí se entenderán Vds., y verás como te pones buena, y Julian me deja á mí el alma en paz, pues yo no sirvo para el paso; y adios.

Diciendo esto, *Mi niño* le volvió la espalda, y en dos zancajadas atravesó el patio. Pero de repente desanduvo sus zancajadas, y dijo á Agueda:

—Me se olvidaba con tus *goris patoris* decirte de parte de Julian que me des el clavel.

—Díle, contestó Agueda, ocultando el clavel de todo el año que en el pecho tenia, que

En Enero no hay claveles,
Porque los marchita el hielo.

—Verdad es, murmuró *Mi niño*. Pues mire V. el otro la *embajá* que me dá. ¿Se querrá burlar de mí, como hacia *denantes*?

Apenas se hubo ido, cuando Agueda, ahogada de sollozos, se echó sobre su lecho. Este continuado y heróico esfuerzo de su dignidad para combatir su amor, la larga prision de su padre, la ceguera de su buena abuela, y la miseria en que habian caido, que forzó á ambas á vivir de la limosna, habian destruido á tal punto aquella suave y aun tierna planta, que perdió el vigor para sostenerse; y cayó marchita y ajada.

Poca felicidad habia igualmente en casa del que habia sido Alcalde. Este, además del terrible padecer físico que le aquejaba, se habia enagenado por sus procederés todo el cariño de su único hijo, el que si bien nunca faltaba al respeto á su padre, habia puesto con su frialdad tal distancia entre ellos, que se podia decir que no era hijo, sino en el nombre y en la obediencia ostensible.

Las desgracias referidas eran causadas por un hombre; y casi todas las que vemos tienen el mismo origen. Decimos que la vida es amarga; ¡los amargos somos nosotros!

CAPITULO VIII.

Simon habia tenido el dolor de ver matar á fuerza de malos trats á su pobre burra, que por segunda vez habia sido vendida. ¡Cuárto no hubiese dado cuando la encontraba coja, enflaquecida, cubiertade

mataduras, y agobiada bajo pesadas cargas, por haber podido liberarla de tantos sufrimientos! Esto lo comprenderán los que miran á los animales, no como *cosas*, sino como *séres* que sienten y sufren, y los que como tales, los aman y compadecen. ¡Cómo destroza el alma un impotente deseo, sobre todo cuando el corazón y la conciencia nos animan á abrigarlo diciéndonos que es bueno!

Hacia Simón ahora sus viajes á Sevilla á pié, y como es de suponer, las ganancias de estos viajes se habian reducido á corta cosa.

Una noche habia entrado mas cansado que nunca, porque habia llovido y el camino se habia puesto pesado y resbaladizo. El infeliz se sintió rendido, conservando puesta la ropa mojada, pues no tenia otra con que remudarla.

—Agueda, hija, ¿cómo te sientes? le dijo á ésta que se habia recostado sobre el hombro de su abuela.

—Bien, padre, contestó Agueda sonriéndose; pero sin que se formasen ya sobre sus escuálidas mejillas aquellos hoyuelos que tan gracioso y juvenil encanto prestaban á su rostro.

—¿Ha comido? preguntó Simón á su madre.

La anciana no contestó. ¡Ni una ni otra habian aun probado bocado aquel día!

—No he tenido gana, respondió la niña cuando su padre reiteró la pregunta.

—¡Hija!—dijo Simón, que á duras penas contenia sus lágrimas al mirarla:—pasé por una confitería, ví unos bizcochos que acababan de salir del horno, queria traértelos; cuatro cuartos valia media cuarta; pero.... ¡si no los tenia! Dos reales traigo ganados hoy, que escasamente alcanzan para media hogaza de pan, el aceite y el carbon para hacer unas sopas.

En este instante se oyó la campana de la iglesia que hacia la señal de salir SU MAGESTAD. Simón se puso en pié, y se quitó el sombrero. Su madre rezó el Padre nuestro, añadiendo al fin: *¡En gracia te reciba el alma que te desea!*

—¿Para quién sale SU MAGESTAD? preguntó Simón cuando hubo concluido el rezo.

—Para el Alcalde, hijo, que se ha agravado mucho por haberle sobreenvenido un flujo de sangre.

—Si tuviese capa, iria á acompañar á la MAGESTAD; aunque no me obliga, pues no soy ni pariente ni amigo del que van á sacramentar, dijo el buen cristiano.

—¡Hijo, vé!, repuso su cristiana madre; por lo mismo que vá para un hombre que tanto mal nos ha hecho: vé, hijo mio, aunque sea sin capa. Ya que no la tienes, lleva á esa solemnidad compostura y devoción, que le den al Señor el decoro que con tu apariencia no puedes darle. Dios mira sobre todo los corazones; y engalanado llevas el tuyo con el perdon que ostensiblemente demuestras á tu enemigo. ¡Dios le coja en buena hora!

—¡Qué rendido estoy, madre! ¡y cómo me pesa esta ropa mojada! Y lloviendo que está, que se desgajan los cielos; pero... ¡allá voy!

Simon fué á la iglesia, cogió un farol, y acompañó á Su Magestad á casa del enfermo.

Cuando la santa ceremonia hubo concluido, le dijo el cura:

—Un recado había mandado á tu casa, Simon, para que vinieses, pues el enfermo quiere verte.

—¡A mí! exclamó absorto Simon.

—A tí, sí. Deja ese farol, que llevará Miguel, y entra, que urge.

Simon entró en el cuarto del paciente en que habia aun gran número de personas reunidas. Profunda fué la lástima que sintió cuando miró á aquel hombre que habia tenido buena cara y robusta persona, reducido por su padecer á un descarnado esqueleto, envuelto el carcomido rostro en vendas, sin fuerzas, sin vida, sin esperanzas... pero con alma aun, pues apenas vió á Simon, cuando estendiendo hácia él sus descarnados brazos, exclamó con vehemente acento de corazón:

—¡Simon, Simon, perdóname!

Honda fué la impresion que en todos los presentes causó esta deprecacion del moribundo. El arrepentimiento que se confiesa, el perdon que se pide y se otorga, la reconciliacion que se efectúa, esas tres cosas, las mayores entre las grandes, las mas elevadas entre las altas, las que mas se acatan entre las respetadas, esos santos frutos de la simiente del Evangelio, ese glorioso triunfo de la cristiana humildad sobre el antecristiano orgullo, anonadan con su legítima sublimidad cuantas sublimidades heroicas forja el hombre con un vano oropel, y con su verdadera luz, cual la del sol que alumbrá á un mismo tiempo lo alto y lo bajo, lo chico y lo grande, llenan todas las inteligencias y conmueven todos los corazones. Tráelos la religion, y circunda con ellos el lecho del cristiano moribundo, como con un destello de la luz del cielo, que ha hecho ya penetrar en su alma.

Pero si á todos conmovió aquel grito, que brotó del corazón del moribundo, enagenó á su hijo que hasta entonces, continuamente

abatido y grave, se habia mantenido silencioso á los pies del lecho, y que exclamando ahora:

—¡Padre mio! se arrojó sobre una de sus manos, que cubrió de besos y bañó de lágrimas.

—¡Señor Alcalde, por Dios, qué está V. diciendo!—repuso el buen Simon con enternecida sorpresa, —¿quién se acuerda de lo pasado?

—Digo, ¡sí, sí!... déjame hablar, Simon,—prosiguió el primero haciendo señas á éste que queria interrumpirlo;—que mucho daño te he hecho. La muerte abre los ojos del alma á aquel á quien Dios no dejó del todo de su mano; merced á que, aunque pecador, no le volvió la espalda. Así es, que su DIVINA MAGESTAD me ha dejado tiempo para enmendar en parte el mal que hice. Señores, sean Vds. testigos...

—¡Calle V., señor, calle V. por María Santísima, que me está su mercé partiendo el corazon!—exclamó Simon, por cuyas mejillas corrian abundantes lágrimas.

—No callo, Simon, que he confesado, y quiero morir como cristiano, no me lo impidas, pues lo eres. Señores, he calumniado á Agueda, esa inocente, ¡la he desacreditado!... con el fin de que no se casara con mi hijo, porque era pobre, que el demonio me tenia cogido por la codicia. La difamacion fué pública; y pública ha de ser la satisfaccion. Lo que es á tí, Simon...

—¡Calle V., señor, calle V. por Dios!—volvió á repetir Simon, que notó lo fatigado que estaba el enfermo:—ya ha hecho su mercé mas que cumplir como cristiano.

—No, Simon, no. La puerta del cielo está cerrada al pecador; el al-dabon es el arrepentimiento. Lo tengo asido, déjame que golpee, para que me oigan los hombres y rueguen por mí, y me oiga Dios y me acoja.

Habian llegado en esto la tia Ana y Agueda, á quienes fueron á requerir, y se mantenian en pié cerca de la puerta, guiada la pobre ciega por la enferma, apoyada la pobre enferma sobre la ciega.

El reconciliado fijaba con dolor sus miradas sobre aquellas tres personas á quienes habia un año no veia, y que tan trastornadas por los sufrimientos hallaba. Al ver las canas de Simon y su ropa destrozada y calada por el temporal; al ver los ojos, antes de tan dulce y grave mirar, de la anciana, muertos y cubiertos por sus cerrados párpados como por una losa; al ver á Agueda, aquella bella y fresca flor, caída y ajada... corrosivas lágrimas brotaban de sus moribundos ojos.

—¡Esta es mi obra! murmuraba, ¡por enemistad!... ¡por codicia!...

¡ por no cejar á tiempo en la mala senda !.... Y si no hubiese sido por mis maldades , hubiéramos vivido todos felices..... y en gracia de Dios. Porque sépanlo todos: yo he sido el primero que he tenido la vida mas amarga que la retama. Perdí la paz de mi alma, el alimento no me sabia, ni mi sueño era dulce. No tuve amigos , sino lavadores de cara... ¡ qué bien los distingue el corazon! Me enagené el cariño de mi hijo...

—¡ Señor padre , no digais eso por Dios! exclamó Julian ; si os he faltado, perdonadme.

—No me has faltado, no, hijo del alma. Pero tambien distingue el corazon entre el cariño obligado y el voluntario. ¡ Hijo!—prosiguió el Alcalde con vehemente emocion,—ya que vivo no me pudiste querer, quíereme muerto, y atiende á mi último consejo. ¡ No abrigues nunca enemistad alguna !

El moribundo se habia inclinado con sus últimas fuerzas hácia su hijo , en cuyos brazos cayó con un síncope.

Al cabo de algun tiempo, y merced á los ausilios que le fueron prodigados , abrió sus amortiguados ojos , y fijándolos en el cura, murmuró:

—¡ Esta es la agonía !.... ¡ esta es la muerte !

—¡ Miradla cara á cara y con tranquilidad! repuso el sacerdote; resignado á la expiacion , confiado en la salvacion. ¿ Teneis algo que disponer ?

El moribundo hizo una débil seña á Agueda y á su hijo, que se acercaron sollozando. Quiso juntar sus manos, pero no pudo ; y miró al cura, que comprendió su deseo , y las puso unidas en las yertas del agonizante, que murmuró en entrecortadas palabras:

—¡ Hijos míos ! sed felices..... ¡ yo os bendigo!.... Julian, Simon es desde hoy tu padre..... y todos vosotros..... sois buenos.... rogad por mí..... pecador..... pero..... por la gracia de Dios..... ¡ arrepentido !

EPILOGO.

Año y medio despues de la muerte del Alcalde, el tiempo habia pasado su suave esponja sobre los anteriores tristes cuadros, y la vida variable habia dibujado otros muy distintos en la existencia de las personas de que nos venimos ocupando.

Era la tarde de un domingo. Debajo de nuestro antiguo amigo el emparrado,—que aquel año, para seguir la moda, habia vestido en

lugar de su traje de tafetan verde uno de tisú, al que ponía el otoño trama de oro,—estaba la buena anciana. A su lado se hallaba Mariquilla Albóndiga, que se había hecho una moza de cántaro, la más típica de esta denominación; por lo cual estaba á la sazón trocado su nombre de niña en el de Maricota. Su madre había visto con dolor reventar en su bien medrado cuerpo las cinturas, espaldas y mangas de sus vestidos, sus enaguas más talares trocarse á poco en boleras, y la había oído quejarse cada quince días de que le apretaban los zapatos. Reemplazaba ahora á Agueda en la asistencia de su abuela.

Como no sabía contar sino hasta diez, hallábase en este momento apurada, porque no sabía el cómo contestar á su abuela, que le preguntaba por el número de racimos que en la parra sobre sus cabezas colgaban como nuevas espadas de Damocles, el número de naranjas que, como estrellas, salpicaban la sombría copa de los naranjos, el número de pájaros que cantaban, la multitud de pollos que piaban, y la cantidad de nietos que chillaban.

—Madre, se pierde la cuenta... y de todo sobra más de la mitad—contestó Simon Verde, que envigorizado y erguido, y con su cara alegre de antes, llegó trayendo una brazada de la consabida robusta hortaliza.—Maricota, tú has crecido como el río cuando hay arriada, mucho y aprisa, pero en cuanto á las luces del entendimiento, no te las han despavilado los años. ¡Mire V., no saber contar! No saber contar es como no saber andar. Deja esas naranjas, que están verdes, lambrucia, y en tu vida comas fruta hasta que la coman los soldados.

Apareció entonces debajo del emparrado una muger joven, lozana, que resplandecía de salud y de alegría. Tenía puesto un vestido de lino con faralaes, y por viso pomposas enaguas almidonadas. Traía sobre la cabeza un hermoso pañolón de espumilla de Manila, color de yema de huevo, cuyos flecos le arrastraban hasta los pies; calzaba bien, y traía un clavel encarnado en la cabeza. Llevaba en los brazos con una soltura, como si jamás hubiese hecho otra cosa, una criatura recién nacida, que lucía una envoltura de tul de ilusión, con sus encajes de algodón y su viso de seda, aunque de un rosa pariente demasiado cercano del encarnado, su capillito con encaje para dos, y su brevetin de raso blanco y plata. Seguía un joven airoso y bien parecido, con su rica capa de paño azul y vueltas de terciopelo carmesí.

—¡Agueda, hija, ya has salido á la calle! exclamó Simon Verde cuando la vió.

—Esta mañana fui á misa de parida, padre. Y no había de salir sin

traerle á mi madre Ana á mi niña. Madre abuela—prosiguió poniendo á la criatura en brazos de la anciana;—aquí tiene V. á mi hija. Es un lucero, un sol, un serafin.

Brillaba en sus bellos ojos la santa alegría de madre, y en sus mejillas se dibujaban mas encantadores que nunca, los dos hoyuelos que habian vuelto á su rostro con su lozanía.

—¡Lo que pesa! se diria que tiene tres meses, dijo la pobre ciega, que hacia el solo elogio que podia hacer de su biznieta. ¡Dios la bendiga! añadió. ¿Y cómo se llama?

—Ana.

—Hija, ese es nombre de abuela.

—¡Pues por lo mismo! para que llegue á serlo, y tenga nietos que la quieran tanto como la quieren á V. los suyos.

—Julian, dijo Simon, ¿por qué has consentido que salga esa niña á la calle á los ocho dias de parida? eso es un *gitanerío*.

—Pae Simon, porque mientras viva yo, no ha de hacer Agueda mas que su gusto.

—¿Esas tenemos? Pero mira, hombre, dices bien, al fin y á la por partida hacen las que se visten por la cabeza lo que en ellas se les mete. Conque así, en dejándolas, se quita uno de predicar en desierto. Oye, ¿y tú, *Mi niño*, por qué no entras?—prosiguió Simon dirigiéndose á éste, que habia venido con Julian, y se habia quedado afuera del emparrado.—No seas corto en tu vida, sino para dar.

—Es que viene á pedir, dijo Julian, y me trae á mí de padrino.

—¿Pedir? no será ni carne ni pesó... que le sobran, dijo Simon.

—Pues ambas cosas son, repuso Julian soltando la risa, pues viene á pedir á Maricota, que como no tiene padre, toca pedírsela á V.

—*Mi niño*, dijo Simon, si otra hija tuviera te la diera, porque te estimo. Pero como con una hija no se pueden tener dos yernos, no hay que hablar de eso. En cuanto á Maricota, aunque parece melliza de la Torre del Oro, en lo fornida, está naciendo ahora, y tú, *Mi niño*, eres talludito. ¿Cuántos años tienes?

Mi niño se rascó la oreja y no contestó.

—¡Capaz eres de no saberlo! Porque tú, *Mi niño*, eres de lo mas cerrado de sentido que se vé, perdona la franqueza, que no lo digo por ofenderte.

—Voy á preguntárselo á mi madre, dijo el pretendiente dando algunas zancajadas en retirada.

—Aguarda, aguarda, que yo lo sabré, le gritó Simon Verde. Cuan-

do el percance primero que me puso en manos de la justicia, tenias tú veinte y cuatro años, porque en aquel sorteo ya no entraste en quinta. Mariquilla Albóndiga tenia entonces siete, y mi Aguedilla trece. De esto hay nueve años; por manera que tienes ahora la edad de Cristo, y Maricota tiene diez y seis; eso está *esproporcionado*. Para trabajar estás en la flor, pero para novio de Maricota eres viejo, *Mi niño*.

Mi niño, que nunca habia pensado en su edad, se quedó tan asombrado de hallarse viejo, y tan hecho estátua, que en su abierta boca se coló una abispa.

—Anda, *Mi niño*, prosiguió Simon Verde, cástate con una viuda, que es lo que te pega, que quien adama á la viuda, la vida tiene segura. A mí no me entras por el ojo.

—¿Y quién es quien se vá á casar, V. ó la novia que él pide? senó desde lo interior de la casa una voz recia y clara.

—¡Vaya con la niña! que estaba escondida, pero con mas oidos que una liebre, exclamó Simon Verde. ¿Conque están Vds. en un sentir? ¿Lo que quiere decir que la pehecilla estaba enamorada? ¡Habrás visto! ¡y yo que nada sabia! Dice el refran, «que por mas que te afañes, no has de saber de tu casa los desmanes.»

—Padre, dijo Agueda riéndose, debiera V. haber caido, porque *Mi niño*, desde que la quiere, está mas en bábia que nunca, y ella está tan en Belen, que se le vá á olvidar hasta el modo de andar.

—Verdad es que deberia haber caido, dijo Simon Verde riéndose. Pero es por aquello de que en el barrio de Santa Justa, Dios los cria y ellos se juntan. Tambien recuerdo que oia de noche, como entre sueños, una voz como del cañon gordo del órgano de la iglesia, que cantaba siempre la misma copla:

¿La muger chiquitita
para qué es buena?
Para echarla en la olla
por berengena.

¿Quién se habia de figurar que venia eso *dirigto* á la zarangullona de Maricota, que se come las naranjas verdes? Pero para que lo sepas, te advierto, *Mi niño*, que Maricota no tiené mas que lo encapillado, y para eso las naguas le están cortas, y el monillo ajustado.

—De eso no se cuida V., *Pae* Simon, dijo Julian, que es cuenta de Agueda, que será la madrina de la novia, puesto que yo soy el padrino del novio.

— ¡Pues á ello, y sin tomar resuello! *Mi niño*, cástate.

¡Cástate!... y tendrás muger;
 si bonita, que guardar;
 si fea, que aborrecer;
 si rica, que contemplar;
 si pobre, que mantener.
 ¡Cástate!... y tendrás muger.

Y ten presente que dice el refran: «dos dias buenos las mugeres dan; el que al tálamo vienen y el que á la tumba se van; y atiende á que, el hombre de vista larga, por temor de la cruz, perdona la palma.

—Padre, ¿vá V. á descorazonar al novio? dijo Agueda.

— ¡Descorazonar á un novio! fácil era. ¡Mas fácil seria hacer una raya en el agua! Conque... Maricota, ¿le doy el sí á *Mi niño*? responde.

Esta vez, la voz como la persona permanecieron ausentes.

— ¡Vaya con la niña, que no quiere responder! gruñó Simon.

—Padre, dijo alegremente Agueda, como vá V. para viejo, se vá haciendo gruñon, y se le ha olvidado que el *sí* no se dá sino en la reja.

— ¿Regañon tu padre? ¿qué estás diciendo, muger? exclamó Julian. ¡Pues si es como el sol de Mayo, que no hace mas que reirse!

— ¿Y sabeis por qué, vosotros? repuso Simon Verde. Pues el refran lo dice: «¿Por qué no riñe tu amo?—Señor, porque no es casado.» Pero sábete tú, Aguedilla, que no seria estraño que lo hiciese, pues el hombre, cuando es chico, es como el gallo, cantando; cuando es mayor, como el borrico, trabajando, y cuando es viejo, como el cochino, gruñendo. Pero ante todas cosas, ¿qué dice V., madre?

—Digo, contestó ésta, que queria bien á *Mi niño*; que Joaquin se merece cualquier cosa por su juicio; que mas vale onza de juicio que quintal de talento. Digo que Dios los haga bien casados; digo que ayer un bautizo y mañana una boda. ¡Qué mas me queda que decir, sino que bendito y alabado y reverenciado sea el Señor, que mejora sus horas!

Y nosotros añadiremos: ¡benditas sean, y dichosas son aquellas almas que pasan por las pruebas de esta vida, llevando por báculo y guia los sentimientos que infunde la ley de Cristo, y las reglas que prescribe su católica Iglesia!

FIN.

MAS HONOR QUE HONORES.

CUADRO DE COSTUMBRES

POR

FERNAN CABALLERO.

MAS HONOR QUE HONORES.

CAPITULO I.

La moral no se prescribe a los pueblos; se les inspira.

FALLONNET.

«El estilo es el hombre,» ha dicho Buffon. Nosotros añadiremos: el lenguaje es el pueblo.

«La Presse.»—ANÓNIMO.

El mundo es una comedia para el hombre que piensa, una tragedia para el que siente.

HORACIO WALPOOL.

La naturaleza de la sierra es vistosa y accidentada; su vejetacion rica y variada. Allí no cansa la monotonía, ni aburre la uniformidad. Lo agreste conserva aun por partes toda su independecia y su pujanza, á pesar del invadiente cultivo, que con su arado y sus domados toros, vá usurpándole su dominio, vá guiando el crecimiento de sus pinos, domando sus cerriles potros con frenos, y las aguas de sus arroyos con azudes, y arrancando á los alcornoques,—esos San Bartolomé's vejetales, mártires de la industria,—su corteza. Así, pues, alternan lo cultivado y lo silvestre, lo llano y lo escabroso, lo ameno y lo agreste, de la manera mas brusca, sorprendente y pintoresca. Aquí se encumbra entre breñas una noble encina (1) rodeada de sus plebeyas parientas, las encogidas y frondías carrascas, á poca distancia de un elegante y pulcro arroyo, que galante besa los pies á un melancólico sauce, cuyas finas y lánguidas ramas degustan sus aguas, y as-

(1) La encina de la sierra *Quercus bellota*, no es la encina de los poetas. Es oriunda del Atlas, y traída á España por los moros, que la aclimataron en las provincias que conquistaron.
—FEE.—*Estudios filosóficos, etc.*

piran el ténue perfume de las adelfas, que por gala trae consigo el puro y alegre hijo de las montañas. A un verde campo de bien disciplinadas espigas sirven de testero las rocas grises de un risco, que despide toda vejetacion, como el cínico toda clase de pudor.

La senda que sigue el viajero, tan pronto le lleva á deslizarse con ella por entre altos y magestuosos árboles entretregidos de zarzas y de enredaderas, costeano un valle, que sirve de ancho tálamo á un arroyo en sus desposorios con las flores, mientras un coro completo de alados vates cantan un epitalamio en diversos tonos, de manera que podria el viajero creerse vagando por el mas aristocrático y cuidado parque Real. De pronto esta senda se angosta, se endurece, y trepa por la árida pendiente de un monte escueto y romo, y entonces, sin esfuerzo, puede hacerle la imaginacion triste peregrino de un desierto desnudo y silencioso. La cumbre de este monte rara vez brinda,—como compensacion al cansancio que produce—una bella perspectiva. Por lo regular sus horizontes son cortos; y otros montes semejantes á él, se interponen por todos lados como pantallas ante la lontananza, ese gran anhelo de la vista y del alma.

Mas hay un lazo de fraternidad entre estas varias y contrapuestas naturalezas, el cual ama y se apega así á las peñas, como á los árboles; así al monte seco, como á la húmeda cañada; así á la solitaria breña, como á las activas habitaciones de los hombres: es la yedra, la mas fresca y lozana hija de aquella fecunda region. Ella á todo se apega, á todo se arraiga, con la gracia y benevolencia de la juventud, con la fuerza y constancia de la edad madura. Se ha constituido *La Marta* y el oficioso *Tu autem* de su comarca: adorna lo desnudo como un tapicero; tupe los vacíos como un albañil; aplica sobre las rocas guirnaldas en relieve, como un escultor; abriga á las pobres dolientes ruinas, como una Hermana de la Caridad; pone al árbol muerto, que fué su amigo, una verde mortaja; y prendiéndose de una en otra rama de los árboles, por entre las cuales pasa la senda del hombre, forma arcos, cual si quisiese honrarle como á Rey de todo lo creado. Es, en fin, la yedra de los montes, con sus profusas y pequeñas hojas, sus espesos y vistosos ramilletes, el lujo y compostura de la sierra: fórmale sus moños, sus faraláes, sus bordados y sus perifollos. Es, por último, su rico aderezo de esmeraldas, que no aja el calor, que no descolora la humedad, que no marchita el sol, y que no deslustra el tiempo.

Véase una mañana descender por una cuesta pedregosa, á un

grupo que caminaba á paso lento y compasado. Componíase de tres hombres cubiertos con sus capas, las cuales,—como en las ocasiones solemnes,—pendían á ambos lados como ropas talares. Precedíales un mulo, sobre el que estaba colocado un pequeño féretro blanco y celeste, cubierto de flores. Los tres hombres callaban; y el silencio no era interrumpido sino por la suave queja de un arroyo, que con ellos bajaba la cuesta, como si acompañase en la última jornada á un hermanito suyo, cuya vida hubiese parado el hielo de un anticipado invierno; por el melancólico suspiro que exhalaba la brisa al ver finada una vida, que había sido un soplo cual ella; por el divino trino que de cuando en cuando lanzaba el ruiseñor, como un desahogo de su armonioso corazón, y por el ruido de la compasada y uniforme pisada del mulo, que parecía el de la péndola de un reloj, que abreviase á la vez el tiempo y la distancia.

Llegado que hubieron al próximo pueblo, que era la Higuera, se encaminaron al Campo-santo, bien denominado así, pues en éste, como en los templos, la Iglesia nos acoje, nos hace iguales, y nos bendice.

Los hombres abrieron un hoyo en la tierra: en él depositaron el féretro blanco y celeste que contenía el pequeño cadáver, ángel dormido, al que Dios concedía el descanso sin el cansancio, mientras las campanas de la vecina iglesia repicaban al favorecido de Dios la enhorabuena.

Cuando cayó la primera paletada de tierra sobre la caja, produjo un sonido hueco y sordo, cual si la rechazase, el que fué acompañado por un gemido, que exhaló aquel de los tres hombres que había quedado algo apartado, retorciendo entre sus manos el sombrero que se había quitado por respeto al lugar sagrado, donde dejaba al solo hijo que había sobrevivido á dos hijos mayores, que había perdido recientemente.

El adios es siempre una triste fórmula; pero en el Campo-santo es donde se convierte en una solemne verdad.

Después de concluir su tarea con ese respeto, ese decoro, esa solemnidad con que se trata en España á los muertos, volviéronse callados los tres hombres, llevando su dueño al mulo del diestro. Pero una vez al pié de la cuesta, dijo el mas anciano de los tres al padre del niño enterrado:

—Vamos, Juan, súbete.

El interpelado hizo con la cabeza una señal negativa.

—¿No quieres?—prosiguió el anciano, que era un arriero jovial y locuaz.—Pues déjalo estar, que lo que tú no quieras, otro lo querrá. Me subiré yo; pues has de saber que:

Para cuestras arriba
 Quiero mi mulo,
 Que las cuestras abajo....
 Yo me las subo.

Llegaron, pues, precedidos del arriero en su mulo á Valdeflores, pobre y pequeña aldea, que no tiene de bonito mas que su nombre, y que se halla colocada como una batea en un llano, situado entre dos suaves pendientes con arbolado. Por la una sube el camino que lleva á Aracena, y por la otra baja la que conduce á la Higuera.

La casa en que entraron era, como el corto número de las que componian la aldea, construida con muros de piedra, sin mezcla que las uniese, ni revoque que las cubriese, y cobijada con un techo de aneas. El interior lo formaba, como las granjas del Norte, una sola y vasta pieza; en el testero habia un hogar para fuego de leña, que servia de cocina, de éstrado y de comedor. A ambos lados del fogon habia unas divisiones hechas con tabiques, que servian de dormitorios y de graneros. En la parte opuesta habia pesebres para las bestias, saltaderos para las gallinas, y paja fresca para comodidad de los animales, que en el campo son tan constantes y bienhechores compañeros del hombre, ¡el que tan ingrato es para ellos!

—Ea, ea, entrad;—les gritó al verlos venir, una muger viva y dispuesta que estaba aguardándoles en la grande y siempre abierta puerta de la casa.—¿No veis que está lloviendo, y que os vais á mojar las capas buenas?

—Esto no es,—repuso el arriero, que se llamaba el tio Bastian,—sino un mata-polvo, unas gotas.

—Sí; pero cada gota trae un cubo de agua; ¿no vé V. el cielo cómo se ha puesto; qué prevenido?

—Pues todo es apariencia, y no mas. Hasta que no briegue el tiempo, no llueve. ¡Y buena falta que hace! Pero á Dios,—que todo lo tiene en la memoria,—se le ha olvidado el agua.

—¡Ande V., ande V.! dijo la muger. La comida está guisada cuanto há, y se vá á pegar. Juan,—prosiguió dirigiéndose al padre del niño, que era su cuñado.—Estefanía está que el demonio que la aguante.

Acaba un llanto, y empieza otro, como Ave-Marías de rosario. ¡Anda, hombre, dale cuatro gritos, para que se suma esas lágrimas, que ofenden á Dios!

El marido entró en el dormitorio; el tio Bastian fué á llevar su mulo al pesebre, y Maria Josefa, que era la muger que habia hablado, despues de quitar y doblar la capa de su marido, que era el tercero de los hombres que habia entrado, se puso á cubrir la mesa con un rústico banquete, segun lo requerian las circunstancias y establece la costumbre, en obsequio y señal de gratitud á las personas que acompañan y honran con su presencia á vivos y muertos.

Consistia este banquete en una olla guisada con carne de macho cabrío,—que no es mala en la sierra,—morcilla, tocino y legumbres. Agregábase á esta olla un plato de aceitunas, otro de masa frita enmelada, y un jarro de vino.

—Por fin,—dijo María Josefa, despues que estuvieron reunidos,—á todos los he podido acarrear menos al tio Bastian, que en poniéndose en conversacion con sus mulos, se endiosa.

—¿No sabes tú, María Josefa, tú que sabes mas que la cartilla,—dijo el zumbon anciano, despues de haberse sentado á la mesa y per-signado;—¿no sabes que los arrieros siempre llegan tarde? ¿y la razon? Pues yo te la diré:—Un dia que daba su Divina Magestad audiencia, llegaron los clérigos y le pidieron buena vida, y el Señor se la concedió. Llegaron entonces los frailes, y se la pidieron tambien; pero el Señor les dijo que llegaban tarde; que ya esa gracia se la habia concedido á otros. Pidieron entonces buena muerte, y el Señor se la otorgó.—En esto llegaron los arrieros, y le pidieron al Señor buena vida.—Llegais tarde, dijo entonces el amo.—¡Pues buena muerte, Señor!—Llegais tarde, dijo el Señor; está ya eso pedido y concedido.—Desde entonces los arrieros ni tienen buena vida, ni tienen buena muerte, y llegan siempre tarde. Estefanía,—añadió dirigiéndose á la madre del niño que habian enterrado,—come, muger, que estómago vacío no consuela corazon. ¡Si tanto llorases tus culpas como lloras la muerte de un ángel, á fé que te habias de salvar, muger!

—¡Mi niño! exclamó la pobre madre, que cuando lo parí, parecia una flor. V., tio Bastian, que tiene á su nieto—que nació cuando nació mi niño—tan saludable, no sabe lo que es cuando al árbol le arrancan su fior.

—El ángel de su guarda se llevó esa flor á otros vergeles, en los que ni la secará el sol, ni la quemará la escarcha. Si el tuyo hubiese hecho

lo propio contigo cuando naciste, no habias de haber pasado tantos trabajos, ni llorado tantas lágrimas.

—¡Verdad es, tío Bastian!

—Pues entonces.... ¿á qué estás ahí hipando, criatura? ¿A qué es esa rienda suelta á tu sentir? Eso no te está bien á tí, que eres mansa, y no eres capaz de decir zape al gato.

—Es, repuso la pobre madre, que si yo no hubiese dado aquellas sopas á mi niño, mi niño no se me hubiese muerto; ¡las sopas me le mataron!

—¡Calla, calla, muger! dijo el tío Bastian. ¿Y los que se mueren sin comer sopas? ¡Que siempre se haya de disculpar la muerte! Así es que se cuenta que la muerte no lo quiso ser; y le dijo clarito á su Divina Magestad, que la dispensara del cargo, que no le daba gana de cumplirlo.—¿Y por qué? la preguntó el Padre Eterno.—Porque me van á aborrecer, Señor, y á llamarme tirana.—Descuida, le dijo el Señor, que te prometo que siempre serás disculpada.—Y ya lo ves, á la vista está: esta vez son las sopas; otras veces son los médicos. El asunto es, que se nos figura que la muerte no puede entrar sin que se le abra la puerta. María Josefa, muger, no me des mas calabaza; que el que la come se queda tres dias sin sangre; dame pan, que el pan y los piés sostienen al hombre.

—Juan,—prosiguió el arriero dirigiéndose á éste,—¿sabes que le hablé á tu amo por ver si queria ayudarte? Le dije de aquesta manera; Señor D. José, no hay hombre sin hombre. Bien podia su mercé darle la mano al pobre de Juan Martin, que es un hombre de los buenos, y un trabajador de los de punta; al que manda Dios mas plagas que á Egipto, porque en su casa se arrellanó la necesidad. El mulo que tenia se le murió de un torozon; la muger ha estado si las lía ó no las lía en su última ocasion; sus dos hijos mayores se le han muerto de viruelas, y por último, ha estado tres meses parado por haberse quebrado un brazo, al estar apagando el fuego en la hacienda de su mercé.

—Verdad es que he sido desdichado, dijo Juan Martin; todo se me ha torcido. Pero ¡cómo ha de ser!—prosiguió el escelente hombre, dirigiéndose á su muger que sollozaba,—mas padeció Job, que tuvo una mala muger. Ten presente, Estefanía, que todos los dias decimos á Dios en el Padre nuestro: CÚMPLASE TU VOLUNTAD.

¡CÚMPLASE TU VOLUNTAD! En estas sucintas palabras que decia Juan Martin, está magníficamente resumido cuanto sobre resignacion,

mansedumbre y humildad se ha dicho y escrito. ¡Oh sencillez sublime de nuestra doctrina cristiana!

—Pero ¿qué respondió D. José? preguntó María Josefa.

—¿Qué respondió? *Nda.* Me volvió las espaldas, y me dejó con la cara llena de frente. Pero yo no me quedé con el entripado en el cuerpo, sino que le dije:—¡caracoles, señor, que si fuese V. sol, no habia de alumbrar á nadie!—Aquello le sonó á campana cascada; y volviéndose á mí, me dijo con aquella voz que tiene, que parece que está hueco: ¡eso es decirme que soy un avariento!—No digo que lo sea su mercé, le respondí, sino que lo parece; y en Portugal he oido yo un refran que dice: que el que se viste de la piel del lobo, no estrañe que por lobo le tengan.

—¡Ay, y cómo se pondria! exclamó María Josefa; porque ese miserable, que es capaz de echarle llave al agua del pozo, tiene la vanidad por arrobos.

—¡Como que tiene *peso*, (1) y es un Usía muy considerable! opinó el hermano de Juan Martin.

—¡Qué habia de ser! repuso el tio Bastian. Pues qué, ¿si fuera un Usía de los *littimos*, habia de tener esos vientos, ni gastar ese *ipotismo*? Yo, que tengo mas navidades que quiero, sé quién es esa gente: son ricos de poco tiempo, le vantados del polvo de la tierra. Mi padre, —¡en descanso esté su alma!—conoció en sus mocedades al abuelo de éste, que llegó aquí de la montaña, de pata mondada. Le sopló la *indina* de la fortuna, le parió la marrana, y le salieron los pegujares á veinte. Cuando éste de ahora se halló con los dineros de la herencia, se casó con un *desavio*; pero si ella era negra, las pesetas eran blancas. Entonces dijo, que como era montañés le correspondia el Don; y se lo plantó delante con el salero del mundo. Y cata ahí por qué en el pueblo le pusieron por apodo DON JOSÉ PRIMERO, como se apellidó el rey que trajeron y se volvieron á llevar en sus mochilas los franceses de antaño.

—¡Vaya! observó María Josefa; por eso dice la copla:

Tienen los montañeses
En la cabeza,
Metidos los papeles
De su nobleza.

(1) Dñero.

—¿Y es verdad, tío Bastian, que todos sean nobles?

—¡Qué habian de ser! contestó el interrogado. ¡Como tú y como yo, que somos bien nacidos, y limpios de sangre, á Dios gracias! Que todos no podemos ser ricos y nobles; así como todos no pueden ser sanos, gordos y buenos mozos. En el mundo ha de haber de todo; y siempre ha habido pobres y ricos; y al que lo es, buen provecho le haga; y al que Dios se la dió, San Pedro se lo bendiga. Mira tú que

Hasta la leña del monte
Tiene su separacion:
Una sirve para santos,
Y otra para hacer carbon.

A los ricos y nobles *ligttimos* les viene de casta. Porque han de saber VV., que los apóstoles le pidieron un dia licencia al Señor para llevarle á sus hijos, y el Señor se la concedió. Presentáronle, pues, los mayores y mas vestiditos, y el Señor los vió y los regaló; lo que sabido por los hermanillos menores y desnudos, tambien quisieron ir. Volvieron los apóstoles con esta peticion al Señor; pero el Señor les respondió:—No, quédense esos para servir á los otros.—Y ahí teneis, por qué nacen unos para servir, y otros para ser servidos. Y para volver á lo que platicábamos, yo te diré por qué están los papelones de los montañeses,—y hablo de aquellos que pertenecen, como tú y yo, á los hijos desnudos de los apóstoles,—tan encalabrinados en que son nobles. Cuando fué el rey de España á aquellas montañas, creyeron aquellos rudos que seria el mas repulido saludo, y la mas remontada venera que á su Real Magestad le pudieran hacer, el echarse al suelo boca abajo; y asina lo hicieron. Al ver aquella barbaridad, el rey se echó á reir, y les dijo: *levantáos, galgos!* Pero ellos entendieron que les habia dicho su Real Magestad: *levantáos, hidalgos;* y desde entonces están muy en sí en que lo son.

—Y así tiene ese D. José I, los humos mas remontados que un infante de España,—esclamó con rabia María Josefa,—la echa de fino, y es mas basto que un rimero de loza de Triana; mas áspero es que un níspero verde, y tan miserable, que no es capaz de dar á un infeliz, por necesitado que lo vea, sino lo que dá el pobre á su perro: luz y puerta.

—¡Echa por esa boca! le dijo su marido: el diablo anda haciendo leña en el tajonal, cuando tú no te estrenas. En diciendo *¡allá voy!* esa que

tienes tan suelta.... ¡Dios nos la depare buena! Y has de saber, que la lengua, aunque no tiene huesos, los quiebra.

—¡Caramba contigo! repuso su muger; ¡que estás siempre mas callado que un arencon, y no te se ofrece hablar sino para echarme los treinta dineros! ¡Pues eso faltaba! de eso no ha de haber nada. Ni tú, ni el lucero del alba me ponen á mí el pié en el pescuezo.

—Geromo, dijo el arriero al marido, á los hombres sesudos, las palabras de las mugeres por un oido les entran y por otro les salen.

—No señor, contestó el cachazudo Geromo; no les salen, porque por ninguno les entran.

—Y tú, María Josefa, prosiguió el tio Bastian, si quieres vivir feliz y bien casada, acuérdate que dice la copla:

Unta el eje, Juanillo,
Que chilla el carro;
Que hasta los insensibles
Gustan de halagos.

—¡Vaya! dijo ella; que está V. hoy como su santo, todo lleno de saetas.

Algo tiene María Josefa contra D. José cosido por dentro; pensó el sagaz anciano.

El tio Bastian habia acertado. María Josefa se hallaba indignada contra D. José I, y para aclarar lo subsiguiente, es preciso dar al lector conocimiento de la causa de esta indignacion.

CAPITULO II.

Habia tres meses que María Josefa,—que solia ir á ayudar á las matanzas en casa del pudiente D. José Sanchez, conocido por Don José I,—habia sido llamada por este señor á su despacho. Cerrado que hubo la puerta, le preguntó, en vista de que estaba recién parida, que si queria hacerse cargo de la crianza de un niño, mediante la retribucion de seis duros mensuales. María Josefa, que era robusta y tambien amiga de agenciar para su casa, admitió desde luego la proposicion; y pocos dias despues, en una noche oscura, llegó un hombre á su puerta, y sin entrar, le entregó un niño, diciéndole que se llamaba Gabriel. Por tres meses le habia criado, recibiendo puntualmente su

retribucion; pero pocos dias antes, al ir á Aracena á cobrar el cuarto. D. José I se habia negado á satisfacerlo, alegando que los fondos que para el efecto le habian sido entregados, se habian concluido; que no habiéndole librado otros, levantaba la mano en la crianza de ese niño, y que le llevase á la Inclusa, ó hiciese de él lo que le pareciese. Fácil es de figurarse la tempestad que levantaron estas palabras en el ánimo de María Josefa, que era viva y vehemente, y la lucha que originaron en ella su amor de nodriza á la infeliz desvalida criatura, y su carácter interesado, porque no era solo el seguir por el momento la doble crianza, (mas penosa á medida que las criaturas fuesen creciendo) sino que concluida ésta, se veía con la carga de otro hijo mas, sin retribucion alguna: esto era muy duro para pobres. Pero, por otro lado, ¿cómo abandonar al angelito que en su falda se sonreía? Esto no podia ni aun imaginarlo, cuanto menos hacerlo, una muger del pueblo y del campo. A este mismo tiempo fué cuando el hijo de su cuñada murió, y María Josefa formó el proyecto que la veremos poner en planta á los postres de la comida, en que dejamos reunidos á los que actúan en este relato.

—No atino,—dijo el tio Bastian á María Josefa,—por qué te subes asina á mayores contra D. José I; porque siendo tú muy pluma, y sabiendo sacar agua de donde no hay *manantial*, tienes las voces—con achaque del niño que estás criando,—de tenerle sangrado de la mano derecha; de lo que todos se hacen cruces.

—Eso es muchísima mentira, exclamó la interpelada. ¡Vaya, que la mentira anda barata! No me ha dado en su vida ese estreñido sino lo convenido. ¡Si ese falso testimonio debia ahogar á quien lo levanta!...

—Vamos, vamos; ¿y qué mal habria en eso? Ello es que tu hacienda vá creciendo como el arroz.

—¿Creciendo? ¡sí! así vá creciendo como rabo de mona. Lo que es, que me lo sé agenciar. Y sepa V., tio Bastian, que cuando me casé, me trajo mi marido una trampa de treinta duros, que fué lo que le costó la boda, y despues tuve yo que ayunar la boda; pero al año no le debia yo sino el alma á Dios.

—Eso fué el milagro de Mahoma, que lo pusieron al sol, y se quedó á la sombra: porque en aquel entonces vivias y comias con tu madre, y ¿quién te hizo rico? ¿quién te mantuvo el pico?

—Para que vea V.,—prosiguió María Josefa,—los muchos bienes que se me han entrado con el niño por las puertas, sepa V. que se lo quiero entregar á Estefanía, porque yo ya no le puedo criar, que lo pade-

ce mi niña y yo, puesto que van siendo grandes, y entre los dos me van *destuetanando*. (1) Le he dicho que es cosa de perjuicio quitarse la leche de *sopeton*; (2) de eso murió Gertrudis la del molino. Esa conveniencia os hallais: ¿qué dices, Juan?

—Por mí, repuso éste, que haga Estefanía lo que le plazca; solo quiero advertirle, que dice el refran, «que brasa trae en el seno el que cria hijo ageno.»

—¡Vaya!—esclamó María Josefa, —¿todavía te haces de pencas, cuando es un favor que os hago?

—Si se ahorcó el judío, cuenta le tuvo, murmuró entre dientes el tio Bastian.

—Pero diga V.,—preguntó á éste María Josefa,—diga V., tio Bastian, V que sabe mas que un soldado viejo, ¿no ha podido V. esclarecer de quién es ese niño?

—A tí te parece que sé mucho; pues hija, no te quedas tú en zagas, y asina

¿Qué quieres que te diga,
María Josefa;
qué quieres que te diga
que tú no sepas?

—Pues no lo sé; ahí verá V. Mis chinitas le he echado á D. José, como quien no quiere la cosa. Pero nada le he podido sacar á aquel marrullero, que tiene mas conchas que un galápago; y no era cosa de meterle los dedos y sacarle la raiz. Mas.... como V. parece que lloró en el vientre de su madre,—en vista de que lo que no sabe lo acierta,—estoy para mí que lo sabe, y no se quiere desabrochar.

—Pues no lo sé; ¡otral! Eso ni se sabe, ni se sabrá.

—Se engaña V., tio Bastian, porque la GRACIA DE DIOS (3) ha de salir siempre, mas que la quieran ocultar en los centros mas hondos de la tierra.

—Pues entonces,—repuso el arriero,—de nuevas no cnrédes, que hacerse han viejas, y saberlas hédes; y no escudrifies mas; que, ni ojo en casa, ni mano en arca. Pero tú que sabes mas que todas las cu-lebras,—añadió el anciano con marcada intencion,—inclusa la que de

(1) *Destuetanar*, quitar el tuétano ó la sustancia.

(N. del E.)

(2) De súbito, repentinamente.

(3) La verdad.

contrabando se coló en el Paraiso, te lleva la trampa por no poder averiguar lo que saber quieres y tienes sarna de curiosidad.

—V. se ha empeñado hoy en atufarme, tío Bastian,—dijo María Josefa;—pero se queda V. como el que quiere y no puede: ¿está V.? Porque á mí no me quema maş que la candela y el agua rás.

—¡Ay!—esclamó de repente Estefanía,—que con mi pena me se habia olvidado de llevarle la comida al tío Matías. María Josefa, dame esa cuchara.

—Esta fué á coger la cuchara de boj que le pedian, y se le cayó de las manos.

—¡Vaya! esclamó, ¿quién me estará mentando?

—*Mal cogido*, contestó el tío Bastian. ¡Candela!—añadió viendo á Estefanía llenar el plato—¡candela, y lo que sacas! Por lo visto, es el tío Limosna como el buey Limon: cortito de paso, y largo de esporton.

—Señor,—contestó la escelente muger,—no todos los dias se guisa olla en mi casa.... Deje V. que el pobrecito la disfrute y se harte.

Era el tío Matías, que por apodo tenia el de Limosna, un viejo delgado, andrajoso, y medio alelado, que Juan Martin y Estefanía habian recogido por caridad en su casa, en una ocasion en que estuvo enfermo, y de aquella no habia vuelto á salir. El pobre viejo, agradecido, no sabia cómo pagar esta caridad; y para demostrar siquiera su buen deseo, se apresuraba á prestar aquellos pocos servicios que podia. El principal de estos servicios era el barrer con una escoba de rama el suelo terrizo de la casa, para que estuviese siempre limpio; y lo hacia á la perfeccion, á pesar del dicho usual de que «hasta para barrer es necesario talento.» Creemos que la esperiencia nos vá enseñando todo lo contrario; y es que para nada se necesita.

—Tome V., tío Matías,—le dijo Estefanía;—tome V. su plato; trae su carne y su morcilla.

—Dios te lo pague,—contestó el tío Matías tuteando á su benéfica protectora, usando de la incontestada prerogativa, que tiene en el campo la ancianidad sobre la juventud:—¡Dios te lo pague! que es buen pagador. Cuando des, contigo te llevas; que quien bien hace, para sí hace.

—Tío Matías,—dijo Estefanía echándose á llorar amargamente,—¡como V. no ha querido arrimarse á la mesa! cuando vivia mi niño Juan, él era quien le traia á V. la comida.

El pobre viejo, que tenia pasion por los niños en general, y por los

de sus bienhechores en particular, cuando oyó estas palabras, se puso á llorar á lágrima viva, y exclamó:—Ellos se van, y yo me quedo por acá.

Estefanía comprendió todo el sentido que encerraban estas palabras, y contestó con estas no menos significativas:

—Tío Matías, ¡Dios sabe lo que se hace! Los duros golpes al corazón son llamadas: la larga vida es una carga que hemos de llevar con paciencia.

—¡Válgame Dios!—decía entretanto el tío Bastian á los que habían quedado en la mesa, —¡quién no conoció al tío Limosna en *tempus ilis*, tan dichero, tan zumbon! ¡Qué apagado está! ¡Parece un monton de cenizas! Juan, has hecho una obra de caridad de las buenas con haberle recogido: sin tí, ¿qué habria sido de él?

—¡Qué! tío Bastian,—repuso Juan,—sepultura y casa á nadie le falta.

—Era, prosiguió el arriero, y ha sido siempre la *presulta* (1) de la desdicha; así le pusieron por apodo Limosna. Su muger se le murió de parto, recién llegado aquí licenciado, despues de la guerra del francés de Napoleon. El pobre crió al niño á traguitos, llevándole de puerta en puerta de todas las que estaban criando, y con miles de trabajos. Cuando fué mayor, le llevaba consigo á pedir limosna, y andaba de cortijo en hacienda; y como era tan célebre y tan cuchufletero, tenia á los trabajadores y gañanes entretenidos. Así es, que cuando llegaba, le decian que se sentase á comer con ellos, y echase como el mas anciano la bendicion; pero fué creciendo su hijo, que era mas malo que Brijan, y se iba haciendo un *costillon*, que le huia al trabajo como á la cruz el diablo. Entonces se ayuncaron todos, y le dijeron al padre, que él, como anciano y lisiado que estaba desde la guerra del francés, hallaria siempre cuchara en su rancho; pero en cuanto á su hijo, que lo podia muy *retebien* ganar, mantenerle, era sostenerle la holgazanería; y que así, que se buscase su vida.

El padre se lo dijo al muchacho; pero éste no hizo caso. Bien dice el refran que, «el amo respetuoso hace al criado reverencioso:» y lo propio los hijos con los padres, que en este *indino* mundo, al que se hace de miel se le comen las moscas; y el tío Matías habia dejado criar alas á aquel mal pájaro, y cuando se las quiso cortar, ya no

(1) *La presulta ó improsulta*; lo que prepondera ó sobresale, el colmo: Es corrupcion del latin *Non plus ultra*.

puído. Llegaron un día ambos á la puerta de un cortijo á la hora de comer, pero antes de presentarse, escondió el padre al hijo tras de un pajar, y entró solo.—Venga V. con Dios, tío Limosna,—le gritaron cuando le vieron los gañanes; ea, á comer, y eche V. la bendición. Lo que hizo el chusco del viejo, diciendo al hacer la cruz: En nombre del Padre y del Espíritu Santo.—¿Qué es eso, tío Limosna? le gritaron los gañanes. ¿Está V. chocheando? ¿Y el Hijo? ¿A qué deja V. fuera al hijo?—El tío Matías se puso entonces á gritar: «Hijo, hijo, entra; que estos caballeros te están echando de menós.» Con lo que todos se echaron á reir, y comió el hijo con ellos como de costumbre.

Pero empestillándose el padre en que trabajase su hijo, lo que hizo aquel *Pan-perdido* (1) fué huirse, sin que se haya vuelto á saber de él, ni hoja ni rama. Desde entonces el pobre tío Matías pegó la caída de una vez, como horno de carbon; porque el desdichado habia puesto sus ojos y todo su querer en aquel descastado mamanton de hijo, al que con tantos trabajos habia criado; y cuando éste podía retribuirlo, y le cumplía mantener á su padre, se echó las obligaciones á las espaldas, y se traspuso, sin decir *chuz ni muz*, ni *chaque baraque*. Del maldito ese se puede decir—como de Paquiro Montes se ha dicho, que le parió una vaca,—que á éste le parió una serpiente.

¡Señores!

¿Quién seria la madre
Que parió á Judas?
¡Y qué hijos tan *indinos*
Paren algunas!

—Como que los que las madres paren, son hijos de los padres, observó María Josefa.

—Sí; respondió el tío Bastian, que nunca se quedaba sin recoger y devolver la pelota:

El demonio son los hombres,
Dicen todas las mugeres;
Y luego están deseando
¡Que el demonio se las lleve!

—Ea, añadió poniéndose de pié,—quédate con Dios, Juan, que ya el

(1) Llámase *Pan-perdido* en Andalucía, al holgazan que no trabaja; como si dijera que es perdido el pan que come.

monte prietea, y mi casa no está á la vuelta.—Estefanía ¡salud!—dijo á ésta al encontrarse con ella cerca de la puerta;—mira que soy perro viejo, y te digo que no tomes ese niño, que es un censo vitalicio. No hay mas niño bueno que el Niño Dios. Y acuérdate que mas vale un POR SI ACASO, que no un NO PENSÉ.

El jovial anciano montó en su mulo que le habia traído el tío Limosna, y se alejó cantando:

Tengo de morir cantando,
Ya que llorando nací;
Que las penas de este mundo
No son todas para mí.

Entretanto María Josefa habia ido por el niño que criaba, y le habia puesto en los brazos de Estefanía. Esta escelente muger le tomó sollozando, pues le recordaba á su hijo, cuyos ojitos se habian cerrado para no abrirse mas; cuya boquita no buscaba ya el pecho de su madre; cuya cuna estaba vacía, y cuya ropita yacia caída y fria sobre un sahumador de mimbre, sin que la mano cuidadosa de su madre esparciese sobre la copilla con brasas la inocente, la odorífica y popular alhucema, que habia de entibiar y perfumar las ropitas que tocasen sus tiernas carnes. ¡Todo yacia con el triste sello de lo innecesario, como melancólicos despertadores del recuerdo! Estefanía miró á su marido, que se inclinó sobre la lumbre para encender un cigarro, no queriendo influir en la determinacion que tomase su muger. Estefanía comprendió esto; estrechó al niño en sus brazos, y se le puso al pecho. Desde aquel instante le adoptó por hijo.

—Tú no tienes madre; yo no tengo hijo; y ambos no podemos, ni estar sin hijo yo,—á quien dé la leche de mis pechos que me rebosa, y el amor de mi corazon que me ahoga,—ni tú vivir sin brazos que te lleven, sin pechos que te nutran, y sin amor que te ampare, velando de noche á tu cabecera, sosteniéndote despierto.—¡Ven, pues, tú, á quien todos rechazan; por quien nadie.... ni aun tú mismo... implora auxilio!—¡Ven, ven, tú que moririas sin saber que morias, como vives sin saber que has hallado el primer y mas dulce tesoro de la criatura, un corazon de madre!—¡Angel mio desamparado! ¡Si Dios Nuestro Señor os hizo á todos tan desvalidos, fué porque no juzgó posible que os desamparase la muger!

Todo esto lo sentia Estefanía, tal cual lo expresan estas palabras, y mucho mas, que las palabras frias é inertes que traza la pluma, no

pueden espresar; pero que se leía claro en su conmovido rostro, en sus lágrimas, en la vehemencia con que estrechaba al niño contra su pecho. Pero la buena y sencilla Estefanía no hubiera podido formular en frases su sentir. Por eso, bien ó mal, lo hace la pluma de quien os observó y estudió con amor y entusiasmo, á vosotras, mugeres del pueblo sencillo, católico, español, corazones selectos, minas de amores puros y santos, modelos de esposas y de madres.

El tío Matías miró aquel grupo de amor y caridad, apoyado en su escoba de rama, y murmuró con su cascada voz:

—¡Estefanía, bendita seas!—¡Y lo serás, que quien bien hace, para sí hace!

CAPITULO III.

¿Quién ha podido fijar su mente y su vista sin enternecimiento, en un niño recién nacido durmiendo? Tipo desvalido de la debilidad, vida que empieza á respirar el aire de esta esfera con un suspiro, á sentir su existencia con un gemido, y á moverse con un sobresalto. El aire, la luz, el roce, el ruido, todo le lastima, todo le hiera. ¿Resistirá su frágil sér?—Sí, porque Dios le preparó un asilo, un amparo, un refugio en el regazo de la muger.

Cuando el niño se siente estrechado en sus brazos, se tranquiliza, se consuela; y percibiendo aquellos suaves cantos que, como por inspiracion, brotan de los lábios de la que la ampara,—tan dulces y tan tristes á la vez, como todo lo que es profundo y tierno,—ciérranse sus ojitos, y se duerme. Entonces aquel pequeño semblante, poco há descompuesto, se serena, y si se le sigue observando, se ven dibujarse en él diversas sensaciones: ya alza sus cejitas como asustado; ya arruga el entrecejo como contraído; y ya tornándose tranquilo, muévase su pequeña boca, y dibújase una sonrisa, que de suave llega á ser alegre, y aun á romper en risa. ¿Qué vé en su mente, él, cuyos ojos aun nada han visto? ¿Qué sueño puede reflejarse en esa inteligencia, que aun no tiene conocimiento? ¿Qué pensamientos conmueven las sensaciones de él, que despierto, aun no sabe sentir ni pensar?

Confesamos que no podemos darnos cuenta de este problema, y que cuando así hemos observado á estas inocentes criaturas en nuestros brazos, nos hemos creído rodeados de ángeles ocultos á nuestra percepcion, pero perceptibles á la suya. Con ellos comunican cosas de otro mundo mejor, que olvidarán en éste, á medida que huyan los

ángeles con la inocencia, la dulzura y la pureza, de aquella alma, que desde temprano sentirá las malas influencias de la parte material á que está unida de por la vida.—¡Adios, pobre alma desterrada en esa mísera cárcel—le dirán los ángeles;—y la cara del niño se angustia.—Nos vamos pero no nos olvides;—y el niño gime y se agita.—Sé fiel á nuestro Padre y Criador, y en breve nos reuniremos;—y el niño se serena.—Y ante su trono cantaremos felices sus alabanzas;—y el niño se sonríe cual el ángel que le consuela.

Pero si no se puede mirar sin enternecimiento al niño desamparado, tampoco se puede mirar sin conmoverse á la muger, que llena de amor, de abnegacion, de paciencia y dulzura, le ampara en su regazo, le alimenta á sus pechos, le guarda con sus vigiliass, y le sostiene con sus esmeros. ¡Y podráse concebir, que aquel ente desamparado y débil, que debe el no sucumbir á cada instante, á ese consagrado y vigilante amparo, se hará fuerte é independiente, y pueda llegar á menospreciar y hasta clavar un puñal en ese mismo seno, que le crió y le alimentó con tan sublime ternura! Ingratitud, esterminadora de santos deberes; pernicioso Simoun del corazon; madre é hija á un tiempo del egoismo y de la soberbia, que cruel abofeteas todo cuanto debias acatar con respeto y cariño, ¡cuán vergonzosamente sueles herir ese noble y amante corazon de madre, del que con la sangre de sus heridas brota el perdon! Porque solo un CORAZON DE MADRE pudo imitar sin esfuerzo el gran ejemplo dado en la Cruz.

Todo esto, aunque en embrion en su mente, distinto en su corazon, arrasaba de lágrimas los ojos del pobre tio Matías, al observar á Estefanía que, sentada en una silla baja cerca de la puerta, tenia en sus brazos á una criatura á la cual procuraba dormir. Era una niña que habia tenido Estefanía hacia poco tiempo; y no Gabriel que á la sazón contaba cuatro años.

Al lado de Estefanía, en el suelo, estaba una canastilla de costura, en la que se veía la que habia soltado para tomar á su niña. Enfrente de ella, del lado de afuera de la puerta, estaba el tio Matías entretenido en hacer una pitadera de alcacér á Gabriel. Este niño, que sin ser precisamente bonito, era agraciado y precoz, fijaba su inteligente mirada, sin pestañear, en el trabajo del anciano, el que solitario en la vida, amaba á este niño con ternura, porque el entrañable amor de padre, arrancado por la ingratitud con tanta barbarie, habia dejado raíces que retoñaban de por sí en aquel devastado corazon: ambos, abstraídos por la faena, callaban.

La escena era doméstica y tranquila, como lo era la vida de los que allí estaban reunidos. Las gallinas, con el bienestar que les producía el calor del sol de Abril, y la reciente comida que les había distribuido su buena ama, se entregaban al dulce *farniente*, habiendo hecho con sus patas hoyos en la tierra, en los que se estiraban y solazaban como odaliscas en sus otomanas. Las que tenían pollos, los cobijaban debajo de sus alas, como debajo de un quitasol de plumas. El gallo, apuesto y grave, custodiaba su familia con ojo vigilante, como prudente, y con erguida cabeza, como guapo. El perro dormía á pierna suelta en el santo suelo, como un soldado en tiempo de paz: la gata se había colocado sobre la camisa que estaba haciendo Estefanía, resguardando su fino calzado y su traje limpio con la conocida pulcritud de su casta, y celebrando con una *carrerita*, (1) señal de paz y bienestar, el que la causaba la certeza de no ser molestada hasta el próximo Enero por murgas destempladas y trovadores desafinados. Hasta las golondrinas,—arquitectas, que como amigas de las casas pacíficas y felices, acudían allí en gran número,—callaban su pico, por traerle ocupado con la mezcla. Así era que solo se oía el ruido que producía la olla al hervir en el hogar, y el que hacían los dientes de un mulo al tomar su pienso en el pesebre, cuando se alzó suave y clara la voz de Estefanía cantando la dulce y triste tonada de la Nana, que muchas personas, así cultas como no cultas, no pueden oír sin que involuntariamente se les llenen los ojos de lágrimas. (2)

A los niños que duermen
Dios los bendice;
¡Y á las madres que velan,
Dios las asiste!

—
En los brazos te tengo,
Y considero,
¡Qué será de tí, hijo,
Si yo me muero!

(1) Llámase *carrerita* ó *carretilla* en Andalucía, al ruido sordo ó murmullo que hacen los gatos para acariciar, ó como signo de que se hallan bien y están contentos.

(N. del E.)

(2) Bien sabemos que lo que vamos escribiendo es ridículo, ó cuando menos *griego* para la mayor parte de las gentes; pero escribimos para las que entienden este *griego*. Por dicha nuestra no faltan.

A la ro, ro, le cantaba
 La Virgen á sus amores;
 ¡Dulce hijo de mi vida!
 Perdona á los pecadores.

—
 A la puerta del cielo
 Venden zapatos....
 Para los angelitos
 Que están descalzos.

Mientras, habia concluido el tio Matías la pitadera, y se la habia dado á Gabriel, el que lleno de júbilo corrió hácia su madre pitando, y solo dejando de pitar, para repetir en una especie de recitado monótono, pero alegre:

¡Pita, pita, pitadera!
 Que tu madre está en la era;
 Cuando se ponga amarilla
 La meterán en gavilla,
 La pisarán en la trilla,
 Y se la comerá la borriquilla;
 Si no pitas te he de matar
 Con un cuchillito y una *espáa*!

—Calla, hijo, le dijo Estefanía. ¿No ves que vas á despertar á tu hermanita?

Efectivamente, la niña despertó, levantó con viveza su preciosa cara, y al ver á su hermano, se echó á reir alegremente.

—¡Qué sueño de abispa tiene este ángel de Dios! dijo su madre sentándola en sus faldas.

La niña estendia sus manecitas hácia Gabriel; éste se acercó, pasó sus brazos al rededor del cuello de la niña, y se puso á besarla.

—¡Cómo se quieren! dijo el tio Matías contemplándolos con amor; ¡parecen hermanos!

—¿Acaso no lo son? repuso Estefanía, que estaba casi persuadida de ello.

—Dios te guarde, Estefanía, dijo el tio Bastian al presentarse en la puerta. ¿No está ahí Juan?

—No; pero poco puede tardar, contestó Estefanía: siéntese V. y descansen; que descansar sienta bien, y sabe mejor.

—¡Si vengo de prisa!... que ahí adelante van mis mulos bajo la custodia de Andrés, mi nieto, que tiene nueve años; ¡con que mira qué sugeto!—Vaya, prosiguió mirando á los niños, tus muchachos medran que es un primor. ¡Preciosa es mi ahijada! ¡Dios la bendiga! tengo buena mano.

—Verdad es; pero no rezó V. bien el credo cuando se bautizó, porque no he visto criatura que pegue mas repullos.

—¡Qué *escuaje!* muger; todos los chiquillos pegan repullos. Oye; y desde que tomaste el niño, ¿no te ha dado nada D. José I?

—¡Qué habia de dar! ¡Dar! los buenos dias.... ¡si acaso!

—¡Habrás miserables mas sin vergüenza!

—Nuestros trabajillos hemos pasado. Pero hoy por hoy, ¡bendito Dios! no lo necesitamos: ¡desde que heredamos de mi tío la haza de tierra aquí, y la casa en Aracena, estamos, bendito Dios, tan descarsados!

—Eso no es cuenta de aquel mal patron araña, que embarcaba la gente y se quedaba en tierra. Vaya, ahí viene Juan, me alegro de verle antes de irme.

Despues de haberse saludado, dijo el tío Bastian.

—Juan, ¡dichoso tú, que tienes tu haza realenga! No me sucede á mi así; que ahora tengo que rascarme el bolsillo, si no me he de quedar sin ella.

—¿Cómo es eso, tío Bastian?

—Proviene mi haza de una dehesilla de mal terruño y se halla al pié del cerro de la villa, que pertenecia á los frailes y al marqués del Zabuco. En vista de la proximidad al pueblo, se la pidieron allá en tiempos remotos, los pobres, y se la concedieron, tanto el marqués como los frailes: fué pues repartida en suertes, y gravada cada cual con un tributillo corto. Empezaron los pobres á desmontarla y á meterla en labor; y pasaron años y mas años, y en su vida de Dios pudieron pagar los pobres su tributo. Pero ni los marqueses ni los frailes los apremiaron nunca jamás, porque bien veian que los desdichados no podian pagar; y por aquel entonces, Juan, habia caridad en el mundo. (1)

Mas cuando vino la nueva ley, á los padres les quitaron sus bienes, y los vendieron poco menos que por nada. D. José I, ese maldito perro de presa, que no hay hueso en que no clave el diente, compró

(1) Histórico.

lo de los frailes; y como por esa nueva ley, que tampoco quiere mayorazgos, estos se reparten, tocóle el caudal de Aracena á un pan-perdido, con quien se habia casado una hija del marqués, el que ha hecho de la herencia trizas y gabanes, y D. José compró lo que aquí tenia, por un pedazo de pan. Ahora ese pirata, sin progimidad y sin conciencia, les pide á los infelices, no solo los censos corrientes, sino los atrasados que tocaba pagar á sus padres y abuelos; porque dice ese retejudío que la posesion responde. Juan, parte el corazon de ver lo desesperados que están todos esos infelices, llorando por su cara abajo, por los padres y por el marqués. Casi todos han hecho renuncia de la posesion; esa posesion en que ellos, sus padres y sus abuelos echaron toda su sangre y su calor en desmontar y beneficiar la tierra que nada valia. ¡Vamos, si eso clama al cielo! ¡Ahí se encuentra ese caribe, ese ladron de D. José, con un mayorazgo exprimido de la sangre de los pobres! ¡Habrá pícaro! ¡Si las maldiciones secan, habia de estar mas seco que un esparto!—¡Para eso que ha ido á Madrid, y ha vuelto!...—¿lo podrás creer, Juan?—¡ha vuelto con una cruz!...

—¿Y cómo se ha merecido ese perdulario una venera? preguntó Juan Martin asombrado.

—¡Toma! esa pregunta te la contestará Miguel Cañas, que ha servido, ha visto mundo, y es un coplero de los récios, que le ha sacado de su métro un trovo á la venera de D. José, muy bien enversado, que principia asina:

Cuando á oscuras andaban las naciones,
Colgábanse á las cruces los ladrones;
Desde que se encendieron tantas luces,
A los ladrones cuélganse las cruces. (1)

—Verdad es, repuso Juan riéndose, que á otros con menos motivo se les ha apretado la garganta. Pues ¿y los cuadros del convento que tiene en su casa? ¿Y las alhajas de la VÍRGEN, que á vista de todos se pone su muger? Hay un refran mas viejo que el mundo, que pega ahora á D. José como dos velas á un altar: «La cruz en el pecho, y el diablo en los hechos,» tio Bastian.

—Mire V., prosiguió el arriero, ¡lo que ha hecho ese sin-entrañas con la herencia de su suegro! Entre él y el escribano han cargado con

(1) Todo es histórico y real, menos el nombre del pueblo.

todo, y al pobre del cuñado, ese GILARIO simplon le dejaron como su madre le parió. (1)

—¿Pues qué, siendo su padre de los ricos del pueblo, nada le quedó al infeliz? preguntó compadecida Estefanía.

—Un peso diario, contestó el tío Bastian.

—Vaya, repuso Estefanía; pues con eso puede vivir descansado.

—¡Si lo dice porque era jorobado!... dijo riéndose Juan Martín.

—Así sucedió, prosiguió el arriero, que estando ya en las últimas, mandó que le trajesen allí á su cuñado y al escribano, y cuando llegaron, los hizo sentar á cada uno á una de las cabeceras de su cama, y no les dijo nada. Viendo que seguía callado, le preguntó D. José, ¿que con qué fin les había llamado y hecho sentar á cada lado de su cabecera?—Porque he querido morir como el SEÑOR, entre dos ladrones, contestó el cuñado.

—¡Juan, hasta mas ver; Estefanía, adios; tío Matías, salud!—Y el ágil anciano se alejó á pasos precipitados.

CAPITULO IV.

Muchos años pasaron. Los habitantes de la aldea de Valdefflores no los contaban. Pero á nosotros nos precisa hacerlo: habian corrido ó volado suavemente diez y siete.

Gabriel era á la sazón un hombre. Su figura no llamaba la atención, pero en la espresion de su rostro habia una fuerza serena, una decisión tranquila, y una dignidad bondadosa, que á un tiempo atraian el cariño y el interés, y paraban las demasías y la burla. Así era que, desde su primera juventud, habia acallado las chanzas impertinentes y humillantes que sobre su nacimiento se habian permitido sus compañeros de juegos, con esa inconcebible crueldad de la niñez, que probaria que ese instinto feroz, la crueldad, es natural al hombre, y por lo tanto debe ser tan necesario como obligatorio en los padres combatirlo, desde que asoma la razón en sus hijos.

El epíteto de *cuñero*, que en su niñez habia oido Gabriel aplicarle,

(1) *Hilar*, ó mas bien *gilar* (que así se pronuncia aspirando la h) significa en Andalucía en lenguaje familiar, *hacer ó decir tonterías*; y así se dice: «*Fulano está glando*,» y sus derivados «*és un gilon, es un gilario*.»

habia marchitado aquella alma elevada y noble naturaleza, que se habian desarrollado bajo el influjo de las severas é inflexibles leyes, que sobre la honra tiene el pueblo en España; leyes formadas de mancomun por sus sentimientos religiosos é inspiraciones caballerescas. El influjo de estas leyes debia de ser tanto mas fuerte y marcado en Gabriel, cuanto que habia sido criado por Juan Martin, que era el mas perfecto tipo de los hombres honrados y altivos, que no saben transigir en tales materias.

Habiase por lo tanto ingertado en el carácter de Gabriel un tinte de tristeza, que le habia hecho concentrado y reflexivo. Pero estas mismas reflexiones, unidas al temple delicado y vigoroso de su alma, habian hecho que se apegase con toda ella á la escelente familia, que por caridad y amor le daban, á manos y corazon llenos, lo que los padres que le habian engendrado le negaron. Era tal el respeto que sentia por el honrado Juan Martin; tal el cariño que profesaba á la angelical muger que le habia criado á sus pechos, que habria querido levantar al uno un altar, y colocar á la otra en un relicario sobre su corazon. Solo un sentimiento habia en aquella alma, que pudiese competir en tierno y profundo, con los que por sus padres adoptivos sentia; y era su entrañable amor por Ana, la preciosa, la suave, la amante hija de Estefanía, que era en todo un traslado de su madre. Esta, por su parte, amaba á Gabriel con todo el abandono y ternura propias de su selecta naturaleza femenina.

Juan Martin y Estefanía habian dado cima á las pruebas de amor que prodigaban á Gabriel, vendiendo la casa que habian heredado en el pueblo, para libertarle de ser soldado. Ahora solo les quedaba la haza, en la que trabajaba Gabriel con tal afan y constancia, cual si desease pagar con el sudor de su frente los sacrificios de que era objeto.

Estefanía, cuya tranquila existencia y cuyo bondadoso carácter la sustraian á fuertes emociones y agitadas inquietudes, conservaba su belleza: la espresion plácida, dulce y cándida de su rostro, reemplazaba con ventaja la frescura de los primeros años. Juan Martin era de aquellos hombres sostenidos y formales, que entran temprano en la buena senda, adelantan en ella, y no la abandonan jamás. Al tio Matías no se le conocian mayormente los años que habian pasado, por causa de lo que se habian anticipado en estampar en él el sello de la vejez, sus pasados dolores y miserias.

El pobre perro es el que habia muerto de viejo, muy llorado por

Gabriel y Ana, que le enterraron. Pero la gata vivía, conservando en su avanzada edad pretensiones de jóven y buena moza, autórizada á ello la Sara-gata, por dar todos los años á luz un vástago de su perseguida raza.

Así se deslizaba tranquila y sin sentir la vida de aquellos entes buenos y felices. No obstante, habia algunos dias en que la suave armonía y la apacible calma que reinaba en aquella morada, habia sido turbada en el ánimo de Estefanía. Era el caso, que su cuñada María Josefa, que pertenecia á la gran falange de los *Métome en todo*, á la no menos numerosa de los *Yo me lo sé*, y al gremio de *consejeros intrusos*, habia asegurado á Estefanía que Ana y Gabriel se querían; que el principio de ese noviaje se perdía de vista, y que su fin á la misma estaba.

—Y bien,—dijo la buena Estefanía,—¿qué mal habria en eso?

María Josefa la miró asombrada, y repuso:

—Oye, Estefanía, ¿tú estás tonta, ó te estás burlando? ¿O será, muger, que no tengas vergüenza en la cara? ¡Ya, ya, es bonito Juan Martín para dejar casar á su hija con un cunero! ¡Vamos! ¡Si tú te vas haciendo de las que echó Santa Ana del carro abajo!...

—Pero, María Josefa, repuso Estefanía; Gabriel que es tan bueno, que es un trabajador de los de punta, que mantuvo solo la casa cuando mi Juan tuvo el tabardillo, ¿le habíamos de repeler, ni hacerle un feo? Eso seria una mala partida.

—Me voy por no oírte, exclamó impaciente María Josefa. Pues qué, ¿no habeis hecho bastante por él? Lo que hace él, no es más que su obligacion. Pues... ¡gracia fuera! Pero tú, Estefanía, eres como la tia Sinforosa, que de puro buena no servia para maldita la cosa.

La pobre madre habia quedado tan triste y tan desazonada despues de esta entrevista, que pasaba muchas noches sin dormir, y rogando á Dios con toda su alma trajese las cosas á buen fin; conociendo que ella por su parte no podia hacer otra cosa que esto. A su marido nada quiso decirle: su genio suave, tolerante y tímido, le habia preferir el ACASO á la INICIATIVA.

Erá víspera de San Juan, cuando por la mañana entró el tio Bastian en casa de Estefanía que estaba sola.

—¡Dios te bendiga, hija! dijo al entrar.

—Y á V. tambien, tio Bastian. ¿Cómo le vá á V.?

—He estado con un dolor en este brazo, primo hermano del que tuve antaño en esta pierna. Este reloj me ha quedado de cuando las cuar-

tanás; correitos son de la *cierta*, pero venga cuando le dé gana, que yo no la temo con un padre á la cabecera. Mas en fin, á la presente, estoy tan crespo. ¿Y la niña?

—Ha ido con las demás muchachas de la aldea á cojer flores al campo.

En la sierra de Aracena van las jóvenes la víspera de San Juan á cojer flores al campo; las cuecen, y con ese cocimiento se lavan, no para estar *bonitas*, sino para estar *sanas* todo el año. Si en esta graciosa preocupacion tradicional del pueblo, hay en buscar las muchachas la salud en las flores, menos gracia y coquetería que en buscar en ellas la hermosura, hay incontestablemente mas inocencia y buen sentido, que son muy preferibles.

—¿Y Juan Martin? tornó á preguntar el arriero.

—En la haza con Gabriel.

—Lo que traigo que decir, dijo el tio Bastian, queria decirlo á los dos. Pero como me voy haciendo cada dia mas viejo, y no me sucede como al pan,—que mientras mas viejo mas duro,—no puedo andar tan á estricote como *denantes*. Así, como no quiero hacer dos veces la caminata, te lo diré á tí para que se lo digas á él. Mi venida ha sido solo *y resolutamente*, para pedirlos para mi nieto Andrés á vuestra hija Ana. Mi Andrés es un muchacho de los mejores; ya lo sabeis. Está en su casa descansadito; no tiene que servir á amo, ni estar atenido á un jornal. Cuando yo estire las patas,—que ya se me van poniendo tiesas,—lo mio ha de ser para él. Con que es mi Andrés un novio pin-tiparado: y yo vengo á pedir su novia con mucho gusto mio, por ser hija tuya, Estefanía, que siempre se ha dicho: «Escoje la tela por la trama, y la hija por la madre.»

Al oir al tio Bastian, Estefanía se quedó sobresaltada, tal como el marino á quien el barómetro ha anunciado la tormenta, al verla surgir en el horizonte. Se aturrulló, y solo pudo contestar:

—Pero tio Bastian, ¿V. sabe si los muchachos se quieren?

—¿Pues no te he dicho que si vengo, es porque Andrés mismo me lo ha *indilgado*?

—Pero..... ¿y Ana?

—Cuando el otro me pone en camino á pedirla, sabrá que puedo hacerlo sin miedo de un nó.

—¡Ay, tio Bastian! me temo que lo lleve.

—¡Pues qué! ¿Está Ana enamorada?

—Sospecho que sea así; no tengo fijeza; pero tengo unas *otserpas*,

(1) que mas de cuatro noches me han puesto tranquilas en los ojos.

—Pero..... ¿de quién?

—Me creo que sea de Gabriel.

—¡María Santísima! ¿de un cunero?

—Si le quiere, tio Bastian, ¿qué le importa que lo sea? ¿Acaso no habria yo querido á mi Juan si lo hubiese sido?

—Y tu padre no te hubiera dejado casar, para que no tuvieses hijo sin abuelo, y lo mismo hará Juan Martin, ¿estás?

—¡Esa es mi pena! exclamó la buena y cariñosa madre de ambos.

—¡Tu pena!..... dijo con impaciencia el tio Bastian.

—Pero..... señor ¿quiere V. que vea llorar á mis hijos, y no lllore con ellos? ¡Un muchacho como Gabriel, que no le hay en el mundo!

—En cuanto á eso, no hay que decir, repuso el arriero, Gabriel no es ningun *Viva la Virgen*; (2) es un muchacho sentado y cabal, y bien guiado por Juan. Tiene *esas voces*. (3) Así, para todo será bueno menos para marido de tu hija, muger; que en tratándose de emparentar, lo que se mira es la sangre, y la sangre no basta que sea buena, es preciso que sea limpia. Eso ya te lo dirá Juan que *tiene punto*.

Pero VV. las mugeres, ¡por vía del demonio malo! no tienen el punto sino en las calcetas. Mire V. que apadrinar esos amores..... eso no lo hace sino tú, que eres capaz de dejar que te coman el trigo, por no decirle ¡ose! á las gallinas.

—Tio Bastian, yo no he apadrinado nada.....

Estefanía calló, porque en este instante apareció en la puerta Ana, recogido con una mano el delantal que lleno de flores traía. Nada mas lindo podia verse. La naturaleza habia derramado á manos llenas sus perfecciones sobre aquella sencilla aldeana; y no se sabia qué admirar mas, si su elegante talle, si sus finas y perfectas facciones, ó si la gracia infantil y modesta, que acompañaba á cada uno de sus movimientos.

(1) *Tener visperas*, es como estar *abispado*, tener anuncios ó sospechas de alguna cosa.

(N. del E.)

(2) Ser un *Viva-la-Virgen* es un hombre amigo de divertirse, al que no se le dá cuidado de nada.

(3) *Esa fama*.

La incomodidad del tío Bastian se disipó al ver aquella linda aparición, como la niebla al aparecer el sol.

—¡Hola! dijo al acercarse Ana; ¡vaya que no es Paterna mal lugarejo! ¡Canario! que si como tengo tres duros y medio (1) tuviese uno, no se habia de llevar este esporton de rosas, sino el hijo de mi padre.

Tienes aire de Princesa,
Cintura de catalana,
El andar de aragonesa....
Y la cara de serrana.

—¡Vaya! ¿se está V. burlando de esta pobre aldeana? dijo sonriéndose Ana.

—¡Sí, aldeana! aldeana es la gallina y la come el de Sevilla. Y sábetete, que no soy yo el solo á quien no parece esa personita costal de paja; pues que he venido á pedirte: y el que me envia es un buen novio, de los pocos, completo. Es un hombre como son los hombres; fornido como un canto, alto como una torre, con fuerzas para dar y que le quede. Lo que es bonito de cara no es, pero..... ¿qué le hace? ¡El buey y el hombre.... que asombre!

La pobre Ana al oír aquellas palabras, habia perdido los bellos colores, en que al entrar competia su rostro con las rosas que traía. La dulce sonrisa habia huido de sus lábios, como habian huido las mariposas de las flores; y sus hermosos ojos miraban con angustia á su madre.

—Tío Bastian, dijo ésta: lo que V. está haciendo, no está en uso, ni es regular. A las mocitas no se les sacan los colores á la cara tratando de boda con ellas: eso se hace con los padres no mas. ¿No vé V. que la está mortificando?

—¡Oiga! ¿Con que se les mortifica á las mocitas cuando se les brinda un novio? Vaya, Estefanía, que vas para vieja, y te se han olvidado tus quince. Con que..... vamos al caso, Ana,—prosiguió el anciano sin dejarse intimidar,—¿tú quieres á mi Andrés, que es de buena procedencia y de buen tronco; que te ha de dar más estimacion que una encomienda, y que te ha de tener en tu casa mas descansada que Santa en nicho?

Ana bajó sus ojos, que se iban llenando de lágrimas.

(1) Setenta años. Sabido es que así los cuenta, por la moneda, la gente del pueblo.

—Tío Bastian, ¿á qué la tiene V. como á San Lorenzo, sobre brasas? ¿No está V. viendo claro que no quiere? dijo la buena madre acudiendo al socorro de su hija.

—Muger, repuso el arriero, ¿quieres dejar á cada cual que maneje sus negocios como Dios le dé á entender? Antes de decirle á mi nieto: *Perdona por Dios*, quiero procurar el poder decirle: *Tome V., hermano*.—Ana, ¿qué me dices?

Ana permaneció callada, inerte, sin resistencia ni queja, como las suaves y frescas hijas de Abril en su delantal.

—No pensara—dijo entonces el arriero con la aspereza masculina, y con el coraje que, como abuelo de Andrés y amigo de Juan Martin, se apoderó de él,—que una hija de buenos padres, criada con punto y recato, diera á sus padres, bien nacidos, la pesadumbre de verla despreciar á uno de los muchachos principalitos del pueblo, y la afrenta de quererle casar con un cunero. Esto es, casquivana, no tener vergüenza en cara.

Al oír estas acerbas y duras razones, Ana,—que habiendo sido siempre una criatura suave, dócil y bien inclinada, y que teniendo una madre que era una malva, y un padre bondadoso, no habia oído nunca una palabra áspera ni una reconvencion,—se sintió tan cruelmente herida y avergonzada, que soltó el delantal para taparse con ambas manos la cara, y cayó sollozando sobre una silla, rodeada de las flores, que cayeron tambien, como heridas por el mismo dolor de ella.

—¡Tío Bastian! ¡tío Bastian!—esclamó Estefanía corriendo hácia su hija, cuya cabeza rodeó de sus brazos—¿qué derecho tiene V. para reconvenir á la hija de mis entrañas y partirle el corazon? ¿Es eso razon? ¿es eso partida de amigo? ¡Decir al alma mia que no tiene vergüenza! ¡Y eso..... porque no se quiere casar con su nieto de V!.... ¡Menos vergüenza y menos conciencia habria en casarse con él, porque tiene un pasar, sin quererle; dejando á otro á quien quiere, porque es un infeliz! ¡Ana, mi vida, mi corazon, no llores..... no llores, no!

La buena Estefanía mezclaba sus lágrimas con las de su hija, que habia escondido la cabeza en el seno de su madre.

El tío Bastian, que tenia un hermoso corazon, y queria con estremo á la madre y á la hija, se quedó cortado, pesaroso, contrito al ver el efecto que habia causado su ruda y brusca salida en la delicada índole femenina; y así se apresuró á decir confuso y arrepentido:

—¡Vaya, no llores, niña! ¡Por *mor* (1) de María Santísima, no llores! lo que dije fué un decir. Esto es, que está á cargo de la lengua, y no de la voluntad: así no me lo tomes á censo. Haz lo que te dé gana, y hazte los cargos que no he dicho *nada*. Así como así, muger, no puedo negar que mi Andrés es bastante montuno; que tiene mas cabeza que un apóstol, y en ella falta de meollo. Y á la vista está; porque si ese bárbaro no estaba convenido contigo, ¿á qué me manda á mí por lana, para volver trasquilado.? Así..... haces bien en decirle al rudo ese, que pase de largo. ¡No llores, ea! Ya esto se acabó. ¿Qué mas quieres que haga? ¿quieres que le hable á tu padre para que te deje casar con Gabriel, que es un muchacho de punta? ¡Eso no hay que decir: donde él llegue, llegarán otros: mas allá, ninguno!

Pues mira; por estas que me afeito,—prosiguió el arriero tocándose la barba,—que quien le vá á hablar á tu padre para que os caseis, soy yo, con esta boca, á quien Dios quitó las herramientas, pero á la que le ha quedado la predicadora espedita. Ea, ea, Ana, Estefanía, hagamos las paces; y váyase el demonio al infierno. Vamos, ahijada, levanta ese palmito, que en buenas manos queda tu negocio; pues si el tio Bastian no hace entrar á tu padre por el aro, no lo logra ni el Preste Juan de las Indias. Quien lo pagará todo es ese *retebruto* de Andrés; además de las calabazas, esa verde España, para que se refresque, ha de llevar para el pelo, (2) para que se acuerde.

CAPITULO V.

El tio Bastian, con el celo de los arrepentidos, apenas vió llegar á Juan Martin, se preparó á cumplir lo prometido. Estefanía se habia llevado á su acongojada hija al dormitorio; Gabriel fué á cuidar de las mulas. Así Juan Martin y el arriero quedaron solos, entablándose desde luego entre ellos el siguiente coloquio:

—Juan, ¿no te parece que harías bien en casar á tus muchachos?

—¿Qué está V. diciendo, tio Bastian?

—Lo dicho.

(1) *Por mor*, por amor, por causa de....

(2) *Llevar para el pelo* significa un sosquin en la nuca, por llevar antiguamente los hombres el pelo largo, hecho trenza y recogido con una cinta en forma de coleta.

—Si de sobra sabe V. que no puede ser, ¿á qué me viene V. con esa salida de pié de banco?

—Pero..... ¿por qué no quieres? Las cosas..... claras como la luz del dia. ¿Tu tienes otra cosa que oponer á Gabriel, que es una prenda, sinó que es inclusero?

—¡Como quien no dice nada!

—Por lo visto..... como tú eres un usía muy considerable..... buscas un yerno que tenga la sangre muy calificada; quieres un Don Don. Pues mira, hijo, en los tiempos que corren, en teniendo uno camisa limpia y veinte reales en la faltriquera, se tiene un Don como una casa: traslado á D. José I. Hoy por hoy andan los *diterios* (1) tirados y puestos en rifa. Una Excelencia vale dos cuartos; un Usía dos mavedises. No hay mas *diterio legitimo* que el de Tío, porque ese ni se otorgan ni se compra, sino que lo dan las canas.

—Tío Bastian, no se ande V. por las ramas, á la raiz. De sobra sabe V. que Juan Martin no es un necio, y que está en que zapato de vaca no gasta liston. Pero tambien sabe V. que ha heredado buena sangre, y que no quiere chacalacas en ella, ni tilde en su estirpe. Y por mas que se eche V. fuera de la derechura, no me ha de negar en mis barbas que tengo razon.

—¡Toma! razon la tiene todo el mundo: es lo mas cotidiano que hay, y anda tirada por el suelo. Pero lo que te digo, Juan, es que Gabriel es completo; y que otro yerno mas aparente no has de hallar.

—Tío Bastian, para emparentar no se mira solo á la rama; se mira al tronco.

—Vamos, hombre, déjate de troncos; que los muchachos están encariñados, ¿y eso ya quién lo remedia?

—¿Está V. soñando despierto? ¿qué habian de estar?

—Te digo que sí, y ya ves que lo que vas á hacer si te empestillas en no dejarlos casar, es hacerlos á ellos *desdichaos*, ó empujarlos á que te desobedezcan.

—¿Usted sabe lo que está diciendo, tío Bastian? Ni Gabriel ni Ana dejarán nunca de acatar la patria potestad, ni saldrán de su crianza, que es «que á Dios en el cielo, al Rey en la tierra y al padre en su casa, todos los acatan.»

—Hombre, eso es un puro *ispotismo*, que no está en uso en el siglo civilizado, dijo el viejo marrullero.

(1) *Diterios, dicerios*. Está usado por *dictados*, ó *tratamientos*.

—Déjeme V. de razones *currecantes*, tío Bastian, repuso Juan Martín. A D. José I con eso, que entiende esa parla.

—Hombre, Juan..... mira que si te aferras en no querer, como que Gabriel es tan bien quisto, te lo van á motejar; y has de estar como el conejo, al que todos le tiran.

—Tío Bastian, al que ara derecho, nadie le echa el arado atrás; y con mis huesos no ha andado nunca nadie, ni andará, sino el sepulturero despues de muerto yo. ¿Está V?

—¡Cascaritas! ¡Juan! que estás con tu limpieza de sangre y con tu fama mas remontado que los castillejos. (1) ¿Quién ha de saber andando el tiempo si conoció ó nó á su padre el abuelo de tus biznietos?

—Papeles cantan.—Sin fé de bautismo, ¿qué es un hombre? ¿me querrá V. decir?—De peor condicion que los animales de buena casta, que llevan en el hierro su procedencia.

—Con qué..... hombre de Dios ¿te encalabrinan en hacer desgraciados á esos pobres muchachos? Mira, Juan, que el que quiere caballo sin tacha, ese se anda á pata.

—He dicho á V. que no quiero calañas ni manchas en la sangre, que limpia me dieron mis padres; ni quiero ponerle rótulo.

—¿Con qué no he dicho nada? ¿y eres tú como mi montera, que mientras mas paño le echaba, mas chica era? Tú no sueles tener esas terriblesas, Juan. Anda, hombre, avente algusto de todos y á la razon, y dí qué sí.

—Tío Bastian,—dijo en voz grave y decidida Juan,—ni Jesus pasó de la cruz, ni yo de aquí.

—Pues con Dios, Juan. Vaya,—dijo levantándose con impaciencia el arriero,—que estás con mas fueros que un Grande, y con mas prosopopeya que un Marqués! Me dejas ir con las orejas hechas tejas; tienes palabra de Rey, y te crees que no puedes marrar, como el Santo Padre, y no eres ni Rey ni Papa, sino un testarudo, cortado por la misma tijera que mi mulo *Zancarron*.

El arriero se fué en seguida en busca de Estefanía, á la que dijo:

—Ni en París de Francia que le mandasen á hacer, sacaban un padrino de casamientos mas aparente ni mas lucido que yo. Me voy con las alforjas llenas de nóes. Ana, tu padre está mas retumbante que un tiro, y mas sin apelacion que un consejo de guerra. Y eso que ni Daoiz y Velarde armaron mas baterías que yo; pero Juan Martín en

(1) Las estrellas

diciendo una cosa, echa raíces. Y..... si al fin y la postrelleva razon... ¿qué se hace? Agachar las orejas, y santas pascuas! Por mí..... me voy como se fué Barrido, desairado y deslucido.

Ana se echó á llorar.

—¡Cómo ha de ser, hija! le dijo el tio Bastian. Nunca vienen las cosas como á nosotros nos parece que deberian venir: las cosas están en este mundo como cuernos en un costal; todos de punta.

Bien notó Gabriel que Ana habia llorado.

Era esto un acontecimiento tan nuevo y estraño en la tranquila y pacífica existencia de aquella familia, que sintió su corazon oprimirse por un angustioso presentimiento. No obstante, cuando recogida la casa, se deslizó silencioso y sin ser sentido, para hablar por la ventana con su querida, ésta, con la delicadeza del amor,—que siente mas los golpes que recibe el corazon de la persona á quien ama, que los que recibe el suyo propio,—nada de lo ocurrido respecto á él le dijo; y encubrió sus lágrimas y abatimiento con la peticion que habia hecho el tio Bastian, la que debiendo ser de gusto de sus padres, no podria menos de traerle sinsabores.

—Tus padres querrán que tú te cases con Andrés,—dijo Gabriel.

—Y yo no querré; y ellos lo sentirán. Hé ahí mi pena, contestó ella.

—¡Y conmigo no te han de dejar casar!

—Caso que eso fuese, aguardariamos.

—¿Y qué conseguiriamos con eso? dijo desconsolado Gabriel.

—No separarnos, respondió Ana.

—¿Y he de ser yo la cruz en que enclaves tu vida, y padezcas?

—Padeecer por amor no es padecer, Gabriel.

—¡Pobre Ana mia!

—No es pobre la flor, si no se la aparta del sol que le dá vida.

—Ana, y si hacen por alejarte de este pobre, forastero y estraño en todas partes, ¿lo conseguirán al fin ó me serás constante?

—Lo seré mientras lo seas tú; y cuando tú no lo seas, seguiré yo siéndolo. El quererte es mi corriente, ¿y no has visto á los arroyos seguir la suya, ó entre la hojarasca, ó á la faz del sol? ¿retroceden nunca?—Y tú, Gabriel..... ¿será firme tu querer?

—Ana, la mar tiene sus mareas; la luna sus menguantes; el viento sus mudanzas. Pero bien sabes que el amor mio es profundo como el mar, pero sin sus mareas; triste y alto como la luna, pero sin sus menguantes; puro y perseverante como el viento, pero sin sus mudanzas.

Lo ocurrido desazonó hondamente á Gabriel, y le hizo reflexionar sobre su posicion, circunstancias y deberes. Nunca en sus amores con Ana,—amores que habian precedido en ambos á la reflexion,—se le habia presentado la aterradora idea de que un pobre cunero ni podia ni debia ofrecerse por yerno á los padres de Ana. Un agudo remordimiento penetró en su alma al considerar cuán imprudentemente habia unido la suerte de Ana á la suya, con ese amor retenido, pero profundo y esclusivo, que llena toda la juventud de la gente de campo: existencias que son en esta bella época de la vida, harto mas sentidas, poéticas y llenas,—aunque á veces se entreteja en ellas la miseria,—que lo son las existencias de la juventud en los cultos y corrompidos centros de poblacion y en una esfera superior. En estos suele el jóven empezar por constituir el amor en vicio, ahuyentando así ese estético y dulce sentimiento de su corazon. Por lo cual se burla de él despues si es puro, y acaba por convertirle en una especulacion, segregando del matrimonio al amor, hermoso Cirineó que concedió la Providencia á la pesada cruz del renovador de las generaciones. Así, pues, cuando le usurpan en el corazon del hombre su puesto el degradante vicio, el miserable escepticismo y la espantosa codicia; huye el amor si es que no queda preso y aislado en el corazon de alguna infeliz víctima de los antedichos vicios.

El resultado de las penosas reflexiones de Gabriel, fué el deseo de averiguar su origen, y sabiendo que solo D. José Sanchez era el que podia ilustrarle en este asunto, determinó ir á hablarle personalmente para ver si él, siendo el interesado, podria inspirar mas interés y merecer mas confianza á aquel duro é indiferente árbitro de su suerte, que los que lo habian intentado anteriormente.

Al domingo siguiente, pues, se vistió su mejor ropa, y marchó á Aracena.

Pero antes de introducir á Gabriel con la persona que tan ansioso iba á buscar, es preciso dar alguna idea de ella. Personas ó entes por su estilo abundan tanto hoy en España, que nada diremos que no sepa el lector. ¿Pero qué hay de nuevo en el mundo? En el mundo material, la aplicacion del vapor; en lo moral, ¿no vemos acaso siempre y en todas cosas los mismos frailes con otros hábitos, y que todo gira siempre en el mismo círculo vicioso?

Don José Sanchez,—cuya poco interesante biografía nos ha contado el tío Bastian,—era un hombre vulgar, física y moralmente. Pertenecia á la abundante clase que llamaremos *murciélagos*, esto es, unos

séres feísimos, que no son pájaros porque no tienen plumas, ni cuadrúpedos porque desdeñan pisar la santa tierra—en que se criaron ratones,—porque se han agenciado unas alas con las que no saben elevarse. Así es que vuelan torpemente entre el día y la noche, entre dos esferas, la aérea y la terrestre. Pertenecen á la conocida especie de aquellos mamíferos, que segun afirman los que han visitado ciertos distritos de América, absorben la sangre á los infelices á quienes hallan dormidos, mientras los abanicen suavemente con sus alas, para que no despierten hasta que ellos concluyan de saciarse. Lo único en que se diferencian estas dos castas de murciélagos, la humana y la animal, es en que la última, mas advertida, conociendo que no sabe cantar, no lo intenta; mientras la otra lo ensaya con la mas estrepitosa osadía. Sus discordantes graznidos se oyen desde los mas elevados y públicos parajes, hasta los mas bajos y oscuros. No faltan alguno que otro ganso, pato ó pavo que se estasian al oírlos; pero los pájaros huyen de ellos á altas esferas.

Don José Sanchez era el mas rematado tipo de la especie. Su estructura era cuadrada y tosca; tenia los piés y las espaldas tan anchos, que hacian aparecer á su dueño apto y preparado para recibir un fardo, como lo está un pedestal para recibir una estatua. Tenia la cara ancha, basta, morena y sin sonrisas, como esculpida de piedra tosca y sin pulir. Su pelo espeso y cortado muy corto, era entrecano y se mantenía derecho como las crines de un cepillo de limpia botas. Tenia las cejas tan largas y pobladas, que parecian cejas postizas de Carnaval, y escondidos detrás de ellas unos ojos sin brillo ni expresion, que no lanzaban por cierto las famosas miradas *penetrantes como dardos*, de que nosotros los novelistas tenemos un gran repuesto para obsequiar con ellas á nuestros héroes, lo mismo á Agamenon el grande que á Agamenon el chiquitito. Las miradas de D. José eran duras, cuando las queria hacer arrogantes; escudriñadoras, cuando las queria hacer penetrantes, y con sus superiores eran tímidas, cuando las queria hacer amables.

Don José,—que no tenia siquiera el nervio que necesita el orgullo para ostentarse,—lucía el suyo en groserías espontáneas y en durezas premeditadas. Conociendo cuanto le faltaba para estar á la altura de otras notabilidades *murciélagas* mas civilizadas, que sabian cojer la cuchara y el tenedor, y dejar pasar en su casa las visitas primero al entrar en una habitacion, era delante de éstas humilde, y envolvíase este Júpiter en las nubes de la modestia, y casi tomaba el aire, la voz,

la mirada y la aptitud de un pordiosero. Pero se desquitaba de este eclipse de su preponderancia, y de esta sordina puesta á su hablar recio y decidido con sus inferiores, á los que trataba con una altanería tan irritante, y con un menosprecio tan cruel, como jamás los ha conocido el pueblo en España hasta la era presente; por lo cual repite llorando: ¡no hay peor cuña que la de la misma madera!

CAPITULO VI.

Don José estaba en su despacho, al que encaminaron á Gabriel que preguntó por el amo. Cuando entró, vió cerca de la puerta á un infeliz hortelano viejo, que estaba diciendo al Nabab lugareño:

—Señor Alcalde, yo y los demás que tenemos las huertas al rededor de aquel cielo de agua de Vallellano, nos vemos perdidos.

—¿Qué embeleco es ese? ¿Y qué, puedo yo remediarlo? respondió el Bondo Canf.

—Señor, como lindan las huertas con la dehesa de Propios, que antes era bien comun, y que ahora ha dispuesto su mercé que se arriende, y la tiene tomada su hijo de V., y los demás señoritos del pueblo para cazar la han acotado, y ni aportan por allá, ni dejan á alma viviente tirar en ella un tiro, se ha encastado de tal suerte de conejos, que se comen cuanto sembramos, lo que nos tiene á todos perdidos y desesperados.

—Acabe V. pronto: ¿qué es lo que quiere? Al grano.

—Señor, ¿es regular que despues de echar en la tierra todo nuestro trabajo, nuestro sudor, nuestra sangre, no sirva mas que para engordarles los conejos á los señoritos? ¿Es razon que perezcan tantos infelices con muger é hijos, para que se diviertan los que han arrendado esos bienes de Propios, que son de todos los vecinos? Disponga su mercé, por María Santísima, señor Alcalde, que los señoritos cacen ó dejen cazar.

—¡Pues eso faltaba! contestó con altivez D. José. Si os incomodan los conejos, añadió volviendo las espaldas al infeliz, ponerles bozales.

El pobre hortelano salió desesperado y exclamando:

—Cuando esa dehesa era baldía, era una bendicion para el pueblo; ahora que la han acotado, es su perdicion.

Don José, que acababa de arrendar el ramo del aguardiente, esta-

ba muy embebido en sus cálculos, y se había vuelto á sentar en su mesa de escribir, habia cogido la pluma, y hacia cuentas sin notar la presencia de Gabriel.

—Señor D. José, dijo éste.

—¡Otra te pego! exclamó sin levantar la cabeza la *digna autoridad*. ¡Lijero!... que no tengo tiempo que perder. Pero para que no lo pierdas tú, te advierto, por si no lo sabes, que no presto y que no recibo, ni hago empeños. Ahora, al caso.

Gabriel tenia esa índole española fuerte y digna, á la cual no intimida la impertinencia, y ese mismo entendimiento indígena, claro y perspicaz, que no perturban ni embrollan razones, y menos sinrazones.

—Señor, contestó con calma; cuanto antes me despacheis, tanto antes dejaré de molestaros. Hace poco mas de veinte y dos años que entregasteis á María Josefa Moreno un niño para que le criase.

—¿Y bien, vienes á decirme que se ha muerto? Poco se pierde.

Gabriel sintió un movimiento de ira y de indignacion que sofocó, y contestó en su mismo tono anterior:

—No señor, no ha muerto, puesto que aquel niño se ha hecho un hombre y está en vuestra presencia.

Don José, que hasta entonces habia tenido la espalda casi vuelta á su interlocutor, se volvió hácia él, haciendo fuerza con la mano del lado opuesto en el brazo del sillón para mantenerse en esa postura, y le fijó por algunos momentos sin desplegar los lábios, sin darle alguna señal de interés. Luego, volviendo á tomar su posicion anterior, cogió la pluma para escribir, y dijo con la mayor indiferencia:

—¿Y bien?

—Vengo, repuso Gabriel, á que me digais quiénes son mis padres.

—No lo sé, contestó sin detenerse D. José; movido á ello por su primer y natural impulso hostil á decir lo que podia humillar ó herir.

El siglo diez y nueve ha producido con las luces,—quizás serán sus pavesas,—una gran falange de *agresivos*, que lo son unos por naturaleza, otros por cálculo, otros por costumbre, otros por entrar en la falange, que ciertamente tiene la enorme ventaja, la inmensa prerrogativa, la gran distincion de estar *á la derniere*, y todo el *chic* moderno.

La sociedad de la Paz,—á la que de todo corazon y alma perteneceríamos, si no se nos hubiese venido, cada vez que lo hemos intentado, inoportunísimamente á la memoria, la fábula del lobo que coro-

nado de oliva, persuadió al can á que se quitase la carlanca, —esa sociedad, tan rica en discursos, pero ¡ay! tan pobre en resultado! debería ofrecer un premio allá en el país de los inventos, al que inventase una magnesia no efervescente, buena para combatir la bilis moral que engendra el humor agresivo; y administrarse ella misma una buena toma. Como D. José no habia combatido con nada esa su propension, dijo al cabo de un rato al ver que el dolorosamente sorprendido Gabriel callaba.

—Ya te he dicho que no lo sé: ¿qué mas quieres?

—¿Que no lo sabeis? preguntó con desconsuelo Gabriel.

—Que no lo sé, tornó á afirmar el rico duro y cruel, que lo sabia, pero que se mantuvo ahora por reflexion en la criminal mentira que habia salido espontáneamente de sus lábios.

—¡Si no se puede esto creer! murmuró abatido Gabriel, y añadió en voz recia:

—¿No habeis pagado los primeros meses de mi crianza? Algun interés teniais, pues, por mí.

—Maldito el que tenia, repuso el puerco espin. Te echaron á mi puerta; te recogí; pagué por compasion cuatro meses de tu crianza: me parece que bastante he hecho. Si hallases muchos que te mantuviesen cuatro meses, te podias pasar buena vida. Por mí, no pienso hacer mas.

—Yo no vengo, repuso Gabriel con altivez, á pedirlos que me mantengais. Tengo brazos, señor; y al que Dios le dá brazos, le dispensa del sonrojo de la limosna. Vengo á pedirlos lo que poco os cuesta, y lo que en conciencia debeis darme; lo que por las llagas de Cristo os suplico que me deis, algun norte sobre mi procedencia.

—Nadie puede dar lo que no tiene,—repuso con impaciencia D. José; —¡y basta! Ahora, déjame en paz; que no soy lino para que me machaquen. Y tomando aire magistral y tono sentencioso, añadió moral y filosóficamente:

—Sé hombre probo y moral, celoso defensor de los sagrados derechos del pueblo y de la libertad de la patria, y serás hijo de tus obras, que es la procedencia que honra. Por lo demás, que seas hijo del verdugo ó de un duque, de un mulato ó de un grande, del amor ó del matrimonio, ¡psss! ¿qué mas dá?

Gabriel, al oír aquello, que le pareció una burla cruel, se salió sin saludar, despidiendo la puerta con tal violencia, que se cerró con estrépito.

—¡El demonio del irreverente patan! dijo D. José I, cambiando su tono declamatorio en un grotesco gruñido.

Gabriel se volvió desesperado á su casa. Miles de proyectos é ideas atravesaron su mente.

—¡No! se decia; no seré yo la serpiente, que á los bienhechores generosos que en su seno la abrigaron, les dé mal pago. Me iré; sentaré plaza de soldado, pues en esa carrera tiene el hombre valiente dos perspectivas; la una, que no le arredra; la otra, que le anima.

Mas estas resoluciones caian deshechas ante el agudo dolor de Ana, cuando se las participaba.

—¡Gabriel! exclamaba: ¡mira lo que haces, porque tu ida abre mi sepultura! Quieres irte, ¡y dirás que me quieres! No ama mucho quien lo dice, sino quien mucho padece.

—Ana, respondia Gabriel, una cosa tiene el hombre mas imperiosa y mas fuerte que el amor, y es su deber.

—Tu deber es mirar por mí, Gabriel, respondia Ana.

En esta lucha terrible pasó Gabriel algunos dias, disculpando siempre á su padre cuando Ana se quejaba de su rigor, hasta caer en el mas profundo abatimiento, viéndose en aquel amargo piélago, sin esperanzas en ninguno de sus horizontes.

No hay duda en que las pasiones de ánimo se ven con mucha mas frecuencia entre las gentes incultas que entre las cultas. Sea porque su sentir, aunque menos alambicado, es mas profundo, ó sea porque carecen de la gran panacea que brinda á las cultas el mundo con sus distracciones; ello es, que los estragos de este mal se ven mas á menudo patentes en el pueblo. *¡Se le murió el corazón!* esta frase usual profetiza ó explica muchas veces el final de un individuo herido por un gran dolor. La penetrante vista del amor de madre hacia que siguiese Estefanía con angustia los progresos, cada dia mayores, del cáncer que devoraba el corazón de su hijo Gabriel.

Un dia festivo estaba la familia reunida á la mesa: Gabriel no habia comido, y Estefanía fijaba sus ojos llenos de lágrimas, en el pálido semblante de su hijo, cuando repentina y precipitadamente se apareció el Sr. D. José Sanchez, con un fiero perro de avanzada, y un humilde alguacil de retaguardia.

—¿Su mercé por acá? dijo con serenidad Juan Martin saliéndole al encuentro.

—¿Dónde está?... ¿dónde está ese niño que yo dí á criar?—repuso resoplando D. José;—¿dónde está ese hijo de mi mejor amigo?

Juan Martin se hizo á un lado, para que D. José pudiese ver á Gabriel, que apoyado en uno de los postes que sostenian el techo, miraba con resentido desdén al afanoso señor. Habia una dignidad tan fria en el noble á la par que modesto talante de Gabriel, que abatió en gran parte la petulancia del amigo de su padre.

—¡Hijo! exclamó,—empezando por echar de parlamentaria á la disculpa,—el secreto que requerian las circunstancias me ha obligado á estrañarme de tí para desvanecer toda sospecha. Pero cree que nunca te he perdido de vista. He sentido siempre por tí el mas vivo interés, que he debido disimular....

—¡Y lo habeis conseguido!—dijo interrumpiéndole y con amarga sonrisa Gabriel.—Mas... decid, decid presto, ¿quién es mi padre? ¿quién es mi madre?

—Tu padre es,—repuso D. José,—el general Labrador, que acaba de anunciarme su reciente llegada á Madrid.

—¿Y mi madre, dónde está?

—La pobre murió al darte á luz. Tu padre, que se vió comprometido en una causa política, tuvo que huir de Sevilla; su muger, que era una esposa cumplida, no quiso separarse de su marido. Al pasar por aquí en su huida á Portugal, les dí albergue en una hacienda; en la que naciste tú, y murió tu madre. No pudiendo llevarte consigo, te dejó tu padre en mi poder, y me dijo velase sobre tí, lo que he hecho con el debido disimulo. No he vuelto á saber de él, y le creia muerto, cuando su carta ha venido á llenarme de júbilo, y me permite ya levantar el velo que corria la prudencia. Me encarga en su carta que te envíe inmediatamente á su lado. Parte, pues, para que vea he cumplido con su encargo, y que, gracias á mí, puede gloriarse de tener un hijo bien medrado.

Difícil sería analizar el efecto que causó, y las sensaciones que produjo la revelacion precedente en las personas allí reunidas. Era una mezcla de contento y de dolor, ambos vehementes y profundos.

—¡Se irá! ¡le pierdo! pero.... ¡anda con Dios! ¡El será feliz!... Esto pensaba el hombre honrado, el buen padre Juan Martin, sin cuidarse en lo mas mínimo del mérito que en la crianza de Gabriel le usurpaba el que tan vil le habia abandonado cuando le tuvo por huérfano.

—¡Se irá! ¡se irá! ¡hijo de mi alma! Y á la pobre hija mia.... ¡la olvidará!—¿A qué, Dios mio, tanta grandeza? Estas ideas pasaban como negras sombras despues del primer alborozo, ante los ojos llenos de lágrimas de Estefanía.

El tío Matías cayó sobre un escaño gimiendo: ¡también se vá!

En cuanto á Ana, se habia retirado á su dormitorio. Solo una cosa habia comprendido y definido bien aquel amante corazon, y le habia partido como un cuchillo: ¡era esta la ausencia! Habíase dejado caer sobre su lecho, y repetía entre sollozos, ¡se vá! ¡se vá!

Unicamente Gabriel, aunque contenido y digno, era completamente feliz.

—Gabriel, hijo,—prosiguió D. José,—todo está arreglado y listo para que salgas mañana. Dirás á tu padre que he puesto á tu disposicion mis propias bestias y mis propios criados. Ya ves que no cabe mas celo y puntualidad en cumplir sus órdenes. ¿No es así?

Gabriel hizo con la cabeza una señal de asentimiento.

Un rato despues, viendo que todos se hallaban demasiado conmovidos para poderse ocupar debidamente de su importante persona, D. José tocó retirada, precedido de su feroz perro, y seguido de su humilde alguacil.

Era efectivamente el padre de Gabriel, antiguo amigo de D. José. Databa esta amistad de fechorías cometidas de mancomun en su primera juventud.

Cuando el primero, comprometido en Sevilla en un alzamiento contra la autoridad, tuvo que huir á Portugal, se refugió á una hacienda de D. José, como ya se ha referido, en la que nació su hijo y murió su muger. El fugitivo dejó el niño en poder y encargado á su amigo, con una pequeña suma de que pudo desprenderse, y prosiguió precipitadamente su fuga. Consumido el depósito que habia quedado en manos del rico avaro, éste, como hemos visto, abandonó completamente al hijo de su amigo, el que como espósito desconocido, fué amparado por la infinita caridad del pobre y cristiano pueblo. Mas de veinte años habian pasado; y en el corazon de D. José,—hecho fósil por su codicia,—no quedaba ni aun recuerdo de aquel amigo de su juventud, cuando recibió una carta suya fechada en Madrid, á donde acababa de llegar sin ser llamado. Este amigo, que se preciaba de orador, pero no de pendolista, no se detenía en hacer su monografía; y lo que únicamente le participaba era que, habiéndose *distinguido* en uno de los puntos de la desconcertada América, hija de esta pobre España,—¡tan mal afortunada en cuanto á hijos, como en cuanto á padres!—volvía de aquel campo de asilo y tierra de promision de aventureros, con una faja de General,—que era problemática,—y un capitalito en los Bancos,—que era positivo.—Añadía que esperaba

que hubiese cuidado de la educacion de su hijo, en el que esperaba hallar un buen patriota, y acababa por encargarle que se lo enviase inmediatamente.

Ya hemos visto como D. José I cumplió su cometido con celo y puntualidad, teniendo muy presente que su amistad con un General que estaba en la córte, podria serle ventajosa, y era de hecho un quilate mas á su fachenda. D. José entrevió en los rosados horizontes de sus esperanzas, una placa. Hay demasiadas cruces, pensaba: el Gobierno las distribuye con demasiada generosidad. La placa no es tan común, sentará bien sobre mi gaban, que ha hecho el mismo sastre que hizo los suyos á Z*** Senador, Z*** título, Z*** millonario. ¡Placa, placa! suena bien, y sabe mejor.

Con estos alegres pensamientos divertia el señor Sanchez su viaje de vuelta, mientras se habia hecho tarde, y que sin él notar lo, habia salido la luna, tan enemiga del ruido que aturde, y del brillo que deslumbra; y se deslizaba en un cielo sereno cual ella, alumbrando cuanto alcanzaba su luz, tan suave y melancólicamente como lo hace el recuerdo con lo pasado.

La puerta de la casa de Juan Martin se abrió, y Gabriel se deslizó por ella, y vino á llamar quedamente á la ventana de Ana. La ventana fué abierta sin ruido; pero antes que pudiera distinguir Gabriel el rostro de la que amaba, anunciáronle unos profundos sollozos su presencia.

—No llores, Ana, le dijo, que me partes el alma.

—¡No he de llorar, si te vas! respondió ella.

—¿Y no me habria ido si hubiese sido soldado?

—Sí; ¡pero hubieses vuelto!

—¿Y puedes creer que no vuelva, Ana?

—Me lo temo.

—¿Y por qué, dí, por qué?

—Porque tu padre no ha de querer dejarte volver.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque es un señor muy encopetado.

—Si eso fuese,—que no lo creo,—aguardaríamos.

—No me pesa; con tal que vuelvas.

—Volveré.

—¿Cuándo?

—Si no fuese antes, cuando sea mayor de edad.

Ana meneó su linda cabeza, y dijo con renovado llanto:

- ¡De aquí á allá me habrás olvidado!
 —¿Lo dices de veras? preguntó asombrado Gabriel.
 —Sí, porque dice la copla:

—¿Te quieres poner conmigo?
 Le dijo el Tiempo al Querer,
 —Esa soberbia que tienes....
 ¡Yo te la castigaré!

- Pues, si en la firmeza de mi amor no crees,—dijo sentido Gabriel,
 —¿creerás en mi palabra, Ana?
 —Pues.... ¡júrame que no me olvidarás!
 —¿No te basta mi palabra honrada?
 —No; quiero á Dios por fiador, y á los ángeles por testigos.
 —Te juro, pues,—dijo Gabriel con voz conmovida,—no amar ni tener otra muger que tú. Te lo juro por los pechos que á ambos nos criaron.... por la sangre que por nosotros vertió Jesus. Y si no cumpliere lo jurado, puede el Angel de mi guarda, que me escucha, volverme la espalda, y alejarse de mí para siempre.—¿Y en tu amor, Ana, puedo confiar?
 —¡Que si puedes!... como en la fé que ha de salvarte, Gabriel! Y si te olvidara, pueda la VÍRGEN DE LOS DOLORES, cuando yo la llame Madre, decirme: «no te conozco.»

CAPITULO VII.

Al día siguiente partió Gabriel.

—Adios, hijo, le dijo Juan Martin al despedirle. No he podido enseñarte como se hace en las poblaciones mayores, donde hay libros y maestros á mantas, y estudios hondos y finos. Pero te he dado la crianza cristiana que me dió mi padre, y esto basta para hacerle á uno hombre de bien, que es lo que hay que ser en este mundo: que estos pueden llevar siempre el sombrero echado hácia detrás, y no hácia la cara. No vayas á creer, hijo, lo que dicen hoy mas de cuatro desalmados—que han aprendido sus doctrinas del inglés y del francés,—que son viejas las cosas de Dios. Nunca lo son; que Dios nace á cada hora; no come ni bebe, pero juzga lo que vé. Además, siempre se ha dicho que la mentira no gana por niña, ni la verdad pierde por vieja.

De tejas abajo, hijo, sírvate de norte, que cuando la honra y el provecho no quepan en un saco, te atengas á la honra, pues provecho sin honra es para villanos, y dos cosas ha de tener el hombre para ser cabal, la honra sin tilde, y la conciencia sin gusanos. En cuanto á las de tejas arriba, no necesitas mas para tenerlas siempre presentes, que el recordar que

Desde el dia que nacemos
A la muerte caminamos;
No hay cosa que mas se olvide,
Ni que mas cierta tengamos. (1)

Esta es mi enseñanza, Gabriel. No te se olvide, que aunque sencilla, es hija de los mandamientos de Dios, y quizás mas legítima que las enseñanzas remontadas de los doctores. Porque los doctores condenaron al justo, mientras que los sencillos pastores fueron los primeros en aclamarle; y rústicos pescadores fueron sus primeros discípulos, que no fué sobre ningun soberbio. *Yo me lo sé* sobre quien fundó el SEÑOR su Santa Iglesia, sino sobre un pecador arrepentido, que adquirió esta dicha, no por su saber, sino por su amor y sus lágrimas.

—Padre,—contestó Gabriel,—dos cosas están en mi corazón con la vida, y solo con ella se me arrancarán; la enseñanza, que con palabras y hechos me habeis inculcado, y el amor y agradecimiento que os tengo. Y ahora, padre, que tengo nombre y procedencia, puedo pedir os otro favor, que pondrá el colmo á los demás, y es que me otorgueis á Ana por muger.

—Hijo, respondió Juan Martín, no lo quisiera ni consiento en que quedeis ligados. Vas á entrar en una vida nueva, y dentro de poco todas las cosas te aparecerán de otra manera que te aparecen ahora.

—Y porque algunas cosas mudan, ¿sospechais, padre, que puedo mudar yo?

—No digo eso; sino que puedes, sin mudar tu sentir, mudar tu pensar; y conocerás entonces que Ana sería forastera por esas alturas, y yo no quiero que á mi hija se la mire en parte ninguna por cima del hombro, cuando puede estar en su casa donde se la mira como una princesa. Porque, hijo mío, el pájaro solo vive y canta á gusto en el valle en que tiene su nido.

(1) ¡Qué sentencias!—Y todas al pié de la letra, son oídas y copiadas de la gente del pueblo.

—Eso pienso yo,—esclamó con alma y corazon Gabriel,—y el pájaro soy yo, y mi valle Valdeflores; por eso volveré. ¡Así Dios me dé vida, y á V. salud!

—Pongamos lo venidero en manos de Dios, Gabriel, repuso Juan Martin. El tiempo lo hace todo sin ayuda de nadie; y vuelvas ó no, acompañaráte siempre la bendicion de tu padre del campo.

Gabriel llegó á Madrid. La entrevista del padre y del hijo no fué ni podia ser cordial; y dejó—como es de suponer—muy poco satisfechos al uno del otro. Gabriel espuso á su padre respetuosamente sus deseos de volver al campo, en el que se habia criado, y al que estaba tan apegado. Su padre se echó á reir, é insistiendo Gabriel, el general le mandó callar con toda la autoridad de padre y el despotismo mas acerbo. Porque... ¡aun hay despotismo! esa gran espada de Damócles, la echaron por tierra, la rompieron, y han hecho con ella un sin número de puñales que se han repartido.

—¡Lo que vá de mi padre Juan Martin á este señor!

Este pensamiento que surgió despues de esta entrevista, en su mente Gabriel intentó—pero en vano—desecharlo. A cada nueva entrevista se volvia á presentar mas claro y mas fundado.

—¡Qué estúpido, que incivilizado é ignorante zopenco! pensaba el padre con mal humor,—¡qué crianza le ha dado ese necio lugareño de Sanchez! Es necesario acepillar á este alcornoque.

De resultas de estas reflexiones, el General puso á su hijo maestros y le hizo seguir con asiduidad sus cursos de enseñanzas, los que aprovecharon admirablemente á Gabriel, que siendo poco expansivo, muy amigo del retiro y fiel al recuerdo, y teniendo además entendimiento despejado, buena memoria y un carácter reflexivo, se entregó con tanto placer como provecho al estudio.

Agregábase á esto que Gabriel halló poco cariño en su padre; poco atractivo y menos seduccion en el círculo masculino en el que le introdujo el General; poco arrastre en los placeres de bulla y ruido. Gabriel, en fin,—que se hallaba contrapuesto en ideas, en gustos, en costumbres y en maneras á cuanto le rodeaba,—se concentró y concretó á sus estudios, que ocupaban su actividad, halagaban su gusto, y llenaban su vida. Y esto era una suerte; porque la ociosidad en el círculo extraño y repulsivo en que se hallaba, le hubiese hecho su posicion intolerable. De todo esto resultó el que viviese Gabriel en un sistema de aislamiento y retencion que dejaron al hijo y al padre completamente extraños el uno al otro.

—Es un *cena á oscuras*,—decía el General á sus compinches, hablando de su hijo,—es apocado; no tiene nervio. Sus maestros dicen que tiene una gran inteligencia, mucha memoria, fácil comprension y deseos de instruirse. Pero.... lleva este amor al saber hasta el punto de haberle vuelto metido en sí y en sus libros; y así se ha hecho apático, que es lo peor que puede ser un hijo del siglo XIX. Pierdo las esperanzas de que nunca llegue á ser un miembro lucido, exaltado y entusiasta de nuestra regeneracion política, moral, social, nacional, religiosa, doctrinal, legislativa, vocal é industrial. Mas espero que será un miembro útil á *demoler*,—esta, si no difícil, utilísima ciencia del dia,—y que ayudará con la pluma—que es el gran ariete de esta empresa—á derribar el vetusto, el podrido, el caduco edificio social, que levantaron la barbarie y la ignorancia con sus hijos la supersticion y el despotismo, que no ha producido mas fruto que la Inquisicion que nos perdió, y las ordenes religiosas que nos fastidiaron....

Este *speech* (esta perorata) fué muy aplaudida.

—¡Qué conocimientos históricos! decía un banderillero de fama....

—¡Qué brillante ilustracion! decía un pretendiente á la direccion de un nuevo periódico, que con el programa de *el pueblo es Dios, y nosotros su profeta*, iba á fundar el General.

Este solia gratificar á su hijo con otros discursos semejantes, en los que una porcion de palabras huecas y retumbantes, hacian brillantísimo papel. El General creia con eso corroborar y abundar en las mismas ideas que los libros; pues hijo de Belona, que no habia tenido ninguna clase de educacion,—y bien podia haberse quemado la piel con pólvora enemiga en los campos de batalla y sobre las brechas; pero sobre los libros no se habia nunca ni chamuscado las pestañas,—creia que todos los libros impresos decian lo mismo que aquellos que servian de texto á sus correligionarios. La candidez que se creia perdida, no lo está; ha mudado de domicilio. No se halla ya en los corazones, pero se encuentra todavía en muchas inteligencias. ¡Qué lástima! ¡antes estaba mejor alojada!

De esta suerte habian pasado cerca de tres años. Al cabo de los cuales dijo una mañana el General á su hijo:

—Espero que no pensarás prolongar esa tu ociosa vida de filósofo huraño y de sábio mudo. Ni creas que consentiré en que sigas vejeando,—como has hecho hasta ahora,—á mis espensas.

Gabriel, que como hemos dicho ya, tenia por rasgo distintivo de su carácter, la serenidad, contestó á su padre:

—Señor, justamente habia pensado hablaros sobre ese mismo asunto. Acabo de cumplir veinte y cinco años, y creo que puedo ya pensar por mí mismo en mi futura suerte.

—¡Pensar por tí mismo!—esclamó asombrado el antagonista del despotismo, por cuya boca se diseñó una sonrisa fria y despreciativa: —vamos á ver, vamos á ver lo que ha pensado su señoría en las elevadas cumbres de su intelecto abstraído?

—Recordareis, contestó con calma Gabriel, que cuando llegué aquí os dije, que no queria *salir de mi crianza*, palabra que significa mucho, y muchas cosas, alli donde se usa. Os dije, que deseaba mantenerme en aquella tranquila esfera en que me crié, puesto que ni pensaba entonces—que nada sabia;—ni pienso ahora—que algo sé,—que desmerezca el hombre por pobre, ni la existencia por oscura.

No quisisteis otorgarme mi deseo; quisisteis que cultivase mi entendimiento y adquiriese algun saber, creyendo que esto cambiaria mis ideas, y trocariá mis inclinaciones. Os obedecí como á padre y señor. Mas despues de instruirme por los libros, y despues de conocer por la práctica este mundo bullicioso, activo, lleno de malas pasiones, devorado por la ambicion, os repito con toda la calma de la reflexion aquellas mismas palabras que al llegar os dije, puesto que cuanto he visto aquí me es antipático; y porque estoy persuadido de que los hombres que actúan en esta esfera, que llamais culta, valen menos que los que he visto no salir de su oscuro y pacífico círculo de accion. Y esto lo confirma un poeta pensador aleman, que dice que los hombres vulgares necesitan hacerse valer por lo que *hacen*, mientras á los superiores les basta para eso lo que son. (1)

El General permaneció tan sorprendido al oír á su hijo, que no atinó á contestarle; y Gabriel, viendo que su padre callaba, prosiguió:

—Pero, señor, yo no quisiera disgustaros: ¿acaso teniais otras intenciones sobre mí?

—¡Pues no las habia de tener, y suponértelas á tí! esclamó sofocado el General. ¿Habia de pensar que siguieses en tus bajas inclinaciones y ruines miras, despues de tenerte cerca de tres años á mi lado, poniéndote al nivel de los de tu clase y de tu posicion social, procurando realzar tus vulgares tendencias é ilustrar tu entendimiento? ¡Y ahora te veo tan menguado, tan rústico y tan oscuro, como el día que lle-

(1) SCHILLER.

gaste! ¿De qué, pues, te han servido tus libros y tus estudios?

—De mucho, señor, de mucho. Me han servido para confirmar, para robustecer y para afirmar la instintiva persuasión que tenía, de que las bases y fuentes de una vida buena y feliz son una alma honrada, una crianza cristiana y una existencia natural y sencilla: que la reunión de estas tres cosas son la práctica de las elocuentes frases morales y de las aspiraciones estéticas de los poetas, que en vuestro mundo solo son teorías. Lo que he aprendido me ha probado además que la mas alta cultura enseña lo que nosotros aprendemos desde que nos enseñan el catecismo, y es: *que hay mas verdadera altura y grandeza en cumplir un deber, aun en el caso de que este sea modesto y humilde, que no en esa filosofía de lacayos, que consiste en negar y menospreciar todo cuanto realza realmente la naturaleza humana.* (1)

—Pero... ¿qué estás ahí hablando de deberes? exclamó su padre. ¿Cuáles son para tí esos deberes?

—Señor, sabéis que hay una muger que crió á sus pechos con cariño de madre al huérfano abandonado; sabéis que hay un hombre que amparó, enseñó, é hizo hombre al desvalido cunero, y que vendió la mitad de su corta hacienda para libertarle de ser soldado. Pero lo que no sabéis es, que tienen una hija única, que es la dulce hermana de mi desamparada infancia.

—¿Y la has seducido? dijo sonriendo el General.

—Solo vos, padre, puede suponerme infame, sin que acalle yo como me compete, semejante injuria. La amo, y le he dado palabra de casamiento.

—¡Palabra de chiquillo, que lleva el viento! Si no la has seducido, no veo en cuanto has dicho nada que se roce, ni de cerca ni de lejos, con la campanuda voz DEBERES.

—Pues yo os diré, señor, lo que por deberes entiendo yo; yo, que soy criado y enseñado por el pueblo, no el pueblo ilustrado por vosotros, sino por el honrado y noble pueblo campesino, el que, como el marino entre la agitada mar y el cielo, vive únicamente entre éste y la florida tierra que nos lleva, nos nutre, nos alegra, y que finados, nos oculta de profanaciones en su seno. Soy parte de ese pueblo pacífico, que atraviesa la vida sin mas piloto que su cura, sin mas enseñanza que la ley de Dios, y sin mas interpretaciones filosóficas, materialistas, ni epicureistas de nuestro tránsito por este mundo,

(1) Julio Sandean.

que la sencilla y cristiana definicion de su objeto: VIVIR PARA TRABAJAR; MORIR PARA DESCANSAR.

—Basta, basta de música celestial, dijo el General.

—¡Bien habeis definido lo que diciendo estaba! repuso Gabriel. Las santas creencias de nuestros abuelos han llegado á serlo para sus nietos. Pero era preciso traer estos antecedentes para deciros que con estas bases cristianas, y con su espíritu caballeresco ha formado el pueblo español un código de honor, cuyas leyes son para mí imprescindibles deberes.

—¿Y cómo se espresa ese código, amalgama de conciencia y honor de esos caballeros de la mesa redonda, al que con tono magistral te refieres para encanallarte? preguntó con amargo escarnio el General.

—Señor, respondió Gabriel con voz firme, ese código hace que al que es ingrato, se le llame *mal nacido*.

El General alzó los hombros.

—Ese código,—prosiguió en el mismo tono Gabriel,—al que jura, y falta á lo jurado, le imprime con un hierro candente en la frente la palabra *¡infame!*

El General hizo un gesto de impaciencia.

—Hace, señor,—continuó Gabriel,—que al que engaña á una muger, y la deja despues de darle palabra de casamiento, se le señale con el dedo, y se le nombre *¡villano!*

El General quiso hablar; pero Gabriel continuó interrumpiéndole.

—Y allá, señor, ese código de honor y conciencia castiga á aquellos que abandonan en su ancianidad al padre y la madre que los criaron, y los castiga haciendo que se *les escupa á la cara*.

Al decir estas últimas palabras, el General se puso encendido cual si le oprimiese un dogal la garganta; en seguida palideció, y fijó una terrible é investigadora mirada en su hijo. Así permanecieron ambos algunos instantes; el General, trémulo, azorado como la culpa; Gabriel sereno y tranquilo como la inocencia.

Mas al ver la modesta calma de Gabriel, el General fué refrenando su agitacion, y murmuró entre dientes:—¡no, no lo sabe! ¿quién habria podido decírselo?—Levantándose en seguida, dijo con arrogancia y altivez á su hijo:

—Ante todo, ¿tú has considerado á lo que te espones, si te declaras en abierta rebelion conmigo?

—Acometa quien quiera; que el fuerte espera, respondió Gabriel á la inmotivada amenaza de su padre.

—¿Tú te cres fuerte, pobre loco?

—Sí señor, contestó Gabriel; que dice un poeta inglés, (1) que una buena conciencia vale por mil espadas.—Pero, señor,—añadió con no desmentida moderacion;—¿por qué me amenazais? ¿En qué puedo haberos ofendido? ¿No me habeis enseñado que el hombre es libre? ¿No me habeis repetido mil veces que á nada debe someterse ni doblegarse, sin esceptuar las obligaciones religiosas, que llamais supersticiones; ni las civiles, que llamais despotismo; ni las de sociedad, que llamais trabas y antiguallas? ¿Y solo para poder yo, á mi mayor edad, disponer modestamente de mi suerte, y para cumplir con lo que miro como dulces deberes de conciencia y de corazon, no la tendria yo, señor? ¿Por qué?

—Porque no quiero que descieras de la elevada clase á que perteneces.

—¿No decís que todos somos iguales?

—Es que aunque iguales, su mérito puede encumbrar al que lo tiene.

—Para esto es preciso dos cosas, señor; el mérito de que carezco, y la voluntad que no tengo, pues á esas ásperas alturas en que se pelea con toda clase de armas, prefiero la pacífica amenidad de mi valle.

—¡Vuelta á esas poéticas chochees, á esos desbarros románticos!—dijo el General golpeando el suelo con el pié;—hablemos en razon. Tengo tratado tu casamiento con la hija de Sanchez, que no solo le dará un buen dote, si se le puede lograr una placa por la que ansía, sino que proporcionará á su yerno la mayoría de los votos de su distrito en X..... para diputado.

—¡Diputado, señor! ¿Os burlais?

—¿Por qué no lo serías? Fray Modesto está esclaustrado.

—¡Pues qué! ¿tengo yo la posicion, el caudal, el saber, la esperiencia, la popularidad, la suposicion necesarias para representar al pais en un congreso, y dar á éste la respetabilidad y prestigio que debe tener?

—Déjate de teorías y retumbancias; sé hombre positivo, si no, se han de burlar de tí. En siendo diputado, ya será fácil grangearte un buen destino. *Oposicion sin tregua* hasta que lo logres: esta es la táctica. O logras, ó tienes con eso tu hoja de servicios para una mudanza de ministerio. Espero que te sonreirá ese brillante porvenir.

(1) Shakespeare.

—No señor, dijo con voz firme y serena Gabriel.

—¡Cómo, menguado! ¿Todo esto rechazarias? ¿Y por qué?

—Ya que mis anteriores razones parece que no os hacen fuerza, os diré un mote que en tiempos remotos adoptó una ilustre casa francesa (1), y del que yo, aunque humilde, he constituido el regulador de mi vida, por lo cual cumpliré tan decididamente lo que conceptuo mis deberes, como resueltamente rehusó cuanto me habeis propuesto. Esta regla es MAS HONOR QUE HONORES.

—¡Sal de mi presencia, y que en la vida vuelva á vertel gritó el General soltando los diques á su comprimida ira.

—¿Me concedereis al menos, antes de separarnos, vuestro beneplácito, sin el que nada quisiera llevar á cabo? dijo respetuosamente Gabriel.

—Te prometo, respondió saliendo del cuarto el General, mi mas entero olvido, mi mas completo desden, y el cuidar de que ni un cuarto de cuanto poseo llegue nunca á tus indignas manos.

Gabriel hizo desde luego los preparativos de su partida, vendió los dijes de lujo que le habian sido indispensables para alternar en el círculo de la moda, así como toda su ropa, armas y cuanto poseia. Y su producto, unido con lo que le habia suministrado su padre para las llamadas necesidades de la juventud elegante y exigencias de buen tono, (esto es, cigarros habanos, perfumes, objetos de tocador y otros accesorios de la vida frívola) que habia ahorrado, le produjo una cantidad tan crecida, que le dejó sorprendido. Algunas reflexiones despertó esta crecida suma en su mente.

Cierto es, pensó, que el lujo, si no lo hubiese creado la vanidad, lo hubiera creado la humanidad. Ella hubiese abierto esa gran salida á las arcas de los ricos y de los poderosos, para derramar su contenido sobre las artes, la industria, el comercio y la clase artesana. ¡Pero que á este lujo, prerogativa de los opulentos, pretendan todos! ¡Que se quiera hacer de él una ventaja comun, logrando que sea una máscara que oculte la pobreza, la insignificancia, la nulidad, la ordinariez! ¡Que para lograr vestir este disfraz, sacrifique á veces un hombre su probidad, una muger su honra! ¡Y que entonces encubra este vano oropel el esqueleto de la miseria del alma y los reptiles de la conciencia! ¡Esto es atroz! El lujo es una librea de la vanidad, indigna de un hombre noblemente independiente, impropia del hombre

(1) De Grignan.

digno, que es de mediana clase, ó tiene poca fortuna adquirida.

Diciendo esto Gabriel tiró con hastío la elegante bata de cachemir que tenia puesta, y le habia traído su padre poco antes de París; sacó con íntimo placer de un armario el lindo traje de serrano con el que habia llegado á casa de su padre, se lo puso, y cuando le hubo vestido, respiró con descanso y placer, y exclamó:

—¡Libre! ¡Libre! ¡Libre soy contigo! ¡libre como Dios quiere al hombre! ¡Libre de ambicion, libre de cargos, libre de cuidados, libre de malas pasiones, libre de ódios y rivalidades, libre de compromisos, libre de remordimientos! ¡Libre cual la nube que vuela; libre como el pájaro que canta; libre como el corazon sano, que desprendido cual aquellas, cantando cual éste, se eleva á Dios! ¡Vistan los que quieran esa túnica de Deyanira, que yo prefiero la sencilla y suave túnica de amianto de la modestia, el silencio á la bulla, la paz á la pelea, la oscuridad al resplandor de las hogueras que encienden las malas pasiones.

CAPITULO VIII.

La tarde caía. La naturaleza y los elementos estaban tan sosegados, cual si fuesen pasando sin notarlo de la calma al sueño, como pasa el justo de la vida á la muerte. Las hojas de los árboles,—esas comadres intranquilas, y afectas á murmurar,—se estaban inmóviles y silenciosas, cual si una maliciosa Sífide las hubiese magnetizado. Era el silencio tan absoluto, que se hubiese podido creer que compacta y cristalizada la atmósfera, nada recibia ni trasmitia, á no ser porque de cuando en cuando traía la fragancia de la jara como un recuerdo de sus amigas del campo, á Ana, que estaba sentada en su casa cerca de la siempre abierta puerta de la calle, apoyando en esta su cabeza; tenia fijados sus ojos en la luna, que estaba aun tan pálida por la luz del dia, como lo estaba ella por el dolor de la ausencia, y cantaba con dulce y llorosa voz, en lenta y triste tonada: (1)

Mi amante con la luna
Me manda cartas;

(1) Siempre que nos es dado, preferimos dejar al pueblo expresar él mismo lo que siente. ¿Cómo encerrar, cual él, tanto sentimiento, tanta poesia con tanta naturalidad, en tan pocas palabras?

Y yo con el lucero.....

¡Penas á mantas!

—

Mejor quiero esperarle

Mas y mas años,

Que no beber las hieles

Del desengaño.

—

El sol se vá poniendo,

Dicen las flores,

Ya se vá quien nos daba

Bellos colores.

—

Yo quisiera morirme,

Y oir mi doble,

Por ver quien me decia

¡Dios te perdone!

Entonces reparó Ana en el tio Matías, que sentado al lado de afuera de la puerta, doblaba el cuerpo en direccion á ella, para prestar mejor oido á sus cantares. El pobre viejo, que contaba ya mas de noventa años, se mantenía sano y despejado, como si la caridad que le mantenía, hubiese conservado la ocasion para prolongar la buena obra: porque si el principio contrario al bien, esto es, el enemigo de lo santo y de lo bueno, pone sin cesar en la senda del hombre ocasiones para que obre mal, nuestros buenos ángeles,—aunque tantas veces desatendidos,—no se cansan de ofrecernos á miles, ocasiones para que obremos bien. (1)

Ana, que sabia cuánto amaba el tio Matías á Gabriel, al encontrar la triste y simpática mirada del anciano, se sonrió, no con la sonrisa de la alegría, pero con la de la dulzura, esa sonrisa que embellece y entristece á la vez el rostro, como el sauce á un paisaje; y dijo, como para poner en contacto mas directo los cariños que ambos profesaban al ausente:

—¿Volverá?

El interrogado, que recordó cuánto había querido, esto es, á su

(1) Así es, que en un buen exámen de un Devocionario, se halla este recuerdo á la conciencia: *¿has resistido á la gracia?*

muger que habia muerto, y á su hijo, que para siempre le habia dejado, contestó meneando su cana cabeza:

—¡Ay, hija! ¡los que se mueren, no resucitan! ¡los que se van... no vuelven!

Entonces las lágrimas, que caian lentas y sosegadas, como hijas de la melancolía, por las mejillas de Ana, corrieron presurosas y en tropel como hijas del dolor.

—¿Que no volverá? exclamó; ¿y es V. quien lo dice? Entonces veo que no hay fé ni esperanza sino en el amor. ¡Volverá, sí! ¡volverá! tío Matías, que en mi pecho tengo un profeta mas certero que usted.

Estefanía, que habia estado ocupada en las faenas de su casa, volvía en este momento, y oyó las últimas palabras de Ana.

—Hija de mis entrañas, la dijo, ¿á qué confías en un despropósito, ni aguardas un imposible? ¡Pues que! ¿Te se figura que Gabriel,—que es hijo de un *Gobierno* de los mas *estirizados*, que tendrá á su hijo por esas cumbres,—habia de volver entre estos rústicos aldeanos? Eso es querer cegarse, hija de mi alma: razon es que ya te quites de la cabeza esos vanos pensamientos. Gabriel, que está entre tanta grandeza; y allí dondé está la reina; ¿crees tú, inocente, que se habia de acordar de tí?

—Usted no conoce á Gabriel, madre.

—¿Con que no le conozco y le parí?...—no, no le parí, pero le crié á mis pechos.—Pero, Ana, hija, aunque sea, como lo es, mas bueno que el pan, mas noble que el oro, y mas cabal que la paga de Dios, no ha de volver el mundo patas arriba amasando en una misma artesa pan de rey y pan de cortijo. ¡Cómo ha de ser! ¡Dios ha querido quitarnos á nosotros el hijo, á tí el novio! No hay sino conformarse, y mientras mayor sea tu pesar, ten presente lo que dice la ley cristiana:

Sufre con ánimo igual,
Alma, lo que mas lastima;
Que la mas áspera lima
Limpia mejor el metal.

Diciendo estas palabras, la buena Estefanía, que habia sacado fuerzas de flaqueza para guiar á su hija, calló porque las lágrimas de su corazon ahogaron las sensatas palabras de su razon.

A este tiempo entró Juan Martin que venia del pueblo.—¿Has visto á D. José? ¿has sabido de él?—le preguntó ansiosa su muger.

—Le *vide*,—contestó el marido,—vide á ese D. José, con mas ínfulas que una grimpola, y mas asperezas que un rico. Iba á montar á caballo, y á ponerse en camino para la Higuera, donde ha ido á perder á otro pobre infeliz, tomando posesion de un castañar que le tenia hipotecado por unos dineros, que no le ha podido pagar al cumplimiento del plazo.—Le pregunté por ÉL.—Está bueno, está bueno, me dijo. ¿Pero á VV. qué les importa? ¿VV. se han figurado que yo soy el parte sanitario de la *Gaceta*, para estar á cada paso queriendo que les dé razon de cómo está la gente? Todas las cosas tienen su término. Ya VV. han cumplido con Gabriel. Si acaso lo que quieren VV. es que le pida yo á su padre premio por la crianza, á otra puerta; porque eso de que le pidan, á nadie le hace maldita la gracia; así, esa diligencia hacerla en propia persona, que yo en mi vida he hecho empeños sino para mí: y con eso..... adios.—No vuelvas mas con tu cansera, y que tampoco venga tu muger; que las mugeres, en queriendo, son como las garrapatas; no hay quien las desprenda.

—¡Jesus!—esclamó Estefanía,—¿eso dijo?

—Sí, y yo lo escuché sin chistar,—respondió Juan Martin;— porque á quien asina discurre, ¿qué se le dice, que no sea lavar los pies á un burro? Pero todavía me dijo otra cosa, añadió disimulando su emocion el padre de Ana. Ya montado, y antes de echar á andar me gritó:—Juan Martin, se me olvidaba decirte que el Sr. D. Gabriel Labrador se casa.

Al oir estas palabras, Estefanía dió un grito, Ana un débil gemido, Juan Martin suspiró con dolor mirando á su hija, y el tío Matías murmuró con su cascada voz: ¡los que se van.... no vuelven!

—No lo creo,—esclamó con angustia Estefanía, tanto porque á pensar de lo que le habia dicho á su hija, conservaba en su fuero interno esperanzas de que volviese Gabriel,—¡esperanzas ocultas aun á si misma!—como para animar á la infeliz Ana, á quien la sorpresa paralizaba, como el hielo á un arroyo, y el dolor hacia palidecer, como la muerte á un cadáver.—No lo creo,—repitió Estefanía con vehemencia,—Gabriel volverá: ¡si no puede ser que no vuelva!

—Estefanía,—dijo Juan que conoció que la intencion de la madre era la de consolar á su hija;—no te empeñes en curar con paños calientes lo que cura no tiene. Para sanar, cortar por lo sano. Gabriel no volverá. Y esto, que se sepa, y que se diga. Lo demás no es otra

cosa que tapujar rendijas, para que no sea de día. ¿Os figurais vos, inocentes, que mas que él quisiera, sus gentes le habian de dejar volver? ¿No veis que eso está fuera de lo cotidiano?

Juan calló; y solo se oyeron los sollozos de Ana, y los besos que la madre imprimió sobre la frente de su hija, al estrecharla en sus brazos.

Habia un momento que el tio Matías, que estaba, como hemos dicho, del lado de afuera de la puerta, fijaba su vista en dos ginetes, que salieron de entre los árboles por entre los que subia el camino de la Higuera, los que con paso apresurado se dirigian á casa de Juan Martin.

—Estefanía,—dijo éste con profundo sentimiento á su muger,—tenemos un hijo mas en el cementerio. Ana, hija, tus amores no tienen suerte: olvídalos.

—¡Y qué!—repuso con simpatía de madre y de muger Estefanía.—¿Está el olvido de venta, para que se pueda comprar cuando se necesita?

—Sí, sí, Estefanía, contestó Juan; se compra y se puede adquirir. Dios lo espende; el comprador es la firme voluntad; la moneda es la oracion.

—Juan.....¡qué fácil se dice eso!

—Y se hace aunque cueste mas trabajo que el decirlo. ¿Acaso te parece mas en razon y mas cristiano desesperarse y desvirarse esperando imposibles? Pues un imposible es que vuelva Gabriel.

—Ahí está.....¡él es! gritó de repente el tio Matías con un arranque y una energía sobrenaturales en su ancianidad y decrepitud.

Mas antes de que ninguno de los que estaban en la casa tuviese tiempo de hacer un movimiento, ni de decir una palabra, un jóven se habia precipitado por la puerta, y estrechaba con pasion y entusiasmo á Juan Martin entre sus brazos. Estefanía tenia entre los suyos á su hija, que desfallecia bajo las sacudidas de tan fuertes y diversas emociones; el tio Matías, que se habia puesto de pié, habia vuelto á caer sobre el poyo, levantando al cielo sus cruzadas y trémulas manos y sus apagados ojos.

Solo D. José Sanchez, que habia entrado en pos de Gabriel, se mantenía completamente indiferente é impassible en aquella conmoviente escena.

—¡Y yo que nada sobre esta venida sabia! se decia á sí mismo, en vista de que nadie atendia á su señoría.

—Por lo visto, han querido sorprenderme. Venia yo de la Higuera, tan ageno de nada, cuando ahí á la entrada del pueblo me alcanza un ginete que venia á la carrera (seria para emparejar conmigo,) le miro... ¡y era él! Nada me ha escrito mi amigo de esta venida; pero en fin, entre propios los cumplimientos son escusados. Al pasar por aquí habrá querido ver á Estefanía, pues partió como un rehilete. ¡Ya, como le crió, y dicen que á las amas se quiere bien!.... Y sinó, traslado á lo que hace S. M. la reina. Pero no nos podemos detener: Gabriel, añadió levantando la voz, que se hace tarde, y aunque haya luna, á mí no me gusta caminar de noche.

Gabriel, que durante el monólogo de D. José se habia echado al cuello de su madre, cuyos brazos retenian al hijo amado sobre su pecho, se volvió ahora á D. José y le dijo:

—Partid cuando gusteis: yo no os detengo.

—¡Pues qué! repuso atónito D. José, ¿no te vienes conmigo á mi casa?

—No señor, contestó Gabriel, que me quedo aquí.

—¡Aquí!—esclamó cada vez mas asombrado el ricacho.—Esto no puede ser, seria indecoroso, teniendo en el pueblo la casa de tu futura familia.

—La casa de mi familia, pasada, presente y futura, es esta, dijo Gabriel.

—Hombre, repuso impaciente el señoron improvisado, ¿tú me quieres volver tarumba? Vamos de una vez: ¿tú no vienes para casarte?

—Sí señor.

—Bien. ¿No vá á ser mi hija tu muger?

—No señor; que quien vá á ser mi muger es esta, respondió Gabriel presentándole á la enagenada y avergonzada Ana, cuyas sonrojadas megillas cubiertas de lágrimas, parecian rosas abiertas por el sol, y bañadas aun por las lágrimas de la aurora.

Nunca produjeron el asombro, la ira y la humillacion, mas efecto en una mala alma, que el que causaron estas palabras en el finchado y soberbio Sr. Sanchez. Sus ojos lanzaron chispas; su barba tembló; su pecho,—aquel mar de hielo para toda emocion tierna, noble, ó generosa,—se agitó, y su respiracion se hizo ruidosa como la de un acosado cuadrúpedo.

—¿Tú desdeñas á mi hija? preguntó al cabo de un rato con forzada y altiva sonrisa, formando sus palabras el seco y bronco castañetéo de una matraca.

—No señor, contestó Gabriel, no desdeño á vuestra hija; pero cumpla con lo que la consecuencia me impone, la gratitud me prescribe, y lo que mi corazón me inspira.

—¿Tú desprecias mi caudal?—prosiguió D. José.

—¡Eso sí!—contestó con desdén Gabriel.

—¿Y menosprecias mi alianza?—tornó á preguntar con marcada ironía y recalcada sorna el noble montañés, la cruzada notabilidad.

—De esa,—respondió Gabriel,—me cuido tan poco como vos os cuidasteis del pobre huérfano abandonado que amparó Juan Martín.

—Pues para bajarte esos humos que traes de la Corte, en donde parece que es tu padre hoy día un gran señor,—dijo D. José con pausa y sorna, y con toda la vil satisfaccion que produce la venganza en el hombre malo que la ejerce,—para abajarte esos insolentes humos, y para que ante mí bajas confundido esa erguida cabeza, sabrás lo que habia jurado á tu padre callar para siempre. ¿Ves ese viejo decrepito y miserable, mantenido de la caridad; ves á ese ruin mendigo, á ese tío Limosna? Pues ese es el noble y lucido tronco de vuestra ilustre raza, ese es tu abuelo. Y tu padre..... el pillastre del hijo que huyó de su lado.

—¡Abuelo! ¡abuelo mio! gritó Gabriel precipitándose hácia el trémulo anciano, á quien estrechó en sus brazos. ¡Oh padre mio, ya comprendo porqué desde chico me arrastraba hácia vos con tanto cariño mi corazón! D. José, ¡cuán cruel habeis sido en no haberlo dicho antes! Y volviéndose de repente y cayendo á los piés de Juan Martín cuyas rodillas abrazó, reventaron en sollozos las fuertes emociones que le agitaban, diciendo en entrecortadas palabras:

—¡Padre! ¡padre! no basta mi corazón para contener toda la gratitud que os debo! Vos amparasteis al huérfano desvalido, vos recogisteis al anciano abandonado!..... ¡y erais pobre! Y algun día os quedasteis con hambre, para que á la infancia y á la ancianidad desamparadas no les faltase el sustento! ¡Y lo hicisteis sin esperar una recompensa, sin contar con una compensacion, sin soñar en un laurel solo, solo, solo por caridad cristiana! ¡Oh, cuál palidece la estrella de la filantropía ante el sol de la caridad! ¡Anatema sobre las falsas deidades y las erradas doctrinas! ¡Desterradas sean del país que perturbaban, y de las inteligencias que embrollan ó pervierten! y reine inatacada aquella que vos y mi madre me enseñaron con palabras y ejemplos desde la cuna, y á la que despues de ilustrar mi entendimiento, acato con mas entusiasmo que antes!

—Gabriel,—dijo Juan alzando á su hijo del suelo,—no me saques los colores á la cara; las celebraciones, si son merecidas, fatigan; si no lo son, avergüenzan. Nada vá conmigo: si quieres agradecer, que sea á aquella bendita que te crió á sus pechos.

—A esa nada digo, padre: no hay para qué, las madres y el ángel de nuestra guarda nos comprenden aun antes de que hablemos.

A D. José le ahogaba la ira, al ver que no lograba su objeto, que era el humillar á Gabriel, como éste le habia humillado á él. Así fué que dirigiéndose con altanería al pobre tio Matías, le dijo:

—Tio Limosna, ¿cuál es su apellido de V.; si tiene otro?

—Señor, respondió el anciano, dejad que me llamen limosna los que me la han dado; yo me llamo Matías Vega.

—Pues su hijo de V.,—prosiguió el encarnizado agresor,—su hijo de V. dejó el nombre de su padre—sea porque fuese por conocido en la policía, ó fuese por ocultar su ruin procedencia,—y se apellida con un fraude Labrador.

—Como se llama Isidro..... dijo el pobre padre, buscando aun disculpa al hijo ingrato.

—¡Tomal repuso el grosero y resentido ricacho, por esa regla su nieto de V. mañana si se le antoja se apellidará Arcángel. Yo, antes me dejaba cortar la que tengo sobre los hombros, que hacer semejante felonía. Yo, yo soy..... yo soy D. José Sanchez por la tierra y por la mar.

Don José Sanchez por la tierra y por la mar salió bufando.

—No te alteres ni te incomodes, dijo en tono de súplica Estefanía á Gabriel.

—¿Que no me altere ni me incomode? contestó éste.—Madre, ¿creeis que un hombre tan necio y despreciable tenga el poder de alterarme, cuando no tiene, por bajo y ruin, ni aun el de hacerme reir? Pero, añadió Gabriel mirando á Ana y dirigiéndose á su madre;—¿cuándo es la boda?

Estefanía se quedó cortada, y miró á su marido.

—Gabriel, dijo éste, que comprendió el apuro de su muger, ya sabes que aquí no hay sobras; que no hay nada dispuesto para vuestro ajuar, ni para costearla boda: así lo primero que hay que hacer, es agenciarlo.

—Eso lo traigo yo previsto, padre, repuso Gabriel; y desabrochándose su chaleco, sacó un cincho en el que traia en onzas las cantidades que antes de salir habia realizado y reunido.

Juan Martin y Estefanía se quedaron asombrados.

—¿Esto te ha dado tu padro? preguntó el primero.

—Sí señor, á él se lo debo, contestó Gabriel poniendo el cincho en manos de Ana, segun la costumbre del pueblo, entre el que es la mujer la depositaria del dinero.

Ana se acercó al tio Matías, y le dijo.

—El primer uso que se vá á hacer de estos caudales, es mercarle á V. *una vestida* completa, para que la estrene en la boda de su nieto. Y eso,—añadió la suave niña, á la que la felicidad restituia su gracia y su lozanía,—y eso que debia yo estar enojada con V. y no acordarme del santo de su nombre!

—¿Y por qué? preguntó Gabriel.

—Porque muchas veces me ha partido el alma, diciéndome: «los que se van..... no vuelven.»

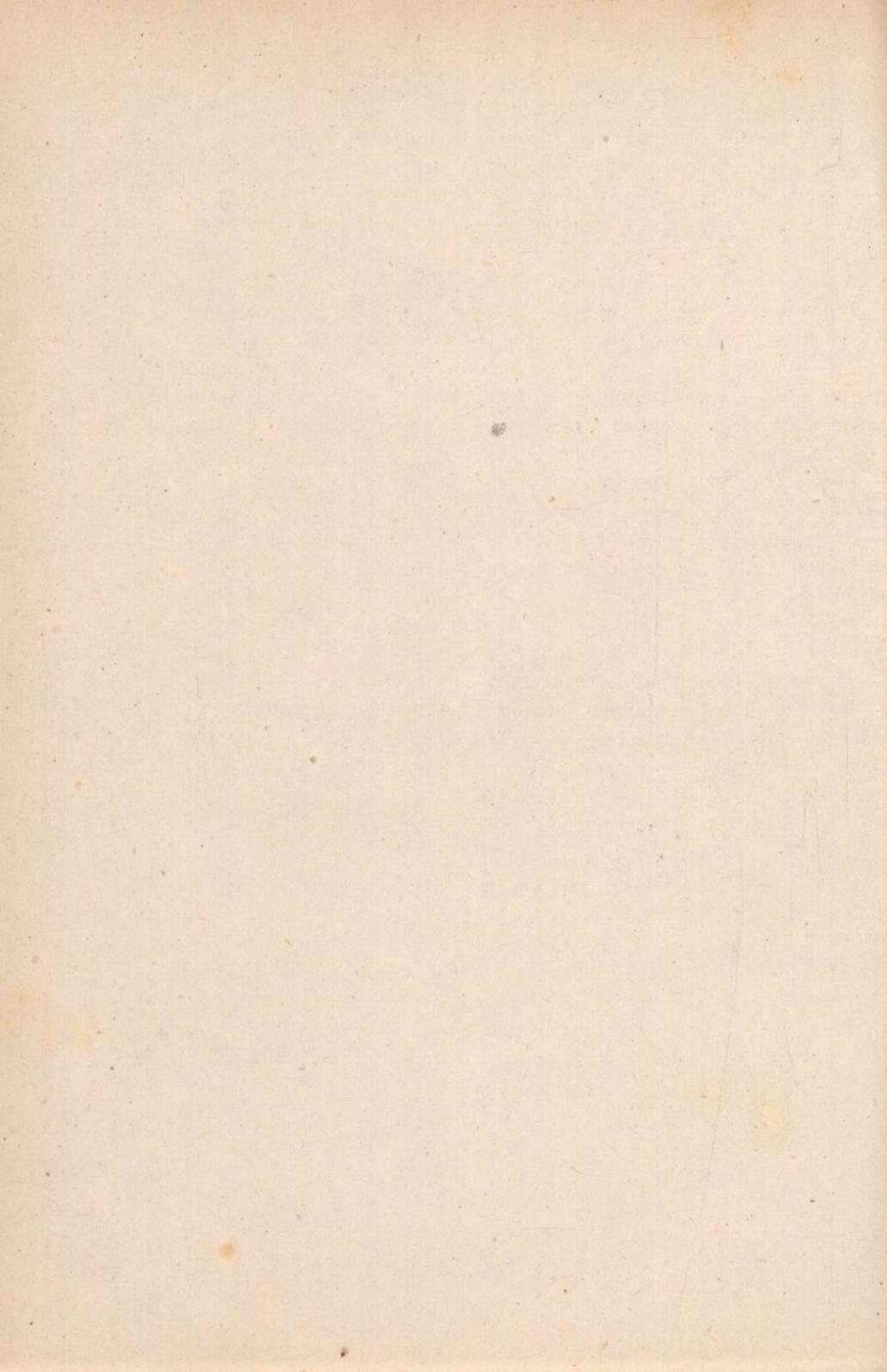
—¡Buen abuelo y mal profeta! exclamó su nieto pasando su brazo por la encorvada espalda del pobre viejo, la que golpeó con la mano cariñosamente.

—Pues otras veces he acertado en mis predicciones, repuso el anciano. Y si nó que lo diga Estefanía.

—¿Y cuándo fué eso, abuelo? preguntó Gabriel.

—El dia, contestó el anciano, en que, abandonado y rechazado de todos, te puso á sus pechos, y la dije, bendiciéndola:—Estefanía, QUIEN BIEN HACE..... PARA SÍ HACE!

FIN.



EL CAJÓN DE LOS REYES

DE LOS REYES

FERNÁNDEZ CARRILLO

EL ÚLTIMO CONSUELO.

CAPITULO I.

Votre indulgence á vous, ne se lasse jamais,
Mères! vous n'avez point d'enfer pour les mauvais,
Et rien ne peut tarir ces sources éternelles:
L'amour dans votre coeur, le lait dan vos mamelles!
CHARLES RAYNAUD.

Nunca ¡oh madre! se agota vuestra indulgencia, é infierno no teneis para los malos hijos. Nada logra secar las dos perenes fuentes, que para ellos manan en vosotras, la de sávia vida en vuestros pechos, la de bálsamo de amor en vuestros corazones.

En la curva que abre el continente para formarle á Cádiz su espaciosa bahía, entre el Puerto de Santa María y la ciudad de San Fernando, generalmente denominada la Isla, se halla situado Puerto Real, el mas modesto de los vecinos de Cádiz, á pesar de su nobilísima procedencia, puesto que la fundaron los Reyes Católicos, como lo atestiguan y blasonan sus armas y su bello y sonoro nombre.

Este pueblo, como los otros, ó acaso mas que los otros, debe su buen caserío, su elegancia, la riqueza de sus iglesias y ex-conventos á aquellos poderosos y espléndidos moradores de la rica y activa hija de Mercurio, que se trasladaban á ellos para gozar las auras del campo, y variar los goces y pasatiempos de que en el pasado siglo disfrutaban sus felices contemporáneos con ánimo alegre y espíritu tranquilo. Así es que el caserío del mencionado pueblo, aunque no tan elevado, no desmerece del de una capital, aventajándole en sus jardines, en los que si bien han enterrado los gaditanos muchas talegas, han recolectado abundante cosecha de hermosas flores, trueque que han visto las gaditanas con tanto placer como si fuesen hijas de Flora, en lugar de serlo del cisne del Océano.

Puerto Real está separado del mar por terrenos pantanosos, cortados por caños que llena y vacía el mar en su magno é incesante bamboleo. A la izquierda, y en los terrenos que hemos mencionado, ha creado la industria las vastas salinas tan renombradas por la bondad y abundancia de sus sales. La vista que ofrecen es triste y monó-

tona, no cubriendo estos terrenos salitrosos sino una vejetacion pobre y mustia, entre la que predomina una especie de brezo llamado armajos, unos juncos llamados sapina y una planta llamada salada, de verde ceniciento y menudas flores, las que florecen como avergonzadas y de mala gana; ellas, madres de la dulce miel, á orillas del amargo mar que las desdeña, y entre la incisiva sal que las marchita. Asemejándose en su destino estas pobres flores á la poesía en nuestra época, que presenta sus flores sola y triste, á orillas del amargo piélago de la política que las desdeña, y entre el incisivo y descreido sarcasmo que las marchita. (1)

No alegran por cierto á estos parajes anfibios los enormes montes de sal, que de trecho en trecho se alzan como pirámides monumentales, muy saladas en la materia de que se compone, pero muy sosas en su desfusion. Bien mirado podria simbolizar un famoso mote y generalizado axioma, vigente y puesto en práctica cuando la guerra de la Independencia, pero que desde entonces acá ha desaparecido con los héroes que la sostuvieron. Es este mote, que hoy dia solo á las pirámides cuadra, *En la union está la fuerza*, en vista de que estas moles se amontonan, porque así reunida resiste la sal á los temporales y aguas del invierno, criando su superficie con las primeras sales derretidas por las lluvias una costra, sobre la cual resbalan las aguas sucesivas.

A estas pirámides que llaman sencillamente *montones*, y que suelen reunir hasta doce mil fanegas de sal, se les hace cimientos á manera que á las casas de Amsterdam, primer puerto de la pantanosa Holanda, hundiendo en la tierra movediza enormes estacas, bastante largas para encontrar terreno sólido en que apoyarse. Esto ha dado lugar á que se diga de aquella ciudad, «que si se volviese lo de abajo arriba, apareceria como un espeso bosque.» Lllaman á estos terrenos *albinas*, y á los que no se les halla fondos *rabizas*.

A la derecha de Puerto Real, aunque separado por iguales terrenos, está el famoso Trocadero, de cuyo nombre se apoderó la Fama, y que

(1) Como para probar la exactitud cumplida de esta comparacion, existe y canta entre estas salinas una Rosa, cuyos dulces y sonoros cantos, que contienen siempre una *idea*, por lo regular elevada, bella y santa, la que espresan con caridad y elegancia, no alcanzan á pesar de eso, y de los merecidos elogios que de ellos hizo en el HERALDO uno de nuestros primeros y mas autorizados críticos, D. Manuel Cañete, todo el lauro á que son acreedores. Ya que en la prosáica era en que vivimos, la fama no cultiva ni riega las flores de la poesía, reciba al menos esta Rosa en su cáliz, como una gota de rocío, nuestro pobre tributo de elogio y la espresion de nuestra sincera simpatía.

hasta llenó de moños esa lijera y mudable francesita que se llama la *Moda*, (1) mientras que su individuo permanecía en el mas completo silencio, soledad y abandono. Labrado dicho fuerte en el espacio mas saliente de la costa, como lo ha sido Puntales en la orilla opuesta, parecen ambos venir mancomunadamente al encuentro uno de otro, como dos valientes y alertas centinelas que guardasen uno de los tres arsenales, joyas de la Península, y vigilasen el interior de la bahía, que como salon de descanso y como hospital, brinda Cádiz á los peregrinos del mar.

El Trocadero, antes de vestir la armadura y empuñar la lanza, era un pacífico y benévolo calafate, al que con motivo de volver los buques para carenarlos, denominaron *el Trocadero*, nombre que ha conservado, porque los nombres son lo mas adherente que se conoce, por mas que el furor de cambiarlo todo, no los exceptúe hoy de su universal *quita y pon*.

El Trocadero guarece á Puerto Real de las poderosas embestidas de la mar, á las que no resisten ni aun las potentes murallas de Cádiz; así pues abrigado por el fuerte, y parapetado con sus pantanos, duerme tranquilo ese lindo pueblo entre sus flores, bajo la custodia de su patrono San Roque.

Pero si carece del contacto de su terrible vecino el mar, no por eso carece de su vista, y el que por la tarde pasee por su bonita alameda de carretones, que abriga con sus álamos al camino real, y desde donde el espacio se ostenta en toda su anchura, podrá divisar á su derecha el gran coto que se prolonga hasta las primeras alturas, las que siempre creciendo y elevándose, constituyen la Sierra de Ronda. Al frente puede ver al Puerto de Santa María mirándose en las aguas de su rio Guadalete; á la izquierda á Cádiz con sus rocas por cimiento, sus murallas por pedestal, sus torres por corona, su faro por antorcha, y sobre su blanco pecho su iglesia del Cármén por santo escapulario. Y por último, puede admirar entre el Puerto de Santa María y Cádiz la inmensidad del mar, y al rey de la luz apagarla con despacio entre las olas, dejando mientras descansa, su mision de luz en el cielo á las estrellas, y en la tierra al faro, el mas santo de los monumentos que erige el hombre, despues del templo del Señor.

(1) En el año de 1823 se hicieron en París sombreros, y fabricaron telas llamadas Trocaderos.

CAPITULO II.

No admiraba ni la mar ni la puesta del sol un hombre que montado en su burra se encaminaba á esta hora por el camino de las canteras al pueblo. Aunque solo contaba cincuenta años, sus cabellos habian encanecido, y las arrugas que surcaban su inclinada frente atestiguaban que las penas aventajan á los años en la triste mision de destruir al hombre.

El que se dirigia en su burra al pueblo, era uno de sus honrados vecinos, que estaba casado con una muger de aquellas que reconcilian á Dios con la humanidad, de esas mugeres en que todo es corazon y todo lágrimas, que ponen en práctica el divino y ascético lema *amor no dice basta*, aplicándolo así al amor á Dios y á las cosas divinas, cuanto al amor de familia y al amor del prógimo, hasta hacerlo estensivo al enemigo; amor sublime que bajó de la cruz, y se ha ido debilitando de manera, que cuando la generalidad lo vé en séres privilegiados, apenas puede darle crédito.

Este matrimonio, bien acomodado en su clase, que gozaba de buena salud y de gran consideracion en el vecindario, hubiera podido ser feliz, si fuese la felicidad cumplida (por mas que digan los filósofos) cosa concedida al hombre, que por la culpa degradó su propio primitivo sér y el de su estirpe. Los trabajos en el hombre, los dolores en la muger..... ¿quién levantará ese anatema de Dios que pesa sobre la humanidad?

Amarga habia sido la parte de sufrimiento que á este buen matrimonio habia cabido. Padres amantes, lloraban aquel dia como el primero, la muerte que en la guerra civil hallaron dos hijos que habian sido su gloria, y la de una hija que habia sido su encanto, y que les arrebató el mal que desde el Ganges viene á buscar sus víctimas. Unicamente les quedaba el mas pequeño de sus hijos, que habia acertado á ser, como lo calificaba la vecindad, el Judas de aquella honrada familia.

Bernardo, tal era su nombre, que á la sazón contaba doce años, tenia todas las malas cualidades, que suelen nacer unas de otras. La pereza habia traido la ociosidad, y esta las viciosas inclinaciones. No habia dejado de contribuir á tan peligroso desarrollo el estremado cariño de sus padres, en particular de su madre, que les impedia gastar

con él el rigor necesario para domarlo. Así es que su hijo había acabado por unir á sus demás malas cualidades, el fatal espíritu de independencia, padre del desenfreno y verdugo del respeto, hermoso sauce del vergel de las virtudes; y cuando en almas díscolas y groseras falta el temor que le suple, pierde el bien en este mundo, despues de su ángel custodio, su salvaguardia.

Mientras Antonio Parra montado en su burra caminaba cabizbajo hácia el pueblo, estaba María, su muger, sentada en la sala de su casa, teniendo á su lado á una niña de seis años, á la que enseñaba la costura y la doctrina. La madre de esta niña, hermana de María, era una pobre viuda que ganaba su vida lavando en las casas pudientes, la que ni podia costear á su hija la amiga, ni tampoco podia tenerla á su lado, por lo cual su buena tia la tenia por el dia en su casa.

—Verónica, hija mia, le preguntó la buena muger, ¿sabes ya de corrido la relacion que te ha enseñado tu vecina la santera?

—Sí, señora tia, contestó la niña sin dejar de trabajar en su dechado, lo que hacia con sumo placer, y en seguida relató la siguiente relacion.

En la gran Jerusalem
Caminaba hácia el Calvario
Una afligida muger
Vestida de azul y blanco.
—¿Ha visto V. por aquí
Al hijo de mis entrañas?
—Por aquí pasó, Señora,
Antes que el gallo cantara,
Con una cruz en sus hombros
De madera muy pesada,
Y una corona de espinas
Que el cerebro le traspasa.

Como el madero le abruma,
Tres veces ha arrodillado;
¡Tres veces tocó la tierra
Con sus santísimos lábios!

Allí salió una muger,
Que Verónica la llaman,
Con un paño que traia
Limpia aquella hermosa cara.

Tres dobleces tiene el paño,
 Tres caras allí estampadas.
 La primera está en Jaen,
 La segunda en Roma estaba
 Y la tercera en la mar
 Para consagrar las aguas.

—Tía, añadió en seguida la niña, aquella cruz, que tanto abrumaba al Señor que le hizo caer tres veces, ¿de qué era que pesaba tanto?

—Pesaba tanto el divino madero por su gran tamaño; el tronco era de ciprés, de palma el palo que lo atravesaba, aquel en que asentaron sus divinos pies, de cedro, y la tablilla de las cuatro letras de olivo, que todo tiene gran misterio, contestó á la niña su tia. Pero, ahora, prosiguió, ya puedes dejar tu tarea y ponerte á jugar, hija mia.

La niña dobló con mucho primor su dechado, que guardó con la seda y el dedal en una faltriquera que, formada de la misma tela, tenia anexa la almohadilla; en seguida se levantó, y arrodillándose ante una imágen de bulto de la Señora, que estaba colocada sobre una mesa, cruzó sus manitas y dijo:

Vírgen Santísima,
 Vuestra esclava soy;
 Con vuestra licencia,
 A jugar me voy.
 Con vuestra mano bendita,
 Madre de mi corazon,
 Aunque soy pecadorcita....
 Dadme vuestra bendicion.

En seguida se puso á vestir un niño de barro, que despues de cuidadosamente envuelto en uno de los recortes que le habia dado su tia, acostó en sus brazos, meciéndolo y cantándole suavemente la tonada que para dormir á los niños tienen sus madres, infantilmente denominada la nana, con la siguiente copla:

Todo lo chiquitito
 Me hace gracia,
 Hasta los pucheritos
 De media cuarta.

—¿No quieres dormir? añadió, sentando á su niño en la falda, pues entonces, te voy á enseñar á rezar. Por las mañanas, lo primerito que se dice es:

¡ Bendita sea la luz del dia,
Y el Señor que nos la envia!
Tenga V. muy buenos dias.

—Y para acostarse, prosiguió la niña, se dice:

Me acuesto con mi Señor,
Que no hay otro mejor,
Ni lo ha habido, ni lo habré,
Ni nació, ni nacerá.
¡ Señor,
Si me duermo despertadme;
Si me muero, perdonadme! (1)

—¿Dónde habrá ido ese niño? dijo al cabo de un rato la buena madre; ya es cerca de oraciones, su padre vá á venir, y si no lo encuentra en casa se vá á incomodar.

—Estará jugando al toro con los otros muchachos, contestó la niña, que era todo lo dócil y bien inclinada que no era su primo. ¡No sé qué gusto encuentran en semejantes gritos, carreras y embestidas!

—Lo que gusta á los muchachos, no puede, ni debe gustar á las niñas, repuso su tia, que instintivamente disculpaba siempre á su hijo, aun en aquellas cosas que mas la mortificaban. El sentará, hija mia, él sentará.

—¡ Ya se vé! cuando sea viejo, contestó sin malicia la niña.

Oyéronse carreras y desentonados gritos, de esos con que los muchachos soeces lastiman sin compasion ni miramientos los tímpanos agenos; y el niño de quien se hablaba entró estrepitosamente en la sala.

—¡ Válgame Dios, hijo, cuál vienes! exclamó su madre al notar su chaqueta y pantalones desgarrados. ¿Con qué te has hecho la ropa girones?

—¿Qué mas le dá á V. que sea con un clavo ó con un gancho? res-

(1) ¡Qué fé, qué ternura, qué encantadora sencillez hay en todas estas oraciones infantiles! Solo podemos compararlas con las alas que ponía Murillo á las cabecitas de ángeles, que confiados y sonrientes se ciernen en las glorias que pintó en sus cuadros.

pondió el muchacho. Si no quiere V. que me desgarré no me haga V. los vestidos con esta tela de tiritaña.

—¡Qué habian de ser de tiritaña, hijo! Son nuevos y de *pan de pobre*.

—Pues hágamelas V. de *pan de rico*, repuso con descaro el muchacho. Verónica, prosiguió dirigiéndose á la niña; en el pretil de tu azotea estaba tu gato, le tiré un guijarro; no lo maté, otra vez será.

—¿Y qué te ha hecho mi pobre gatito para que lo persigas? repuso la niña prorumpiendo en un amargo llanto.

—¡Ay que guaza!... ¡llorar por un gato! exclamó el muchacho echándose á reir. ¿Pues no era menester, Doña Suponcios, enjugarte esas lágrimas con un manojo de hortigas?

—Capaz eres de hacerlo, Herodes, dijo la niña yendo precipitadamente á guarecerse al lado de su tia.

Oyéronse entonces una campanada, y despues otra, y otra, como si muchas veces repitiese la santa voz de la Iglesia la palabra «¡*Orad, orad!* que acaba el dia en que no habeis muerto, y empieza la noche en que podeis morir.» La tia y su sobrina, que atendian y comprendian ese lenguaje católico, se pusieron instantáneamente en pié, y la primera dijo á su hijo:

—Vamos, Bernardo, á saludar á la Vírgen y á rezar, que esta mañana no tuviste gana.

—Es que ahora tampoco la tengo, contestó éste sacando de su faltriguera piñones, que se puso á partir y á comer.

Su buena y mansa madre, que conoció que nada conseguiria con insistir, dijo suspirando:

—Pues yo rezaré la oracion dos veces, una por tí y otra por mí: y en seguida empezó la salutacion á la Vírgen, respondiendo con su voz infantil Verónica, concluyendo ambas la devocion de esta suerte:

Recibid, Vírgen María,
 Estas tres Ave-Marías
 Que esta tu esclava te envia.
 La primera, por los que están en agonía,
 La segunda, por los que están en pecado mortal,
 La tercera, por los que andan en las aguas de la mar
 Y peligros de la tierra;
 Las pongo en las manos vuestras,
 Para que sean perdonados
 Nuestras culpas y pecados.

—«Y que estén al punto asados
Los piñones que he mercado.»

añadió Bernardo, con esa facilidad que tienen en España hasta los niños para sacar consonantes.

—Calla, Bernardo, dijo su madre apurada, que lo que dices es un desacato.

—Así me pagáran cada uno á dos cuartos, que los habia de enristrar como sartas de pimientos, repuso el muchacho.

En este instante llegó el padre.

—¿Tú no sabes, exclamó al entrar dirigiéndose á su muger entre indignado y sentido, lo que ha hecho ese mal alma? y señaló á su hijo.

La pobre madre se puso á temblar, y antes de saber el motivo de su dolor, asomaron á sus ojos las lágrimas que le arrancaba.

—De una pedrada ha abierto la cabeza al hijo de Juan de Silva, prosiguió su marido.

—El me tiró primero, dijo con desparpajo Bernardo; quien debe y paga, cuenta saldada.

—Es mentira, repuso su padre, que quien presencié el hecho, me lo ha referido; pero si el diablo no hubiese inventado la mentira, la hubieras inventado tú. El muchacho ni te habia visto cuando recibió la pedrada. Otro mas provocativo que tú en el pueblo no le hay. ¡Y estás tan fresco como si nada hubieses hecho! Ni sentimiento muestras por estar desconsolada una familia por tu culpa, malvado; ni vergüenza, por haber mentido, villano!

—No he mentido, contestó Bernardo; me la tiró el otro dia, y se la tenia guardada.

—¡Perverso! exclamó su padre, ¡á tan tierna edad guardar rencores, mal nacido y mal medrado! ¡quién diria que te parió esa bendita y que por tus venas corre la honrada sangre de los Parras!

—¡Quién me la hace.... me la paga! murmuró entre dientes el indómito muchacho.

El padre se dejó caer sobre una silla, y tiró con indignacion su sombrero sobre otra.

—¿No sabes, hijo, exclamó con dolor su madre, no sabes que manda la ley de Dios no vuelvas mal por mal ni con palabras, ni con obras, ni con deseos de venganza, que Dios la tomará por tí? ¿y que dice San Juan, que el que odia á su hermano es un homicida?

—María, le dijo su marido, te lo he dicho ya, este mal hijo á mí me vá á llevar al hoyo; por su causa te se van á secar á tí los ojos de llorar, y por remate ha de tener mal fin.

—¡Madre mia, Virgen de Misericordia! que lo tenga cristiano, exclamó cruzando las manos la ferviente cristiana.

CAPITULO III.

Diez años despues se habian realizado en parte los vaticinios del anciano. Bernardo habia perseverado en su mala senda, y en varias ocasiones, sus locuras y temeridades le habian espuesto á un fin desastroso. Las lágrimas que sus angustias y sus penas arrancaban sin cesar á la buena madre, habian acortado en tales términos su vista, que no conseguia, por mas que lo intentaba, ocultar los progresos de su mal. En cuanto al padre de este mal hijo, yacía en el lecho del que no habia ya de levantarse.

—¿Con que tampoco esta noche ha entrado Bernardo? preguntó el enfermo á su muger.

La interrogada no contestó.

—María, prosiguió su marido, estoy afrentado y la afrenta es una pesada cruz con la que no puedo yo. Años há que tengo muerto el corazon, y el cuerpo vá detrás: ¡ese mal hijo me entierra!

—Hombre, contestó su muger ocultando las lágrimas que la ahogaban, no es tan fiero el leon como lo pintan. El se enmendará; cobra buen animo. Considera que dice el refran: carrera que no dá el potro, en el cuerpo se le queda: déjalo que desbrave; está en la fuerza de la calentura de la mocedad.... ¡ella pasará: segun son los penitentes, es menester absolverlos!

—¡Por tanto absolverlo está como está, María! Y así es que parte de esta perdicion cae sobre nosotros, que no le pusimos freno desde un principio. Si no hubiese encubridores no habria ladrones; y tú no has hecho otra cosa que encubrir sus desmanes, y darle dinero para mantenerle sus vicios.

—¿Qué dineros le habia de dar? exclamó María.... ¡si tiene el pobre siempre los bolsillos que pueden correr por ellos ratones!

—Porque cuando viene á vestirse trae la moneda gastada. No falta quien diga que tiene parte en el robo que se hizo dias atrás; y aunque no sea cierto, ha caído en descrédito; y si él tiene cara para ar-

rostrar esas voces y se echa el alma á la espalda como un perdido, no así yo que toda mi vida he tenido vergüenza, y he andado con el sombrero echado hácia atrás, y no hácia la cara.

—Bien sabes, repuso su muger, que nada tuvo que ver mi pobre hijo con el robo, pues que aquella noche durmió en casa. Ya ves, hombre, cuántas cosas parecen lo que no son.

—Durmió en casa, gracias á una borrachera de que no se podia tener, repuso su marido, porque de las veinticuatro horas, veinticinco está bebido; pero como no se pasea mas que con gentes sospechosas y de mal vivir, las sospechas que sobre aquellos caen, calan hasta él. La sangría que ha dado á mi casa nó ha sido floja, y dará con ella en tierra, despues de dar conmigo en la huesa, en la que, segun me ha puesto de consumido ese mal hijo, poco dará mi cuerpo á los gusanos. Así es que la pena que llevo conmigo al hoyo, es dejarte á tí sin mas amparo que el de Dios, con una pena siempre viva, con ese hijo sin entrañas, el que por remate,—como muchas veces te lo he predicho,—ha de tener mal fin.

—¡Madre mia de la Misericordia! rogó sollozando la pobre madre,
¡QUE LO TENGA CRISTIANO!

Poco tiempo despues de la precedente escena murió el honrado Antonio Parra en los brazos de su desconsolada compañera, con todos los consuelos divinos que hacen santa á la muerte, y con todos los consuelos humanos que la hacen suave, pero sin que su hijo, que estaba en una de sus correrías, ayudase á su madre en la santa y sublime obra de asistir á su padre.

Verónica fué la que sin desviarse un instante del lado de su tia, partió con ella sus cuidados, y despues que faltó su tío, la acompañó y consoló en su triste soledad como una buena hija.

Era Verónica á la sazón una linda jóven, muy tímida, muy retenida, muy devota y muy recogida. Vestia con mucha sencillez y recato, pero con sumo aseo y pulcritud. Su rostro, un poco parado y de buenas y regulares facciones, tenia la serena, grave y fria belleza de las imágenes. Su habitual ademan era el de bajar los ojos, ademan que usurpa á veces la hipocresía á la áustera virtud, lo que sirve de pretexto á la franca disolucion para burlarse y censurarlo amargamente, aun cuando sea la sincera espresion de una persona humilde y morigerada. Guarda el espíritu antireligioso sus inagotables tesoros de indulgencia y tolerancia para mejor ocasion, esto es, para los *po-brecitos* judíos, para los *flantrópicos* misioneros protestantes que

quieren ilustrarnos, como los otros enriquecernos; pero... llevar los ojos bajos y el continente morigerado, tales desmanes y semejantes perjudiciales ejemplos, deben en bien del país y provecho de los adelantados del siglo, reprimirse, menospreciarse y entregarse al escarnio.

En Bernardo la muerte de su padre no habia causado gran sensacion, ó al menos no habia sido de especie tal que bastase á mejorar sus costumbres. Pasada la primera impresion, la falta de su padre mas bien habia servido á romper el último freno que lo retenia. Este freno era el respeto, que aunque no fuese sino en su presencia, le infundian las venerables canas que ceñian como una corona de plata la frente del hombre honrado; que ese hombre honrado era su padre, y esas canas que se habian anticipado á la vejez, eran cada cual hija de un pesar causado por él. La vergüenza, que es la conciencia profana, hacia doblegarse á aquella indómita cabeza ante su padre; porque aquel hombre, aunque malo y viciado, habia aprendido á hablar en las faldas de su madre, con estas palabras: AMAR A DIOS SOBRE TODO, HONRAR PADRE Y MADRE.

Así fué que en los primeros instantes admiró y casi envidió la conducta observada en aquella ocasion por su prima, y mas adelante al verla consecuente á sí misma en todas las circunstancias de su vida, serena siempre como el espejo que refleja el sol de Mayo, llegó á adquirir la suave Verónica para con aquel hombre inquieto y efervescente, el dulce atractivo que tiene una tranquila y plácida bahía para el marino que en altas mares lucha entre las corrientes que lo arrastran, y los huracanes que lo empujan.

Pero las osadas é incisivas miradas que clavaba Bernardo en su prima, habian retraido á la modesta y encogida inocente de fijar en él las suyas, que eran tan candidas, tan puras, tan confiadas y tan serenas. Tiempo habia, ó mejor diremos, siempre habia sucedido, que el lenguaje brusco, burlon y poco respetuoso de su primo, habia originado en ella hácia él un alejamiento temeroso y repulsivo; evitaba con cuidado las ocasiones de encontrarse con aquel, y al efecto elegia para acompañar á su tia aquellas horas en que sabia que estaba él ausente.

En vista de lo referido hacíanse difíciles los naturales preliminares, que son al amor lo que sus albores al sol, entre dos seres tan opuestos, entre un hombre que una vez definido su objeto, camina á él sin abajes, y una jóven que nunca ha pensado, ni comprendido, ni deseado, ni oído palabras de amor.

No se le ocultaba á Bernardo el desvío de su prima. Pero era él justamente de aquellos hombres á quienes empeña una contradiccion, y enardece un obstáculo: era de esos fatales idólatras de su voluntad, llamados tercós, y la terquedad es la mas estúpida fusion de la tontería y del orgullo; es vicio de niños, vicio de necios, vicio de pesados, vicio de los que gustan hacer alarde de todo.

Como la naturaleza poco elevada de Bernardo le hacia incomprendible que hubiese quien renunciase voluntariamente al mundo y al amor; como por otro lado no creyó posible que lo dejase de querer una muger sin un motivo, y este motivo á su entender no podia ser sino el querer á otro, se puso á acechar á su prima á todas horas. Pero nada oculto pudo descubrir en aquella existencia, que se deslizaba santa y silenciosamente al pié del altar y en el encierro de su casa.

No hallando las sospechas de Bernardo sobre quién recaer, se fijó en este dilema: ó Verónica no tiene amores, y en ese caso me corresponderá, cuando la diga que la quiero; ó no me corresponderá, y eso será porque quiere á otro, y este otro no puede ser sino Juan de Silva, que es su vecino, y puede hablarle sin que nadie lo llegue á entender.

Decidido, pues, á salir de dudas, Bernardo aguardó una noche á su prima, apostado detrás de una esquina; de manera que al volverla Verónica, se halló frente á frente con él.

—Te aguardaba, Verónica, le dijo Bernardo.

—¿Y para qué? contestó ella instintivamente alarmada.

—Para decirte que te quiero, replicó él.

Quizás aquel que no comprenda el íntimo sentir de una criatura como Verónica, imagine que ponderamos al decir, que el efecto de pavor y de tédio que le causó esta abrupta declaracion fué aterrador; que aquel instante las ardientes miradas de su primo la horripilaron cual si hubiesen sido víboras, y que sus palabras la inspiraron la repulsa que la hubiesen causado culebras que se acercasen á enroscarla. Fué tal su turbacion que no halló su lábio un sonido, ni su razon una palabra para contestar, y permaneció muda.

—¿No me respondes, muger? prosiguió Bernardo en un tono suave, desconocido en él.

—¡A mí no... á mí no! contestó Verónica entre aturrallada y asustada.

—¡A tí, prima, á tí, que te has puesto tan hermosa que paras al sol; á tí es á quien quiero!

—¡A mí no..... quiere á otra! tornó á decir Verónica.

—¿Y por qué habia de querer á otra y á tí no?

—Porque otra podrá corresponderte.

—¿Y tú no?

—Yo no.

—¿Y por qué? preguntó volviendo á su natural tono brusco Bernardo.

—Porque eso de amores no es para mí, contestó Verónica; yo no quiero amores.

—¿Pues qué quieres?

—Yo no quiero nada.

—No lo creo.

—Pues qué ¿no se puede vivir sin desear algo?

—No; no se puede vivir sin desear algo, y despues de desearlo, no se puede vivir sin lograr lo que se desea. Tú á alguno has de querer; si no es á mí será á otro, eso no puede marrar; y lo que yo deseo es que sea á mí; ¿estás?

—Bernardo, dijo fatigada Verónica, por Dios no me detengas con palabras inútiles, ni con chicleos que son buenos para las casquivanas.

Dió un paso para irse, pero Bernardo la detuvo agarrándola por un brazo de una manera tan brutal, que la pobre niña lanzó un débil ¡ay! debido tanto al dolor como al sobresalto.

—¿Me haces violencia, Bernardo? exclamó, ¿y con qué derecho?

—¿Y con qué derecho me dás tú con la puerta en el rostro sin escuchar siquiera mis razones? repuso Bernardo: un grillo es y se le escucha.

—He oido tus razones, Bernardo, te las he contestado y me voy, porque no está bien que se pare una mocita á hablar con un hombre en la calle, aunque éste sea su primo.

—Pues acude á la reja.

—Nunca.

—Dáme una esperanza siquiera, esquiva, una siquiera y te de-
jo ir.

—Con que, ¿quieres que te engañe?

—No quiero que me engañes: lo que quiero es, ya que otra cosa no pueda ser, que antes de darme un no tan pelado y tan duro como los chinos que estamos pisando, lo pienses mas despacio.

—Lo tengo pensado, Bernardo, y no he de variar; te lo digo porque me gustan las cosas claras y sin vuelta de guia.

—Es que todo no lo tienes pensado, repuso con comprimido despecho Bernardo; quédate que pensar que si me desprecias, en Juan Silva me tengo que vengar.

Bernardo se alejó dejando á la pobre Verónica mas atónita aun de oír nombrar á Juan de Silva, con el que no tenia ninguna clase de relaciones, aunque era su vecino, que asustada de la amenaza.

CAPITULO IV.

Algunos meses despues de la muerte de su marido, estaba la pobre María sentada en su solitaria sala. En su pálido y marchito rostro se veian unidas las huellas del sufrimiento perenne y del temor incesante, como se ven en un barco que naufraga á ímpetus de las olas del mar que lo asaltan y del huracan que lo zamarrea, los destrozos que unidos le causan ambos elementos. Verónica estaba á su lado, semejante á los ángeles de Dios, á quienes no ahuyenta, sino á quienes atrae el dolor para ejercer su mision de consuelo.

—¿Tia, qué tiene V., le dijo con su suave y queda voz á María, que desde esta mañana no se la secan las lágrimas? Ya le han hecho á usted surcos en el rostro y acabarán por hacerla canales.

—Hija, contestó María, estoy que no puedo parar y que no quepo en el mundo. Tu primo no ha entrado desde ayer de mañana que salió.

—Señora, ¿no está V. hecha á que esto suceda? Habrá ido á los toros del Puerto.

—Aunque eso fuera, debería haber vuelto ya: los toros fueron ayer.

En este momento entró azorada y precipitadamente la hermana de María, madre de Verónica, y le dijo con la abrupta franqueza del pueblo: ¡María, en la calle Larga hay una riña, y tu hijo es uno de los que se hallan en ella!

María se levantó desatentada, y aun sin tocarse su pañolon se arrojó á la calle, dirigiéndose despavorida hácia el sitio indicado.

Su hermana y Verónica, á pesar de su espanto y de su terror, salieron á alcanzarla; porque el pueblo mira con harto mas respeto las relaciones de familia que la clase que se denomina culta, y atiende á las obligaciones que impone con harto mas cariño y respeto.

Cuando llegaron al sitio de la riña, vieron á María, esa muger tan blanda de corazon, tan retenida por hábito, tan temerosa y encogida por carácter, arrojarse entre dos hombres, que lívidos los semblantes

por la ira, y ardientes los ojos por el furor, terciada una manta en el brazo izquierdo y teniendo en la mano derecha una larga y ya ensangrentada navaja se preparaban á darse una embestida.

—¡Hijo, hijo!.... ¿Qué vas á hacer? gritó abalanzándose á uno de ellos.

La madre del otro combatiente habia acudido tambien con una hermana y lo sujetaban cada una por un brazo, pero sin que gran esfuerzo fuese necesario, porque en este instante vaciló, sus ojos se cerraron, la navaja se escurrió de sus manos, y cayó sin sentido.

—¡Le mató!.... murmuraron los que al ruido de la pendencia habian acudido.

—Quítate de en medio, Bernardo; dijo á éste uno de los conocidos, mira que han ido á avisar á los civiles.

Bernardo, que se desangraba por una ancha herida en el costado, se alejó apoyándose en su madre, cuyos vestidos empapaba con la caliente sangre que vertia, y cuyos castos y religiosos oidos heria con las obscenas blasfemias y palabras de venganza que le arrancaba el furor al sentirse mortalmente herido. A su otro lado iba sosteniéndolo Verónica, aterrada, pero atenta y silenciosa; y su tia le anudaba con fuerza su ceñidor para comprimir la hemorragia.

Así caminaban lentamente, solos y sin auxilio; porque los hombres todos habian huido, con ese temor profundo que hay en España á verse comprometido á figurar como testigo en una causa criminal.

Nadie hablaba. La debilidad y el cansancio habian hecho callar al herido; las demás callaban por no darle pábulo á volver á prorumpir en su horrible lenguaje, que sin freno ni represion vá cundiendo de un modo espantoso, y como no se oye en nacion civilizada alguna, pero ni aun entre los salvajes. ¿Para qué pagan las gentes honradas las contribuciones y la policia, si no ha de servirles para evitarse á sí, á sus mugeres é hijos este intolerable vejámen?

¡Qué grupo formaban esas hermanas de caridad (en llegando la ocasion todas las mugeres lo son), alrededor de la cama en que fué acostado aquel hombre de espantoso aspecto, el que mas pálido por grados á medida que iba perdiendo su sangre, con los ojos cristalizados, la mirada estraviada y perdida, la boca entreabierta, y la respiracion estridente, yacía inmóvil é insensible! ¡Con qué consagrado amor manchaban de sangre debida al delito, sus puras é inocentes manos, al aplicar á la herida paños, mientras no llegaba el cirujano! ¡Con qué caritativo celo secaba Verónica con su blanco pañuelo el su-

dor, con que bañaban la frente del herido las fatigas de muerte que la causaba la pérdida de la sangre!—¡Señor, estos prodigios de santo y consagrado amor, de valerosa y paciente caridad te ofrece la humanidad, para que en favor de ellos no reniegues de la criatura que criaste y que olvida su elevado origen, su misión en este mundo y su destino en la eternidad!

El cirujano declaró la herida grave, pero no mortal. Después de la cura el herido acabó de perder del todo el conocimiento, y quedó sumido en un letargo semejante á la muerte.

Entonces María, exenta ya de la activa asistencia que reclamaba su hijo, cayó desplomada sobre una silla, y ocultando su rostro entre sus manos prorumpió en sollozos clamando con desconsuelo: ¡había de tener mal fin; así lo predijo su padre!

—Tía, no se aflija V., ni piense lo peor, replicó Verónica: eso lo dijo mi tío en el supuesto de que no se enmendase. ¿Quién sabe si Dios se vale de este medio para preparar su enmienda? ¿No vemos en las vidas de los Santos, á cuántos de ellos llamó Dios á sí por medio de enfermedades, naufragios y otras calamidades que han puesto á los hombres frente á frente con la eternidad? Bernardo sanará, tía, así lo ha asegurado el médico, y mediante Dios, sanará á un tiempo de cuerpo y de alma.

—¡Verónica, hija mía, Dios te premiará el bálsamo que dan tus palabras de consolación á mi alma! ¡tú no sabes, hija, lo que es una pena sin consuelo!

—No las hay, tía, repuso Verónica. Dios los tiene muy grandes y muy dulces para quien se los pide, y el mayor de todos es el que Su Magestad se digna recibir nuestras penas como ofrendas, cuando se las ofrecemos. ¿Quién, pues, por tal de tener una ofrenda que ofrecer al Señor, que le sea grata, no quisiera sufrir como lo ansiaba Santa Teresa?

—¡Madre mía, si decretada está la muerte del hijo mio.... si la he de presenciar como presencié la de su padre.... conforme estoy, y cúmplase su santa voluntad! ¡Pero tú, Señora y afligida Madre, alcánzale á otra su último consuelo; y logra por tu intercesión bendita, que tenga el hijo, como la tuvo el padre, una muerte cristiana!

CAPITULO V.

Al tercer día, que sin moverse de la cabecera de su hijo, pasaba María entre la agonía del temor y los consuelos de la esperanza, sin que sus ojos se cerrasen ni hicieran otra cosa que verter lágrimas, sin que sus labios se abriesen para otra cosa que para orar, salió el paciente de su letargo, y dió señales de vida; esto es, suspiró é hizo algun movimiento.

Bernardo habia pronunciado algunas palabras, su madre se inclinó hácia él, prestó el oído, y pudo distinguir las siguientes:

Allí salió una muger
Que Verónica la llaman,
Con un paño que traia....

—¡Tu relacion, Verónica, exclamó María, aquella que decias cuando eras pequeña! Retrocede, hijo de mi alma, añadió dirigiendo sus palabras al enfermo, retrocede al tiempo de tu inocencia. ¡No lo creas imposible y por eso te desanimas, hijo de mis entrañas! El arrepentimiento y la enmienda nos abren nueva vida; y el padre sienta al hijo pródigo que lo implora, á la cabecera de su mesa. Así lo ha dicho el mismo Dios hecho hombre, brindándonos el perdon, que á tan poca costa podemos adquirir, pues

Al que llorando, á Dios suspira y pide,
Siempre le acoge, y nunca le despide.

—¿Quién me habla de Dios? dijo el paciente abriendo los ojos y fijándolos en María. Mi madre; ¡quién habia de ser sino mi madre!

—Es mi obligacion, hijo de mi alma.

—¡No me digais hijo! exclamó Bernardo.

—¿Y por qué no, ingrato?

—¡Porque no merezco serlo!

Diciendo estas palabras el enfermo, prorumpió en un amargo llanto, y tuvo una fuerte congoja.

—La debilidad, dijo el cirujano, que entraba en aquel momento.

—¡Dios, que por la intercesion de su santa Madre, abogada de todas

las madres, le toca en el corazon, exclamó María entre sus lágrimas de gozo ¡Pues qué, Señor! ¿solo el cuerpo influye en nosotros?

—Un poco de vino, mandó el cirujano.

—¡No, no, exclamó Bernardo, no quiero volver á probarlo en mi vida!

María cruzó sus manos con exaltada gratitud y alzando sus ojos al cielo: Antonio, dijo, desde la mansion de los justos bendice á tu hijo, y retira el terrible fallo que te infundieron tus temores.

—Vamos allá, dijo riéndose el cirujano al paciente, todo Enero es buen alcalde. No vuelvas á beber vino cuando estés restablecido; me parece bien; pero ahora toma este poco, que te lo mando yo por medicina. En seguida que tome una taza de caldo, y que no se le hable, ni se le consienta hablar. ¿No se lo dije á V., tia María, añadió el cirujano al despedirse, no le dije á V., que á pesar de la gravedad de la herida, sanaria? Mala yerba nunca muere.

María suspiró al volver á recomendar el cirujano que no se hablase al enfermo, conociendo que perdía los mejores momentos para atraer á su hijo al bien y á la religion de que únicamente aquel di-mana, sobre todo en el pueblo, para el que no han podido hallar todos los filósofos antiguos ni modernos otro código de moral que comprenda, que le mueva, que le convenza, que le simpatice, ni que le hable al alma y al corazon cual éste; lo que aun, faltando la revelacion, probaria su origen divino.

Algunos dias despues ya se hallaba Bernardo en plena convalecencia.

—Con que, hijo mio, le decia una mañana María, ¿no beberás ya mas vino?

—En la vida de Dios, madre, que mas de cuatro cosas no he hecho yo, sino el compañero que traia. (1)

—Lo sé, hijo, lo sé; porque sé tambien que tú no eres malo; la mocedad, el vino, las malas compañías, todas las asechanzas del enemigo.... Ya confiaba yo en la Virgen, la que tanto vale con el que tanto puede; y para que tú te cerciores de este valimiento, y cobres buen ánimo y confianza de que Dios te ha de perdonar si arrepentido se lo pides, te voy á contar un ejemplo.

Habia una vez una pobre viuda, que no tenia mas que un hijo, y era este un facineroso de los mas sonados. La pobre madre se moria

(1) El vino.

de pena, y no comía un pedazo de pan que no estuviese empapado en lágrimas. No tenía la desgraciada mas refugio, mas consuelo, ni mas esperanza, sino en sus oraciones á la Virgen, para que se apiadase de aquel perdido sin fé ni ley, y le volviese á traer al santo redil del Buen Pastor. Entretanto aquel perdido seguía en su mala vida asumiendo iniquidades, hasta que llegó el caso de que, perseguido por la justicia, no hallaba albergue en que hospedarse, ni guarida en que refugiarse. Huyendo, pues, sin saber donde esconderse, se internó por esos andurriales de Dios, y llegó á un yermo solitario en que habia una capilla. Como estaba rendido de cansancio y fatigado por el calor, entróse en ella para descansar. Apoyóse en una columna y levantó la vista hácia el altar, sobre el que se veía una hermosa imágen de bulto de la Señora con el niño en brazos. Mirábala el facineroso, apartaba la vista y la volvió á mirar. Al verla con el niño en brazos, se acordaba de su madre, y una angustia amarga fué creciendo y subiendo mas y mas en su corazón, como la marea del mar. ¡Quería sacudirse y no podia; quería irse y se volvia!... porque aquella Señora le miraba á él con tanta dulzura y tanta compasion, que parecia rogarle que no se fuese, hasta que brotando copiosas lágrimas de sus ojos, y doblándose sus rodillas, cayó postrado exclamando: ¡Misericordia, Madre mia, misericordia!

Al verle postrado y derramando lágrimas, la Virgen le dijo al niño: Hijo mio, perdona á este pecador arrepentido. Pero Jesus respondió: No puede ser; sus maldades superan toda clemencia.

El malhechor que esto oía, se golpeaba el pecho, sollozaba y exclamaba: ¡Madre de Desamparados, mírame desamparado de Dios y de los hombres por mis maldades! No me desampares tú tambien, refugio de pecadores; así me enseñó mi madre á llamarte; aquella madre que tanto confiaba en tu intercesion.

—¡Hijo, tornó á decir la Virgen, por su madre que fué tan devota mia, por sus lágrimas, y por la preciosa sangre que derramaste para redimir al pecador... redime al que á tus pies ves postrado.

El infeliz pecador al oír esto, se echó al suelo golpeándose su frente contra las losas del pavimento y gritando: ¡Madre mia! ¡Madre mia! ¿me he de condenar? ¿serán para siempre cerradas las puertas del cielo al que aunque tarde, abre los ojos á la luz y detesta sus culpas?

—Hijo, ¿desde cuándo eres sordo á la voz del arrepentimiento? dijo la Virgen, ¿qué mas que otro ha hecho este pecador?

- Se ha emancipado en su soberbia de su Dios.
- Ahora se le humilla, y le adora postrado.
- Ha profanado mi templo.
- Ahora le consagra y purifica con sus lágrimas.
- Ha causado grave escándalo y mal ejemplo.
- Ahora edificará con su conversion.
- Ha sido mal hijo.
- Su madre le ha perdonado.
- Sus crímenes son muchos.
- Mas son sus lágrimas de contricion.

Y bajándose la Señora del altar, puso sobre él á su Hijo que tenia en brazos, se hincó de rodillas, y le dijo:

—¡Hijo, aquí postrada te pido la gracia de este pecador!

—¿Qué haceis? ¿qué haceis, Madre mia? dijo el Niño, alzando á la Señora. ¿Quién vió nunca á una Madre arrodillarse ante el Hijo que parió? Alzad, y séale perdonado á aquel que tanto en vuestra misericordia y valimiento confió.

Al oír esta misericordiosa sentencia el pecador, alzó los ojos, abrió enagenado los brazos, dió un grito de júbilo, y murió, porque su dolor fué tal, que le habia partido el corazon en el pecho. Ya ves, hijo, añadió María, que no hay caso en que esté proscrita la esperanza, ni negada la misericordia al arrepentido contrito que muere cristiano.

—¡Lo que es tener una buena madre! dijo Bernardo.

—Y esa la tenemos todos en la Virgen Santísima, repuso María.

Pocos dias despues, quando iba convaleciendo de cuerpo y alma, fué preso Bernardo y llevado á la cárcel, pues aunque su contrario no habia muerto, aparecia Bernardo, segun las declaraciones, como el agresor.

¡Qué contraste, y qué escuela y ejemplo iba á tener aquel hombre naturalmente mal inclinado!

Renunciamos á pintar el dolor de su infeliz madre.

CAPITULO VI.

Un año despues estaba la desdichada madre casi ciega, destruida y enferma, pero paciente y sumisa oyendo á Verónica que le leia una carta escrita en papel fino y con buena letra. En el devastado sem-

blante de aquella muger, viva imágen del sufrimiento; se veía una dulce espresion de consuelo, que si bien no brillaba en sus casi apagados ojos, posaba en suave sonrisa sobre sus lábios.

—Siempre, hija mia, dijo la pobre madre, hay que dar gracias á Dios, que nunca hiere con dos manos. La herida que ébrio hizo mi hijo á Juan de Silva, que se creyó mortal, no lo ha sido, y Dios le sanó en su infinita misericordia. ¡Loado sea, que no tiene mi hijo una muerte sobre su conciencia! Fué condenado el pobre por cuatro años al presidio de Melilla, y un buen alma consiguió que viniese al Trocadero, donde están los presidiarios trabajando; así podemos ir á verle á menudo. Está el infeliz desesperado, por tener que estar cuatro años en presidio, y amenaza de continuo con que se fugará conforme se le presente la ocasion, sin atender á las razones que le doy, para hacerle ver que eso seria peor, y que debe sufrir su condena con paciencia y resignacion. Y mira tú ahora, como esa señora tan rica y tan principal que estuvo aquí este verano á los baños de mar, á la que tu madre habló de mi desgracia, y que prometió que haria cuanto pudiese por aliviarla, ¡mira con qué eficacia y con qué caridad lo ha hecho! cómo ha hablado su señoría á todos los gobiernos, ha escrito á Sevilla á los justos jueces, y cómo se toma el trabajo de escribirme de su puño y letra, para consolarme y decirme que en pocos meses cumplirá mi hijo su condena, que le ha sido acertada por ruegos y empeños que ha hecho su mercé hasta llegar al regente, á quien ha espuesto que soy una pobre viuda, casi ciega y enferma, que no tiene quien la mantenga, ni mas amparo que ese solo hijo.

—¡Ojalá lo fuese! murmuró suspirando su sobrina.

—¡Y que haya, prosiguió la excelente anciana, pobres díscolos de malas y desagradecidas entrañas, que se pongan á murmurar de los ricos, sin mas razon que la de no serlo ellos! Estoy para mí, Verónica, que estos mismos que los motejan, si ricos fuesen, y los ricos pobres, los habian de tratar con harta mas soberbia y altanería, y con menos caridad que son tratados ellos. En particular las señoras, nunca, nunca desmayan cuando toman á su cargo una obra de caridad. Allá se lo hallarán, que Dios es buen pagador. El Señor le pague á esta bienhechora lo que ha hecho por mí, y le dé á ella y á todos los suyos salud para hacer muchas obras de caridad, y la gloria que es su recompensa.

—Bien se lo puede V. agradecer, dijo Verónica, que gran favor ha alcanzado.

—Verdad es, repuso María. Pero hija mía, ¿no basta para castigo de lo que ha hecho, sin saber lo que se hacia, porque quien allí obraba no era él, como lo confesó, sino el compañero que llevaba... no basta, digo, un año de grillete en aquellos pies, que tanto he besado cuando era chico y lo tenia en mis faldas? ¡Ay! que no permanecieran siempre pequeños en sus cuerpos y ángeles en sus almas los hijos! ¡Crecen para penas! Verónica, continuó la buena madre, quisiera ir yo misma á llevarle esta carta á mi hijo.

—¡Señora, repuso su sobrina, tan mala como habeis estado y estais, con la debilidad que teneis despues de tantos dias de no comer, cuando apenas os podeis tener en pié, ¿quereis hacer esa caminata? ¿No veis que no puede ser?

—Sí, hija, sí! ¿No sabes que la alegría dá fuerzas? Pero en fin, por si no pudiese llegar á pié, anda, hija mía, vé á ver si está en su casa Miguel Santos, el lanchero, y si en caridad de Dios me quiere llevar en su lancha.

Verónica se tocó el pañuelo, y fué á buscar al lanchero, con el que volvió al cabo de un rato para que entre los dos condujesen á su tia al embarcadero.

—Solamente por V., tia María, me movia yo hoy. He estado esta noche pescando con hachon y queria descansar. Además, tengo el ánimo perturbado, porque la noche ha sido de prueba; y puede usted creermé que el lance no ha sido para menos, y eso que nadie lo sabe sino quien lo pasa.

—¿Y qué le ha acontecido á V., señor? que la noche ha estado serena y apacible, como tengo yo hoy mi ánimo, gracias á Dios y á las buenas almas, dijo María.

—Sabrá V., repuso el lanchero, como estando yo en mi lancha pescando en el caño del Trocadero, á eso de las doce de la noche oí hácia los centros de las Albinas un son tan lastimero que me se heló la sangre en las venas. Yo no acertaba en lo que podria ser aquel son: si era el aullido de un perro, si el graznido de algun ave de la noche venida por esos mares de lejanas tierras, si el quejido de alguna criatura, ó si el gemido de alguna alma en pena; porque la distancia de donde venia era grande, y si á mí llegaba era porque la noche estaba mas serena y mas callada que la muerte. Bien sabe todo el que conoce á Miguel Santos, que no es de los que vuelven la espalda cuando hay peligro, ni de los que se perturban por cosa poca; pero puede usted creermé que el vello se me erizó de piés á cabeza, y me per-

signé como cristiano, porque tampoco soy de aquellos que no le temen ni á Dios ni al diablo. Así fué que me serené, y me puse á escuchar por si me podia cerciorar de lo que era aquel clamor. Pero entonces fué peor, porque poco á poco vine á caer en que era una voz de criatura que empezaba con los brios del que llama y remataba con el desconsuelo del que se queja. Lo grande era que lo oia siempre el mismo, á la misma distancia y hácia el mismo punto, sin variar, sin otro ruido alguno, como la campana de la agonía.

Me discurrí si serian señales de contrabandistas, pero no; no podia equivocarse ¡aquel era un gemido, como no permita su Divina Magestad que vuelva yo á oir otro en mi vida! Cada vez que lo oia, me levantaba en peso como una sacudida. Ni podia pescar, ni podia parar, ni hacer otra cosa que encomendar aquel desgraciado á la clemencia de Dios, porque ya le he dicho á V. que estaba la noche mas negra que la conciencia de Judas, y que aquel gemido sonaba muy lejos de donde me hallaba yo, hácia las rabizas y los barriales en que se hunden las criaturas, y por entre los cuales solo puede andar de día y con mucho cuidado el que conoce los sitios, pues en dando uno en un barrial, de Dios le venga el remedio.

El lancharo hizo una pausa, y levantó el cabello de su frente, como si ésta le ardiese.

—Pero señor, dijo María llena de profundo interés y compasion al escuchar el relato ¿V. ha averiguado lo que ha sido?

—Sí, señora, contestó el lancharo, que el alba con sus luces vino á confirmar lo que rato habia me estaba dando el corazon. Es de advertir que á medida que pasaron las horas se fueron debilitando y estinguiendo los clamores, pero como yo no habia perdido el norte, me desembarqué, y como pude me encaminé hácia allá, porque conozco las albinas y marismas como las palmas de mis manos. Lo que me presumí habia sucedido; un infeliz, ó ignorante del peligro, ó mas temerario que el vino, habia venido á dar en una rabiza y se habia hundido, poco á poco pero sin discontinuar, en su sepultura. Toda la noche habia durado ese entierro de un vivo, y el barrial se lo habia tragado sin dejar mas que un brazo que el desdichado habia levantado como para señalar su sepultura.

—¡Jesus, Jesus, qué desgracia! exclamaron á un tiempo Verónica y su tia, ¿y quién será ese infeliz?

—No puede ser, repuso el lancharo, sinó uno de los presidiarios que han traído al trocadero, que habrá querido escaparse esta noche.

Entró en este instante un encargado del presidio.—Vengo, dijo ásperamente, á registrar la casa.

—Señor..... ¿por qué? preguntó sobresaltada María.

—Porque su hijo de V. se ha fugado esta noche. María dió un agudo grito, abriendo las manos, estendiendo hácia adelante sus brazos, como si quisiera apartar de sí una espantosa convicción.

—¿Qué tiene? preguntó el encargado ¿qué es esto?

—Es, respondió el lancharo, que el que se fugó erró la senda, dió en un barrial y se ha enterrado vivo.

—¿Lo sabeis de cierto?

—Estuve, puede decirse, presente, respondió el lancharo, sin tener ni haber medios humanos de remediar la desgracia. Id á la albina, y si no se lo ha tragado ya la tierra, vereis un brazo que dice: aquí yace un cristiano.

El encargado salió.

María, que habia enmudecido un momento como anonadada por la fuerza del golpe, se levantó bruscamente con la energía de la desesperacion.

—¡Hijo, hijo mio! gritó; ¡hijo de mi vida, hijo de mi alma, hijo de mis entrañas! ¡hijo! ¡hijo! ¡qué habrá sufrido, María Santísima! ¡qué desamparo, qué desconsuelo! ¡Morir sin auxilio divino ni humano! ¡Y yo que te parí, dormial! ¡Y yo que soy tu madre no te prestaba auxilio! ¡Ay Dios del cielo! ¡Dios del cielo! ¡Qué bien lo dijo su padre: *mal fin ha de tener!* ¡Ay, ay! que los fallos de los padres son profecías! ¡Ay, ay! que el dolor me ahoga! ¡que el dolor me mata! ¡Qué dolor! ¡qué dolor! ¡Ay de mí, madre infeliz! ¡Ay hijo desventurado, Dios nos ha desamparado á ambos!

—¡Tia, tia! exclamó Verónica entre sus lágrimas: Dios no desampara á nadie.

—¡Pues que me ampare! gritó en ahogada voz la infeliz Madre.

—Decid antes como hija sumisa: *cúmplase su voluntad*; dijo sollozando la religiosa Verónica.

—¡Cúmplase! repitió cruzando con un temblor convulsivo sus manos la desesperada madre, y si cual el hijo de mi alma he de morir sin consuelo..... ¡cúmplase! ¡cúmplase!

—Uno os queda, dijo en voz grave y conmovida el lancharo.

—¿A mí? no lo hay para mí, gimió María.

—¿Y no lo sería, dijo el lancharo, la seguridad de que hubiese muerto como cristiano?

—¡Ah, si esa la tuviese yo!... ¡Si la Virgen Santa hubiese oído la petición de toda mi vida, desde que madre soy!

—Pues podeis tenerla, dijo el lancharo.

—¿Qué, qué? ¿que la puedo tener? murmuró la madre con una emoción que ahogaba la voz en su garganta. ¿Quién me lo asegura?

—Yo, que sé su último pensamiento, dijo el lancharo.

—¿Lo sabeis? Pero..... ¿cómo lo sabeis? ¡Decidlo, por Dios, decidlo!...

—Porque lo manifiesta la cruz que con sus dedos tenia formada, y que cruzados quedaron despues de muertos, y alzados sobre su sepultura para atestiguar que murió como cristiano, esto es, arrepentido de sus culpas, creyendo, amando y esperando en Dios.

La ferviente cristiana cayó de rodillas, cruzó sus manos y exclamó:

—¡GLORIFICADO SEA DIOS! ¡Y bendita Tú, MADRE DE MISERICORDIA, que oiste mi ruego y alcanzaste que se cumpliera; pues la muerte de mi hijo ha sido la de un cristiano! ¡Bendita sea la Providencia de Dios, que me ha enviado MI ÚLTIMO CONSUELO!

La pobre madre cayó hácia adelante con el rostro en tierra. Cuando la levantaron era cadáver.

Su débil vida, mortalmente lastimada por el golpe cruel que habia recibido su corazon, y á la que solo sostenia la vehemente energía de su dolor, se habia estinguido cuando aquella cedió, al recibir su ÚLTIMO CONSUELO.

FIN-

DICHA Y SUERTE.

CUADRO DE COSTUMBRES

POR

FERNAN CABALLERO.

DICHA Y SUERTE.

FORTUNA.

Sobryados sois á mí
los humanos.

BLAS.

No son los varones magnos
Non facen cuenta de tí. (1)

CAPITULO I.

SAN LUCAR Y EL COTO DE DOÑA ANA.

Cansado de arrastrarse por despobladas y monótonas marismas, llega el Guadalquivir á San Lúcar, término de su carrera. El mar le viene al encuentro ensanchando su cauce, á fin de que sea grandioso y digno lugar para la entrevista de los dos potentes soberanos; el de las aguas mansas y dulces, y el de las aguas amargas y agitadas.

Este lugar forma el fondeadero de San Lúcar, que pierde la importancia que podría tener, por la facilidad que á los buques presta el río para subir hasta la capital de Andalucía.

Bonanza es el apropiado nombre que lleva el desembarcadero establecido en las aguas bonancibles; está situado á alguna distancia río arriba del pueblo, cuya playa recibe todavía las embestidas del mar que penetra en la ancha desembocadura del río, y de las que lo guarece una estensa playa de arena, en la que se han cavado navazos y plantado viñas.

Divídese el pueblo en dos partes. La una, denominada *Barrio bajo*, es en extremo larga y se ha labrado entre la playa y un monte, sobre el que está situada la otra, que se denomina *Barrio alto*. La llana plataforma de este monte la ocupan, hácia el lado de las marismas, un castillo moruno con su soberbia torre, sobre cuyo turbante de al-

(1) Del marqués de Santillana. No hay de esta composición sino una impresión que se hizo en Sevilla: se halla reimpressa en la Floresta, publicada por D. Juan Nicolás Bohl de Faber. Tomo III, página 97.

menas ondean, cual penacho, abigarradas banderas, con las que anuncia los pacíficos huéspedes que al río envía la mar, pues la anciana guerrera, por no estar ociosa, se ha metido á vigía.

En el centro de la plata-forma se alza el palacio, ó mas bien la fortaleza, que es casa solariega de los descendientes de Guzman el Bueno, duque de Medina-Sidonia, cuyo jardín ocupa la vertiente mas escarpada del monte, en términos que parece una formidable muralla que para defensa del castillo levantara el terreno y que hubiese enlucido con vegetación.

El tercer edificio, ó tercer florón de la diadema que corona á San Lúcar, es el palacio de verano, recientemente construido allí por los señores infantes duques de Montpensier, que goza en toda su pureza, como el primero en recibirlas, la frescura de las brisas del mar.

Centros de barrios perfectamente labrados; cabos de barrios alegres, limpios, y aunque pobres, sin miseria; hermosísimas iglesias, bellísimos conventos que desmorona el abandono; abundancia de fuentes de esquisitas aguas, abundancia de ricas frutas y legumbres: esto se vé y se halla en San Lúcar de Barrameda, constituyendo uno de los pueblos mas bellos, (así como es uno de los mas moralizados, religiosos y tranquilos de Andalucía) el que promediando la distancia de Sevilla á Cadiz, participa algo de la fisonomía de ambas capitales.

En la orilla opuesta del río empieza el magnífico coto de Doña Ana, propiedad de los duques de Medina-Sidonia, que ocupa el espacio de diez leguas; coto que encierra los mas variados caracteres de la naturaleza, con todas sus galas y todas sus arideces. Estéril en sus arenales, frondoso en sus cañadas, agreste en sus montes, ameno á orillas de sus lagunas, sombrío en sus bosques, risueño en sus llanuras, grandioso en sus playas, reconcentrado en sus valles, es alternativamente desierto y paraíso, vergel y páramo, Arcadia y Tebaida.

Es el coto un pequeño mundo primitivo en todo su lozano libre albedrío. Allí no se ha introducido aun la civilización agrícola; es allí exótico el arado que desgarrar la florida superficie de la tierra; es desconocida la podadera que suprime lo bello en favor de lo útil; no se ha dividido el terreno como un tablero con lindes; no se ha empobrecido la libre creencia con desmontes (1); no se ha impuesto á los ár-

(1) Esto no implica que dejen de hacerse por algunas partes cortas, las que forman uno de los productos de estas vastas posesiones.

boles como á los quintos el formar en monótona simetría; no se ha dicho á las plantas: *sed productivas*, y solo rige allí el primitivo mandato, *creced y multiplicaos*.

Como es de suponer, en aquel inmenso despoblado campan por su respeto todos los animales que el hombre avasalla ó destruye. En los altos pinares se anidan á miles las urracas y se ceban los jabalíes; en sus vastas llanuras corren cerriles las yeguas andaluzas, que segun tradicion griega, eran fecundadas por los vientos; en sus frondosos bosques de alcornoques, triscan airosos los ciervos y trepan los gatos monteses; en dilatados prados de romero que rivalizan en perfume con el tomillo, el almoradux y la mejorana, se deleitan numerosas tribus de tímidos conejos y asustadizas liebres; en el monte bajo se instalan las zorras y los lobos, y entre los riscos las serpientes y los lagartos. En el siempre fresco lentisco y el vistoso madroño, la picada y sombría sabina, el escobon de doradas flores, el erguido labiérgano; en todo aquel eden de vegetacion, cantan un sinnúmero de variados pájaros, mientras á poca distancia de la dehesa brama el toro bravo, aquí arrulla la tórtola, allí relincha el indómito potro; silba el mirlo y aulla el lobo, trina la alondra y grazna el pato, gorgea el ruiseñor y gruñe el jabalí, bala la cabra y gritan las urracas; y sobre todo este inmenso conjunto se eleva en su soberbio vuelo y se cierne en campo azul de esmalte la noble águila, como las armas vivas de este magno señorío del heróico defensor de Tarifa.

CAPITULO II.

DEL ARCA DE NOÉ Y LOS PATRIARCAS.

Si hubiésemos sido el arquitecto que labró en este coto el palacio que existe en el que el año de 1624 obsequió el duque de Medina-Sidonia tan régicamente al rey Felipe IV (1), hubiésemos dado á este palacio la forma mas apropiada á su situacion, que hubiera sido la del arca de Noé.

Como afecto á los niños, lo somos tambien á sus juguetes, y entre

(1) Vea el que quiera mas detalles, la curiosa y minuciosa relacion que de este recibimiento hace el Escmo. Sr. D. Antonio de Latour, en el tercer tomo de sus interesantes, eruditos y poéticos *Estudios sobre España*, que intitulaba *La bahia de Cádiz*.

estos nos es mas simpático que ninguno su decano, la venerable arca de Noé. Como se confeccionan libros para todas las edades, se confeccionan arcas de Noé para todos los bolsillos: las hemos visto desde el mínimo precio de tres reales hasta la respetable suma de dos mil.

Hemos visto en las primeras, las pobres (todo lo pobre nos agrada desde que el dinero se ha hecho tan vulgar y tan plebeyo), hemos visto caricaturas en miniatura de todos los animales, en las que sin degenerar, se han sucedido las degeneraciones, destruidas con espantosa rapidez sin ayuda del tiempo.

Acaece, no sabemos si por falta de imaginacion ó por sobra de fé, que nuestra comprension en que tan temprana se grabó la imágen de la familia del Patriarca en toda su tiesa magestad, no admite la idea de Noé, Cam, Sen y Jafet sino con sus túnicas ó sacos azul, verde, amarillo y color de castaña sujeto al talle por un cinturon sin cabos y sin hebilla, cayendo sin pliegues ni arrugas hasta cubrirles modestamente los pies, sus sombreros negros de ala ancha redonda, sus brazos pendientes como los de los quintos y en uno de ellos un báculo al que conservamos respeto y veneracion.

Si alguna vez formamos ó dirigimos la composicion de un cuadro vivo, y es elegido este asunto, al que tanto cariño tenemos, será ciñéndonos estrictamente á nuestros queridos modelos; la mas pequeña variacion nos pareceria una falta grave á las tradiciones infantiles que tambien se deben conservar. En las decoraciones tendrian precisamente que entrar: el arca en su batea, y con una ala del tejado engoznada para poderse levantar, mostrando una mezclanza íntima, un batiburrillo el mas sosegado y pacífico. Figurarian los cipreses de virutitas; las comparsas las formarian precisamente, un leon que ostenta su ferocidad en la entonacion de su cola que sube á coronar su cabeza como la cresta de un gallo; un gato sentado con una cara tan larga que acertadamente demuestra su conocido horror al agua; un rinoceronte sin rabo al que para prestar un aspecto fiero dieron ojos encarnados; una oveja á la que la muger de Noé, que presintió el idilio, ató un liston rosa al cuello; una rata tan grande, que pone en fuga á un cochino, con un rabo de hilo gris.—Presentados de otro modo, el arca de Noé se desprestigia á nuestros ojos; no queremos las arcas de Noé caras y civilizadas, queremos las pobres con todas sus graciosas inverosimilitudes. ¡Viva lo inverosímil! no nos vá á quedar en nuestra era prosáica, en nuestro siglo racional y en nuestra época materialista, nada de poético sino lo inverosímil.

En aquel coto, que quizás como ningún otro paraje de Europa, nos representa la naturaleza en su primitivo estado, bello, inculto y despoblado, pueden figurar propiamente el papel de Noé, los guardas puestos allí por los duquesa, y cuyos cargos se suelen heredar de padres á hijos. En aquella soledad, de la que sobre todo los ancianos casi nunca salen, conservan en su carácter y costumbres mucho de patriarcal y de inocente. ¡Qué triste idea es la de que si bien la sociedad sirve para civilizar al hombre, también sirve para pervertirlo! No hay sino comparar la índole y la moral de los pobres del campo con la de los pobres de las ciudades para confirmarse en esta verdad: los primeros honran y hacen bella y noble la pobreza; estos últimos la degradan y la hacen viciosa y repugnante.

En una de estas guarderías había pasado su vida el tío José, á la sazón viudo y con tres hijos. Dos de éstos eran casados y guardas también; el menor era cortador de leña y trabajaba con los que arrendaban las cortas para hacer con ellas carbon. Dirigir estas cortas, para lo que se necesita una inteligencia especial en el ramo de arbolado, es uno de los cargos de los guardas mayores.

El hijo menor, que se llamaba Vicente y tenía veintitres años, á una hermosa figura, á un genio alegre y bondadoso, unía una gran cultura moral que había ingerido el padre á toda su familia con solo hacerse respetar, puesto que el respeto es la base de toda verdadera cultura. Como siempre se vé, ese mismo respeto había engendrado en sus hijos el más estrañable cariño hacía él, pues es muy rara la cosa que se respeta y no se ama. Como los impulsos que reciben, obran tan irresistiblemente en los hombres, el del respeto que habían dado los hijos del tío José á sus mugeres é hijos, no era solamente seguido por éstos, sino á su vez comunicado á cuantos trabajadores iban al coto á las cortas de leña y hornos de carbon, y nunca pudo un mortal representar mejor que el guarda mayor á aquellos gefes primitivos, cuya voluntad, sin luchar con rebeldías, era á la vez núcleo que unía, impulso que guiaba, y voluntad que regia.

Aunque los dos hijos mayores del guarda eran casados, ninguno se había atrevido á fumar en su presencia, á pesar de que su padre fumaba y nunca les había prohibido el hacerlo; pero el culto instinto del respeto, tan perdido en la actualidad en que lo reemplaza al incultísimo *sans fasons*, les sugeria que el dejarse ir á ese poco fino goce, que implica poca compostura, era faltar al respeto, aun del hombre rústico. Jamás se sentaban si su padre estaba de pié; nunca

hablaban de su persona denominándolo *él*, sino *su mercé*, y de esa misma respetuosa espresion se valian en su presencia. Todas estas cosas nos constan, y por eso las referimos, así como, por último, este rasgo: habiendo venido el tío José en una ocasion á San Lúcar, y parando en casa de uno de sus hijos, entonces recién casado y establecido allí, su nuera, que solo tenia una sala y una alcoba contiguas, despues de prepararle á su suegro una buena cama en la sala, se fué á pasar la noche en la habitacion de una vecina viuda, dejando solo á su marido, que así lo dispuso, en la cama matrimonial. A los que deseen conocer nuestras costumbres populares, les presentamos estos ejemplos, añadiendo que esta cultura de alma que posee nuestro pueblo como ningun otro, y que hace al pobre campesino tan noble, tan honrado, tan bien avenido con su destino, tan decente, tan delicado, tuvo su origen en la gran legisladora del mundo, estampada en las tablas de Moisés y ampliada en el Evangelio..... *la palabra de Dios*.

Hermoso, robusto, alegre y sano de corazon se habia criado Vicente en aquella grandiosa naturaleza primitiva, con aquellas costumbres patriarcales, siempre respirando aquel aire puro, siempre bajo los ojos de Dios y los de su padre. ¿Qué tiempo, qué ocasion, qué ejemplo, qué seduccion al mal hubiese podido tener Vicente? ¡Vejetaba! No; vivia tal cual es la no viciada vida; trabajando, descansando: lo primero voluntaria y concienzudamente, y lo segundo con paz y contento. ¡Pero su existencia no era cumplida! Si lo era. Los sábados por la noche desaparecia Vicente. Despues de un dia de fuerte trabajo, sus pies hallaban toda la agilidad que dá el descanso para andar en breve rato media legua que dista la morada del guarda mayor de la orilla del rio; desde allí lo pasaba la barca al muelle de Bonanza, refrescando en la travesía las brisas de la mar su acalorada frente. Saltaba en tierra, y con los brios de veinte años y el apresuramiento del deseo, corria el cuarto de legua que separaba á Bonanza de San Lúcar. El domingo á la hora de la comida estaba de vuelta. El padre sabia sus escapatorias y adivinaba su objeto, pero se desentendia: otorgar, era contra su dignidad; prohibir, era traspasar sus derechos de padre; y el instinto criterio de aquel campesino lo guiaba de un modo tan admirable, como no resulta por cierto de la sutíl ciencia del mundo.

CAPITULO III.

LA HUERTA DEL TIO CURRO Y SU MAS LINDA ROSA.

Hácia el lado de Bonanza, y siempre en línea recta, se prolonga interminablemente la poblacion, formando una calle que, empezando en la plaza de los Caños-del-Campillo, concluye entre solo dos hileras de casas hasta entrar en el paseo y hallar sombra debajo de los árboles.

Las casas que del lado derecho, esto es, hácia el monte, hacen espalda á las de esta calle, tienen al frente un camino terrizo y un ancho vallado. Entre este vallado y el monte hay unas huertas que, resguardadas por éste del furor de los levantes, y por las casas del de los temporales, forman por su situacion una especie de invernáculo general para las plantas que allí se crían sin embates, como monjas en sus conventos.

Una de estas huertas en que vamos á entrar, estaba cultivada con un esmero que incluía el primor, de manera que mas que huerta parecia un jardín rústico. Sus primitivos dueños debieron haber cifrado su placer y pasatiempo en hermosearla, particularmente con profusion de árboles.

Del camino la separaba el mencionado vallado tan ancho y frondoso, como que tenía el espesor de un muro de fortaleza; muro en el que si bien las osadas tropas ligeras muchachiles solían abrir pequeñas brechas, para coger moras ó nidos de pájaros, el ingeniero que lo edificó, le restauraba sin ruido y sin presupuesto con incansable perseverancia. Descollaban entre zarzas, lentiscos y espinos de trecho en trecho cual alertas centinelas, lanza en ristre, las erguidas pitas (aloes), espresando pantomímicamente el *¡atrás!* con un puyazo, al que intentaba traspasar los límites del recinto confiado á su custodia.

Separábala de la huerta contigua, una hilera de chopos de Lombardía, como una fila de granaderos con verdes penachos, que llevaban cañas de maíz por sables y viñas por correas y cartucheras.

Del lado opuesto la defendía de las usurpaciones de la vecina, una batería de granados, que fundían sus dulces proyectiles con las enrojecidas flores que al intento producían.

Dos enormes morales tenían su solar en el fondo de la huerta, en donde, como señorones rancios y de buena ley, daban su sombra á la noria, sus frutos al hombre, sus hojas á los gusanos de seda, su alto amparo á los pájaros, su apoyo á la yedra, y nada pedían en cambio sino que los dejaran vivir en paz.

Apoyaba la huerta su espalda de naranjos sobre la enramada cuesta del monte, como en el blando y perfumado respaldar de un ancho sillón. Las legumbres bien cuidadas y bien colocadas medraban tanto, que parecía la huerta el instituto modelo de Vertumno; así era, que creyéndose dignas de figurar en exposiciones, la vanidad había trastornado las molleras de las antes tan modestas y sensatas hortalizas. ¡Cosas del siglo XIX! Las coliflores habían añadido á su nombre el bonito nombre de sus madres; los finchados alcauciles repudiaban todo parentesco con los alcachofas y cardos, que calificaban, á pesar de ser sus abuelos, de incultos y bastardos. El apio, que pretendía descender de la hija de Esculapio Panacea, cuyas virtudes poseía, derivaba su nombre de este dios su antepasado; hasta las calabazas de mala tez, pero de buena índole, se soplaban como globos, esperando así obtener por mote de sus armas el conocido aserto de *lo que no vá en calidad vá en la cantidad*. Únicamente el perejil y la yerba-buena se lamentaban en un rincón del ínfimo precio que valía un manojo de sus ramas, á pesar de hallarse enaltecida la una con el mismo glorioso sobrenombre de los Guzmanes, señores del pueblo, y el otro con la mas encantadora de todas las prerogativas, la de alegrar el corazón.

Una infinidad de pajaritos que allí se reunían, por mas que el cerrojillo (1) intentaba cerrarles la puerta, formaban coros, cantando todos á un mismo tiempo, presididos por su maestro el ruiseñor; músico que á los de Italia enseñó á principiar las árias por un *andante* y á concluir las por un *allegro*.

En aquel lugar, antes que en otro alguno, abría la primavera sus ojos de rosas al despertarla las golondrinas; y cuando la acosaban los calores del estío, allí hallaba su último refugio, que le *procuraba* el hortelano con el riego de su noria.

Este hortelano era el tío Curro, quien había criado en competencia con sus rosales á una hija llamada Rosa, que corría pareja con las

(1) Pajarito así llamado porque su canto se asemeja al ruido que al cerrarse produce un cerrojo.

de aquellos, á los que el tío Curro llamaba sus compadres, por haber sido padrinos de su hija y haberle puesto nombre. No sabemos si era debido á esta causa el que Rosa fuese bella, aristocráticamente fina, blanca, rubia y delicada como las de su nombre. Unia Rosa á esto una de esas índoles de muger que no tienen mas manantial de felicidad ó de tormento en la vida que el del cariño, y que no conciben que otro interés ni objeto alguno pueda encerrar la existencia.

La docilidad de su carácter era solo comparable á la constancia de su sentir; su voluntad era nula, menos cuando la regia su corazón; entonces era el suave y resistente junco, siempre cediendo mas nunca quebrado. Cuando la hallamos á los diez y ocho años hábil costurera cosiendo en su cuarto, mientras su madre hacia las faenas de la casa, estaba triste y abatida, porque sus padres, y en particular el tío Curro, se oponia á sus amores, cuyo objeto era Vicente, y deseaban para ella un partido ventajoso que se la presentaba.

El tío Curro era un buen hombre, franco y de buen sentido, que habia sido soldado, y que llevaba lijera y alegremente la vida como habia llevado la mochila.

Su muger era seria, seca y de pocas palabras, lo que no impedia que fuese, como todas las mugeres del pueblo, amante esposa y apasionada madre.

CAPITULO IV.

DON PRÓSPERO Y LA BUENA SUERTE.

Sumergíase con calma el sol en el mar para salir limpio y radiante en otro hemisferio. Las tareas campestres del hombre habian concluido, y el tío Curro, despues de haber soltado el agua de su alberca, la que repartia en todas direcciones, corria presurosa como culebritas de un fuego artificial de plata, se habia sentado debajo del emparrado que formaba el átrio de su palacio, gozando con deleite de un descanso tal como no lo conocen los que por deleites anhelan, y que solo se obtienen en compensacion al trabajo.

En su cercanía se hallaba una higuera que, partida en dos troncos á su nacimiento, formaba entre ambas un asiento, al que daban techo sus anchas hojas.

En este banco natural estaban sentadas algunas niñas de la ve-

cindad, que muy afaunadas formaban cadenas con las barbajas de los pinos, arrancando una de estas de la cápsula en que nacen gemelas, doblando la otra hasta clavar su punta de remate en la cápsula, y enlazándolas unas con otras. La mas pequeña, de pié y con la boca abierta, miraba hácia la copa de la higuera, en la que llamaba su atencion dos cosas que por suerte estaban fuera de su alcance: los pájaros que revoloteaban entre las ramas, y los higos que de ellas pendian.

—Las brevas están verdes, dijo al fin la niña, plagiando á la zorra, que en parecidas circunstancias dijo lo mismo de las uvas.

—No son brevas, que son higos, rectificó el tio Curro.

—Sí son, repuso la chiquilla, que por San Juan me dió la tia Amparo unas brevas que de esta higuera cogió.

—Pues por lo mismo, si por San Juan las tuvieron no las pueden tener á la presente. Ahora tienen higos, porque las higueras dan dos cosechas al año. ¿No sabes tú eso, María Moquillos?

—No *señó*.

—Pues sábetelo, y tambien por lo que eso sucede.

Cuando andaba Nuestro Señor por el mundo, descansó en una ocasion debajo de una higuera con San Pedro, que se chupaba los dedos por una breva; viendo el Señor lo mucho que le gustaban á su discípulo, le dijo: Pedro, ya que tanto te agrada la fruta de ese árbol, de aquí en adelante dará no una sino dos cosechas al año. ¿Te enteraste?

—Sí *señó*.

Las ranas, en tanto, señoras de la alberca, muellemente colocadas en sus verdes balsas de verdin, entonaban su canto claro, frio, sin espresion y sin modulaciones, apropiado á su carácter y á su elemento, canto que es tan peculiar al agua, á las cañas, á los juncos, á los mimbres y á toda planta que ama el baño que parece las hacen brotar sus sonos; canto monótono como el murmullo del agua, y que del seno de esta se alza como un saltadero de melodía estraña, pero que aman aquellos para quienes todas las melodías campestres son gratas, y que miran, ó sienten en ellas *vida*, y otras cosas que indudablemente contienen, puesto que las obras de Dios no son máquinas como las de los hombres.

Al oirlas las niñas, por simpatía se pusieron á cantar cual ellas.

Los niños, que son fuentes de sincera y candorosa aunque sencilla é inculta poesía (y por eso mismo mas genuina en su pequeña y limi-

tada esfera) han puesto en verso el siguiente hecho que muchos ignoran y que ellos afirman:

Cuando cantan las ranas

Bailan los ranos,

Y tocan los palillos

Los gusarapos.

Este canto, por simple que pueda parecer á los encumbrados doctores del Parnaso, nos parece, si bien no sublime ni heróica, de graciosa y mona poesía. La alberca, convertida por él en salon de baile y de concierto con tales bailadores, músicos y cantantes, tiene para nosotros un prestigio muy superior al que dan á los arroyos sus náyades: no vemos alberca sin que nos la alegre el recuerdo de este canto infantil. Pero esta manera de sentir peculiar nuestra, no pensamos de modo alguno elevarla al juicio de ningun ateneo, así como el pueblo y los niños no elevan sus poesías al fallo de ninguna cátedra de literatura. Bulwer ha dicho, que hay poetas que nunca han soñado con el Parnaso; y nosotros añadimos, que tambien en poesía hay *pobres de espíritu* que no están tan lejos del ideal como se les juzga.

—¿No sabeis vosotras, chilindrineras, por qué cantan las ranas? Preguntó el tio Curro á las chiquillas.

—¡Toma! para alegrarse, contestaron ellas.

—No señor; cantan para pedir el agua á su Divina Magestad, porque habeis de saber que una rana sin agua está lo propio que un hombre sin vino, *ahiláa*. Sucedió que un año de seca, un pobre que veia que su pegujar se le moria de sed, se fué á una laguna que estaba cerca de su manchon, y les dijo con el sombrero en la mano á las ranas: *animalitos de Dios, pedirle agua*. Las ranas se pusieron á cantar que se desgañitaban y él á jalearlas tocando las palmas y diciendo:

A las que están cantando

Echarles rosas,

Porque se lo merecen

Por buenas mozas.

Acaeció que vino un temporal de aguas que se hundia el cielo y se anegaban los campos hechos charcos y pantanos. Como que mientras mas llovía mas contentas y mas cantadoras estaban las ranas, el pe-

gujalero, que veía su trigo ageñado, se fué derecho y sin perder su verada á la laguna y les gritó con coraje: *figuritas del diablo, callad la boca*. Y habeis de saber, que lo referido tiene sentido hasta dejárselo de sobra, porque enseña, que cuando se necesita de uno, se le hacen á manta carantoñas y se le echan flores, y cuando no se le necesita ya, no se acuerdan del santo de su nombre, y le encajan un sofion sin andarse con aquí las puse (1).

Entró en este momento en la huerta, y se presentó debajo del emparrado un jóven vestido con levita y sombrero redondo; era alto, seco y desgavillado; su nariz era larga, como igualmente su cara, y esta en extrema angosta, que no se percibian sus chupados carrillos cuando se le miraba de frente: este conjunto lo realzaba una palidez estacionaria y un aire displicente inveterado. Era el descrito sugeto, hijo de un amigo y compañero del tio Curro, que con él habia salido á servir y con él habia vuelto á su pueblo; que habia seguido su oficio de panadero, y andando el tiempo se habia casado con la viuda del amo á quien servia, la cual era dueña del establecimiento, y tenia además un hermano establecido en la Habana que la solia mandar algunas remesas. Esto habia hecho que la rica panadera educase algo al tardío vástago que dió á luz, lo que facilitó poder colocarle de ayo (2) en la escuela de un maestro conocido suyo. Dicha colocacion le proporcionaba por el pronto la calificacion de *don* que apetecia con igual ansia la madre que el hijo. En cámbio los muchachos de la escuela le habian bautizado con el apodo de *Quilógramo*.

Conforme lo vieron entrar las chiquillas, dijo una de ellas:

—Ahí está *Quilógramo*; ¡qué recompuesto viene! Trae un *chaleque* verde y un corbatin *encarnao*, ¡parece un rábano!

—Se ha metido á lechuguino (3) opinó otra, y formando todas en seguida un círculo se pusieron á salmodiar.

De dos melones y dos pepinos

Nació una mata de lechuginos.

Unos son altos, (*se empinaron en las puntas de los pies.*)

Otros son chicos, (*se agacharon.*)

(1) No pensamos que haya entre los fabulistas de mas renombre quien en sus composiciones haya aventajado á esta, ni en lo verdadero y sutil del pensamiento, ni en la manera graciosa y clara de patentizarlo.

(2) Llaman en Andalucía ayos á los pásanter de escuela.

(3) Petimetre acicalado.

Chirriquititos, (*se pusieron en cuclillas.*)

Y todos tienen pelo bonito, (*se levantan y saltan.*)

—Ea, largarse, chicharras, dijo el tío Curro; coger pira y liberal; cada mochuelo á su olivo, y que no lo vuelva á decir; ¿hablo claro?

La legión pigmea atravesó á paso menudo y presuroso el emparrado, como una camada de perdigones, y ya á la salida de la huerta se pusieron á cantar á desaforados gritos:

Todos los hortelanos

Cogen la berza

Con la espalda mas alta

Que la cabeza.

—¡Hola, Próspero! Buenas tardes te dé Dios, dijo el tío Curro al recién entrado; ¡por vía del judío! que no te viene mal ese nombre: me han dicho que has sacado á la lotería; ¡si tienes mas suerte que Benito que murió de ahito!

—¡Sí, la suerte es como mia! contestó mal engestado el mozo. Saqué 200 reales. ¡Buen puñado son tres moscas!

—Mas vale algo que nada. Tu padre siempre tuvo suerte y la has heredado tú. Cuatro veces fuí herido en la guerra contra el francés y entré en el hospital y tu padre no tuvo un aruño en su pellejo. Tu padre se casó con una muger de posibles y se echó á la buena vida; no tuvo mas hijo que tú, te dió estudios finos y te ha colocado de ayo de escuela y mas adelante podrás ser maestro; en las quintas siempre has salido libre; ¿qué mas quieres, caracoles? Yo siempre he tenido mala suerte sin mas que un *coge y come* y treinta dias al mes. He tenido un celemin de hijos; unos se me han muerto; otros están sirviendo al rey y los tengo mas repartidos que los maravedises; no me queda mas que Rosa; pero con *too* no me cambio por tí, que á pesar de tu buena suerte siempre estás *frondio* y con una cara que parece que estás probando vinagre, mientras yo á pesar de mis tramojos siempre estoy contento; porque has de saber, Próspero, que la dicha y la suerte aunque parece que deberian estar *ayuncadas*, no siempre lo están. Si tienes suerte y no la gozas, para maldita la cosa te sirve. Tú te echas por ahí el *hoy* con el ansia de que el *mañana* sea mejor; yo me contento con que el mañana no sea peor que hoy, y cuando no lo es, le doy gracias á Dios y que me sabe mi gazpacho mejor que un pollo.

—Pero bien sabe V., tío Curro..... objetó en tono elegíaco el ayo de escuela.

—¿Que Rosa no te quiere? Lo sé, y me pesa; pero no me vengas á mí con esas, que soy perro viejo. No es esa la causa de tu displicencia; te conozco como á las berzas de mi huerto. Para tí el número uno lo eres tú: el número dos lo propio que el número uno: Rosa no es sino el número que viene detrás.

—Bien dice V. que es viejo, pues se ha olvidado V. de cuando estuvo enamorado, tío Curro. Pero, señor, ¿no pudiera V. convencer á su hija, y si no mandar como padre?

—Mira, Próspero, he servido al rey y sé lo que es la disciplina, que *reasumidamente* quiere decir cumplir cada cual con la ordenanza derecho como un huso, pronto como la luz, y sin chistar como el pez; pero, hijo, la voluntad no es obligacion, y decirle á ésta, media vuelta á la derecha ó media á la izquierda, es un puro *ipotismo*, y eso no puede ser. Rosa, contra mi voluntad, no se ha de casar; pero contra la suya tampoco, aunque lo mandase yo. Bastante la he aconsejado que te quiera, porque te estimo y porque le tiene cuenta; de la tuya corre ganarle la voluntad: anda, métete tres días en una salina á ver si sales menos desabrido y mas propio para el caso.

—Si V. se lo mandase, mas habia de influir en Rosa la voluntad de un padre que no la sal de una salina, repuso picado el pretendiente.

—¿Dónde has visto tú eso, cristiano? ¿Es mi hija alguna persona real para que se vea obligada á casarse por conveniencia del Estado?

—Pues sepa V. que la quinta está decretada, y mañana se pregonará. Si me toca á mí la suerte, mi madre me liberta; pero si le toca al *calza-polainas* de Vicente, no tendrá mas que coger el fusil.

—Eso tienes en tu favor, hombre, contestó el tío Curro.

—Así es; pero yo quisiera que si llega el caso, inclinara V. á Rosa á mi persona, que siempre se ha dicho: tales cosas te digan, tal corazón te pongan.....

—En eso descuida, hombre, que cano estoy de celebrarte; si las celebraciones pusiesen á los hombres bonitos, habias tú de ser lo que no eres, esto es, el mejor mozo de San Lúcar.

Próspero volvió sus tristes ojos hácia la casa, y fijó sus lánguidas miradas en el emparrado; pero nada vió, sino los racimos de uvas que parecían decirle: *no nos alcanzas*, y las gallinas que se cuidaban tan poco de él como él de ellas. Suspiró y se sentó sobre el muro que formaba la alberca. En esto vió á las ranas arrellanadas en verdes pra-

dos de verdina, y que con sus grandes y saltones ojos miraban abs-traidas al vacío, de la misma suerte que muchos que parecen absortos en profundos pensamientos, y no piensan en nada.

Como todo amante es poeta, y cada cual á su manera, se puso este no correspondido enamorado á comparar á su pretendida á las ranas en cuanto á lo fria, arisca é insensible.

Entretanto el tío Curro, con su acostumbrada locuacidad, prosiguió la conversacion, que mas que esta era monólogo.

—Como te iba diciendo, Próspero, tu padre siempre tuvo suerte. Caimos prisioneros á la par; él tuvo quien lo hiciese escapar; y yo pasé las viruelas con aquellos *Didones* (1), que eran tan soberbios y desalmados como el que los mandaba. Pero aquella soberbia se les vino abajo, y los *brigantes*, como á nosotros nos llamaban (¡por vía Dios del Baco!) le metieron á los vencedores del mundo, como se decían, el resuello para adentro. Asina fué que se dijo entonces y muy bien enversado: todavía me acuerdo y me place decirlo:

Napoleon por traidor bien señalado,
Junot sin su ducado y escondido,
Del trinquete Murat desaborlado,
Lefébre en Zaragoza destruido,
Moncey sobre Valencia derrotado,
Y Dupont en Bailén roto y vencido,
Así vé Europa de sorpresa llena
Los héroes de Austerlitz, Marengo y Jena.

—¿Te enteras, Próspero? añadió el padre de Rosa, ¿qué te parece?

—Señor, repuso el interrogado, lo que me interesa es, que quien está mas derrotado que Moncey en Valencia, soy yo en la casa de V.

—Pues hijo, *aprométele* una novena á Santa Rita, que es la que te puede valer, y á mi déjame el alma en paz.

Cuando se hubo ido el pretendiente, vinieron la tia Amparo y Rosa á sentarse debajo del emparrado, que á ello convidaba con su frescura.

—Rosa, le dijo su padre, ¿sabes que ya está decretada la quinta?

Rosa palideció, y preguntó con trémula y tímida voz:

—Padre, ¿qué me quiere V. decir con eso?

—De que esta es la ocasion propia de que dejes de *hablar* á quien no

(1) Nombre que se daba á los franceses, derivado de su acostumbrada muletilla *dis done*.

te tiene cuenta : si se vá porque se vá , y si se queda porque se queda.

Rosa no contestó y empezó á verter lágrimas suavemente y de quedo, como caen los copos de nieve, como llora la constancia.

—Si Próspero saca número, continuó el tío Curro, su madre lo libertará, y no tardará en abrir escuela; es un muchacho completo y sin vicios, y su muger ha de pasar una vida como una Usía, y fuerte cosa es, que pudiendo tú disfrutarla, no quieras, por haberte encalabrinado, en irte á meter, tú que eres mas fina que una ele, y mas señorita que las flores, en el coto en compañía de los lobos, con un cortador de leña mas basto que un alcornoque.

Rosa no contestó una palabra, y el padre prosiguió.

—No te pega marido leñador; nunca ha querido tu madre que hagas otra cosa que coser, con lo que te has criado muy repulía para que te metas en el coto.

Rosa permaneció muda, sin mas respuesta que sus lágrimas.

—¡Por vida de las muchachas cabezonas, tercas y lloronas! exclamó impaciente el tío Curro.

—Lo propio me decia mi padre, le dijo á media voz su muger, que salió en defensa de su hija desde que la vió llorar, lo propio me decia cuando saliste á servir al rey y queria que te olvidase y me casase con mi primo.

—¡Y decia bien! respondió exasperado su marido; si te hubieses casado con tu primo, que es hoy un pelantrín de los boyantes, y no conmigo, que no tengo mas que lo comido por lo servido, estarias hoy como la propia rosa y pudiendo gastar fantasía: ya ves, pues, lo que te has perdido con no haber dado oídos á tu padre.

—Verdad es, Curro, contestó su muger, pero no me pesa lo que hice.

—¿Por qué, me querrás decir?

—Porque, como ahora poco te oí decir á D. Próspero, la dicha y la suerte, aunque parece que deberian estar ayuncadas, no siempre lo están, y que lo propio que tú no cambio la dicha por la suerte.

CAPITULO V.

LA MALA SUERTE.—EL ADIOS.

Mientras pasaban estas escenas en la huerta, habia llegado Vicente á Bonanza, y corria mas que andaba el camino que de allí conduce al pueblo.

La amortiguada luz de la luna hacia visible la soledad y la inmovilidad de la naturaleza rendida por el calor del día. Los pinos salpicados á poca distancia del camino, formaban con sus delicadas barbas un murmullo mas suave, mas leve, mas misterioso y grave que el que forman con sus hojas los demás árboles que parece que murmurán, mientras el pino parece que ora.

El mochuelo lanzaba en el melancólico silencio de la apacible noche su triste voz, esa voz que, segun la poética y religiosa imaginacion del pueblo, es la de *Cruz* y que repite desde que en el Calvario presenció horrorizado la muerte que sufrió el Salvador.

Asociados, si no por convencimiento por sentimiento, á esta tierna y conmovedora creencia, concediendo que sea una ilusion, pero voluntariamente bajo su dulce imperio, confesamos que no podemos oir la espresion tan suave y triste de esa ave solitaria de la noche sin conmovernos profundamente, y sin persuadirnos de que siente lo que espresa. ¿Y acaso no podria ser que el escalpelo de nuestra fria razon, que nos empeñamos en hacer regulador, árbitro y solo juez de las cosas, asi morales como materiales, haya cortado lazos, destruido armonías, y roto comunicaciones entre las partes que existen en las cosas creadas? Dirán que es inverosímil que las hubiese. ¿Por qué? Pero aun dado ese caso, no rechaza ni la fé ni la poesia las ideas por inverosímiles sino por lo malas, nocivas y bajas. Las admite inverosímiles como las mas bellas plumas de las alas de su fantasia, que elevando su ente á mayor altura, es dable la acerquen mas á la verdad que no la razon que le dá la humana concepcion por cárcel.

Vicente llegó á la portada de la huerta en que ya hemos introducido al lector, que á la sazón estaba cerrada. El fuerte gruñido de un perro le avisó que no estaba dormido su vigilante.

—Calla, Palomo, que soy yo, dijo Vicente. Enterado el perro, prosiguió su ronda sin cuidarse más del que se presentaba; éste trepó con lijereza y maña por las mal unidas tablas que formaban la puerta, y saltó adentro. Encaminóse hácia espaldas de la casa donde habia una pequeña ventana enrejada; tocó á su postigo que estaba cerrado, pero no recibió respuesta; silbó, pero la ventana permaneció cerrada.

Entonces se puso á cantar con hermosa voz, admirable entonacion y no menos admirable flexibilidad de garganta, dotes tan necesarias para los cantos andaluces, con cortos intervalos y distintas tonadas, estas coplas:

Los lindos ricitos rubios

Que te adornan esa frente,
 Parecen campanillitas
 Que van llamando á la gente,
 Los dientes de tu boca
 Me han prendido á mí:
 ¿Quién ha visto cadenas
 Hechas de marfil?
 La nieve por tu cara
 Pasó diciendo:
 Donde yo no haga falta
 No me detengo.

Entonces se corrió pausadamente el cerrojo, y se abrió con tiento la ventana.

—Rosa, dijo acercándose Vicente, ó has perdido el oído ó duermes mas que un gusano de seda.

Pero apenas notó que la reconvenida lloraba amargamente, no estando acostumbrado en su tranquila vida á ver escenas y lágrimas, exclamó asustado:

—¡Jesus, María! Rosa ¿qué tienes?

—Pues qué, ¿no sabes? contestó ella.

—Yo no. ¿Qué es?

—¡Qué hay sorteol!

Vicente tornó al instante á su tranquilidad y á su alegría, y dijo:

—Pues qué, ¿no es mas que eso? No te apures; á mí no me toca la suerte, ténlo por seguro; á mis hermanos tampoco les tocó. Pero á un turbio correr, si me tocase, tendríamos paciencia.... cómo ha de ser; no todo el monte es orégano.

—¡Ocho años, Vicente; eso es media vida!

—¡Qué habian de ser! Pasan ocho años como vara de mal paño. Pero no serán ocho, serán seis, que á los que se alistan para pasar el charco les rebajan dos.

—¡No, Vicente, no, por María Santísima, embarcarse, y luego encontrarse allá con la epidemia! No, no; mas vale pasar los ocho años en tu tierra.

—Rosa, el mal camino andar lo pronto.

—¿Y si no vuelves?

—¡Que no vuelva! ¿Por qué no; no volvió tu padre y otros miles? No seas cavilosa, ¿por qué no habia de volver yo?

—¿Y si se vá á pique la embarcacion?

—Salgo á la orilla como un pez en la mano.

—¡Ay Vicente, exclamó redoblando su llanto la desconsolada Rosa; lo que me saca de tino es el ver lo poco que te pesa la ausencia!

—Sí que me pesara si llegase el caso de que me tocase la suerte; pero solo ella, pues

No me pesa ser soldado
Si me tocase la suerte,
Que no me pesa el fasil
Pero sí dejar de verte (1).

—Me olvidarás, Vicente.

—¿Que te olvidaré, Rosa? Eso no lo temas, ni te puede pasar por las telas del pensamiento:

Primero que yo te olvide
(¡Mira qué comparacion!)
Ha de calentar la luna
Y ha de refrescar el sol.

—Yo sí que puedo temer, Rosa, porque D. Próspero te anda pretendiendo, y aunque es mas feo que el sargento de Utrera, que reventó de feo, y que tiene al ángel sirviendo al rey; tu padre lo apadrina, y tanto pueden dar...

—Calla, calla, Vicente.

El quererme á mí quitar
Tu amor de mi pensamiento,
Es escribir en el agua,
Y es predicar en desierto.

Créelo, Vicente, no quebrará la soga por mí; créelo como artículo de fé.

—¿Por qué, Rosa?

—Porque en llegando á querer, la mas firme es la muger.

—Pues cree tú tambien, Rosa, como artículo de fé, que lo mismo la muger que el hombre, quien bien ama tarde olvida.

Un mes despues se habia verificado el sorteo. Próspero habia salido

(1) Intercalamos estas coplas en el diálogo, aunque no es propio, ni lo hace el pueblo, con el fin de expresar sus ideas de la misma manera que lo hace él en su poesía.

libre; Vicente era soldado. El tío José nada demostró cuando se despidió éste. «Dios vaya contigo, hijo, fué su despedida. Sé hombre de bien, mas que no medres, que mas vale ser honrado que no enviado. Vé con buen ánimo, que con el temor de Dios vas seguro, con la vergüenza vas firme, y con el escapulario de la Virgen del Cármen vas amparado. Adios, hasta mas ver en esta ó en la otra.»

Diciendo esto, le volvió bruscamente la espalda, se internó en el monte y desapareció entre el espeso follaje. Cuando volvió al anocheecer á su casa, estaba sereno como siempre.

CAPITULO VI.

DON PRÓSPERO PROSPERANDO.

Un año habia pasado, y poco cámbio habia traído en las cosas y personas que han figurado en la relacion precedente: solo las frescas megillas de Rosa habian perdido sus subidos y brillantes colores. Vicente, segun se lo habia propuesto, para abreviar el plazo de su servicio, se habia embarcado con las tropas destinadas á Cuba.

—¡Por vida de la chiquilla terca que vá á enfermar por ese demonio de *come en rancho!* decia algunas veces el tío Curro.

—No lo temas, contestaba su muger; lo propio que dices tú decia mi padre, y no enfermé.

Impaciente entonces el marido, le volvia la espalda y se iba á sus faenas canturreando:

Madre, yo quiero casarme,
No me diga usted que no,
Porque me ha salido un novio
Que sabe tocar el tambor.

Leñador, madre, lo quiero,
Que saque astillas;
Bien, hija, y que las saque
De tus costillas.

Si Rosa oía á su padre, estaba llorando todo el dia, cantando sin cesar de llorar:

En la soledad del campo
Me puse á llorar mis penas,

Y fueron tantos mis llantos
Que florecieron las yerbas.

A la mar fueron mis ojos
Por agua para llorar,
Y se vinieron sin ella
Porque estaba seco el mar.

Un día se presentó Próspero con cierto aire de aplomo y de importancia al tío Curro, en el momento en que estaba éste enganchando su buey al palo de la noria.

—Buenas tardes, tío Curro, dijo el recién entrado.

—Dios te las dé muy buenas, contestó el hortelano, que añadió al volverse y notar que su interlocutor estaba vestido de negro: ¡Jesús! qué *fúnebre* estás, ¿quién te se ha muerto?

—El hermano de mi madre, que estaba en la Habana.

—En descanso esté. (¡Ata, pajarito! que para poste no tienes precio, buey maula, buey retencansado!) Hombre, paró la goterilla; ya no vendrán aquellas remesitas y aquellas cajitas de *sal de la Habana* (1).

—Verdad es; pero en cambio ha dejado á mi madre 20,000 duros.

—Que no te parecerán á tí sino muy blandos.

—O sean 25,000 pesos, añadió Próspero.

—¡Que á tí no te pesarán. (Mal haya tu flojera, Pajarito del demonio, que eres como el buey Simon, cortito de paso y largo de espor-ton.) Tu suerte, Próspero, tu suerte, hijo, que se pierde de vista.

—Mi madre quiere que me quite de ayo de escuela y la maneje el dinero que se ha de invertir en viña y bodegas para criar los mostos.

—Y cate V. ahí á Periquito hecho fraile, hacendado, cosechero y almacenista: ¡pues no es nada! ¿qué mas puedes desear, hijo de la suerte? ¡por vida de las aves frías! ¡y todavía tienes cara de Viernes Santo!

—¿Qué mas puedo desear? repuso Próspero. Tío Curro, veinticinco pesetas son cien reales, y en faltando un ochavo no están cabales. ¿Se entera V.?

—Ya, ya estoy, contestó impaciente y picado el tío Curro, mi niña es el ochavo que falta; pues sábetes que tú eres los 25,000 pesos que á ella le están de más. ¿Me entiendes?

(1) Azúcar.

—Mire V., dijo sentido el improvisado ricacho, en quien la riqueza iba despertando arrogancia; mire V. que su hija, con su airecito de mosquita muerta, es mas terca y mas voluntariosa que una rama mal guiada.

—Próspero, repuso el tío Curro, mas que tengas 25,000 pesos, mira cómo hablas de ella: tú, toda tu casta, y cuántos tienen boca, han de enjuagarsela con agua de rosa para hablar de mi hija, ¿estás?

—Vamos, tío Curro, respondió Próspero, como es V. hortelano, está V. hecho á coger el rábano por las hojas. ¡Qué mal he de hablar yo de su hija de V., si lo que pretendo es casarme con ella? Lo que estoy es despechado, porque su hija de V. es peor que un peñon que ablanda una gotera continúa; pero ella cuanto mas me vé penar, y mientras mas me desvivo, mas dura está.

—Pues hazte *los cargos*, hombre, que el duro peñon no lo soy yo, que desde la primera vez que me hablaste, me tienes mas blando que unas poleadas.

—Pues ablándela V. á ella, señor.

—¿Cómo? ¡si no bien la digo una razon cuando se eche á llorar por su cara abajo y la madre se enjesta por tres días! ¡Qué quieres, hombre! Las *señás* mugeres tienen mucho de la trastienda, pero en cuanto á sentido no tienen ninguno, y en cuanto á sesos..... ¡perdone V. por Dios! Los novios les han de entrar por el ojo derecho, y sino, no tenemos *naa*. Tú, hijo, (te lo digo, no por ofenderte, sino porque es la pura verdad), eres feo con coraje, y el otro maldito *Estripaterrones* es un real mozo, que se puede presentar al rey de Francia. No puedo hacer mas que acompañarte en tu sentimiento, que es sentimiento mio tambien, y renegar de las enaguas, principiando por las hojas de parra hasta el *te engañé* (1).

Próspero se retiró desconsolado y rabioso. Al pasar por debajo del emparrado, saludó á la tía Amparo, que lo estaba barriendo, con un breve *quede V. con Dios*, que contestó ésta con otro semejante. Viendo que la madre de Rosa seguía su faena sin añadir palabra, la dijo:

—¿No me vé V. de luto?

—Verdad es, contestó la tía Amparo. ¿Quién se le ha muerto á V.?

—El hermano de mi madre, que la ha dejado 25 000 pesos.

—Dios lo tenga en gloria, contestó la tía Amparo; acompaño á usted en su sentimiento.

(1) Nombre que dá el pueblo á los miriñaques.

—Yo no tengo ninguno, porque no lo conocia, replicó impaciente Próspero; lo que tengo es contento, porque mi madre me quiere quitar de ayo de escuela, y quiere que sea propietario y cosechero.

—Sea enhorabuena.

—Para mí no hay enhorabuena mientras Rosa no me dé el sí, contestó el porfiado pretendiente.

—Estoy para mí, repuso la tía Amparo con esa instintiva urbanidad del pueblo español, que si Rosa tuviese dos que dar, le daría á usted uno, D. Próspero; pero como las mugeres honradas no tienen mas que uno, y ese, como V. sabe, lo tiene dado, no le puede complacer; harto lo sentimos su padre y yo, pero ¡cómo ha de ser, con una hija no se pueden tener dos yernos!

—En diciendo la suerte *allá voy* no es menester arrearla, dijo la tía Amparo á su hija, cuando Próspero se hubo ido; despues de salir libre del sorteo se le entra á D. Próspero una herencia de las Indias por las puertas. ¡Ahora sí que la vá á emprender tu padre con que te cases con él!

Rosa se echó á llorar.

—Madre, dijo, que me pida su merced mi sangre y se la daré, porque lo podré hacer; pero que no me pida imposibles, y eso lo es, el que olvide á Vicente y me case con otro. Ahí viene padre; por María Santísima, haga V. porque no me hostigue. No soy para esta briega, que vá á dar conmigo en la huesa.

—¡Amparo! gritó el tío Curro.

Esta no contestó con el fin de dejar á su hija tiempo para alejarse.

—¡Amparo! volvió á gritar su marido, ¿qué estás haciendo?

—Calderos, ¿no oyes los golpes? respondió la muger.

—Mas valiera, dijo el tío Curro, que en lugar de á *guasona* te metieras á gobernar y aconsejar bien á tu hija, para impedirle de hacer un *descabello* de los enormes. ¿Sabes que Próspero es ya un hombre de los mas acaudalados?

—No, que dejaria de decirme cuando iba mas ancho que el mar, y hecho pregonero de la noticia.

¿Y qué dice Rosa? ¿Todavía se empestillará en aguardar al ganado que no tiene que comer mas que las uñas?

—Dice que te dará su sangre, pero que no se casa con otro.

—¡Su sangre! ¿Para qué la quiero yo? Que la guarde, que buena falta la hace, que está que se trasluce, y mas descolorida que las tercianas. ¿Cuándo hubiera ella podido soñar en hacer esta suerte?

¡y la *esprecia!* ¡Vamos, si esto no se puede creer! De hacendado cosechero y almacenista á millonario no vá un gеме. ¡Se acabó! Está ida del sentido.

—No, Curro, no.

—¿A tí, por lo visto, te parece cordura lo que está haciendo la niña?

—Si cordura es querer mas bien la dicha que la suerte, cordura será lo que hace.

—Esas son pampringadas, razones de enamorados, que no valen un comino.

—No te lo parecieron en otros tiempos, Curro.

—Por vida del demonio malo, que no es la muger esta cansado reloj de repeticion, exclamó impaciente el hortelano, que se alejó gruñendo: ¡mugeres! mas sutiles son que culebras, mas tercas que mulas, y mas imprevisoras que aquel de los almanaques, que por mirar á las candilejas de la bóveda azul, fué á dar con su cuerpo en una sima.

Rosa, que se habia retirado á su cuarto, seguia entretanto cosiendo, y cantaba sin dejar de verter lágrimas:

Rosa me puso mi madre
Para ser mas desgraciada,
Pues no hay rosa en este mundo
Que no muera deshojada.

Suspiros que de mí salgan
Y otros que de tí vendrán,
Si en el camino se encuentran
¡Qué de cosas se dirán!

Entre la hostia y el cáliz
A mi Dios se lo pedí.
¡Que no te maten las penas
Que me están matando á mí.

CAPITULO VII.

BIEN VENGAS MAL SI VIENES SOLO.

Debajo de un emparrado, obligado apéndice de toda morada de hortelano, en la huerta que fué del convento de Santo Domingo, estaba sentado al siguiente año un hombre jóven, apoyada la cabeza en

una mano, y el codo sobre la rodilla. A poca distancia de él se hallaba una anciana, que remendaba por centésima vez una camisa de hombre. Era esta anciana prima del tío José, guarda del coto de Doña Ana. Al cabo de un rato de silencio, dijo esta muger al callado jóven.

—¿Pensas, Vicente, hijo, irte á los inválidos de Madrid, donde dice mi Juan que lo pasan muy *rebien*?

El carácter de los españoles, activo, independiente y exento de molicie, su natural parco, sus pocas necesidades y la pulcritud (que ostentan, aunque estén cubiertos de andrajos), hacen que detesten toda mancomunidad y dependencia, al paso que el clima, cuyos rigores no son tales que exijan un amparo contra ellos, les lleva á aborrecer toda clase de clausura y vida solitaria, lo que hace en España difícil los establecimientos y hospicios para los desvalidos, quienes los miran mas como duras prisiones, que como asilos.

Así sucedió que el interrogado contestó con decision:

—No, señora, no iré donde van los desechados. Pues qué, ¿á los veinticinco años y con toda mi fuerza y vigor me habia de encerrar en tierra estraña entre cuatro paredes, como un pollo en su cascara, solo cual él y á cruzarme de brazos?

—¡Válgame Dios, hijo! ¿y qué trabajos has de hacer falto de vista? preguntó con dolor la buena muger.

—Señora, aunque sea darle vueltas á una noria como la vaca.

—Dime, Vicente, hijo, aclárame bien el cómo acaeció la desgracia, pues no me acabo de enterar.

—Ni lo podrá nunca comprender bien, señora. Sabe V. que era artillero, esto es, de los que andan con los cañones. Estábamos mi compañero y yo cargando uno en un ejercicio de fuego. Al tiempo de remachar la carga se inflamó la pólvora y salió el tiro. A mi compañero le llevó los dos brazos y murió; yo caí mal herido al suelo. Sané; pero la vista que perdí por el fagonazo, no volvió con la salud.

—¡Pobre Vicente! dijo limpiándose las lágrimas su tia.

—¡Bien lo puede V. decir, y que he tenido bien mala suerte! He vuelto á mi pueblo, me he hallado á mi padre muerto, muertos al tío Curro y á la tia Amparo, y á Rosa muerta, sino para el mundo, para mí. Me veo solo, solo como la peña en el mar. No me queda á quien querer sino á Dios, ni mas amparo que el socorro que me dá el rey, que me proporciona el pan, pero no la dicha para siempre perdida.

—¡Desventurado! repitió enternecida su tia.

—Dice V. bien, desventurado y no pobre, que no me abrumba la pobreza, que en ella nací y me crié, y la quiero como á madre; lo que me abrumba es la soledad, que se asemeja á la muerte, y el estar ocioso, que es como estar paralítico.

—¡Esos ojos tan hermosos! y no se les conoce mayormente la ceguera; si no fuese porque están parados como los de los santos de bulto, no se diría que eres ciego. ¿Y no tiene tu ceguera remedio, Vicente?

—No señora, ninguno.

—¡Qué desgracia!

—Mas suerte tuvo el compañero que murió, pues á mí, ¡de qué me sirve la vida sin vista, y sentado en un campo santo!

—Estamos de mas las criaturas en el mundo; y por eso hay tantas muertes que nos diezman, observó la buena muger. Si hubieses estado aquí este verano pasado, cuando de sopeton se nos entró el cólera por las puertas, ¡ay, hijo, qué afliccion! En el barrio bajo se cebó. Con un día por medio se llevó al tío Curro y á su muger: á Rosa fué á la que, á pesar de la asistencia que tuvo á sus padres, no le dió. ¡Pobrecilla, lo que pasó entonces, y qué afliccion tan grande fué la suya! Quedaba sola y desamparada y en el mayor desconsuelo. Entonces se volvió á presentar D. Próspero de pretendiente; pero Rosa se mantuvo firme en no casarse con él. Como tiene unas manos de costura, que no cose sino que pinta las cosas, una usía muy considerable, una dama de la Señora Infanta, á la que cosía, se la llevó consigo de doncella á Sevilla, donde dice lo pasa grandemente, muy estimada de su señora, y como es tan preciosa y tan fina que parece que se ha criado en pañales de Holanda, dicen que tiene mas pretendientes esa rosa que abejas las de los jardines.

Vicente suspiró profundamente.

—¿Le has mandado á decir que estás aquí? preguntó su tia.

—Yo no, ¿á qué?

—Verdad es, solo le darías un pesar, porque te queria bien: dígalo D. Próspero, que decia que le habias dado hechizos, porque heredó un millon, ó una multitud ansina, y ni por esas consiguió que consintiese Rosa en casarse con él.

—¿Con que heredó? ¡qué suerte!

—¡Toma! tiene mas plata que lo que pesa, y se ha hecho un avariento de los que hasta al agua del pozo echan la llave, y tan ansioso, que es capaz de comerse la omnipotencia de Dios hecha pan. Está mas feo que *denantes*, con sus patas de alcaraban, su pescuezo de

botella y su cara de esquina, tan triste y tan confusa, que parece principio de un pleito y fin de una historia.

—¿Y á qué le sirven sus riquezas, si Rosa no le ha querido? No se las envidio, dijo Vicente.

CAPITULO VIII.

LA DICHA Y LA SUERTE.

Algunos dias despues estaba Vicente mas abatido aun , sentado en el cuarto de su tia cerca de la ventana, donde recibia sobre sus rodillas un rayo de sol que sentia sin verlo. Su tia estaba barriendo la habitacion, cuando asomó una chiquilla de la vecindad, que la llamó de parte de su madre. La buena muger salió, y al cabo de un rat o volvió á entrar.

Seguía de puntillas una jóven rubia y blanca, primorosamente vestida, que de lejos se puso á considerar á Vicente, caidas sus manos que cruzaba y torcia hácia fuera con un gesto de amargo desconsuelo, mientras su dulce y lindo rostro espresaba el mas tierno interés y el mas vivo dolor.

—¿Viene V. sola, tia? preguntó Vicente.

—Sí, hijo; ¿por qué me lo preguntas?

—No sé; pero siento como si hubiese otra persona en el aposento.

—No, hijo, estamos solos.

—¡Solos! repitió con profundo acento de tristeza el pobre inválido: ¡pero cómo lo estraño, si es estarlo mi sino!

—Vamos, hombre, no pierdas los ánimos, que Dios está siempre en el mismo lugar y nos manda consuelos cuando menos los esperamos. Si me quieres complacer, hombre, cántame el romance que has compuesto, y que cantabas anoche.

—Tia, no tengo ánimo para cantar.

—Anda, anda, que quien canta su mal espanta; y me complaces á mí.

Entonces el ciego cantó con entonacion apagada y melancólico acento, este cantar que habia compuesto:

¡Mes de Mayo! ¡mes de Mayo!
Cuando los recios ardores,

Cuando los toros son bravos,
 Los caballos corredores,
 Y la cebada se siega,
 Los trigos toman calores;
 Cuando los enamorados
 Obsequian á sus amores,
 Unos les regalan frutas,
 Otros les regalan flores;
 Yo, pobrecito de mí,
 Estoy en negras prisiones,
 Sin saber cuándo es de dia,
 Sin saber cuándo es de noche,
 Sino por callar las aves
 Tristes, cuando el sol se pone.
 ¿Qué importa que la calandria,
 El ruiseñor y el gilguero
 Canten para consolarme,
 Si para mí no hay consuelo?

Mientras cantaba, corrian abundantes lágrimas por las mejillas de la jóven, que parecia recoger cada una de las palabras que salian de los lábios de Vicente como una rosa las gotas del rocío de triste noche.

Quando concluyó hubo un rato de silencio.

—¿Quién sabe, dijo al fin su tia á Vicente, si cuando llegue á saber Rosa tu venida, se acordará de la palabra que te tiene dada?

—Señora, ¡quiere V. callar! repuso su sobrino. La palabra se la dió á un hombre con vista, que podia mantener sus obligaciones, pero no á un ciego, que solo sirve de estorbo en el mundo.

—¿Y si tú la hubieras hallado ciega, Vicente, no te hubieras casado con ella? preguntó su tia.

—Yo me hubiera casado con ella muda, ciega y sorda, respondió Vicente; pero eso es diferente, porque los hombres son los que mantienen á las mugeres.

—Pues sábete que Rosa, con su tijera y su aguja, es capaz de mantenerte á tí y á una docena de hijos que os deparase Dios.

—Señora, dias pasados daba V. por de contado, y hacia bien, que Rosa, que es una prenda digna de un infante de Castilla, no podia hacer el despropósito de casarse conmigo.

La jóven hizo un movimiento para acercarse al ciego; pero se

contuvo merced á una seña que sonriendo la hizo la buena anciana.

—Pues si no es á Rosa, dijo á su sobrino, no te faltará á quien querer.

—Sí me faltará á quien querer, repuso éste, pues no puedo, ni podré jamás querer sino á ella. Y lo que es á mí, ¿quién me habia de querer?

—Pues yo sé quien te quiere.

—La tierra que nos quiere á todos. ¿Quién habia de querer á un desvalido, á un hombre que no puede servir para nada?

—¿Quién? quien bien ama y nunca olvida, exclamó de repente la jóven acercándose y pasando su brazo al rededor de la cabeza del pobre ciego, como para posesionarse de ella.

—¡Rosa! exclamó Vicente apretando entre sus manos con pasion un pedazo de la falda de su vestido. ¡Rosa!—repitió con angustia,—¡ay de mí, que no te veo!

—No le hace, con tal que me quieras.

—¿No te lo dije, intervino su tia, no te lo dije, Vicente, que no te faltaria quien te quisiese? Un arbolito con tantas raices ¿quién lo arranca ya?

—¡Rosa! exclamó Vicente con ahogada voz.

—No me llames Rosa, le interrumpió ésta, llámame Amparo como se llamaba mi madre, ¡tu amparo!

—¡Es un despropósito el que ahora te quieras casar conmigo!

—¿Este es tu sentir? pues te dejaste por esos mundos de Dios el cariño.

—¿Vas á rechazar una buena suerte por la miserable que á mi lado te espera?

—Sí, Vicente, sí.

—Piénsalo.

—Lo tengo pensado mucho há, y hasta mi padre decia lo que pensando tengo.

—¿El qué?

—Que mas vale dicha que suerte.

EPILOGO.

Algunos años despues de lo referido se veia por las calles de San Lúcar, á un hombre pulcra y aseadamente vestido, de muy buena figura, de cara risueña, de ojos bellísimos, pero sin vista, que un pre-

cioso niño de cinco años conducia por la mano, y á quien todos querian y saludaban cordialmente.

El Jueves Santo se sentaba á la puerta de una iglesia, y con una bellísima voz cantaba la Pasion del Señor y las saetas con sus estrañas, tristes y solemnes modulaciones; cayendo en el sombrero que en la mano tenia, las dádivas de la caridad, abundantes en estos dias en que celebra la religion su apogeo. Por Navidad, el mismo hombre iba á las casas, siempre acompañado por el niño, que entonces unia su vocecita fresca ó infantil, á la sonora y robusta voz de su padre, para cantar, acompañándose con la guitarra, las tiernas y alegres coplas de Noche-Buena. Era acogido en todas partes con la alegría de esa santa fiesta, y regalado con la abundancia que, con nombre de aguinaldos, esparce la caridad en señal de regocijo en estos dias. Lo demás del año vendia billetes de lotería.

Solfase encontrar con Don Próspero, que estaba mas flaco y mas amarillo que antes, porque su genio apocado y poco propio para manejar un caudal, le daba cuidados que no eran compensados por satisfacciones ni goces. Siempre mirando al cielo por ver si se mostraba propicio á las necesidades de sus cosechas, siempre atemorizado con la baja de los mostos, siempre apurado con el aumento de las contribuciones, con las obras de las fincas y atrasos en los pagos de los inquilinos, y sin poder olvidar á Rosa, era un hombre muy desdichado á pesar de su dinero.

Cuando encontraba al pobre ciego tan contento y alegre le decia:

—¡Qué suerte tienes, Vicente!

—No señor, contestó éste, no tengo suerte, eso quien la tiene es usted, Don Próspero, no tengo *suerte*, pero tengo *dicha*.

FIN.

LUCAS GARCIA.

CUADRO DE COSTUMBRES

POR

FERNAN CABALLERO.

LUCAS GARCIA.

A une époque où toutes les empreintes s'effacent sous le double marteau de la civilisation et de l'incrédulité, il est touchant et beau de voir une nation se conserver son caractère stable et des opinions inmutables.

VICOMTE D'ARLINCOURT.

En una época en que todas las huellas de lo pasado van desapareciendo bajo los golpes del doble martillo de la civilización y de la incredulidad, admira y enternecer a un pueblo conservar un carácter estable y opiniones inmutables.

Saliendo de Jerez en dirección á los montes de Ronda, que se van escalonando gradualmente, como para formarle un adecuado pedestal al bien denominado San Cristóbal, se atraviesa una estensa llanura, que lleva el nombre de Llanos de Caulina. El uniforme y desnudo camino, después de arrastrarse dos leguas por entre palmitos, hace alto al pié de la primera elevación de terreno, donde se tiende al sol un perezoso arroyo, que en verano se estanca y trueca sus aguas en fango.

Vése á la derecha del castillo de Melgarejo, que es de las pocas construcciones moriscas, que no han llegado á destruir el tiempo y la impericia, su fiel auxiliadora en la destrucción. El tiempo hace ruinas, las agrupa, las corona de guirnaldas y adorna con follaje como si de ellas hiciese su recreo y su lugar de descanso. Pero la impericia aun á las ruinas hostiliza, como el bárbaro que no dá cuartel al vencido; porque su recreo es el polvo, su descanso el yermo, su fin la nada.

Flanquean los ángulos del castillo cuatro torres cuadradas, las cuales así como las murallas de todo el recinto, están coronadas de bien formadas almenas, que se alinean uniformes, firmes y sin mella, como los dientes de una hermosa boca.

Este castillo fué denominado de Melgarejo, por haber sido conquistado por un caballero jerezano de este nombre. La manera como llevó á cabo esta hazaña es tan curiosa, que no resistimos al deseo de referirla, para aquellos que no esten al cabo de las hazañas parciales de que abundan los anales de Jerez.

Ocupaban este castillo, por los años de mil trescientos y tantos, ciento y cincuenta moros con sus familias. Vestian de blanco, al uso de su nacion, y montaban caballos tordos.

Encerrados como se hallaban, procurábanse el sustento, haciendo de noche correrías, y trayéndose todo el botin que podian recoger.

Melgarejo se propuso conquistar el fuerte castillo, que rodeaba un ancho foso, que á la sazón ha dejado de existir, y que fué la zanja que los mismos moros abrieron para servirles despues de sepultura.

Prometió el caballero cristiano la libertad á un esclavo que tenia, si se consagraba á secundarlo en la empresa que meditaba. Convenidos amo y criado, encargó el primero al segundo, muy buen ginete, que enseñase á saltar fosos á una yegua, singularmente lijera que poseia, ensanchando el foso gradualmente, hasta que llegase á tener la anchura del que cercaba el castillo sarraceno.

Conseguido esto, reunió Melgarejo sus parciales, los disfrazó de moros, haciéndoles cubrir sus caballos con mantas blancas, y una noche que habian salido los defensores del castillo, se dirigió con los suyos hácia él. Los que estaban esperando á los moros, vieron acercarse esta hueste sin recelo, tomándola por la que aguardaban. Cuando la cristiana estuvo cerca reconocieron su error, y quisieron levantar el puente; mas ya el esclavo de Melgarejo, montado en su lijera yegua, habia saltado el foso y cortado las cuerdas de la compuerta; por lo que no pudieron alzarla, y los jerezanos se hicieron dueños de la fortaleza.

Este fuerte castillo,—por el que ha pasado el tiempo destrozador sin dejar mas huella que la que dejaria la pisada de un pájaro,—traspone á uno con tal fuerza de ilusion á lo pasado, que se estraña no ver tremolarse en sus torres el pendon de la media luna, y se echa de menos detrás de cada almena un blanco turbante. ¡Qué sitio tan á propósito es este para la representacion de un simulacro ó de un torneo entre moros y cristianos!

Para ir á Arcos se dejan á la izquierda el dormido arroyo y el muerto castillo, en cuyo recinto se mueven, como en un esqueleto hormigas, los trabajadores, con los aperos de un pacífico cortijo. To-

mando la vuelta de este primer escalon de la sierra, se atraviesan otros llanos, cubiertos, en cuanto alcanza la vista, de ricas mieses; y sin hallar otra venta ni lugar de descanso, se sesteá en el cortijo de la Peñuela, que fué propiedad de los Padres Cartujos, aquella órden religiosa tan severa, tan respetable y respetada, que aun se preguntan los campesinos: ;Y hubo poder que pudiese, y hubo mano que osase tocar á tales hombres y á tales cosas!

Al elevarse el terreno, se cubre de olivares, como si quisiera abrazar á la anciana y blanca Arcos, que conserva con orgullo su título de ciudad, sus caducos privilegios y sus rancios pergaminos, á pesar de su decadencia (1), ó mejor dicho, de su vida estadiza en medio de los adelantos propios de la marcha del tiempo, que son suaves, paulatinos y espontáneos.

Arcos se presenta y se retira alternativamente á los ojos del viajero, cansado de su ascension, como si le hubiesen quedado desde el tiempo de los moros sus fundadores, tretas de guerrillera; hasta que, pasando entre dos altas peñas, se entra de repente en el pueblo, cuya situacion sorprende y admira aun á los menos sensibles á las bellezas de la naturaleza y á los encantos de lo pintoresco.

Véase una tarde del año mil ochocientos cuarenta y tantos, en una de las calles del barrio de San Francisco, afluir muchas gentes á una casa de pobre apariencia, de la cual se habian llevado la tarde anterior el cadáver de la que habia sido su dueña. Reuníanse estas para el duelo, con la rigurosa etiqueta observada en el pueblo, que prueba los instintos de dignidad y de cortesanía que le distinguen; puesto que toda etiqueta y todo ceremonial estriba en estas bases, que no son una cosa ridícula y superficial en la vida pública y en la privada, como las han querido hacer el espíritu de trastorno que conmueve al siglo, y el ánsia de sacudir todo freno material y moral,

(1) Arcos fué conquistada en el año 1249 por el infante D. Alonso, comisionado para el efecto por su invicto Padre el Santo Rey D. Fernando III. Vuelta á recuperar por los moros, fué reconquistada en 1255 por el infante D. Enrique, y en 1264, por tercera vez, por D. Alonso el Sábio, ya coronado Rey, repartiendo su termino entre cincuenta de los mas esforzados caballeros, con que pobló á Sevilla. Recibió privilegios de la liberalidad de los monarcas; tales son la concesion de la hidalguía comun á sus vecinos, hecha en 1256; las encomiendas y bandadas en las órdenes militares, en 1310; la exencion de tributos, en 1396. Valió el título de ciudad la toma por sus gentes de la inespugnable villa de Cárdeas en el año de 1472. Despues de otras mercedes, llamóla NOBLE Y FIDELÍSIMA Felipe V, poniendo su nombre á uno de los regimientos de la milicia. Su vecindario se compone de 10,000 almas, divididas en dos collaciones, con dos ayudas de parroquias, dos hospitales, un hospicio de huérfanas y seis conventos.

que revoluciona las ideas.—El ceremonial y la etiqueta, en la rigurosa acepción de la palabra, son una acción ó acto exterior dispuesto para dar culto á las cosas divinas, reverencia y honor á las profanas.

Entrando en la casa, se hallaba una sala, en que se reunían las mugeres; á la derecha se encontraba otra, que una vecina había prestado, para la reunión de los hombres.

En la primera, primorosamente enjalbegada (1) y cuidadosamente aseada al efecto, según costumbre constantemente seguida, se veía en medio de ella, estendido sobre la estera, un pañuelo, en el que todas las que iban entrando echaban una ó dos monedas de cobre, que eran destinadas para la misa de San Bernardino. Esta costumbre se observa, no solamente entre los pobres, sino también entre los bien acomodados, pues esa misa tiene que ser debida á la limosna.

Espliquen esto, como gusten, los escépticos, y como les parezca, los *positivos*. Nosotros vemos en ello un acto de humildad, unido al deseo de juntar muchos sufragios. Pues si bien son honras terrenas, que respetamos, un brillante entierro, un lucido catafalco y un soberbio mausoléo, son mejores sufragios para el cielo el cuarto de la limosna, el ferviente brote del corazón, las oraciones parciales y las de la iglesia.

En un ángulo de la sala, sobre una silla baja, estaba sentada la doliente. Era esta una niña de ocho años, la que, cansada de llorar á su madre, así como de su larga inmovilidad en el sitio que ocupaba, había dejado caer su cabeza en el espaldar de la silla, y se había dormido; pues el sueño, que ama á los niños, se apresura á venir en su auxilio siempre que los vé sufrir en su alma ó en su cuerpo.

—¡Pobre Lucía!—dijo mirándola una de las dolientes, parienta de la difunta;—¡cuánta falta le vá á hacer su madre!

—Esa fué la espina que llevó clavada en su corazón la pobre Ana, observó una vecina.

—Pero.... ¿de qué ha muerto? preguntó otra de las presentes.

—Su mal lo sabrá la tierra que la cubre,—respondió la parienta;—porque Ana no sé quejaba. Si no hubiese estado tan delgada que se la podía beber, tan amarilla como la flor de la cera, y tan endeble que la habría hecho caer una sombra, no se habría sabido que caminaba para el campo santo.

—Se murió,—dijo con vehemencia una muger jóven y de fisonomía

(1) Término andaluz, que significa *blanqueada*.

enérgica,—se murió de que se la pudrió la sangre en las venas; esto lo sabe todo el mundo. ¡Y que no haya en el pueblo un alcalde, que se sepa atacar los calzones, y eche con la honda del demonio á esas forasteras, rufianas sin vergonzonas, que se nos vienen aquí á poner puestos de bebida y á engatusar á los hombres casados, para su perdicion y la de sus casas!

—Sí, sí, á estas cosas hacen los alcaldes ojo de pez,—dijo la parienta de la difunta,—así como para otras cosas tienen ojos de chucho. Pero no tengas cuidado, muger: su merecido han de llevar, porque Dios consiente, pero no para siempre.

—Sí, repuso la primera; consiente que se mueran las buenas, y se queden galloreando las malas. Dios se reservó la justicia del cielo para sí; pero la vara de la justicia de la tierra la puso en manos de los hombres. ¡Y á fé que buena cuenta tendrán que dar del uso que han hecho de ella! ¡Sobre sus costillas.... le habia yo de romper al alcalde la que en la mano tiene!

—Muger,—dijo una anciana,—eres mas súpita que una chispa de carbon de fragua, y partes, como los toros, con los ojos cerrados. Mira de quién hablas, y ten presente que la mala llaga sana y mata la mala fama. La pobre Ana no quedó buena desde su último parto; y muerte no viene que achaque no tiene; el verano la hundió, y Setiembre la remató; pues de fraile á fraile, Dios nos guarde (1).

—¡Ya, tia María! como V. es tia de Juan García, y prima del alcalde, repuso la interpelada, dice V. eso, por aquello de «con razon ó sin ella, ayúdenos Dios y á los nuestros.» Lo que yo puedo decir á V., es que mi José no ha de pisar la casa de bebida de la Leona; eso queda de mi cuenta. Porque por mas que sea tan hombre de bien como Job, en casa del jabonero, el que no cae resbala. Por mas que diga V. que está ya viuda, y que con la edad tiene la sangre cuajada, no me vuelvo atrás de lo dicho: que el que salta derecho, cae en pié, y así lo digo y lo redigo; ¡asparla viva debian á la picarona esa, pingollona, sargentona!... que parece una garita; que tiene la cara mas negra que un pellejo de aceite; tan hoyosa de viruelas, que parece que se ha caido en un garbanzal, y con mas bigotes que un nacional! Y cuenta que dice el refran, á la muger barbuda, de lejos la saluda.

—Pues.... ¡y sus hijos! dijo la doliente; que parecen gurrupatos, y

(1) 28 de Agosto, San Agustin, 4 de Octubre, San Francisco.

que tiene tan churretosos y desjarapados, que semejan nidos de calamares!

—Pues á ella le parecen soles, añadió otra.

—¡Ya!—esclamó la primera que habia hablado. Dijo el escarabajo á sus hijos, venid acá, mis flores: y grumos de oro llamó la lechuza á los suyos. ¡Quién ha visto eso, señores,—prosiguió exaltándose,—quién ha visto iniquidad como es la de embaucar á un hombre casado y con hijos, perderle, hundir su casa y matar á su muger á penas! ¡Y eso se sabe, y se consiente! Mire V. que eso hace hoyo.

—¡Si eso es peor que clavar un puñal! esclamó una muger.

—Es un contra-Dios, añadió otra.

—Es un escándalo de los *diformes*, prosiguió la primera. ¡Pobre Ana! Yo no la veia sino de habas á caracoles; pero la queria bien, porque era una pasta de almendras, tan sin hiel y tan sufrida, como la oveja en manos del carnicero. ¡Hombres! ¡hombres! ¡Malditos son todos los que visten por los piés! Así fué que nunca consintió nuestro Padre Jesus ponerse calzones, y vistió túnica.

—Vamos, hija, nada se remedia con maldiciones, dijo la tia María, ni con echar quina por la boca. Vamos á rezar por el alma de la difunta, que es lo que le ha de aprovechar.

Reinó un completo silencio. La tia María tomó su rosario, las demás la imitaron, y despues del acto de contricion y de un solemne Credo, empezó el rosario de las ánimas, en el cual, despues del Padre nuestro en lugar de la salutacion de la Virgen, decia diez veces:

—Señor, por tu infinita misericordia!

Respondiendo los otros en coro:

—¡Que las ánimas benditas gocen de paz y de gloria!

Ya no se oyó en el duelo de las mugeres mas que el murmullo grave de las oraciones, y el sofocado suspiro de la lástima y del dolor.

Muy distinto cuadro ofrecia la sala del duelo de los hombres. El viudo, que estaba sereno como un vaso de agua, y fresco como una lechuga, pasado el dia del entierro, se creia dispensado de toda compostura doliente, y fumaba oyendo y hablando con todos como de costumbre, y como si la muerte, al entrar en su morada, no hubiese dejado en ella sus negras huellas y su solemne impresion.

Los indiferentes habian seguido su ejemplo; de manera que, á no haber llevado todos capas, nadie hubiese dicho que era aquello un duelo, esto es, un tributo de amor y respeto á una vida que termina-

ba, y á un dolor que surgia. Solo una figura se veia en aquella reunion, en concierto con el suceso que la motivaba; era esta un niño hijo de la difunta, de trece años, que sentado en un rincon cerca de su padre, apoyaba los codos sobre sus rodillas, y la cabeza en sus manos, y lloraba sin consuelo.

—¿Cómo ha estado el dia? preguntó el viudo.

—Enfermizo, contestó uno.

—¿Y el cielo?

—Remendado: piénsome que el agua no está lejos; esta mañana habia neblina; y la neblina del agua es madrina y del sol vecina.

—Ya le quitará el viento las telarañas al cielo, dijo un tercero; pues sopla del lado de la puesta del sol. El agua anda mas retirada que las pesetas.

—No le hace, repuso el primero; antaño no llovió hasta Todos Santos; y año mas completo, ni otro de su paño, no se ha visto desde la creacion. Todos se hartaron de cojer; labradores, pelantrines y pegujaleros. Las cebadas, en particular, estaban que no las podia *rehender* (1) una espada.

—Señores, el mes de Enero es la llave del año, dijo el viudo. En no diciendo el puente por Enero, ¿me voy.... ó no me voy? no hay trigada.

—¡Hola, tío Bartolo! exclamaron todos al ver entrar á un hombre de edad, pequeño, enjuto y vigoroso, ¿de dónde se viene? ¿Por dónde ha andado V. desde que falta de aquí?

El tío Bartolo; despues de haber hecho su cumplido al doliente, se sentó, y volviéndose á los que le habian hecho la pregunta, contestó:

—¿De dónde vengo?.... Del coto de Doñana, sin perder la derecha. Desde que se acabó la guerra del francés, y me dí á la *tirutería*, ando hecho un azacañ de los usías. Allá en Doñana los habia de todos pelos, *legítimos*, injertos, atravesados y supuestos.... hasta ingleses. ¡Caballeros! ¡vaya, si son lo propio que los suizos de los franceses; unos valientes mocetones, muy blancos, muy colorados, muy rojos y muy espelotados! Pero en cuanto á espíritu, no tienen mas que el que beben; y en cuanto á gracia, no tienen ninguna; llevan los brazos como manga de capote, y asientan los piés como pisonés. Para hablar se sirven de una gerigonza, que yo tengo para mí, que ni ellos mismos la entienden. A mí no me hacen gracia esas par-

(1) *Rehender*, separar ó penetrar separando.

las que no comprendo, pues no sé, cuando hablan, si me compran ó me venden.

Uno habia tamaño como un atun, que le decian *D. Turo* (1), que me tocó á mí en suerte. Sudaba y bufaba por aquellos arenales, que daba compasion; pues en andando una legua, ya están rendidos: el sol les ofende, y el calor los desmadeja y los *descuajaranga*. Todo lo habia de hacer aquel *cara de plato* á uso de su tierra. Un dia se empestilló en que habia de manejar mi navaja á modo de cuchillo de mesa, y se hizo una cortadura:—sacó un botiquin, que ni un cirujano mayor. ¡Vaya, dije yo, picóme una araña, y atéme una sábana! Como era mas terco que una esquina, se le puso que habia de matar una perdiz; y por mas que le dije que era el tiempo de la veda de las perdices, tiró; y habria tirado, aunque hubiese estado su padre ante la boca de su escopeta; tiró, digo, y no mató á la perdiz, pero mató á una urraca.—Señor, ¿qué ha hecho su merced? le dije yo.—Díceme: matar la perdiz.—¡Qué, señor! si no es una perdiz, que es una urraca —Está bien, dijo muy en sí el zarangullon.—No está bien, le dije yo; que está prohibido matar las urracas.—¿Y quién lo prohíbe? preguntó poniendo la cara como un leon; tengo mi licencia, que me ha costado tres mil reales.—Pero, señor, es para cazar caza mayor, ¿está V.? Pero las urracas no se matan; tienen la vida libre; ¿comprende?—Díceme: en esta tierra de *Santisima Marta*,—pues, ya digo, todo lo decia atravesado, á uso de la suya,—en esta tierra hay muchos privilegios; ¿y hasta las urracas lo tienen? Aquella pregunta era una bestialidad ó una burla; *asina* no me dió gana de enterarle, y le contesté: Sí señor, lo tienen, que se lo concedió Doña Urraca en tiempos atrás. Sacó un libro en blanco, y lo apuntó. Yo dije para mi sayo: corra la bola; que yo no la he de atajar.

—Pero, ¿por qué no se pueden matar las urracas en el coto, tio Bartolo? preguntó un hombre mozo.

—Porque ellas han sido las que han sembrado los pinares, contestó el interrogado.

—¡Calle V., señor!.... que no está V. platicando con el *Cara de platos*, repuso el primero.

—Ya lo veo; pues si á aquel le sobran tragaderas por novelero, á tí te faltan por cuaco cerril, de aquellos que no creen sino lo que ven. Pues sí señor; que las urracas siembran los pinares; esto es una ver-

(1) D. Arturo.

dad como una casa. Abren las piñas cuando están en sazón, y les sacan los piñones para comérselos; como son tan guardonas, entierran las que no se pueden comer, y como son tan loconas, se les olvida; no vuelven por ellos, y los piñones nacen; á no ser por esto, ¿por qué habian de prohibir los duques (1) que se las matase, cuando hay mas urracas en el coto que gorriores en una parva? Así, Alonso, nadie diga: este magnate no ha de entrar por mi gaznate; y sábetete que entre dos pájaros bobos, mas bobo es el que cierra el pico, que no el que lo abre. Pero tú siempre has sido tonto, y con la edad le vas ganando á Blas, que comía habas.

—Y de noche, tío Bartolo, ¿qué se hacian esas gentes allá en el coto? preguntaron sus oyentes.

—Los ingleses comer y beber, porque son sus mercedes honditos para eso de meter por el pico: así están tan colorados y tan espelotados. Un dia me dijo el *Cara de platos*, como Dios le dió á entender, que yo andaba tanto sin cansarme, porque estaba delgado; y que daría mil duros, ó una multitud *asina* por estarlo. Yo le respondí gritando para que me oyese:

—Pues coma su mercé gazpacho que enjuga las carnes, y cebolla y ajo crudo, que espavilan los sentidos.

—Y los españoles, ¿qué hacian en las veladas, tío Bartolo?

—¿Los españoles? hablar hasta por las costuras; gritar que parecian huecos, y pelearse por las cosas del gobierno; porque hoy dia cada uno de por sí quiere saber de todo y mandar, y hasta los escarabajos tienen tos y empinan la cola. Caballeros, ya no hay españoles como cuando la guerra del francés, que entonces todos éramos unos, é íbamos á una. Hoy por hoy no hay mas que moderados y *ensaltados*. Yo, que no estoy *ensaltado* sino con mi escopeta, mi muger y mis hijos, quisiera que se llevase el demonio á tanto palabrero. Ganas dábanme de decirles:

—Caballeros, cuenta con que cuanto mas cordura, menos lengua, y que la mucha yerba *ajoga* el trigo.

Una noche me llamó uno de los usías, y me dijo:—Tío Bartolo, ¿V. hizo la guerra de Napoleon?—Sí señor, le respondí; que fui guerrillero.—Pues venga V. aquí, que le voy á leer el testamento que hizo.

—¿Pues qué, hizo testamento ese hombre, tío Bartolo? preguntaron

(1) De Medina Sidonia.

interrumpiéndole los mas ancianos de los que se hallaban en el duelo.

—Sí, y antes de morir, se entiende.

—Dijele yo al usía:—¿Y de qué tenia que testar ese *quita-reinos*?
¿Pues no le hicieron vomitar todo lo que habia cogido?

El usía habia abierto un libro, y se puso á leer.—Caballeros, aquel socarron en su testamento todo lo fué repartiendo; sus bienes, sus armas, su cuerpo y su corazon. Yo estaba *pirplejo*.—¿Qué le parece á V., tio Bartolo?—dijo el usía cuando hubo rematado.—Señor, le respondí yo, por lo que veo, aquel *descreido* en todo pensó; pero ni en su vida ni en su muerte se acordó de su alma.

—Tio Bartolo, ¿y por qué se metió V. á guerrillero?—preguntó uno de los concurrentes.

—¡Mira qué pregunta! exclamó el guerrillero, mirando al que le habia preguntado, y meciendo su cuerpo hácia adelante y hácia atrás con mucha flema.

—El que pregunta no yerra, tio Bartolo,

—Sí, pero es el caso que:

Quien pregunta no yerra:
Y yo pregunto,
Si se entierran los muertos
Con los difuntos.

—Yo lo que quiero decir es, repuso el otro, que ¿cuándo salió V. de su casa, y cómo fué á parar á la partida?

—Ya, esos son otros Lopez,—dijo el tio Bartolo.—Habian venido aquí unos *franciscos* (1) de á caballo, que les decian los *colaseros*. Mi muger les tenia mas miedo que á un mal aire; cada vez que oia las clarinetas, me decia asustada: Bartolo, ¿tocan á degüello?—No, muger, respondia yo, que tocan á la *provincia*. Un dia entró en casa el corneta, al que habian puesto *Trompi*; venia chispoleta, y se desvergonzó con mi muger. Yo, que no he temido nunca ni á tres que vengan, y que siempre he tenido el resto en dos pajas (2), le dije: ¡Fuera de aquí, so alma de cántaro! y Barrabás te corte un tajo. El sacó el sable y me lo quiso cortar á mí; y yo saqué la navaja y le paré de una vez. En seguida cogí el pendil y la media manta, y

(1) Nombre que dieron á los franceses en general.

(2) No cuidarse del resultado.

tomé viento; me encontré en Benamahoma con el Padre Lovillo, y cátao ahí.

—¿El Padre Lovillo era el que capitaneaba la partida? preguntó un hombre joven.

—Sí, el Padre Lovillo. ¡Candela! aquel era un hombre como son los hombres; no era palabrero, eso no; pero las que gastaba, eran pocas y buenas. Si alguno la quería echar de buche, decia su mercé: que se vea, y no se diga; ¿estás, gañotero? Las cuchilladas con el acero y no con la lengua; las balas, de plomo y no de viento. ¡Vaya si era aquel hombre *desestiado* para todo! Si lo hubieran VV. conocido, lo dirian con dos bocas que tuviesen. Cuando se trataba de acometer al francés, nos decia: «¡Ea, hijos, nuestros padres fueron muertos en defensa de su tierra; no hemos de ser acá menos que ellos!» Y sacando la espada, gritaba: «¡Ahora veremos quién tiene *niervo!*» Y salía que ni Santiago. Y nosotros detrás; mas que nos hubiese llevado hasta París de Francia. Ni sentiamos hambre, ni sentiamos cansancio; era aquello un pelear sin tambores ni clarines, que hacia zurrarse de miedo á los franceses, que no entraban una vez en la sierra, que no salieran diezmados. Así nos temian mas que á la tropa de disciplina, y nos habian puesto *briganes de la montaña negra*.

D. Turo, que sabia que yo habia sido *brigan*, me llamó una noche y llevóme á la sala; se arrepanchigó en un sillón y me dijo que me sentase.—Yo dije para mí, ¿dónde vendrán á parar estas misas? ¿Si querrá que le limpie la escopeta? Estaba yo aguardando á ver cómo reventaba aquella preñez, cuando me dice que le refiera la *tráfca* (1) de la guerra de guerrillas. Cuando me ví que salía con ese escalon, me encorajé, y no me dió ganas de contestar. Así le dije que no; que yo tenia malo el *pronunciado*, y él peores las entendederas. Pero los demás se empestillaron; y para no ser descortés, les dije un romance que sacaron entonces, muy consonante y muy bien enversado.

—¿Y cómo dice el romance, tío Bartolo?

—El romance refiere una plática entre *Malaparte* y el *indino de Munrá*, duque de *Ver*.

—¡Ande V., tío Bartolo, dígalo V.! exclamaron todos los que se hallaban reunidos en el duelo.

El antiguo guerrillero se puso á recitar el siguiente romance (2):

(1) Táctica.

(2) Lo que hace aun mas gracioso este romance, es que el sencillo y rústico compositor.

- NAPOLÉON. ¿Qué es esto, amigo *Murá*?
 ¿Qué novedad grande es esta?
 ¿Cómo has dejado á Madrid?
 ¿Por qué de España te ausentes?
 Habla, que solo deseo
 Saber con palabras ciertas
 Cuanto ha pasado; y así
 Ni un instante te detengas.
- MURAT. Señor, vamos poco á poco,
 Y le diré cuanto sepa;
 Pero antes, que me traigan
 A este sitio una sillita
 Para poder descansar,
 Porque me duelen las piernas.
- NAP. Dices bien; con gusto advierto
 Que una gordura te cerca
 Bastante considerable;
 Prueba la mas verdadera
 De lo bien que te han pintado
 Los aires de aquella tierra.
- MUR. Señor, estais engañado,
 Si es que de esta suerte piensas;
 Dejemos esos principios
 Que no vienen aquí á cuenta,
 Y vamos á lo que vamos,
 Pues que corre mucha priesa
 El desengañar á usía,
 Créame, ó no me crea.
- NAP. Pues, ¿qué tenemos de nuevo?
 Habla, y mas no te suspendas;
 ¿Pues qué vistas en España
 Para hablar de esa manera?
- MUR. Gran Emperador de Francia,
 No ha servido vuestra fuerza

así como los recitadores, no han pensado en formar una caricatura, sino en pintar sencillamente lo que sucedía, y lo que advendría á Napoleón y á Murat, vencidas que fuesen sus últimas tropas; creyendo natural y plausible el desenlace que trae el romance. Mucho sentimos que no esté completo, falta la parte que hablaba de Castilla, y empezaba diciendo: *Fué Castilla la primera, etc.*

A conquistar á la España;
 Ni sirvieron las promesas
 Que á todos generalmente
 Tu magestad les hiciera,
 Que les darias descanso,
 Empleos, cruces, pesetas,
 Toros para divertirse,
 Porque aficionados eran;
 Y de todas estas mandas,
 Ni caso hicieron siquiera.

NAP. Pero.... dime, ¿y mis soldados
 No están en Sierra Morena?

MUR. Sí señor; pero Dupon
 Con las águilas francesas
 Y toda la tropa suya
 Ha quedado prisionera,
 Y los fusiles y alfanjes
 Fueron trocados en rueda,
 Porque el general Castaños
 Supo ajustarles las cuentas.

NAP. Solo porque tú lo dices
 Es preciso que lo crea,
 Que si no, yo te aseguro
 Nadie hacérmelo creyera.
 Y en Zaragoza, ¿quién gana?
 ¿Se humilló al fin la cabeza
 Del valor aragonés
 Desistiendo de su empresa?

MUR. Toda fuerza será inútil
 Para obligarle á que ceda.
 Y si quieres acabar
 Con toda la Francia entera,
 Envíala á Zaragoza
 Que hallará allí la *cierta* (1)
 Y en profunda sepultura
 Toda enterrada se queda.

NAP. ¿Y no hay medio de acabar

(1) La muerte.—La h de *hallará* se ha de aspirar.

- Con la tropa aragonesa?
MUR. Todo esfuerzo será inútil;
 No hay soldado que la venza.
- NAP.** Y Moncey, ¿no está triunfante
 En el reino de Valencia?
- MUR.** No señor, porque le han puesto
 Agachadas las orejas;
 Y lo que mas le asombró
 Fué la suma lijeriza
 Con que muchos valencianos
 Dan una corta carrera,
 Montándose en los caballos,
 Y echando abajo el ginete
 Ellos montados se quedan.
- NAP.** ¿Con que... todas nuestras máximas,
 Nuestra traicion y cautela,
 Nos ha salido al contrario?
 ¡*Munrá*, quién nos lo dijera
 Que la arrogancia española
 Abatiera á la francesa!
 Dime, pues, ¿qué es lo que hacemos
 En tan lastimosa escena?
 Escribiré á Portugal,
 Diré á *Funesto* que venga (1).
- MUR.** Mas... ¿por dónde ha de pasar,
 Si las tropas portuguesas,
 Unidas con los paisanos,
 Tienen una cerca hecha,
 Y no le dejan pasar
 Por las muchas centinelas?
 Y se verán precisados
 A rendirse, cuando vean
 Que los comestibles faltan,
 Y llevárselos no puedan,
 Pero lo mas acertado
 Es que á su rey les devuelvas
 Por el que su pueblo clama,

(1) Junot.

Y todo español venera.
 Pues así que lo envíeis
 Puede ser que se adolezcan,
 Y que se apiaden, señor,
 De nuestras tropas francesas;
 Que si no, de lo contrario,
 Según el paso que llevan,
 Os arrojarán del trono,
 Y cortarán la cabeza,
 Y á mí me despojarán
 Del ducado de le *versa* (1).
 Y si escapamos primero
 Que estas cosas nos sucedan,
 Nos tendremos que poner
 A limpiar las chimeneas.
 A mí ya se me ha olvidado;
 Pero V., que maestro era,
 Se acordará de la maña
 Para subir con destreza.

NAP. ¡Qué pensamientos tan ruines!

¿Quién lo pasado recuerda?

MUR. Pues si esto no le acomoda,

Vamos á lejanas tierras,

A ejercer otra oficina

De otra mas brillante esfera,

Pregonando por las calles,

¿Quién quiere amolar tijeras?

—Tio Bartolo,—preguntó uno;—¿y qué hizo; limpió chimeneas ó amoló tijeras?

—¡Qué habia de limpiar! respondió el tio Bartolo; las gentes empin-gorotadas siempre caen en cama blanda. Le llevaron á la cárcel de Santa Elena, mas allá de Gibraltar, donde lo pasó muy bien, hasta que se murió de berrenchin, despues de hacer ese testamento del diablo.

—Ahí viene el tio Cohete, dijo uno que estaba cerca de la ventana.

—Hazle seña que entre, le contestó al oido su vecino.

(1) Era Duque de Berg.

El tío Cohete era un pobre hombre, muy honrado, muy bueno y muy sencillo, que se hacía el gracioso con el fin de sacar alguna limosna para las monjas, de que era demandante; remedaba á la perfeccion el canto de todos los pájaros, el ladrido lejano y cercano del perro, el maullido del gato, y sobresalía en imitar el silbido y chasquido del cohete, lo que le habia valido el sobrenombre por el que era conocido. Sabia además una porcion de versecillos, romances, chilindrinas y acertijos, que decia, espresando su cara una chuscada la mas artificial del mundo. Las fuentes de que sacaba el tío Cohete sus gracias, eran inaveriguables; unas las habia aprendido en un pueblo del llano; otras en uno de la sierra; otras en un cortijo. En cuanto á la imitacion del canto de los pájaros, ellos mismos habian sido sus maestros, ayudados de una gran flexibilidad de órganos, y gran paciencia y perseverancia en el discípulo, que habia llegado á sorprendente maestría. En todos ramos,—sean importantes ó insignificantes,—la perseverancia dá grandes resultados.

Habiendo sido instado el tío Cohete á que dijese algunas de sus gracias, éste empezó por recitar los mandamientos del pobre y del rico, que era uno de los asuntos que entonces gozaban de mas popularidad. Y dijo así:

—Los mandamientos del rico de hoy dia son cinco, á saber:

El primero,
Tener mucho dinero.
El segundo,
Hacer burla de todo el mundo.
El tercero,
Comer buena vaca y buen carnero.
El cuarto,
Comer carne en Viernes Santo.
El quinto,
Beber vino blanco y vino tinto.

Estos mandamientos se encierran en dos; todo para mí y nada para vos.

Los mandamientos del pobre, son:

El primero.
No tener nunca dinero.

El segundo,
De él hacer burla todo el mundo.
El tercero,
No comer ni vaca ni carnero.
El cuarto,
Ayunar, mas que no sea Viernes Santo.
El quinto,
No probar ni el blanco ni el tinto.

Estos mandamientos se encierran en dos; rascarse y llevarlo *too* por amor de Dios.

—Tio Cohete, ¿no le dió á V. limosna el hijo de *Roba-Santos*, que apalea la plata? preguntó uno.

—No me dió nada, respondió el tio Cohete.

—Tal *Pater*, tal *filis*, dijo el tio Bartolo.

—Ogaño juntará V., tio Cohete; que cuando hay por los campos, hay para los santos.

—Tio Cohete, tome V. dos cuartos, y diga los mandamientos de la nueva ley, dijo el hombre que le habia llamado.

—Los mandamientos de la nueva ley son diez, dijo el tio Cohete.

El primero,
Que en España no hay dinero.
El segundo,
Que anda revuelto todo el mundo.
El tercero,
Que todos se quieren meter á caballeros.
El cuarto,
Que de América no viene un cuarto.
El quinto,
Que están sacando muchos quintos.
El seis,
Que de fuera vino la nueva ley.
El siete,
Que en el mundo sobra mucha gente.
El ocho,
Que en Navarra reparten bizcochos.
El nueve,
Cada uno hace lo que quiere.

El diez,

Unos y otros no se pueden ver.

—Estos diez mandamientos se encierran en dos, *unos dicen que si, y otros dicen que no.*

—Diga V. un acertijo, tío Cohete.

El buen hombre, de quien la naturaleza y su género de vida habían hecho la personificación de la obediencia voluntaria y bondadosa, dijo:

Cincuenta damas,
Cinco galanes;
Ellos piden pan,
Y ellas piden ave.

—El rosario; ese ya lo sabía yo, dijo un muchacho.—Otro:

Las tocas de Doña Leonor,
A los montes cubren, y á los rios no.

—Nos damos por vencidos, tío Cohete.

—Es la nieve, caballeros.

En este momento dió la Oracion; todos se pusieron en pié, y quitaron los sombreros.

—Eche V. el ángel, tío Bartolo, dijo el viudo.

El tío Bartolo rezó la Oracion, y despues un Padre nuestro por la difunta.

Entonces se oyeron estallar á gritos los sollozos del niño sentado en el rincon.

—Súmete esas lágrimas, Lucas, le dijo su padre; los hombres no lloran. ¡Candela! ¡dos dias há que estás como una vieja, hipa que hipa! Mas valiera que te hubieras ido á la sala de las mugeres. ¡Que te vuelva yo á oír llorar!.... ¿estás?

—Pues dígame, Juan García, le repuso el tío Bartolo, que eres el primero que he visto afearle á un hijo que lllore á su madre. ¿Me ves á mí con mis años, mis barbas y mi vida de guerrillero? Pues me acuerdo de la mia, y la lloro! Mira tú.

—Pues, tío Bartolo, repuso Juan García, ceño y enceño, al mal hijo hacen bueno. Este Lucas, que se ha criado entre los pliegues de las enaguas de su madre, es un Marica Fernandez, y quiero ense-

ñarle que los hombres vencen y no se dejan vencer por las tribulaciones.

El tío Bartolo meneó la cabeza, y dijo:

—El tiempo cura al enfermo, que no el unguento, Juan. Si tú te hubieses muerto, no sería su madre la que le riñese á tu hijo las lágrimas que por tí llorase.

Juan García siguió su vida anterior, abandonándose con mas libertad á la muger de que en el duelo habian hecho mencion las amigas de la difunta. Esta mala muger habia sido apellidada la Leona, por ser oriunda de la isla de Leon, en que casó con un sargento que habia sido embarcado para América. Era la Leona como todas las mugeres que son malas, esto es, mucho peor que los hombres de igual clase; porque en la sutil organizacion de la muger, la delicadeza que tiene para el bien, se torna en refinamiento para el mal, y su perspicacia en maliciosa sagacidad.

Despues de haberse propuesto y logrado atraerse á Juan García, que tenia algun caudal, se propuso y logró, no solo hacerle á su muger indiferente, sino que, llevada por ese tédio y esa envidia amarga que tienen las mugeres perdidas á las honradas, obtuvo que la abandonase del todo, y hasta que la maltratase. Juan García era un hombre débil, y por lo tanto muy fácil de subyugar por una persona á quien amase, aunque fuese terco, rebelde y despótico con las que no queria, como para desquitarse. Progresivamente habia llegado el caso de que la Leona no le ponía buen semblante, si no le traía por holocausto la relacion de alguna prueba de desvío ó de crueldad dada á la víctima, que no tenia mas delito que el de ser—por su derecho y por su callado y prudente sufrimiento,—el mas patente baldon de la conducta de ellos. Era este baldon tanto mas ignominioso, cuanto en los pueblos de campo se conservan muy puras las costumbres. Y para que halle nuestro aserto fé en los que nos quisiesen tachar de parcialidad para con las gentes de campo, nos apresuraremos á manifestar que se puede esto naturalmente atribuir á la benéfica influencia del trabajo, que ahuyentando la ociosidad, ahuyenta á sus hijos, los vicios; y á la santa pobreza que, no teniendo los medios de satisfacerlos, les impide nacer. Convencidos los positivistas con estas razones incontestables, añadiremos, que nosotros unimos á estas otras razones: y son las sanas ideas de moral, y los arraigados principios de honor, que han infiltrado en aquellas gentes muchos siglos de catolicismo, principios siempre renovados en las

sucesivas generaciones, por ese celo que es propio de la religion, y que jamás se entibia, se cansa ni varía.

Juan García era, pues, una de las escepciones que nunca faltan á las generalidades. Y ciertamente sus malos tratos, unidos al dolor y la vergüenza, habian contribuido á la muerte de su pobre muger, que, por última prueba de cariño, y como postrer accion de una cristiana, le dió al morir su perdon. Pero el alma de Juan García estaba demasiado enfangada, para que esta santa muerte despertase en ella ni la compasion ni el remordimiento. No era este hombre un perverso; pero tenia ante los ojos del alma,—¡como tantos otros las tienen en este mundo de error!—una de esas vendas que por desgracia solo caerán el dia del juicio de Dios, en el que la luz de la verdad será el primer castigo que les aguarda.

Sus pobres hijos quedaron huérfanos y abandonados. Su desamparo habria llegado á ser completo, á no haber sido por esa activa caridad de las mugeres del pueblo, que las hace constituirse en fervorosas protectoras de los desvalidos, y en severos jueces de los injustos. Así fué, que las vecinas cuidaron de los niños, y forzaron á su padre á sostenerlos y vestirlos, echándole en cara con mucha soltura y desembarazo su mala conducta, y prescribiéndole con imperturbable aplomo sus obligaciones.

¡Caridad! ¡santa, sublime caridad! unos te pregonan, y otros te comprenden; unos te quieren guiar, y tú guias á otros. ¿Por qué no se te vé en los palacios que te labra la filantropía? ¿Y por qué apareces en todo tu esplendor en las chozas de los pobres, y te glorías del ochavo de la viuda? es porque la caridad quiere ser reina, y no esclava.

Los pobres niños no podian consolarse de la muerte de su madre. Aislados como se hallaban, habian resumido todos los sentimientos de sus corazones en el mútuo cariño que se profesaban, y en el dolor que sentian por la pérdida de su madre.

No obstante, Lucas, que llevaba á su hermana cinco años, hacia cuanto podia por animarla y distraerla.

—No llores, Lucía,—le decia una noche, algun tiempo despues del duelo que hemos referido;—no llores: madre no resucita por eso, y lo que haces es hacerme llorar á mí. ¿Qué quieres que haga para divertirte?

La niña no contestó.

—¿Quieres que te cante un romance?

Lucía inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y el niño se puso á cantar con voz dulce y sonora, en la sencilla y triste melodía del romance, el que á continuacion trasladamos:

¡Santo Cristo de la luz,
 Enseñad la lengua mia,
 Para que referir pueda
 Lo que sucedió en Sevilla
 Con una buena muger,
 La cual dos hijas tenia!
 Era la una muy humilde,
 Era la otra muy altiva;
 Se casan con dos hermanos
 Que en nada se parecian.
 El chico es un haragan
 Que todo juega y vendia,
 El grande un trabajador,
 Que al arado se ponía.
 Llegan los años fatales,
 Y el mas chico se moria,
 Quedó su pobre viuda,
 Muy triste, muy afligida.
 Los hijos le piden pan;
 Y ella, que no lo tenia,
 Se fué en casa de su hermana;
 De esta suerte le decia:
 —«¡Por Dios te lo pido, hermana,
 «Por Dios y Santa María!
 «¡Que me dés una limosna,
 «Que Dios te la pagaría!—
 —«Anda, se le dijo, hermana,
 «Anda, aléjate, María;
 «Cuando nos casamos ambas,
 «No me dieron mejoría.»
 Se fué la hermana llorando,
 Muy triste, muy afligida;
 A los sollozos que daba
 Acudieron las vecinas,
 La preguntan lo que tiene,

Dice que nada tenia;
 Se ha encerrado en una sala,
 Do un oratorio tenia
 De la Virgen del Rosario
 Nuestra Princesa MARÍA.
 Vamos ahora al cuñado
 Que del arado venia;
 Hallaba la mesa puesta
 Dice que comer queria.
 Tomó un pan y le partió,
 ¡Halló que sangre vertia!
 Soltó ese, y tomó otro;
 ¡Lo mismo le sucedia!
 —«¿Qué es aquesto, mi muger?»
 «¿Qué es aquesto, esposa mia?»
 —«Hazte cuenta, dijo ésta,
 «Que contarle no queria.
 «Estuvo aquí esta mañana
 «María, la hermana mia;
 «Me ha pedido una limosna,
 «Y yo se la negaria.
 «Quien niega el pan á una hermana
 «Ese entrañas no tenia;
 «Quien niega el pan á su hermana,
 «¡Ese lo niega á MARÍA!»
 Agarró el mozo seis panes,
 En cá de la cuñada iba;
 Halló las puertas cerradas,
 Ventanas y celosías.
 Vió por entre unos resquicios
 Muchas luces encendidas,
 En torno de seis difuntos
 Seis ángeles de rodillas:
 Era su pobre cuñada
 Y los hijos que tenia.
 —«¡Adios, cuñada del alma,
 «Con lágrimas le decia;
 «Adios, cuñada del alma,
 «Y sobrinos de mi vida!»

«¡Aunque oro tenga de sobra,
«Con vosotros trocaría.
«Pues dejasteis los trabajos
«Por la eterna mejoría!» (1)

—¿Y dejó morir á su hermana de hambre? preguntó la niña, cuya alma, ya conmovida, volvió á llenar sus ojos de abundantes lágrimas.

—Sí, sí, fué una pícara. Pero no llores, Lucía, que un canto no es un sucedido.

—Si no hubiese sucedido, no lo habrían puesto en romance, replicó la niña.

—Lo inventarian, dijo Lucas. ¿No ves que no puede ser que una hermana deje morir á otra sin socorrerla? Por mí, Lucía, no tengas cuidado; que cuando sea hombre y lo pueda ganar, un pedazo de pan que tenga, lo he de partir contigo, hermanita de mi alma. Bien sabes que antes de morir madre, te encomendó á mí, y yo la prometí no desampararte nunca.

—¿Y lo cumplirás?

—¡Así Dios me dé su gloria!

—Y si alguna vez lo haces, cantarte hé este romance, para que te acuerdes de lo que ahora me prometes.

—Eso es, así apréndelo; y el niño se puso á enseñarle el romance á su hermanita.

Siete años pasaron de esta suerte. Contaba á la sazón Lucía quince, y se había hecho una de esas lindas criaturas, cuya hermosura, en los climas cálidos, se vé aparecer y desaparecer fugitivamente. Lucas, que tenía veinte, se había desarrollado admirablemente, y era un jóven de arrogante figura, y tan ajuciado y trabajador, que le buscaban con preferencia á otros, los capataces de hacienda y aperradores de cortijo para las labores del campo. Ambos tenían en su fisonomía el tipo de su madre, que era el bello tipo andaluz; la cara larga, la nariz fina y aguileña, los ojos negros, grandes y espresivos, la boca pequeña y adornada de una perfecta dentadura, la frente elevada y altiva, garbo y nobleza en todo su talante.

(1) Este precioso romance, de que Schiller ó Burguer habrían hecho una de sus más hermosas baladas, ha sido recogido en un pueblecito pequeño de la Sierra, y es, al decir de las gentes de allí, sumamente antiguo. Creemos que así lo manifiesta el lenguaje.

Su padre, en cambio, seguía subyugado por la Leona, que absorbía todo su haber, y le había hecho bebedor y holgazán, para dominarle con más facilidad. Enervado é indolente para acallar las exigencias de la Leona, iba vendiendo cuanto tenía; y como un río empobrecido, seguía el cauce que se abría cuando era vigoroso y potente, sin tener fuerzas ni voluntad para abrirse otro. Desde que Lucas pudo trabajar, mantenía él solo la casa con ese admirable jornal del trabajador, al cual Dios parece bendecir, como bendijo los panes y peces, que habían de servir de alimento á los pobres; pues cómo pueda una peseta, mantener á padre, madre, generalmente media docena de robustos chiquillos, á más de una madre, padre, ó suegra desvalida, vestir á todos, y al padre de una manera muy costosa (1), pagar casa, sufragar los gastos de partos, de enfermedades y paradas, y hallar aun el cuarto, que nunca niegan al por-diosero, es cosa que no comprende la razón, y entra por lo tanto en la categoría de las muchas cosas, en las que, si no vemos el dedo de Dios, ó su inmediata intervencion, es porque somos irreflexivos, ó porque somos ciegos voluntarios.

Lucas que quería á su hermana con ternura, viéndola del todo desatendida por su padre, se había arrogado sobre ella esa tutoría reconocida é incontestable entre el pueblo, que pertenece de derecho

(1) Nos parece curioso dar el costo exacto que tiene una vestimenta de las más sencillas del hombre de campo andalúz, tal como no falta á ninguno:

Una capa	260
Un sombrero calañés	30
Una chaqueta de paño	60
Enos calzones de id.	60
Botonadura de plata	60
Idem de la chaqueta	36
Una faja de lana	50
Chaleco en corte	30
Camisa de Bretaña	20
Calzoncillos de creta	10
Zapatos de becerro	22
Polainas ó botines lisos	40
Calceta de pié ó cuchilla	14
Pañuelo	4
Total	696

Esto sin las hechuras; pues todo lo hacen las mugeres.
 ¡Qué dirán de esto el positivismo, la economía y las cajas de ahorro, cuando con un saco de gerga, unas sandalias y una espuerta por sombrero, podría sin ningún inconveniente, estar vestido el jornalero andalúz!

al hermano mayor; por la falta del padre; tutoría aneja á la obligacion de mantener á sus hermanos. Esta obligacion y este derecho instintivo y patriarcal, no constan ni están escritos en ningun código; pero están impresos por la tradicion en las almas, y habrán dado quizás origen á la institucion de los mayorazgos (1). Presentaba igualmente Lucas el inculto tipo de los caballeros y poéticos hermanos, que nos han dejado por modelo de hidalguía, de delicadeza y de pundonor, Calderon, Lope y demás poetas contemporáneos en sus bellísimos cuadros de costumbres.

Lo que es Lucía, era — como lo habia sido su madre, — amante, débil y fácil de impresionar, queria á su hermano con un profundo amor, en el que se mezclaba el respeto, sin disminuir la ternura.

Una tarde se hallaban reunidas en el patio de la casa de Juan García, varias vecinas que en ella vivian.

—¿VV. no saben la novedad? dijo la parienta de la difunta Ana; suénase que el marido de la Leona ha muerto; ¿qué dicen VV. á eso?

—Que la Leona cantará á estas horas, (respondió una de las vecinas:)

Mi marido se ha muerto,
Y se vá al cielo,
Coronado de espinas
De matadero.

—Habla séria, muger, que la cosa lo es, repuso la parienta de Ana.

—¿Pues qué quieres que te diga? lo siento.

—Y yo tambien, y son dos-sientos, añadió riéndose la tercera.

—Pues mas lo siento yo, opinó la parienta, porque dicen que Juan García se vá á casar con el pingajo de la viuda.

—¡Muger, quieres callar!

—No callo. Y digo mas: digo que no lo dudo; pues esa bigardona lo ha cogido debajo y de una vez, y le ha de poner al suplicio, con has de tomar este, ó te he de dar con aqueste.

—Lo que es eso, es verdad, observó la otra, lo ha atontolinado á fuerza de bebida; y no se contenta con darle vino, que es natural é

(1) Esta es, en efecto, la organizacion de la familia en toda la Corona de Aragon, en las Provincias Vascongadas y en las montañas de Santander. Por eso es tan temible la mania de codificar en España.

hijo *lígítimo* de la tierra, sino que le dá aguardiente, ese maldito, que es dañino, como que es hijo de malos padres.

—Esa milana todo se lo vá sacando, hasta que le deje pegado á la pared como una salamanquesa, añadió la otra. Porque es tan codiciosa como el ánsia, que vá con una mano por el suelo, otra por el cielo, y con la boca abierta para que no se la escape nada.

—Y será la tercera muger que lleva Juan. Puede que se muera como las otras dos, y los cuatro hijos que tiene debajo de tierra. Pues no parece sino que tiene valido de culebra.

—¡Matar á la Leona! ¡fácil era! Tengo para mí que no lo ha de lograr la muerte, ni con un siglo que la ayude. Ya ves la *cólera*, que tantas buenas se llevó para allá.... y por su casa no aportó.

—¡Si tiene esa tuna mas suerte que quiere!

En este momento entró Lucas: era sábado y venia á holgar el domingo.

—Lucas, le dijo su parienta, ¿sabes que la Leona ha enviudado, y que dicen que tu padre se casa con ella?

Un rayo no habria herido mas dolorosamente á Lucas, que lo hicieron estas palabras. No obstante, se quedó sereno y contestó:

—Tia Manuela, V. está soñando despierta, ó está caducando de vieja.

—No me digas vieja, Luquillas: dime mas bien pringue de zorra, repuso su parienta, que era jovial. La edad no se le echa en cara sino á los vinos y á los pergaminos.

—¿Y para qué nació V. tan temprano?—A mí no me venga usted con esos mormajos.

—Pues hijo, pregona con tiempo tu decreto, pues todo el mundo lo dice.

—A espaldas mias digan lo que quieran; que lenguas y pensamientos no los cautivan regimientos. Pero presente yo no tome nadie á mi padre en boca.

—¿Apostemos á que se casa, Lucas?

—Basta, tia Manuela, contestó éste: dice el refran, que la burla dejarla cuando mas agrada.

Lucas tenia en su seriedad, como todo hombre enérgico, algo que imponia: las mugeres callaron y él se entró en su vivienda.

Despues de estar algun tiempo con su hermana, —á quien nada dijo de lo que tan fuertemente le preocupaba,—despues de haberle entregado el dinero que traia, y de haber hablado con ella alegre y cariñosamente, Lucas salió, y se fué en casa el tio Bartolo.

Lucas sabia que el antiguo guerrillero,—tanto á causa de su edad como de sus buenas luces, y por haber sido amigo de su abuelo,—ejercía una gran influencia sobre su padre, y á nadie halló mas á propósito para confiarse, y para rogarle interviniera en este asunto, disuadiendo á Juan García—caso que lo tuviese—de tan descabellado propósito.

—Hola, Luquillas, le dijo el antiguo guerrillero, ¿qué traes que vienes con paso de catalán (1) y con la cara de herrero?

Lucas le dijo su empeño.

El tío Bartolo, cuando éste hubo concluido de hablar, meneó la cabeza y respondió:

—Lucas, dice el refrán, entre dos piedras molares, nadie meta sus pulgares. Pero, en fin.... porque me lo pides tú, y por mediar Lucía, esa paloma sin hiel, haré lo que quieras, aunque pierda las amistades con tu padre; lo que de fijo vá á suceder. Pero sábetelo que nada se adelantará con eso.

—Pero, tío Bartolo, lo que no se empieza no se acaba.

—¿Pues no te digo que lo haré? que no quiero que digas nunca que me buscaste, y no me hallaste. No quiero mas que advertirte, que perdidos son los consejos para los tercios y los pebetes para los puerocos, y decirte mi verdad, que mas quisiera avenírmelas con un gabachon de los de antaño, que no con tu padre, que está cogido y vencido por esa monfí, como lo está un moscon entre las patas de una araña.

Al día siguiente fué nuestro antiguo guerrillero en casa de su vecino, á quien halló indispuerto.

—¡Hola, Juan! le dijo al entrar. ¿Cómo estás, hombre?

—No estoy muy *ligítimo*, tío Bartolo, respondió [el enfermo; este viento me ofende mucho. ¿Y V. cómo está?

—Tan buenecito, hijo, como que soy del siglo pasado. Y no me pesa; que mas vale cana que cama.

Como el tío Bartolo, en su larga carrera, lo que menos habia estudiado era la diplomacia, sin andarse con aquí la puse, prosiguió en estos términos:

—Pero vengamos al caso; que donde hay camino real, no te vayas por el matorral. Me han dicho—y no lo quiero creer,—me han dicho que te casas.

(1) Paso reposado y quedo como lo hace la alpargata.

Juan frunció el ceño y contestó:

—Pues si yo no se lo he dicho á nadie, ¿cómo han podido decirselo á V.?

Esto de contestar á una pregunta con otra, para esquivar la respuesta, es una de las reglas de la gramática parda, que el pueblo tiene en la punta de las uñas. El tío Bartolo prosiguió:

—¡Pues ahí verás tú! Lo habrás pensado; y hoy día hilan las gentes tan delgado, que adivinan los pensamientos. Con que.... vamos claro: ¿ello es que lo has pensado, y lo vas á hacer? Dí la verdad.

—¡La verdad!—respondió Juan García, echando mano á un nuevo subterfugio para no responder categóricamente;—¡con que no he cumplido con la Iglesia este año por no decirlo..... y se la iria á decir á V.! No señor; si la digo, me quedo sin ella.

—En lo solapado de tu respuesta se dá á conocer que lo has pensado y lo vas á hacer, repuso el tío Bartolo; y no tienes que negármelo, ni andarme con entretenederas.

—Todavía eso está en matas y por rozar, respondió Juan.

—¿Y tú sabes, cristiano, lo que vés á hacer? Pues principio es de sanar, conocer la enfermedad.

—Sí señor, que tengo mis cinco sentidos cabales.

—Sí, Juan, cuatro vanos, y uno vacío. Hijo, tú me conoces á mí, ¿no es eso?

—Sí señor.

—¿Sabes que te estimo?

—No digo que no, tío Bartolo.

—¿Sabes que dice el refran? Buey viejo, surco derecho.

—Convenido, tío Bartolo. Ya sabemos el saber que dan los años; pues siempre se ha dicho que no sabe el diablo por diablo, sino por viejo.

—Pues siendo así, ¿te fiarás en mi dicho?

—¡Pues ya se vé!

—¿Y tendrás en algo mi consejo?

—¿A qué viene tanta vanguardia, tío Bartolo? ¿A dónde vá V. á caer, que todo se le vuelve cerner y no echar harina?

—Para caer de todo mi peso, en decirte esto no mas.—¡No te cases, Juan García!....

—¿Y por qué, me querrá V. decir?

—¡No te cases, Juan García!

—Tío Bartolo, no eche V. consejos como hijo de la cuna, sin padre ni madre. ¿Que no me case? La razon.

—Juan, con quien tengas trato no tengas contrato.

—Si *asina* fuera, por lo mismo me debía casar; porque si esa muger ha perdido la estimacion por mí.....

—¡Calla, Juan, calla! No me vengas con agachaditas, que el mal hacer achaques no ha menester. Y bien sabes que esa muger no ha perdido la estimacion por tí; que nadie pierde lo que no tiene.

—Tio Bartolo, por las que me afeito, que si no fuera porque peina V. canas y ha sido amigo de mi padre, ¡vive Dios!.....

—Vamos, hombre, no te perturbes ni te dispires; ¡cachaza! Que no vengo aquí á hurgarte ni á buscarte las cosquillas, sino que vengo muy á *la buena fin*, como tu amigo que soy, para impedirte que hagas una *pampringá* de las atroces. ¿Tú has pensado en la madrastra que das á tus hijos?

—La que es buena para muger de su padre, paréceme que buena será para ser madrastra de ellos. Y sobre todo, lo que yo haga está bien.

—¿Está bien? Ahora estás como el inglés D. Turo, que por matar una perdiz mató una urraca, y dijo despues: ¡está bien! Juan, mira que ellos ni á dos tirones han de querer vivir bajo la bandera de esa muger; te vas á indisponer con ellos..... y quien de los suyos se aleja, Dios le deja.

—¿Que no querrian vivir con ella? ¿Qué está V. diciendo, señor? ¡Pues tendria que ver! Donde vá la mar, van las ondas, tio Bartolo.

—Pues mira, Juan, que Lucas—que tiene punto,—no ha de consentir en que vaya su hermana á vivir con una muger que tiene nota.

—La nota que yo se la puse, yo se la quitaré, ¿está V.? y Lucas se guardará de levantar el gallo viviendo yo: que el mandar no quiere par; y donde están los grillos reales, callan los cebolleros.

—Juan, mira que el amparo de tu vejez ha de ser tu hijo. No le vayas á exasperar; no sea que coja dos de luz y cuatro de traspon.

—Yo no necesito á mi hijo. Yo tengo para mantenerme á mí, á mi muger y á mi hija.

—¿Qué has de tener, Juan? De orujo exprimido nunca mosto corrido. ¿Pues acaso esa muger no se ha tragado ya tu tajon y tu mata de olivar, no dejándote mas que la casa, que se irá por donde se fueron el tajon y los olivos? Y en cuanto á ganarlo, te has echado á la birla birlonga, y tienes ya tieso el espinazo; y por ajuar colgado no viene hado. Con que..... ¿de dónde vas á sacar esos caudales? Lo que harás, será entraparte; no podrás pagar, y por muy hombre hourado y

de bien que sea uno, en debiendo y no pagando.... *escreitao* (1).

—La Leona tiene por los puertos un compadre contrabandista, que me vá á dar parcería.

—¡Pues eso faltaba! exclamó indignado el tío Bartolo. ¡Tú, tú, méterte á andar la vereda! ¿Te tienta Barrabás, Juan García? ¿Te se ha ido el juicio de un todo, ó te estás divirtiendo conmigo? ¡No digo yo que quien con lobos anda á ahullar se enseña; ¿No sabes que lo bien ganado se lo lleva el diablo, y lo mal ganado á ello y á su amo? Pero al caso; resumidamente, Juan, esa muger tiene nota; y esa no se la quitas tú, ni el rey que se empeñase; es mala de suyo, y no la harán buena ni tú ni el obispo que lo intentase; y la manzana *podría* pierde á su compañía.

—¡Dale con la mala! A mal decir no hay cosa fuerte. Con que á mí me parezca buena, estamos todos pagados.

—Juan, antes que te cases, mira lo que haces. No tienes la disculpa de los pocos años para hacer destartalos, pues tienes mas de cuarenta.

—Y mas de cuarenta arrobas de paciencia, tío Bartolo. ¡Candelal buscado he, sin hallarlo, quien me diera pesetas; y hallado he, sin procurarlo, quien me dé consejos.

—Pues, hijo, ¡tu alma en tu palma! dijo levantándose el tío Bartolo. Acuérdate que no te ha faltado quien bien te aconseje, y hombre de maduros sesos que te predijese el porvenir, Juan; ese casamiento vá á ser la perdicion de tu casa, y acuérdate de lo que te digo en este dia: llegará uno en que no te quede sino ojos para llorar.

Diciendo esto el tío Bartolo se salió.

—Hijo, le dijo á Lucas, que le aguardaba en su casa, ¡trabajo perdido! ya te lo previne. Anda, creeme, confórmate, no vayas á dar duro con tieso; acabarás por salir perdiendo, pues siempre quiebra la sogá por lo mas delgado, y tú eres hijo, y él es tu padre, y tiene la potestad; y no harás sino tirar coces contra el aguijon.

Lucas se volvió desesperanzado á trabajar al campo; y el sábado siguiente, cuando vino á su casa, supo que el domingo se iba á correr la primera amonestacion del casamiento de su padre. Entonces desesperado y como último recurso, se decidió á hablarle.

Ya hemos indicado las relaciones frias y secas en que vivian, merced al ningun cuidado que de ellos habia tenido, aquel hombre abandonado con sus hijos. Ultimamente, la escelente conducta de Lucas,

(1) Desacreditado.

y la buena fama que á ella debia, habian inspirado á Juan ese amargo sentimiento que nace en el hombre cuando en sus relaciones con otro tiene la superioridad material y la inferioridad moral, sentimiento que engendra una hostilidad, que suele degenerar en despotismo.

—Señor, le dijo Lucas á su padre con moderacion y firmeza, me han dicho que os casais.

—No te han dicho malamente, contestó éste.

—Yo no lo queria creer.

—¿Y por qué no, me querrás decir?

—Por la muger con quien me han dicho que es.

—¿No es de tu gusto quizá? ¿Y te parece acaso que me deberia yo haber aconsejado contigo?

—No señor, conmigo no, yo soy leña rodante; pero con quien sepa y suponga mas que yo.

—¿Con que á tí te parece, dijo con comprimida ira Juan García, que tu padre necesita consejos?

—Sí señor, respondió con seriedad Lucas; cuando tiene una hija mo-cita, y la quiere dar madrastra.

—No sea que su padre la dé una que se coma á la niña como el cancon.

—No, señor, no; que ya se sabe que no se tragan las gentes como anises.

—O que la haga trabajar, por ser ella misma hacendosa, y no la consienta estar mano sobre mano como muger de escribano.

—No es eso, señor; Lucía no le huye al trabajo, que sabe que es la honra de los pobres.

—O que quizá la tenga encerrada como perro de cortijo.

—No, señor, no se trata de eso, que mi hermana, aunque criada sin madre, es recatada, y no es de las niñas de puerta de calle ni de punto en calceta; y hecha se halla á estar á la sombra.

—¿Pues qué es? ¿Acabarás de reventar?

—Es, señor, dijo Lucas con firmeza, que esa muger dá mala sombra á mi hermana, y puede perderla.

Juan García, que á duras penas habia contenido hasta entonces su cólera, se arrojó sobre su hijo, y levantó la mano para darle una bofetada, que descargó sobre la cabeza, que éste agachó al ver la accion de su padre.

—¡Válgame Dios, padre! dijo Lucas con dolor; ¿por qué me castigais? ¿He hablado mal? ¿He faltado á su mercé? Padre, poco antes

de morir me dijo mi madre, que en gloria esté: «¡Lucas, vela sobre tu hermana!»—se lo prometí, y lo cumplo.

—Esto lo diría, repuso Juan,—algo templado por el recuerdo de su madre que evocaba Lucas, y por el respeto que éste le demostraba,—eso te lo encargaría en el caso de que faltase su padre. Pero viviendo yo, ¿quién es el que tiene potestad sobre mi hija?

—Padre, ¡por María Santísima! dejadla á mi cargo; yo la mantendré.

—¿Estás en tu juicio?

—¡Por Dios! no nos separeis, yo trabajaré á destajo, y mantendré á entrambos.

—¡Separaros! No se trata de eso: tú te vendrás á mi casa con ella.

—Eso no, padre.

—¿Cómo es eso? ¿Qué quiere decir *eso no*? ¿Quieres retar á tu padre? ¿No estás satisfecho de conocer á lo que saben mis manos? ¿Andas buscando otra muestra de su potencia?

—Mi padre sois, y matarme podeis sin que chiste, ni salga de mi crianza; pero hacer que viva con esa muger.... eso no.

—Allá veremos, so insolente, cabezon.

—Allá veremos, repuso saliéndose desconsolado Lucas.

Lucas tenia una de esas nobles y delicadas naturalezas que en la victoria se humillan, y en la derrota se recrecen; de las que no conocen el fanfarron engreimiento en el triunfo, ni el pusilánime anonadamiento vencidos. En cámbio tenia una firmeza de carácter, que degeneraba en obstinacion y testarudez, como sucede siempre que no sostenida la energía por la razon, es envalentonada por el orgullo.

Así fué que,—sin faltar en un ápice al respeto estricto, y tan rígidamente observado entre el pueblo,—no fueron parte las amenazas de su padre ni el cariño á su hermana á influir en la resolucion que habia tomado en aquella entrevista decisiva. Al salir de hablar con su padre, fuese á buscar á su hermana, á la que halló llorando. Largo tiempo estuvieron ambos sin hablar, comprendiendo los hermanos mútamente lo que causaba las lágrimas de la una y el abatimiento del otro.

—¡Si madre abriera los ojos!... exclamó al fin y sin preámbulo Lucía.

—A quien Dios se los cerró, no le quedan ganas de volverlos á abrir, contestó Lucas. Pero ten presente que desde el cielo los tiene siempre fijos sobre su hija. Yo ya nada puedo hacer por tí, porque aunque todo he hecho para poder conservarte bajo mi bandera, no lo he podido conseguir. Y porque, hermana, donde está el poder

de un padre, no hay otro en el mundo que oponérsele pueda.

—Pues yo nunca he de hacer sino lo que me digas tú, Lucas, que á tí me encomendó mi madre, dijo llorando Lucía.

—Pues si así es, repuso su hermano, atiende á lo que voy á decirte. Lleva tu cruz con paciencia, que solo así la harás mas lijera. Sé un junco á todos vientos, y sé un roble para el malo. Anda siempre derecha, mas que sea la senda cuesta arriba y tenga abrojos; no pierdas nunca la derechura, ni dejes de mirar adelante, que el que no mira adelante, no sabe donde irá á parar. A esa que vá á ser muger de tu padre, déjala la acera; pero como mala muger que es, no te ayunques con ella, y no le hables sino de verano (1).

—¿Harás tú lo propio, Lucas?

—¿Yo?... yo haré lo que Dios me dé á entender, hermana, respondió Lucas.

El dia del casamiento de Juan, no se vió á Lucas, y en vano fué buscarle: habia desaparecido. Juan García practicó activas diligencias para averiguar su paradero, y supo algunos dias despues, por un arriero que venia de Sevilla, que habia sentado plaza de soldado. Juan sintió que fuese burlada su autoridad, y perder en su hijo una ayuda. Pero se consoló con verse libre de un testigo de vista inmediato é interesado, cuya censura semejante á la tiniebla, sin forma, sin voz y sin accion, le penetraba, sin poder esquivar su impresion.

Lucía fué á vivir con su madrastra, y está de mas decir, cuánto tenia que sufrir, en particular, por parte de las hijas de ésta, que siendo locas y feas, debian de aborrecer á la que era linda y juiciosa. Lucía empezó por llevar con resignacion su papel de Cenicienta, segun se lo habia recomendado su hermano. Pero poco á poco su paciencia se fué gastando con el continuado roce que sufría; filtró en su alma la indignacion, y con la reprimida queja el rencor. Quiso alguna vez, por lo tanto, humillar con sus ventajas á aquellas por las que de continuo era humillada; y se hizo presumida y amiga de agradar. ¡Así cunden y se propagan con prodigiosa rapidez las malas semillas! Basta una para abrir la puerta á las demás, y prepararles el terreno.

Vino por aquel entonces un regimiento de caballería á Arcos.

Su coronel, llamado Gallardo, era rico, bien nacido, habia sido un buen mozo, y habia sido y era un gran fátuo. Provenia esta fatuidad, en mucha parte, de que el dinero y los mandos forman al rededor de

(1) A distancia, sin intimidad.

los que los disfrutaban, una atmósfera de adulacion, que suele marear á muchos y hacerlos engreidos é impudentes, por lo que se permiten con gran descaro cosas que no se permiten los que no gozan de dichas ventajas. Si muchos entienden así la autoridad, poco es de estrañar que esté tan malquista, tan desprestigiada y tan vilipendiada. La autoridad debe consagrarse á su mision, y con sus beneficios admitir sus cargos, y el primero es dar buen ejemplo. Pues acaso, ¿creen las autoridades que nada deben á las masas, y que han de ser éstas para ellos, á la vez madres que les sustenten, é incensarios que los deifiquen? ¡Cuándo retrocederemos moralmente á aquellos remotos tiempos, en que los hombres, compasados y dignos á un tiempo, no conocian la adulacion y acataban el derecho! Ahora sucede todo lo contrario; nunca fueron menos reconocidos los derechos, y nunca mas rástrera la adulacion.

Pero volvamos al coronel Gallardo, que ha dado márgen á estas reflexiones.

Este buen mozo, además de otras pretensiones, tenia las de la juventud en flor, siendo así que la suya ya estaba granada, resultando de esto que, pudiendo parecer un gallo joven, parecia un pollo viejo. Rizaba su cabello, usando de la gracia del buen peluquero que, como es sabido, consiste en sacar rizos donde no hay pelo. Gastaba un corsé parisiense, que le hacia un talle que habria envidiado una Sífide. Creia que las conquistas amorosas honraban á la par de las guerreras, y que un poco de calavera en el militar, así como algo de coquetería en la muger, eran la sal y pimienta de ambos géneros. Esto, unido á una dosis de vanidad tal, que ocupaba en su cerebro y en su corazon todo el vacío que dejaban otras cualidades ausentes, hacian del coronel Gallardo uno de esos hombres detestables sin ser malvados, y ridículos sin ser risibles. El coronel, al amonestar á los oficiales de su regimiento á que observasen buena conducta, en un *speech*, es decir, en un corto discurso de circunstancias, hueco como una calabaza seca, se habria desesperado de que éstos ignorasen que tenia una querida buena moza, y que la mantenia con lujo.

Este caballero,—solteron, por supuesto, como lo son todos los de su jaez,—fué alojado frente la casa de la Leona. No tardaron las hijas de ésta en trabar conocimiento con los asistentes del coronel. Los preludios de este conocimiento fueron coplas cantadas con la patente intencion de entrar en relaciones amorosas.

Tomaron la iniciativa los soldados, cantando con su guitarrilla:

Si el garbo de tu persona
Se ganara peleando,
Vieras un hombre en la guerra
Con una espada en la mano.

Siguió otro:

Si por querer á un paisano
Olvidas á un militar,
Hazte cuenta que has cambiado
Oro fino por metal.

A lo que contestaron ellas para probar su simpatía hácia los cantores, y su desden hácia los paisanos:

El cielo nos dé paciencia
Con estos hombres de campo,
Que son estripa-terrones,
Sepulturas de gazpacho.

No tardó tampoco el coronel en prendarse de la hermosura de Lucía; no era hombre para disimularlo, y ¡ay! ya no era Lucía la niña morigerada y recatada, que se habria ofendido de esterioridades, que no podian menos de ser un escándalo para el pueblo.

Enterado en breve el aspirante engalonado de las interioridades de esta familia, se aumentaron sus esperanzas en vista de los antecedentes de la madrastra y de la triste suerte de Lucía. No obstante se engañó, porque Lucía, arrastrada por la vanidad y la lijereza, retrocedió ante la corrupcion con toda la energía de la honrada sangre que habia heredado de su madre. Esta resistencia exasperó á las hijas de la Leona, que se habian lisongeadó á un tiempo de perder á Lucía, y de deshacerse de ella, llevándosela el coronel. Así fué que concibieron un proyecto que, llevado á cabo en forma de broma, habia de traer el resultado apetecido. Concertáronse al efecto con el pretendiente, y ejecutóse del modo que sigue:

Una noche en que Lucía, ya recogida en su dormitorio, peinaba sus hermosos cabellos, abrióse de repente la puerta, dando entrada al coronel, que venia embozado en su capa, y llevaba sombrero calañés, acompañándole con gran algazara y risa las hijas de la Leona. Apenas le introdujeron en la habitacion, cuando, redoblando sus carcajadas y bromas, echaron á correr, cerraron la puerta, y corrieron el cerrojo.

La indignacion, el terror y la cortedad se apoderaron á un tiempo de la infeliz niña, de tal manera, que no se la previno medio alguno de evitar el peligro, y se tapó la cara con ambas manos.

El coronel intentó valerse de sus chistes y galanteos para hacérsela propicia, lo que, engañado por la Leona, no habia creído difícil. Pero no halló palabras ante aquel grave, solemne y mudo dolor, pues existe tal distancia entre la infamia y la inocencia, que no alcanza á salvarla la osadía en el hombre, á no ser un malvado.

—¡Tanto os impongo!—dijo al fin el coronel acercándose á Lucía, —yo, que solo deseo agradaros!

—¡Lucas! ¡Lucas! ¡Hermano mio! gritó prorumpiendo en sollozos la pobre niña.

—¡Me iré; me iré! dijo el coronel entre ofendido, irritado y com- padecido.

Acercóse á la puerta, mas ésta estaba cerrada.

—Ya veis, no puedo salir, dijo volviéndose á Lucía.

—Lo sé, exclamó Lucía; han querido perderme y lo han logrado. ¡Yo encerrada en un cuarto con un hombre! ¡Cómo me vuelve nadie á mirar á la cara! ¡Qué dirá Lucas, el hermano de mi corazón!

—No estais perdida, niña, dijo el coronel incomodado. No soy amigo de tragedias, y me asustan las heroicas Lucrecias. Creed que lo que deseo es alejarme; y para probarlo, ya que por la puerta no puede ser, será por esta ventana que dá al corral.

Diciendo esto, el coronel se volvió á embozar en su capa, subió al poyo de la ventana, y saltó al corral, que solo circundaba un vallado.

Apenas puso el pié en el suelo, cuando se sintió acometido por un hombre, que ciego de ira, le apostrofó con los mas furiosos denuestos. Al mismo tiempo acudian dando voces la Leona y sus hijas.

—¡No le acometais, que es mi padre! gritó desde la ventana en la mayor angustia la infeliz Lucía.

El hombre habia sacado una navaja, pero el coronel, que era vigoroso, y que deseaba salir de aquel lance, sin hacer daño al padre de Lucía y sin ser conocido, rechazó al agresor con tal fuerza, que le hizo caer de espaldas; corrió al vallado, saltó por encima y desapareció.

Juan García se levantó del suelo en aquel estado de furor, en que, ciegos los hombres incultos, no se paran ante ningun obstáculo, ni retroceden ante ningun crimen. Desvió de sí con violencia á su muger

y á sus entenadas, que alarmadas ante los resultados de su obra, querían detenerle, y se dirigió hácia la casa, para encaminarse al cuarto de su hija.

—¡Lucía, Lucía! échate por la ventana, que tu padre te vá á matar, le gritó su madrastra, que preveía una catástrofe.

Ya oía Lucía la vinosa y furiosa voz de su padre que se acercaba á su cuarto; y fuera de sí se precipitó al corral.

—Métete en casa del coronel, la dijo su madrastra, sin mas intencion que la de salvarla; es de quien menos sospecha tu padre, es la casa mas cercana, y aquella en que mas oculta y segura puedes estar.

Lucía obedeció maquinalmente, guiada por el instinto de la propia conservacion, único móvil que predomina en los instantes supremos de la vida.

El coronel se paseaba agitado por su cuarto, cuando vió entrar á aquella infeliz niña, pálida como la muerte, cubierta de su largo cabello negro, fria de terror, inerte de desesperacion.

—¡Me habeis perdido! dijo, cayendo sobre una silla,—salvadme al menos la vida.

Es de suponer que el corazon de aquel hombre, por estéril y seco que fuese, hallase en tales circunstancias, sentimientos y palabras que diesen algun consuelo á la desvalida criatura, que la necesidad forzaba á buscar su amparo. Pero hubo mas; el coronel se apasionó con vehemencia de aquella jóven, que se le aparecia por todos los prismas tan bellos que circundan á la inocencia, á la juventud y al infortunio; infortunio que era causado por él.

Por su parte la pobre niña, sin amparo, sin apoyo, sin cariño, sin tener donde reclinar su cabeza, careciendo de carácter firme para la resistencia, de energia para saber arbitrar medios de salvacion, y de principios debida y constantemente inculcados, que le hiciesen preferir la miseria á la vergüenza, se dejó querer y retener, arrastrada por un amor, que principiaba con la conviccion que infunden todos, de que ha de ser inmutable y eterno.

El coronel partió pronto, llevándose secretamente á Lucía, que empezaba á hallarse contenta en la atmósfera de lujo que la cercaba.

El acceso de ira que habia experimentado Juan García, unido al dolor, á la vergüenza y al remordimiento, causaron tal efecto en la naturaleza ya gastada y enervada de este hombre, cuya vida hacia tiempo que era para él un infierno, que cayó con unas calenturas inflamatorias, de que no pudo sanar.

—Tío Bartolo, le dijo poco antes de morir á su antiguo vecino, ¡acertasteis cuando me predigisteis que llegaría tiempo en que solo me quedarían ojos para llorar! Ya ha llegado; y así.... mas vale cerrarlos, y no volver á abrirlos.

Dos años habian pasado desde los sucesos que hemos referido, y cinco desde que Lucas era soldado. Estaba á la sazón su regimiento en Córdoba, donde debía pasar revista á los cuerpos de la guarnición un general recientemente llegado de Madrid.

La víspera de la parada estaba Lucas en el cuartel con otros varios soldados paisanos suyos. Uno de ellos tocaba la guitarra, y cantaba alternativamente con el buen humor y la constante alegría del soldado español, que no abaten trabajos, percances, ni hambres, y que prueba patentemente lo poco material de la índole de este país.

Eran estos sus cantos.

¡Qué bonito está un soldado
En la puerta del cuartel,
Con corbatín estirado,
Y sin tener que comer!

Por un pan de municion
Que el rey de España me dá,
Me tiene toda la noche:
—«¡Centinela, alerta está!»

La vida de los soldados
Es andar por los lugares,
Dormir en camita agena,
Morir en los hospitales.

En este momento llegó el piquete que habia dado la guardia al general, que acababa de ser relevada.

—¡Vaya una buena moza que es la generala! dijo uno de los soldados que llegaban: en cuanto he andado no ví hembra mas arrogante.

—No es su muger, repuso el otro; así quítale el *buena*.

—¿Y por qué se lo he de quitar? Las bendiciones ni le quitan ni le ponen á lo bonito, replicó el primero. Pero ¿qué sabes tú?

—Lo que dicen. Además, si fuese su muger, no la habia de tener con tanto boato; porque así son los usías: mas gastan con sus queridas que con sus mugeres.

—Eso es de miedo que se vayan con otros; por eso les dan lo que quieren. ¿Qué dices tú, Lucas?

—Que es tener cuchillo de plomo en vaina de oro, contestó éste.

—El alma de ésta podrá ser de plomo ó cosa peor; pero su persona... ¡por via de los moros de Berbería!

—¡Qué! repuso Lucas: afeitada un cepo, y parecerá un mancebo. Te digo mi verdad, que ninguna de esas picaronas de la vida airada, con tanta bambolla y tan poca vergüenza, me parecen mugeres sino pingajos.

—¡Vaya, si este Lucas está siempre con la vara de la justicia levantada! El ha entrado en la casaca; pero la casaca no ha entrado en él. Si hubieses nacido rey, te habian de haber puesto el *Justiciero*.

Al día siguiente estaba formada la bizarra y lujosa tropa; tocaban las músicas, y el general, montado en un soberbio caballo y seguido de sus ayudantes, llegaba á galope á la parada.

Venia á alguna distancia una elegante carretela abierta, en que se hallaba sentada una jóven y hermosa muger, lujosamente vestida. Paróse la carretela cerca del sitio en que formaba Lucas y sus paisanos, en el extremo de una fila.

—Esa es la querida del general, murmuró el soldado que estaba á la derecha de Lucas, ¿no te dije que era un sol?

Lucas levantó los ojos y los fijó en aquella muger, mas al fijarla, tuvo tal estremecimiento, que lo notaron sus contiguos compañeros, y le preguntaron:

—¿Qué tienes, Lucas?

—Nada, contestó éste con serenidad.

Por su parte la señora de la carretela habia clavado la vista en el bizarro soldado, que tan cerca de ella se encontraba, y una exclamacion de sorpresa y gozo habia brotado de su corazon á sus lábios.

—Lucas, dijo su otro vecino de fila, esa muger te mira y te hace señas.

Lucas, pálido é impasible, no levantó los ojos ni contestó.

—Lucas,—prosiguió el que habia hablado,—¿quién será esa? Te conoce, te hace señas con el pañuelo, y no parece sino que se quiere echar del coche abajo; hombre, mírala; dí, ¿quién es?

—No la conozco, contestó Lucas.

—¡Por via de los gatos! exclamó estático el primero que habia hablado:—; mal fin tenga, si no es tu hermana Lucía! ¡Mírala, hombre, ella es!

—Ya la miré, y digo que no la conozco, respondió Lucas.

—¡Mira, mira, la pobrecilla se ha echado á llorar! Párate; mira que no está tan desconocida. No tiene mas sino que está mucho mas hermosa. ¿Estás ciego que no ves que es tu hermana?

—No la conozco, volvió á repetir Lucas con la misma impasibilidad.

Hay hombres en este mundo que sienten profundamente; pero cuya fuerza de alma alcanza á cubrir con la capa de nieve de la indiferencia y de la impasibilidad las mas vehementes y desgarradoras emociones. Muscios Scévolas morales, que admiramos sin que nos interesen. No podemos amar, ni en su origen ni en sus resultados, á ese estoicismo, que hace gala de una desdeñosa indiferencia, y como para juzgar toda cosa humana, es necesario compararla al ideal de la humanidad, que es el Dios HOMBRE, nos repugnan esas bravatas, en vista de que la pasión habria perdido su sublime carácter de santidad, si el estoicismo hubiese reemplazado en ella la mansedumbre.

La voz de mando del gefe prescribió algunas evoluciones, despues de las cuales marcharon las tropas á sus cuarteles.

Cuando los soldados formaron corrillos, la hermosa señora de la carretela fué el objeto de sus comentarios.

Unos decian que era Lucía; otros, que no la habian visto tan de cerca, sostenian que no.

—Su hermano lo dirá,—esclamaron todos yendo á buscarle.—Lucas, le dijeron, ¿es aquella usía tan estirazada y tan gallarda, tu hermana Lucía?

—No conozco á esa muger, contestó Lucas,—y basta de preguntas, camaradas, que no soy reloj de repeticion, y se me han rematado las ganas de responder.

No habia pasado media hora, cuando llegó un ordenanza del general buscando á un soldado llamado Lucas García, y requiriéndole á que le siguiese.

Lucas obedeció, trémulo de indignacion, pero sin que nada lo demostrase en su semblante.

Llegados que fueron á una casa de buena apariencia, fué Lucas introducido en un gabinete, adornado con lujo y sumo primor.

Apenas entró, cuando una hermosa muger, envuelta en una elegante blusa de seda, se levantó de un sofá, lanzando una exclamacion de júbilo, y se arrojó hácia él con los brazos abiertos.

Lucas la rechazó con el brazo derecho, y dijo con serenidad:

—Yo no conozco á usía.

—¡Lucas, hermano mío! exclamó prorumpiendo en llanto la joven.

—Yo no tengo hermana, repuso Lucas en el mismo tono que antes.

—¡Lucas, hermano de mi alma, yo te contaré lo que pasó!...

Entró en este momento el coronel, que había sido, y hoy general.

—¿Con que... dijo con finchada condescendencia, Lucía, viste á tu hermano?

—¡No me quiere reconocer! exclamó entre sollozos Lucía.

—¿Cómo es eso? preguntó el general, volviéndose al soldado. ¿Y por qué?

—Porque será una equivocación, mi general, contestó Lucas llevándose su abierta mano á la sien. Pues yo soy mozo solariego, y no tengo hermana.

—Te he llamado, dijo el general, para que te quedes de ordenanza á mi lado; que aprendas á escribir, y formarte así una carrera, en la que subas con rapidez, pues ya sé que eres valiente y entendido.

—Yo no quiero aprender á escribir, mi general.

—¿Y por qué? preguntó reprimiendo su mal humor el general; sin ese requisito no podrás ascender.

—Yo no quiero ascender, mi general.

—¡Ya se vé! dijo soltando una carcajada burlona el general, el que tiene tan buenos mayorazgos que disfrutar, no es extraño que desdeñe el servicio del rey.

—Harto rey es quien al rey no vé, contestó Lucas.

—¿Qué deseas, hermano? preguntó Lucía.

—Solo deseo cumplir mi tiempo, y volverme á mi pueblo.

—¿Pues quién te llama allí, si dices que no tienes á nadie? repuso Lucía.

—El amor á mi tierra, contestó Lucas;—que la tierra do me criare, démela Dios por madre.

—¡Valiente ganso! exclamó el general.

Lucas ni chistó ni pestañeó.

—¡Hermano de mi alma! por la memoria de madre, no te hagas el desconocido, que me partes el alma; quédate.

—Yo no quiero ser forastero en ninguna parte, señora.

—Basta, dijo el general; deja á ese basto alcornoque que se vaya, y que lo piense mejor.

—Yo no pienso dos veces las cosas, repuso Lucas saludando y saliendo.

Lucía corrió detrás de su hermano á la antesala, cogió su brazo,

que estrechó contra su pecho, y le dijo con apasionada y tierna súplica:

—¡Lucas, hermano mio, por Dios, quédate! El general me ha dicho que cuanto pueda hará por tí; y mira que puede mucho.

—Honra y provecho no caben en un saco, respondió el soldado arrojando de sí con toda la altanería de la fuerza moral del hombre noble, y con toda la rudeza de la fuerza física del hombre inculto, á su hermana, que vino á caer anonadada sobre una silla inmediata.

Encaminábase el hermano de Lucia hácia el cuartel, cerrados los puños, los lábios apretados y con aquella lívida palidez que estampa la ira en el rostro de los hombres del Mediodía. Esta ira le sofocaba, no siéndole posible exhalarla ni menos seguir sus impulsos, porque siendo estos de venganza, no podía satisfacerlos sino con un crimen, del que Lucas no era capaz. Aun si en aquel entonces hubiese habido guerra..... el soldado raso habria dado en ella cien vidas que hubiese tenido, por alcanzar unas charreteras, que le colocasen á la altura debida para poder pedir una satisfaccion al hombre, que despues de seducir á su hermana, le habia insultado tan insolentemente, charreteras que al dia siguiente habria tirado como naranjas ya esprimidas, puesto que Lucas no tenia ínfulas, y no le atraian el auge ni el boato. Apreciaba su condicion, amaba las labores del campo, estaba apegado á su pueblo y á sus costumbres, y no hubiese renunciado á estas cosas que le simpatizaban, y en las que descollaba, por izarse un escalon mas arriba, en que hubiese sido siempre un intruso, un estraño, un forastero, cuya calificacion era antipática á ese instintivo y noble apego á su pais, á su provincia, á su pueblo, á sus lares y á su clase. Y hoy ese hermoso sentir, que la naturaleza puso en el corazon del hombre, se quiere destruir, y se dice al pobre: «¡Sube, sube! La cima es tu lugar, la cumbre es bien comun.» ¡Así se infiltra la vana arrogancia en la sana mente del pobre, que tan digno y apreciable es sin dejar de serlo!

Así, pues, Lucas, que nada podia hacer ni remediar, sufría espantosamente por la cercanía de su hermana. Afortunadamente el general marchó á los dos dias á Sevilla.

Pero la existencia de Lucia se habia trastornado desde el dia en que encontró á su hermano, y éste no la habia querido reconocer. En la alegre senda de flores, en la lijera vida de mariposa en que habia entrado, casi forzada por las circunstancias, á los diez y siete años habíale sucedido al topar con su hermano, lo que á la barquilla, que

bogando indolente, sin patron y sin brújula, al soplo de suaves y locas brisas, choca en su curso contra la primera roca de tierra firme: la sacudida habia sido terrible. Preguntábase perpleja:

—¿Dónde estoy? ¿A dónde voy? ¿Dónde está el puerto? ¿Quién me halaga?—¿Quién me rechaza? y miraba con asombro á su alrededor, pareciéndole todo nuevo, todo extraño, todo reprobado y odioso. Halló en su memoria—que nunca en su embriaguez consultara—aquellas últimas palabras, que le habia dicho su hermano en su inculto, lacónico, pero enérgico y esplicito lenguaje:

—«Anda siempre derecho aunque sea la senda cuesta arriba, y esté sembrada de abrojos; no pierdas nunca la derechura, ni dejes de mirar adelante; que el que no mira adelante, no sabe donde irá á parar.»

Aumentaba la desolacion de Lucía, en que no veia la infeliz términos hábiles para salir de la posicion en que se encontraba. Retrocediendo al bien, no hallaba amparo, y lo tenia perseverando en el mal. La falta de energía de su índole hacia que no hallase fuerzas para volver á la buena senda con valor y con solo el amparo de Dios, que nunca le falta al que le busca con fé, y no se arredra ni desmaya. Sus lágrimas ajaban su hermosura, y su abatimiento robaba á su trato,—antes festivo y cariñoso,—su encanto; todo lo cual empezó por fastidiar á Gallardo, pasando á incomodarle, y acabando por exasperarle. Produjo esto entre los amantes algunas escenas violentas, que introdujeron la discordia; y la discordia,—una vez que ha reventado sus diques primitivos,—filtra por cuantos se le vuelven á levantar.

Cuando el general se vió precisado á volver á Madrid, determinó dejar á Lucía en Sevilla, porque pensaba ser empleado, y que seria corta su permanencia en la córte. Lucía le dejó ir, sin poner ninguna resistencia á esta separacion. Estaba tan cansada de la vida que llevaba, que toda alteracion le parecia preferible. Además, se hallaba lejos de tener aquel valor insolente, aquel desparpajo atrevido, que suelen tener las mugeres de su condicion, que hacen que despues de no ser queridas, sean temidas por los hombres, á quienes envuelven como horribles culebras, haciendo de ellos míseros Laocoontes. Así es que se vé á muchos casarse por miedo, que antes no lo habían hecho por amor; siendo de esta suerte la mitad de su vida *escandalosos*, y la otra mitad *ridículos*, con lo cual se llena por cierto dignamente la existencia de un hombre.

Empero la estancia de Gallardo, á quien los papeles denominaban el *jóven general*, se prolongó en la córte. Alternaba en varias combi-

naciones en las intrigas subalternas de los partidos políticos, para uno de los cuales era un soberbio testaferro, aunque le habian persuadido que era una imponente cabeza de partido.

El general entonces pensó con alta razon, maduro juicio y profundo cálculo, que era tiempo de entrar *en sí*,—perdonad, lector; la costumbre ha hecho estampar este *en sí* que borramos, y ponemos en su lugar,—*entrar en la vida positiva*, y servir los *intereses del país*, sin descuidar los suyos se entiende. A consecuencia de estas ideas graves, el jóven caudillo se abonó á los periódicos, compró libros que leyó, aunque no se acordaba luego precisamente cuáles eran los que habia leído y los que no; escribió una Memoria sobre la navegacion fluvial, y otra sobre la renta del Escusado; hizo discursitos cortos para prepararse á los largos, que salieron muy bien, y tuvieron la aprobacion de sus oyentes, y en un *santiamen* cambió el aturdido talante de calavera, por el pomposo de hombre importante y de ciudadano grave.

Nuestro hombre, como se vé, habia llegado á su apogeo. Por lo que,—entre otros sacrificios hechos á la *gravedad*,—habia tomado un buen cocinero, y habia aflojado los cordones de su corsé.

No obstante, como hay una gran diferencia entre hombre *grave* y hombre *moral*, nuestro héroe tenia entre bastidores sus francachelas *gravi-calaverescas*, en cuyas conversaciones se entretegian á manera de mesa revuelta, el discurso A y el chisme B, el concordato y el teatro real, el ministro y la bailarina, el obispo y la cantatriz, la corona y la baraja. Se erigia un trono á la tauromaquia, se proponia un apoteosis á la industria, y un voto de censura al lujo de las novenas.

—Oye, chico,—le dijo un dia uno de sus amigos tan *chico* como él, en un almuerzo-comida en el que el vino de Champagne estaba encargado de representar el *buen tono* que faltaba á gran parte de los concurrentes,—oye, chico; y *la Lucía*, ¿qué se ha hecho?

—Está en Sevilla, donde la dejé por estar algo indispuesta, respondió el héroe.

—¿Sabes que vá perdiendo el barniz?

—¿A los veintiun años, hombre?

—No es estraño,—opinó el elegante hijo de un *capitalista* que habia sido educado en Francia,—cuando se vive *aprisa*, á los veintiun años se está *sur le rotour* (1).

(1) Este es, *haberse pasado ya*, haber perdido la frescura y lezaña.

—La existencia de las *camelias* es como la de las rosas, dura un día, —se apresuró en añadir otro convidado, que tenia por nombre de pila Bonifacio, y hacia que le llamasen Boni.

Habiéndose constituido en copia é inseparable amigo del injerto parisiense, y no queriendo nunca quedarse atrás de su modelo, apenas hablaba el elegante capitalista, cuando por un irresistible impulso reproducia Bonifacio la misma idea en otras palabras, procurando siempre sobrepujar á su tipo en galicismos afectados y elegantes, en escepticismo lleno de *actualidad*, en cinismo del mejor tono, y en extranjeroismo el mas *fashionable*.

—Debeis colocar á esa Lucía deslucida en el número de las once mil Didos, dijo el galo-hispano.

—Desecharla con las modas *fanées* del año pasado, se apresuró á añadir la copia.

—Eso no puede ser, replicó el general.

—¡Rancia moralidad española! exclamó el capitalista echándose á reir:—es probable que la bella no espere hallar un Amadís de Gaula en un general del siglo de las luces.

—Ni un pastor Fido en un candidato á padre de la patria, añadió con velocidad Boni.

—Es, repuso el anfitrión, que entre Lucía y yo median circunstancias escepcionales.

—Cuéntanos eso, chico, dijo su íntimo; que esta relacion romántica nos hará paladear sabrosamente el plus café.

El general refirió entonces todos los pormenores del origen, y los trámites de sus relaciones con Lucía.

—¿ No veis, general, que todo eso era una farsa bien jugada por esos *fourbes* (ladinos) campesinos, una *mistificacion* (1) para darse valor, asustaros, interesaros por la niña y obligaros á cargar con ella? dijo el imitador del tono parisiense, del demi monde.

—Que era todo eso una intriga de *bas étage* (2), añadió la copia de la copia.

—A *propos* de petardos, dijo el capitalista, voy á contar á VV. lo que me acaba de pasar. Entró ayer en mi despacho un petardista.....

—No se te olvide, dijo Boni, que contabas á la sazón una inmensa suma de dinero, que esto aumenta el chiste del lance.

(1) Un engaño.

(2) De escalera abajo.

El aspirante á Creso prosiguió:

—Me pidió prestadas dos onzas; le dije que sentia en extremo no tener un cuarto.

—A no querer dar, yo habria buscado otra respuesta, dijo un anciano general, tio del nuestro, que habia perdido una pierna en la batalla de Bailén.

—General, repuso el narrador, entre *nosotros* el *no tengo* es sinónimo del *no quiero*. Esto lo saben hasta los niños en *lactancia*.

—Un sinónimo que Huertas ha omitido, pero que hoy no se ignora ni en las Batuecas, encajó el reloj de repeticion.

—No existiria cuando compuso su obra, dijo el general.

—Mi petardista, prosiguió el narrador, insistió con angustia, bajando gradualmente sus pretensiones, á la mas mínima espresion. Fui inexorable como el destino.

El millonario lanzó en su alrededor una mirada de Caton.

—¿Era, pues, un necesitado, y no un petardista? preguntó el anciano.

—¡Oh señor! regla general: todo el que pide es un petardista.

—A no ser un íntimo amigo, dijo Boni hablando esta vez con mas personalidad que la que acostumbraba.

—*Ma foi* (1), contestó el galo-hispano,—no esceptuo á nadie. Viendo que no desistia, y siempre con la amabilidad y finura que se debe gastar en estas circunstancias....

—*Sans doute* (2), como en los desafíos, dijo la mala copia del peor original.

—Le dije, prosiguió el elegante narrador, que puesto que estaba tan necesitado me avenia á prestarle, si no dinero porque no le tenia, una cosa que en sus circunstancias le seria mas útil. El imbecil creyó que quizás seria mi firma.

—¡La firma! vea V., dijo Boni; ¡el solo y único *sancta sanctorum* de los discípulos de Mercurio! ¡una cosa tan respetable!

—Querido Boni, *veuillez ne pas m'interrompre!* (3), dijo su amigo que prosiguió:

—La cara de mi petardista se iluminó; vamos, creo que el pobre bolsi-vacío no habia comido en tres dias. Yo me reia interiormente,

(1) A fé mia.

(2) Sin duda.

(3) Hacedme el favor de no interrumpirme.

aunque mi cara denotaba grave simpatía por su situación. Llevele á un armario, saqué una caja de pistolas que abrí, le presenté una, y le dije haciendo un saludo: aquí tiene V. el remedio de todos sus males. Mi hambriento me volvió la espalda y se fué. Ya ven VV. que lo he zapeado *une bonne fois pour toutes* (1).

Boni se desternillaba de risa.

Gallardo y los demás convidados callaron.

—Es preciso que pongas ese chistosísimo lance en un periódico, dijo entre carcajadas el admirador del capitalista.

—*¿Non cher á quoi bon?* (2) respondió con aire de modestia el héroe de la anécdota.

—Para enseñar á ahuyentar á los petardistas, respondió Boni; para dar una muestra de tu gracia y de tu chiste; para que digan *que estás tan ricamente dotado de fortuna como de ingenio*; para amenizar las gacetillas, y para....

—¿Y habrá papel que se degrade á insertar como gracia semejante escándalo? gritó con esplosion el general antiguo, que no se pudo contener por mas tiempo. ¿Son estas las ideas y sentimientos que está llamada la prensa á propagar? ¡Por Dios, señores! ¿no hay ya quien se ruborice en España? ¿Hácese de manera tan descarada gala del sambenito en la prensa, sin que nadie repudie la impudencia con que se nos refiere en tono laudatorio una iniquidad, y no apele de esto para ante los nobles instintos, los generosos sentimientos y el decoro público de los buenos y genuinos españoles? ¿Somos ya tan *positivos* como la ley escrita? ¿Se estinguieron las aspiraciones caballerosas en el pais de mas caballerosa índole? En otros tiempos, señores, no todos daban; pero los pocos que no lo hacian, no se gloriaban de no hacerlo. Aunque fuese á un petardista, se sentia el dar una negativa porque habia caridad, y se la callaba porque habia vergüenza. La avaricia pertenecia entonces á los vicios vergonzosos, que el respeto que se tenia á la opinion pública obligaba á ocultar.

—¡Tio, por Dios! suplicó Gallardo.

—¿Por Dios qué? sobrino.

—Que habéis con mas moderacion.

—No lo esperes; y salga el sol por Antequera.

(1) De una vez, para siempre.

(2) ¿A qué, querido?

—No os apureis, general, dijo el capitalista; *je s aís vivre* (1), respeto vuestra casa, y, sobre todo, las canas y el mal humor de la avanzada edad.

—Por de contado, añadió la sombra parlante, tienen carta blanca las damas, los niños y los....

Iba á añadir los *viejos*, pero una mirada del general le hizo callar.

—No te apures, sobrino, dijo éste. Las armas del señor le sirven á mas nobles fines, que para repeler agravios.

—Vamos, hablemos de otra cosa,—se apresuró á decir el íntimo del general, el cual, así como los demás convidados, celebraba en su alma la lección que habia recibido el impertinente pollo cacareador, por tan digno y autorizado contrario.—Dime, Gallardo, ¿te has propuesto que sea Lucía para tí un censo irredimible? Pues dígame, chico, que seria una buena bobería crearte un obstáculo para cimentar tu porvenir.

—No veo que.... para ser diputado.... senador.... ó....

—No vá por ahí; tus ideas políticas absorben toda tu atencion. Has de saber que sé por una de sus amigas, que la hija del banquero Don Juan La Plata está muy prendada de tu persona.

Gallardo se estiró y pasó su mano por sus rizados cabellos.

—Su madre lo está, prosiguió el íntimo, del título de marqués de Monte Gallardo, que dicen vas á recibir en breve, y su padre de tu capacidad....

—Nos pagamos, dijo el general muy hueco; pues yo lo estoy de la suya. ¡Comprar el cinco la víspera de....

—Pero él lo está igualmente, prosiguió el íntimo, de tu faja y de tus rentas. Ahí tienes, chico, un porvenir positivo.

—¡Pues si apenas conozco á la amable y bondadosa jóven que se ha dignado reparar en mí!.... dijo con fachenda y en extremo lisonjeado el jóven general, haciendo propósito de volver á apretar los cordones de su corsé.

—Pues es muy linda, afirmó el íntimo. Y sábetelo que monta á caballo como un cosaco.

—¡Oh! Athenais La Plata tiene el talle mas esbelto, el color mas pálido, las miradas mas *feras* (queria decir altivas) de todas las bellas de Madrid! ¡Es *delicioso!* opinó el parisiense español.

—Tiene cuello de cisne con ondulaciones de serpiente; es magnífica, —añadió atragantándose Bonifacio.

(1) Sé vivir.

— ¡Es un partido loco, *ma foi!* Su padre tiene cuarenta millones, y es hija única, — volvió á decir el hijo del capitalista, — que no por ser gran apreciador de beldades, dejaba de serlo muy cumplido de patacones.

— Debes aprovechar la rachita, y casarte pronto, aconsejó el íntimo. Mira que las niñas con cuarenta millones son mas caprichosas que el viento, mas mudables que las veletas, y hacen cuanto quieren, porque muchos padres de las tales millonarias, que á veces no saben mas que el castellano, respetan y consideran altamente á sus hijas, porque han aprendido en las novelas de Sué el francés, y en las óperas el italiano. El capricho de una niña millonaria es un relámpago. Así no pierdas tiempo: te espondrias á....

— A una *decepcion*, dijo acabando la frase el galo-hispano.

— A un *désabusement*, añadió la copia, que esta vez, con íntima satisfaccion suya, sobrepujó, á su entender, al original.

— ¿Qué pensais vos de todo esto? preguntó Gallardo á su tío con una risa que él queria decir de chanza, pero que era en realidad de satisfaccion.

— Sí, decid vuestro parecer, añadió con ironía para ocultar su mal humor, el capitalista. Los Nestores son los que se deben escuchar en los *consejos marciales* como en los matrimoniales.

La face des viellards est pleine de majesté:

Leur voix sur l'existence a des secrets intimes (1).

— *Un vieux de la vieille* (2); añadió la copia, es una califonia de experiencia, un consejero barómetro y cronómetro, una gramática parda encuadernada en oro, un.....

— Calla, Boni, dijo el capitalista al oido de su amigo, que, menos acostumbrado que él al Champagne, empezaba á sentir su influencia, bajo la cual se iba emancipando.

Entretanto el anciano callaba, pasando sus dedos por su cano bigote.

— Con que.... ¿qué es lo que opinais, general? preguntó Gallardo.

— Opino, contestó el interrogado, que te debes casar.

— *C'est clair*, dijo el parisiense.

(1) La faz de los ancianos está cubierta de magestad.

Su voz tiene íntimos secretos sobre la existencia.

(2) Un antiguo soldado del antiguo ejército.

—Es claro,—repitió Bonifacio,—claro, como la detestable agua. ¡Y se piensa traerla á Madrid!!! ¿Y en esto se gastan millones?

—*Taisez-vous, mon cher* (1), le dijo á media voz su modelo.

—No me dá la gana, contestó en excelente español la copia.

—Por supuesto que debe casarse, opinaron los demás.

—Entendámonos, caballeros, dijo el anciano: opino, Gallardo, que te debes casar, no con la lechuguina de los millones, sino con Lucía.

Un clamoreo unánime acogió estas palabras.

—General, abusais de vuestro papel de Nestor, exclamó el galo-hispano.

—El héroe de los pasados tiempos chochea, quiero decir, *radota*; ¡voto un voto de censura! tartamudeó la copia.

—Ssst. Boni; *je vous en prie*, ¿quereis llevar otra andanada de ese ponton arrumbado? No le provoquais, que otra vez puede que mi prudencia y mi desden no alcancen á contener mi genio, le murmuró al oído el capitalista.

—El general se chancea, dijo el íntimo, porque un caballero de su delicadeza no puede aconsejar á un hombre de la posicion de Gallardo que se case con su moza.

—Porque aun tengo delicadeza, planta que se arraiga de tal suerte cuando ha echado raices, que no pueden arrancarla de su suelo, ni el arado de plata, ni la azada de oro, que labran hoy el campo de las idas, por esa razon aconsejo al hombre que ha cometido una maldad, que la enmiende; al que ha perdido una jóven honrada, que la ampare. Y tanto mas cuanto mas á la vista de todos le ponga su posicion. Con mas motivo se lo aconsejo, si le sonrie el porvenir, para que no le reconvenga lo pasado. En mis tiempos, señores, no se trataban los casamientos en consejos semipúblicos; eran los solos consejeros, segun las circunstancias, el corazon, el honor, ó la conciencia. Pero,—añadió el anciano levantándose,—mi dictamen es entre vuestros pareceres tan heterogéneo, como lo es mi persona entre alegres jóvenes. Saludo á VV. caballeros. Adios, sobrino: no me convides á tu brillante boda, si te casas con la millonaria de los caprichos, no estoy ya para tales fiestas. Si te casas con Lucía, seré tu padrino.

Diciendo esto se alejó el noble y honrado veterano.

—¡Estilo de poema épico! dijo el sesudo parisiense.

—¡Tono de *elegia lírica*! tartamudeó la copia. El decano, para opi-

(1) Calla, querido.

nar así, debe haber bebido un *desuella-paladar* catalan , en lugar del excelente, exquisito, deleitable, delicioso.....

—Basta, Boni, dijo interrumpiéndole su amigo, y haciéndole seña con el pié para indicarle la urgencia de refrenar su lengua.

—El general tiene testualmente el pié en la sepultura, y todo lo vé color *de profundis*, opinó el íntimo. Gallardo, en este siglo positivo, no hay mas sino arreglar uno por sí el paso de su marcha; lo demás es ciertamente anticuarse y ponerse en ridículo.

Entretanto pasaban dias y dias , y cada uno trayendo su asunto, su novedad , su interés y el olvido del que le precedió. Los medios de subsistencia habian ido faltando á Lucía, sin que ella se lo participase á Gallardo; porque con el sentimiento del deber y rubor de la vergüenza, habia comprendido Lucía el oprobio de la dádiva y la doble humillacion de admitirla y solicitarla. Todas cuantas cosas de valor poseia , las habia ido vendiendo, y veia acercarse el fin de sus recursos.

—¿ Qué será de mí? se preguntaba un dia, tristemente inclinada la cabeza sobre el pecho, con mas decaimiento que inquietud, con mas inercia que angustia. He desaprendido el trabajo, haciendo como el marinero, que en los dias de calma olvida las maniobras. ¿Qué es, pues, lo que haré cuando nada me quede? ¿ En qué pensará el que me ha perdido? ¿ Cuándo volverá á acordarse de que yo existo?

Un dia entró en su cuarto la patrona de la casa en que vivia, trayéndole una carta.

—Es de Madrid, la dijo con adolorada sonrisa. Apostaria á que el general anuncia su vuelta, y confirma la noticia que corre, de que le hacen capitán general de Andalucía.

Lucía abrió y leyó esta carta:

«Querida Lucía:

«Las cosas no pueden ser eternas. La edad trae ideas serias; la vida del hombre obligaciones; las circunstancias compromisos, y la posicion deberes, que fuerzan al hombre á hacer sacrificios en favor de la *moral* y de la *razon*, que si bien son dolorosos son necesarios.

«Mi familia ha tratado un casamiento para mí, que me asegura una suerte estable y un porvenir brillante; y ha traído las cosas á punto, que no me es posible oponerme á ellas, sin ofender á una poderosa y respetable familia, sin comprometer á la mia, y causarme graves perjuicios, perjuicios que tú serias la primera en *deplorar*.

«Creo que nada te sorprenderá, ni menos te afligirá la necesidad en que me veo de establecerme bien; y creo igualmente que no me echarás de menos; porque há mucho tiempo que he notado lo disgustada que vivias á mi lado, y lo poco grata que te era mi presencia. Quizás alguno ocupa ya en tu corazon el lugar que he ocupado yo. Y si has de ser mas feliz á su lado que lo has sido al mio, tengo bastante *filantropía* para ser el primero en celebrarlo.

«Adios. Es probable que no nos volvamos á ver jamás. Pero cree que nunca te olvidaré, y si en algo puedo servirte, ocúpame.»

—Con que.... dijo con ahinco la pupilera, ¿dice algo de venir?

—No, respondió Lucía, por cuyas mejillas corrian presurosas y abundantes lágrimas; al contrario, dice que no viene.

Aunque no tenia Lucía por Gallardo propiamente lo que se llama amor, en cuatro años de trato, su cerazon, que era amante, se habia pegado á él, y la fria insensibilidad con que se habia separado de ella, no podia menos de herirla y causarle dolor. Aunque odiaba su situacion, la nueva que se le presentaba de repente, acongojaba su tímida índole. Así era que no pudo contener aquellas lágrimas de pena y de angustia.

La cara de la pupilera, sus maneras y su tono habian cambiado á un tiempo; porque este dolor la confirmó en lo que sospechaba, y era que Lucía estaba abandonada por su amante.

—Señora, dijo, he introducido un arreglo en mi casa con motivo de unos apuros, en que por desgracia me encuentro; he dispuesto exigir anticipadamente el costo del pupilaje: los demás pupilos se han conenido, y espero que lo hareis tambien vos.

—No señora, dijo Lucía, porque parto mañana: así solo tengo que entregaros lo vencido.

Aquella noche salió la pobre abandonada, y vendiendo toda su ropa á una prendera, pagó á su acreedora, quedándole únicamente lo preciso para satisfacer á unos arrieros que conducian aceite á Jerez, lo que exigieron por llevarla en uno de sus mulos á dicho pueblo. Desde allí pensaba trasladarse á Arcos á pié. A la mañana siguiente al despuntar el dia, salió por la puerta de Carmona, echando una larga y triste mirada sobre aquella dormida ciudad, á quien sirve de paje el Bétis, de insignia la Giralda y de gala sus azahares; la que es á la vez alegre como una aldeana é imponente como una reina, hermosa como una jóven y llena de saber y de recuerdos como una matrona.

graciosa como una andaluza del día, y digna y castiza como una castellana vieja.

En Jerez se halló Lucía sola y sin recurso alguno; pero su buen ángel la hizo encontrarse en el meson en que se apeó, con el tío Bartolo. La vista de aquel no le hubiese causado mayor consuelo que lo hizo la vista de este antiguo amigo de su casa. Contóle toda su triste historia, añadiendo por último que no sabia qué hacer, porque ni para el servicio de una casa se atrevía á ofrecerse.

—Hija, la dijo el antiguo guerrillero, te desvaneciste en casa de esa Leona del demonio; y por su mal le nacieron alas á la hormiga. Si tú le hubieras puesto cara de hereje al desalmado ese, no se habria atrevido á lo que se atrevió. ¿Qué fines,—me querrás decir,—se puede llevar un usía en hacerle zorroclocos á una campesina como tú, sino hacer burla de ella?

Pero, en fin,—añadió viendo correr las lágrimas á Lucía,—no hablemos de lo pasado que eso es despues del conejo ido, palos á la cama, y no soy yo de los que sacan astillas del árbol caído, ni de los que á borrica arrodillada le doblan la carga. El arrepentirse es un bautizo y abre el redil; y tú arrepentida estás, puesto que te vuelves á tu pobreza porque te sale de adentro; pues de lo contrario, no te hubiesen faltado por esas poblaciones mayores, perversos que te hubieran acabado de perder. Vente conmigo, que yo le hablaré á Lucas para que te reciba, como le corresponde hacerlo.

—¡Tío Bartolo!—esclamó tristemente Lucía,—¡nunca me perdonará! Ha dicho que no tiene hermana, y nadie le hará decir otra cosa.

—Verdad es, repuso el guerrillero, que los Garcías tienen las cabezas mas duras que bigornias de herrador, y que *escarmenao* (1) salió cuando el casamiento de tu padre, en descanso esté. Pero ahora es otra cosa. Lucas ha salido una prenda; no que tu padre salió una cabriola, y mas fácil es ayuncar á dos que liga la sangre, que no desayuncar á dos que liga el diablo. Allá veremos; y Dios sobre todo. Entretanto te vienes á mi casa; en ella no hay abundancias, pero no falta buena voluntad.

Al día siguiente caminaban por el camino que ya hemos descrito al principio de esta relacion, el tío Bartolo y Lucía. Iba ésta montada en una borrica, y seguíale á pié el bueno y ágil anciano, formando todos, en lo material, un precioso modelo para el pintor que hubiese

(1) Escarmentado:

querido fijar en el lienzo el siempre santo, siempre tierno y sublimemente humilde asunto de la huida del Patriarca y de la Virgen. Al anochecer llegaron á Arcos.

¡Pobre de aquel, que al volver á su lugar natal, en vez de sentir la mas pura y completa felicidad, siente destrozado su corazon por el dolor y la vergüenza! ¡Que halla muertos sus padres, hecha propiedad agena la casa en que nació, y en el semblante de sus paisanos y amigos, en lugar de la sonrisa de bienvenida, el frio desden de la estrañeza!

En cuanto dejó el tio Bartolo á Lucía en su casa, y mientras le preparaban la cena, pasó á la de Lucas García.

Lucas, al recibir su licencia, habia regresado á Arcos, donde estaba ocupando su puesto entre los jornaleros, con tan buen crédito, que ya le habian propuesto varios cargos y conveniencias. Como es de pensar, habia hallado la casa de su padre vendida. Pero como aun vivia allí su parienta, habia alquilado en ella una habitacion, y su parienta le asistia.

Entró el tio Bartolo en el momento en que Lucas acababa de cenar.

—¿V. gusta, tio Bartolo? le dijo Lucas al verle entrar.

—Gracias, que aproveche, como si fuera leche. ¿Quieres tú taba-
quear?

—No vendrá malamente.

El tio Bartolo dió un cigarro de papel á Lucas, encendió el suyo, y le dijo á quema ropa, segun su costumbre:

—Lucas, hombre, ¿me querrás tú decir el por qué no me hablas nunca de tu hermana? Oye, ¿te parece á tí que una hermana carnal es acaso un remiendo postizo?

Lucas, desagradablemente sorprendido, frunció el ceño y contestó:

—Yo no tengo hermana, tio Bartolo.

—¿Qué?... ¿qué dices?

—Ya lo dije; en mi cortijo no se dá mas que un panete, tio Bartolo.

—¡Anda á paseo con esas terriblezas! ¿Qué derecho tendrás tú,—me querrás decir,—de renegar de tu hermana, aunque su vida no haya sido como debe ser?

Lucas se habia puesto pálido, y la reprimida indignacion hacia retemblar su barba.

—Tio Bartolo, dijo aparentando indiferencia, siempre se ha dicho que con el que se vá, no se cuenta. Dejemos esta conversacion.

—No me dá gana: ¿estás? Ahora quiero decirte que esa cara de juez

si bien pega para el pecador], no pega para el arrepentido. ¿Te enteras? Y la pobrecita de tu hermana lo está; y ya sabes que el que peca y se enmienda, á Dios se encomienda.

—Tio Bartolo, le he dicho á V. que no tengo hermana.

—¡No eres tú testarudo en gracia de Dios! Ven acá; alma de mona, ¿cómo dices que no tienes hermana, si te la ha dado Dios? Lucas, aquí he venido, y no me voy hasta que perdones á tu hermana.

—Tio Bartolo, no se empeñe V. en lo que no ha de lograr.

—Lo propio eres tú que tu padre, y ambos á dos mas cabezones que bueyes. Juan García y Lucas García, ¡vaya un par para una carreta!

—¿Señor, por qué me viene V. asombrando con ese rocion de dictorios? Para decir el toro viene, no es menester ir con tantos arrempujones.

—Porque viene á pelo, y cuando las cosas vienen á pelo, mas que la burra se caiga en el suelo. Nada malo te digo, sino la purísima verdad. Tú sí que estás hablando como ensucia el diablo, poco y malo, y lo que dices no tiene forma ni manera. Pero volvamos al caso, que yo no suelto el cabo así como se quiera cuando defiendo la razon. Iba, pues, diciendo, que peor es tu terquedad que la de tu padre. Porque mira; menos malo es empestillarse en casarse con su moza, que no empestillarse en no perdonar á su hermana: lo propio se peca por carta de menos, que por carta de mas. Si á tu padre le faltó punto, á tí te sobra mas de la mitad. Tu madre te encomendó á tu hermana; ¿te vés á desentender de la última voluntad de la que te parió?

—Me encomendó á mi hermana, sí; pero á la moza de un villano no.

—Estás mas remontado que un águila, que es pájaro real, y echando cada fallo como un *avidor* (oidor): te se figura que sabes mas que la regencia, y sábetete que vés descarrilado, hijo; y que no te toca á tí echar abajo antes que Dios, á la hija de tu madre, y con menos razon teniendo tú tu parte de culpa en la desdicha.

—¿Yo, señor?

—Sí, tú. Pues ¿por qué soltaste la carga como potro cerril, te echaste la encomienda de tu madre á las espaldas, y sin encomendarte ni á Dios ni al diablo, cojiste el fusil, sabiendo de sobra que por seis años habias de estar emparedado en la casaca, y perder de vista á esa *desdichá*? Bien sabias que la dejabas en una casa donde estaba la maldad muy establecida. Y *asina* sucedió lo que sucedió; que si tantos halcones la garza combaten, á fé que la maten. Pero ya eso no tiene remedio, y lo pasado, pasado. Ahora, ¿te parece *rigular* que cuando la

hermana de tus entrañas se aparta de su mala vida, no tenga á quien volver la cara, cristiano?

—Eso que lo hubiera mirado con tiempo. No hay cuesta arriba que no tenga cuesta abajo.

—Pues, hijo, ¡eso es! mira la plaga, mira la llaga, cierra la bolsa y no le des nada: eso es tener entrañas de pagano para una pobre criatura á quien empujaron, y que no supo lo que se hizo.

—Tio Bartolo, ignorancia no quita pecado.

—¿Te parece á tí que si hubieras tú tenido tu mala hora, esto es un decir, un *verbo gracia*, que hubieses robado ó cosa *asina*, que deshonorase, y te hubieses llegado á tu hermana, que ella te habria huido la cara? ¿A que nó?

—Pues hubiera hecho mal. Pero es caso imposible porque el cuidado hubiera sido mio de no ponerme delante de ella, que quien pringa á los suyos con su lepra los enferma y no sana, tio Bartolo.

—Lucas, hijo, dice la sentencia, obra con buena intencion, y no con pasion.

—Y el refran que la sangre sin fuego hierve, tio Bartolo.

—Lucas, ¡por María Santísima! quien no tiene misericordia, ¿cómo ha de esperarla de Dios? Haz una buena obra, y cuando te echés á dormir, mas que sea en una estera de anea, te parecerá un lecho de plumas en el que has de dormir sin sueño.

—Tio Bartolo, no se canse V. Mas que supiera condenarme, no quiero oír hablar de esa infame. ¡Mi hermana murió; yo no tengo hermana! Y con esto.... punto.

—¡Anda, Cain!—dijo levantándose indignado el buen anciano,—y quiera Dios señalarte, como hizo con aquel mal hermano, á quien maldijo. Mas vale ella con su culpa y su arrepentimiento, que no tú con tu virtud y tu soberbia.

No es de pintar el desconsuelo de la infeliz Lucía cuando el tio Bartolo la informó del ningun resultado de su gestion.

—¡Dios santo! exclamaba entre sollozos, ¡solo en vos hallaré misericordia! ¡Ay de mí! yo que tanto he amado á ese hermano mio en los dias felices de mi niñez, cuando, libre de culpa yo, era él todo mi consuelo! ¡Entonces no sabia qué hacer para complacerme, y me juraba no abandonarme nunca!

—Vaya, sosiégate, hija,—le dijo el tio Bartolo,—que perdiz azorada, en el dia asada. ¿A qué necesitas á ese descastado sin entrañas? ¿No me tienes á mí? No es tan chico el techo de mi casa que no pueda co-

bijarte; y lo que yo, comerás tú. Así ayudarás á mi pobre Josefa, que está ya hecha un tiesto, y no para muchas; pues la hacienda de la muger, hecha y por hacer.

Despues que todos los de la casa se hubieron recogido, velaba Lucía en la soledad de la noche, y lloraba lo que tan feliz la hiciera antes su inocencia, su pobreza y el cariño de su hermano. Lanzada en el vasto campo de sus recuerdos, la pobre Lucía se affigia y consolaba al mismo tiempo, trayendo á su memoria cada pormenor de su sencilla vida, cada prueba de cariño dada por su hermano, y cada esperanza marchita ó muerta. Su angustia y su agitacion fueron creciendo con las sombras y el silencio de la noche, y no le dejaban ni un momento de descanso.

—¿Qué haré? ¿qué haré?—esclamaba tapándose la cara con sus manos,—yo no puedo ser una carga para el buen anciano que me ha recogido; ni quedarme en el pueblo en que mora el hermano que me desconoce, y enseña así á los demás á ultrajarme. ¿Qué haré? ¡Mendigar, si trabajo no hallo! ¿Dónde iré? Donde Dios me guie.

Sin aguardar el dia, y para que no se apercibiese su protector de su partida, abrió silenciosamente la puerta y se salió á la calle.

Antes de dejar para siempre aquellos sitios queridos, se paró en la casa contigua, que era aquella en que habia muerto su madre, en la que habia pasado su tranquila infancia, y en la que dejaba al hermano á quien seguia queriendo, á pesar de su inhumanidad para con ella.

Lucas, por su parte, tampoco podia dormir. Agitado, inquieto, exasperado, huíale el sueño y pesábale su corazon.

De repente oyó á la puerta de la calle una voz dulce y trémula, que cantaba aquel mismo romance que él cantara á su hermana cuando niña.

Lucas saltó de la cama por un ímpetu involuntario, y en seguida llevó sus manos á sus oidos como para tapárselos.

La voz cantaba:

¡Por Dios te lo pido, hermana!
 ¡Por Dios y Santa María!
 ¡Que me des una limosna,
 Que Dios te lo pagaría!

Lucas, que se ahogaba, se sentó sobre su lecho, y pateó el suelo con rabia y dolor.

La voz proseguia cada vez mas lenta y trémula:

Tomó un pan, y lo partió,
¡Y halló que sangre vertial....

Lucas, que respiraba con dificultad, se tapó con ambas manos su rostro cubierto de lágrimas.

Pero cuando la voz entre sollozos prosiguió:

Quien niega el pan á su hermana,
Ese entrañas no tenia;
Quien niega el pan á su hermana....
¡Ese lo niega á MARIA!

Lucas se precipitó á la puerta, la empujó con violencia, salió, abrió los brazos, y Lucía, lanzando un grito, se arrojó en ellos.

Al dia siguiente decia el tio Bartolo á su muger:

—Cuando el diablo se apodera de uno, todas las puertas las atranca. Pero hasta no estar condenadas de un todo las criaturas, permite su DIVINA MAGESTAD que quede un postigo abierto en su corazon.

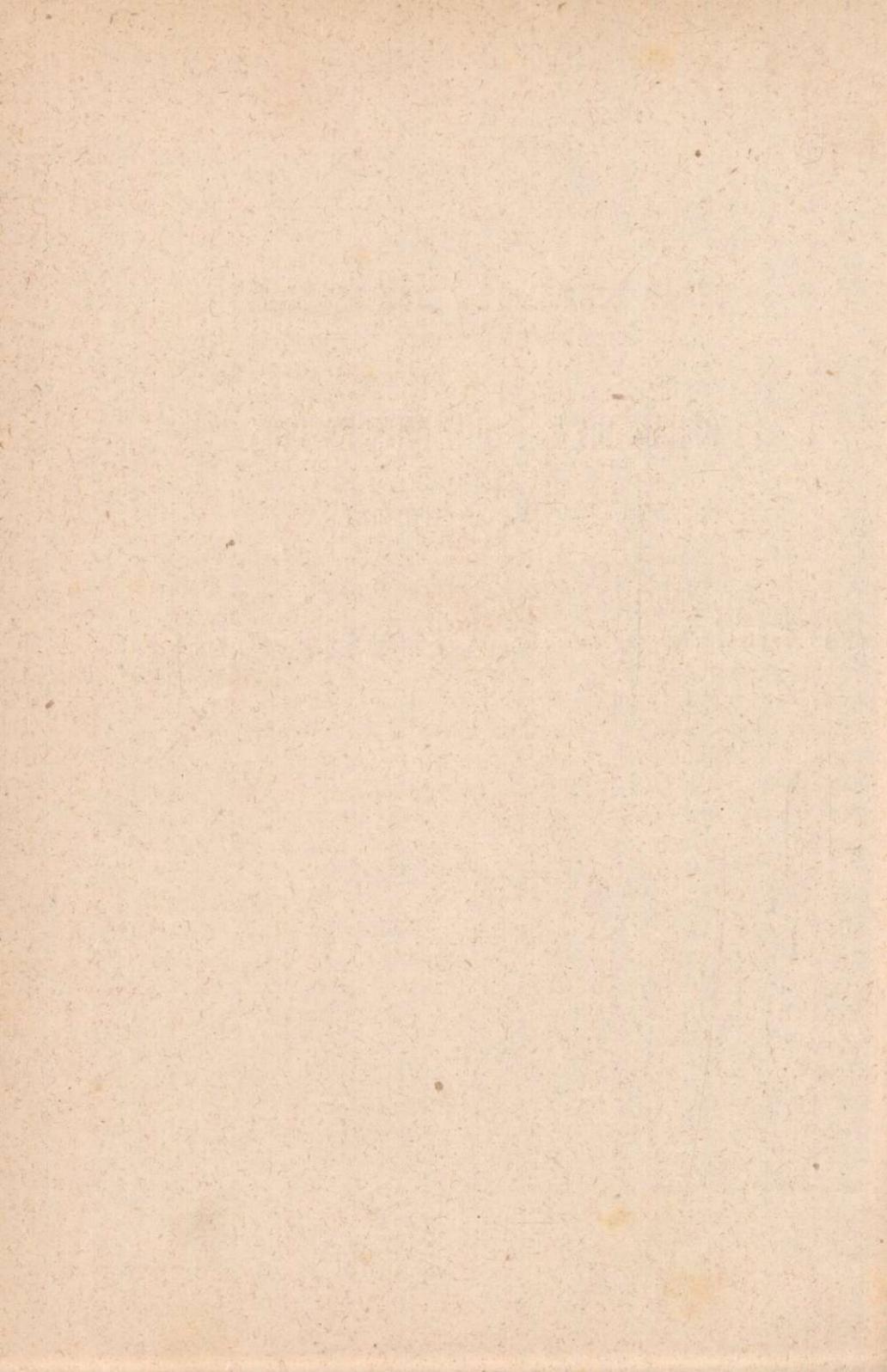
FIN.

OBRAR BIEN.... QUE DIOS ES DIOS.

CUADRO DE COSTUMBRES

POB

FERNAN CABALLERO.



OBRAR BIEN.... QUE DIOS ES DIOS.

La vertu est aussi une force.

Toullote.

La virtud es tambien una fuerza.

I.

Saliendo del pueblo de Dos Hermanas en direccion á Sevilla, vense á la izquierda olivares, que se prolongan en línea recta, y que al internarse, se alzan sobre un cerro dilatado, aunque de poca altura. En la cima se halla escondido entre los olivares un antiguo castillo, que labrarian los moros sobre aquel cerro, porque domina una estensa llanura. Hallábase no há muchos años, y suponemos que aun hoy día se hallará, en el mismo estado en que lo tuvieron los árabes, sin mas variacion que haberse convertido en molino de aceite el local que probablemente fué cuadra, en trojes lo que seria almacen, y en estancia para los trabajadores campesinos lo que seria cuartel de las tropas. Con estas variaciones, á favor de las cuales, del estado militar pasó al estado civil, esto es, de castillo se convirtió en hacienda,—adquirió legítimamente el nombre de Serrezuela, que puede fuese el nombre de su conquistador cristiano, aunque no lo sabemos. Lo que sí sabemos, y nos interesa mas, es el nombre que le puso y conservó el pueblo estrajudicialmente en los archivos de la tradicion, y fué el de Castillo del último moro.—Hé aquí el hecho que le valió el nombre.

En la época de la espulsion de los árabes, el cáudillo que defendia el castillo, nunca quiso rendirse ni capitular. Mucho tiempo se mantuvo encerrado entre sus muros de argamasa, como el leon en su jaula de hierro. Todos los días se le veia subir con sus compañeros á una de las cuatro torres que flanqueaban en sus ángulos el cuadrado castillo, para descubrir en la inmensa estension de terreno que abarcaba su vista, si le llegaba socorro de los suyos; ¡pero en vano! El santo rey

los había ahuyentado á todos. Hecho el reconocimiento, bajaba,—si bien marchitas las esperanzas,—inmutables, firmes y lozanos los brios.

Poco á poco observaron los sitiadores aminorarse el número de los que le acompañaban, hasta que le vieron subir solo. Siguió impertérrito en su inspeccion diaria que hacia descolorido, caido de fuerzas, pero siempre entero de ánimo.

Un dia no subió. Aquel dia escalaron los cristianos los muros sin hallar resistencia. Al pié de la escalera de la torre encontraron armado, en pié y sin vida, al nunca rendido último moro.

Efectivamente, aquel castillo de argamasa aislado y oscuro, sin mas comunicacion con lo exterior que la puerta de entrada, flanqueado con sus cuatro torres coronadas de almenas, semejantes á pirámides de cementerios, parece un gran ataúd. Está estrechamente rodeado de olivos que le cercan apiñados, como para enterrarlo. Cual la del navegante, nada percibe la vista del que está dentro, ó en su cercanía, sino una multitud de verdes copas de olivos,—semejantes á la multitud de verdes olas de la mar,—y el cielo sobre su cabeza. La escalera por la que subia el moro á la plataforma de la torre, está deruida, y no prestando utilidad, no ha sido reedificada. No siendo tampoco necesarios para las sencillas gentes campesinas que allí moran ninguno de los requisitos que sirven en los edificios labrados para ser cómodamente habitados, el Castillo del último moro permanece en el mismo ser y estado marcial, escueto y fuerte que tuvo, y es digna tumba del que lo defendió hasta su muerte.

¡Nada mas triste que ese resto tan intacto de un pasado tan desvanecido! Esa eterna existencia entre extraños, es triste en su inmovilidad, cual la del judío errante en su incesante movimiento. ¿Qué sobrevive y que la de aquel hecho heroico? Una tradicion en boca del pueblo, que nadie escucha, y esa gran tumba de héroes sepultada entre olivos, sobre la cual las simbólicas ramas de estos estampan por solo epitafio: *¡Paz á los muertos!*

Parecia aquella morada comunicar algo de su gravedad y silencio á la familia del capataz que la habitaba. Era éste un hombre austero; su muger era callada, y sus hijos tímidos. Vármén, la mayor, que unia á su timidez juicio y dulzura, era bien querida en el lugar, en que hablando de ella, sellaban su elogio con decir, segun la expresion del pais, que era arriñadita á la iglesia.

En una ocasion acaeció que murió el guarda del olivar al tiempo

de la cogida (1), lo que apuró tanto mas al capataz, cuanto que era á la sazón mas necesario y mas difícil hallar quien le reemplazara. Uno de los arrendadores de la aceituna le propuso á un hombre que dijo ser muy propio para el oficio, y el capataz le admitió sin conocerle y sin saber sus antecedentes, en vista de la necesidad que de él tenia.

El nuevo guarda era un hombre que sin ser mal parecido, repelia. Su tez tostada, sus espesas patillas, su adusta y altanera mirada, le daban, al decir de los trabajadores, sombra en la cara: sus modales bruscos y sus pocas palabras alejaron de él todas las simpatías. A poco se espació una voz por el lugar,—una de esas voces que parecen formarse en las nubes, y que llegan á la tierra como aerólitos consistentes y compactos,—de que aquel hombre, que parecido al huracán, habia venido sin saberse de dónde, ni adónde iba, andaba á salto de mata, prestado y forastero en todas partes, para burlar á la justicia que le buscaba con objeto de echarle mano.

Vármén notó con sobresalto que cuando venia el guarda al castillo á las horas de las comidas, tenia fija tenazmente sobre ella su atención. Era Vármén lo que suelen ser las que se clasifican de arrimadas á la iglesia; opuesta á que se ocupasen de ella. Su vestir era con extremo aseado y primoroso, pero rigurosamente sencillo; la ropa que llevaba era basta, pero limpia; cuidadosamente remendada, pero sin adorno alguno: su cabello estaba siempre alisado y recogido; pero nunca adornaban flores su cabeza. Las flores de los jardines quieren las brisas de primavera para ostentarse: en las cabezas de las mugeres quieren las alegrías que no todas tienen, ¡ni aun en la juventud! Así es como el agradar á los hombres no se lo pedia su vanidad, ni agradar á aquel se lo pedia su corazón, puso todo esmero en evitar su presencia.

Una mañana estaba Vármén en el patio, lavando en una media tinaja empotrada en un poyo adherente al pozo: á su lado estaban jugando sus hermanas y los hijos del manijero (1). Vármén no prestaba atención ni á sus juegos ni á lo que decían: en cuanto á nosotros, no podemos pasar cerca de un grupo de niños sin detenernos para observarlos. En ellos se encuentra la gracia sin afectación ni pretensiones, que sin buscarlo, halla el agrado; gracia inocente cual ellos, y por tanto llena de encanto y de simpatía.

(1) La cogida de la aceituna para cosecharla.

(1) Manijero, el capataz de la cuadrilla de trabajadores en el campo.

—Mariquilla, dijo la niña del manijero.

Quando baja rie, quando sube llora:
¿A que no me lo aciertas en una hora?

—Yo no sabo, contestó la interrogada, que era la menor y mas mimada de las hermanas de Vármen.

—¡Qué tonta eres! Es el carrillo.

—Chacha,—dijo Mariquilla altamente ofendida,—Josefita me dice tontona.

—Vamos, no reñir, intervino Vármen; á cantar como los pájaros, á ver si os crecen alas.

Las chiquillas no se hicieron de rogar, y la una cantó:

En un cuerno de la luna
He puesto á mi corazon,
Para que no se lo lleve
Un gato que es muy ladron.

—No dice gato, que dice niño, observó otra mayorcita.

—Gato, afirmó la cantadora; que los niños no son ladrones.

—¿Que no? Tu hermanito dichoso me robó á mí tres bellotas.

—Eso era chancilla.

—¡Caramba con las chancillas! Tiene tu hermano la gracia, lo mismo que las abispas; por detrás, y que duele.

—Y el tuyo es mas feo que el Carlanco.

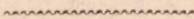
—Yo sé el cuento del Carlanco, observó otra.

—¿Quién te lo contó?

—Mi abuela, que sabe mas de mil.

—Anda, Catalina, cuéntalo.

La interpelada estuvo muy dispuesta, y todas se pusieron á escucharla con gran atencion, y nosotros con ellas.



II.

EL CARLANCO. (1)

CUENTO POPULAR INFANTIL.

Era vez y vez una cabra, muy muger de bien, que tenia tres chivitas que habia criado muy bien, y metiditas en su casa.

En una ocasion en que iba por los montes, vió á una abispa que se estaba ahogando en un arroyo, le alargó una rama, y la abispa se subió en ella y se salvó.—¡Dios te lo pague! que has hecho una buena obra de caridad, la dijo la abispa á la cabra. Si alguna vez me necesitas, vé á aquel paredon derrumbado, que allí está mi convento. Tiene éste muchas celditas, que no están enjalbegadas, porque la comunidad es muy pobre, y no tiene para comprar la cal. Pregunta por la madre abadesa, que esa soy yo, y al punto saldré, y te serviré de muy buen agrado en lo que me ocupes. Dicho lo cual, echó á volar cantando maitines.

Pocos dias despues les dijo una mañana temprano la cabra á sus chivitas:—Voy al monte por una carguita de leña; vosotras encerraos, atrancad bien la puerta, y cuidado con no abrir á nadie; porque anda por aquí el Carlanco. Solo abrireis cuando yo os diga:

Abrid, hijitas, abrid,
Que soy la madre que os parí.

Las chivitas que eran muy bien mandadas, lo hicieron todo como se lo habia encargado su madre.

Y cate V. ahí que llaman á la puerta, y que oyen una voz como la de un becerro, que dice:

Abrid, que soy el Carlanco,
Que montes y peñas arranco.

Las cabritas, que tenian su puerta muy bien atrancada, le respondieron desde adentro:

(1) El Carlanco pertenece á la familia de los pavorosos y fantásticos mónstruos del Cancón, del Bú y del Coco.

Abrela, guapo.

Y como no pudo, se fué hecho un veneno, prometiéndoles que se la habian de pagar.

A la mañana siguiente fué y se escondió, y oyó lo que la madre les dijo á las chivitas, que fué lo propio del dia antes. A la tarde se vino muy de quedito, y arremedando la voz de la cabra, se puño á decir:

Abrid, hijitas, abrid,
Que soy la madre que os parí.

Las chivitas que creyeron que era su madre, fueron y abrieron la puerta; y vieron que era el mismo Carlanco en propia persona.

Echáronse á correr, y se subieron por una escalera de mano al sobrado y la tiraron tras sí, de manera que el Carlanco no pudo subir. Este, enrabiado, cerró la puerta, y se puso á dar vueltas por la estancia, pegando unos bufidos y dando unos resoplidos, que á las pobres cabritas se les helaba la sangre en las venas.

Llegó en esto su madre que les dijo:

Abrid, hijitas, abrid,
Que soy la madre que os parí.

Ellas desde su sobrado le gritaron que no podian, porque estaba allí el Carlanco.

Entonces la cabrita soltó su carguita de leña, y como las cabras son tan lijeras, se puso mas pronto que la luz en el convento de las abispas, y llamó.—¿Quién es? preguntó la tornera.—Madre, soy una cabrita para servir á V.—¿Una cabrita aquí, en este convento de abispas descalzas y recoletas? ¡vaya! ni por pienso. Pasa tu camino, y Dios te ayude, dijo la tornera —Llame V. á la madre abadesa, que traigo prisa, dijo la cabrita; sino voy por el abejaruco, que le ví al venir por acá.—La tornera se asustó con la amenaza, y avisó á la madre abadesa, que vino, y la cabrita le contó lo que le pasaba.—Voy á socorrerte cabrita de buen corazon, le dijo, vamos á tu casa.

Cuando llegaron, se coló la abispa por el agujero de la llave, y se puso á picar al Carlanco, ya en los ojos, ya en las narices, de manera que lo desatentó, y echó á correr que echaba incendios, y yo

Pasé por la cabreriza,

Y allí me dieron dos quesos:

Uno para mí, y el otro

Para el que escuchare aquesto.

III.

Apenas concluía la contadora su cuento, cuando entró el guarda, que sin decir palabra, se acercó á ellas, puso su escopeta á su lado, se apoyó en el pilar del pozo, y se puso á picar un cigarro. Vármén se sintió desconcertada y fatigosa con la presencia de aquel hombre, que la repelia, y tuvo deseos de alejarse. Pero por un lado no tenía pretexto para hacerlo, sin faltar á esa urbanidad innata, pasada á deber y á costumbre en el pueblo; y por otro, le urgía concluir lo que estaba haciendo.

Al cabo de un rato, y como para entrar en conversacion, llamó el guarda á Mariquita; pero ésta, en lugar de acudir, se refugió al lado de su hermana, y se abrazó á sus faldas, en cuyos pliegues desapareció su diminuta persona, sin que de ella se percibiese mas que su carita, que miraba con desconfianza al que la había llamado.

—¡Esquiva! dijo el guarda; eso es de casta.

Vármén permaneció callada.

—Oiga V., prosiguió su interlocutor: no es de ahora que noto yo que me huye V. la cara.

—No huyo la cara ni á V. ni á nadie, contestó Vármén; pero no soy amiga de dar conversacion á los hombres.

—Ni yo de sembrar para no coger: ¿está V., Vármén?

—Pues para eso, mire V. antes en la tierra que siembra; que la tierra que sirve para viña, no sirve para olivar, contestó Vármén.

—¿V. me desprecia á mí?

—No señor, yo no acostumbro á bajar á nadie de su estado.

—Pues ábrame V. la ventana esta noche, que tengo que decirle.

—¿Yo? No señor: yo no abro mi ventana.

—A otro se la abrirá V.

—No señor; ni al lucero del alba que viniese con una torta en la mano.

—Pues por eso digo, que en cámbio de mi voluntad que le he dado, me dá V. un desprecio.

—Yo no desprecio á V.

—Pero no me quiere dar oídos.

—Eso no, ni pasarse, ni llegarse.

—Si no es hoy, mañana será; ó he de poder poco.

—Señor, exclamó azorada y ofendida Vármén. No esprima V. tanto la naranja que amargue el zumo; y déjese de andar tras de aquello que no ha de alcanzar.

—A carrera larga nadie escapa, repuso el guarda, cogiendo su escopeta y alejándose.

La pobre Vármén quedó atribulada; y al domingo siguiente, cuando fué al lugar, le contó al cura, que era su confesor, lo que le habia pasado con el guarda, y tenia perturbado su ánimo, hasta entonces tan sereno.

El cura, sin tener un talento sobresaliente, ni una santidad que llamase la atencion, era uno de esos sacerdotes, cuyo carácter, inclinaciones, estudios, educacion, ocupaciones y hábitos los hacen perfectamente aptos para el desempeño de su ministerio. Con él estaba hacia muchos años tan identificado el cura, que unido esto al conocimiento individual que tenia de cuantos componian su rebaño, le hacian un pastor modelo. Hemos dicho *modelo*, y no *ideal*, porque los ideales son escasos. Por esto se haria mal en no apreciar lo que es muy bueno, solo porque no llega al apogeo ó ideal de la perfeccion, en vista de que esto solo lo hallamos, en realidad, en la vida de los entes privilegiados que han merecido el dictado de santos, y ficticiamente, en las creaciones de los poetas, que hacen bien en presentarlo para enaltecer á la humanidad, pero que harian mal si lo presentasen para desprestigiar y deprimir á aquello que no se eleva á tanto.

—No te inquietes, ni temas, le dijo el cura, pues no tienes por qué; que culpa no tiene quien hace lo que debe. Y tú lo que debes hacer, es no dar oidos á ese hombre.

Al domingo siguiente volvió á hablarle al cura, mas asustada, mas acongojada aun, y le dijo que el guarda la perseguia y hostigaba con su amor, de manera que no la dejaba vivir; y hasta habia llegado á amenazarla, si se mantenía en no darle oidos.

—Sosiégate, hija, y no temas, la contestó el cura. Todas esas son tretas de que se valen los hombres para perder á las inocentes como tú. Obra bien.... que Dios es Dios.

Al tercer domingo, la pobre jóven se mostró mas afligida y atemorizada que nunca; la obstinacion del guarda, su vehemencia y sus amenazas, la hacian temer una desgracia si le exasperaba mas con sus negativas.

Haz lo que debas y suceda lo que suceda. Así terminó el cura los consejos paternales que le dió, para que siguiese impávida en la senda de la virtud.

A los pocos días, habiendo salido Vármen al olivar, para buscar una gallina que se había estraviado, se presentó de repente á su vista el guarda. Vármen asustada se volvió presurosa dirigiéndose hácia la hacienda.

—¿Huyes? le dijo su perseguidor. ¡Huyes de mí, porque te acusa la conciencia!

—¿La conciencia? contestó Varmen. Culpa no tiene quien hace lo que debe.

—¿Tú te has parado á considerar,—prosiguió el guarda,—lo que es y lo que puede resultar de exasperar á fuerza de desprecios á un hombre como yo? ¿Tú sabes de lo que soy capaz? ¿Sabes que puedo perderte?

—¡Obrar bien.... que Dios es Dios! contestó Vármen, con la calma propia en el momento de las grandes crisis.

—¡Vármen! Por última vez.... ¿me desechas?

—Sí, contestó Vármen con la palidez del pavor en el rostro, y la firmeza del buen propósito en el acento.

—Pues sábetelo, ingrata, que en su vida, éste á quien ofendes, ha dejado hueco entre el agravio y la venganza; que eso en la sangre lo tengo, y lo mamé con la leche que me crió.

—Y yo, con la buena enseñanza cristiana que he mamado, tengo en el alma este otro propósito: Haz lo que debas y suceda lo que suceda.

—¡Hola, ya caigo! dijo con concentrada ira el guarda. El que te dirige es el cura. A ese, á ese es al que debo tus repulsas, que no he podido vencer; tus desdenes que no he podido desarmar, tu dureza que no he podido ablandar! ¡Pues él pagará por él y por tí! Mañana me voy; no volverás á verme; ¡pero por estas que me afeito, que te acordarás de mí mientras memoria tengas!

Diciendo esto, el guarda se alejó rápidamente, y desapareció entre los olivos.

A la mañana siguiente vió entrar el cura en su casa á Vármen, la que deshecha en lágrimas le refirió lo que le había pasado.

—No te apures, hija, le dijo, cuando hubo concluido de hablar: esos son espumarajos del coraje, que cae cuando la razón vuelve á adquirir su imperio.

—¡Padre, no le conoceis!—repuso sollozando Vármen,—es un des-

almado. ¡ No salgais, por Dios, mañana, que os vá á matar!

—Sociégate, hija, que vá mucho de hacer una amenaza á cumplirla.

—Padre, repitió acongojada Vármen, no le conoceis; tiene echada el alma atrás, y cumplirá la amenaza: ¡lo ha jurado!

—Pues, hija, repuso el cura, haga yo lo que deba, y haga Dios lo que quiera.

IV.

Del lado opuesto del pueblo se estiende un pinar, al que se llega por un prado de roja arena, que cubre un césped tan corto y espeso, que parece lo ha tegido la naturaleza para avergonzar á los tejedores de las mas afamadas alfombras. En los parajes mas bajos y húmedos en el tiempo de las lluvias, este césped se vé salpicado con tal profusion de pequeñas margaritas blancas, miniaturas de esta bella especie, que parecen ser las once mil Vírgenes del paraiso de Flora. Por los parajes secos crece cercana á la tierra una flor pequeña, que lleva el nombre de *flor de la abeja*, nombre bien apropiado, porque esta florecita tiene con pasmosa exactitud la forma y colores de dicho animalito. No parece sino que bajado á descansar—si es que esa laboriosa é incansable coleccionadora de miel busca jamás descanso,—se ha posado sobre un tallo, y ha quedado adherida al reino vegetal, por hechizo de algun maléfico gnomo. Dán impulsos de traer á aquellos parajes una colmena, para probar si la vista del hogar doméstico las hace romper el encanto que las tiene convertidas en pequeñas y mudas estátuas. Pudiérase pensar que eran las flores que lo habian exigido de Flora, para dar á las abejas este castigo, semejante al que recibió la muger de Lot; si tuese dable atribuir á las flores deseos de venganza ni resentimiento porque gozasen otros de la miel de su corazon. Pero no lo es; ellas que espenden con profusion y entregan al inconstante aire su perfume con loca prodigalidad,—porque saben que tienen para dar y que les quede,—no pueden ser avaras. Es esta flor la singularidad mas peregrina que hemos visto. Tiene además la de ser inculтивable; todos los ensayos que se han hecho con este fin han sido infructuosos, lo que nos confirma en nuestro primer aserto de que este fenómeno es un hechizo del maligno gnomo de aquel rojo arenal.

La naturaleza, no contenta con estasiarnos con sus obras maestras, se complace á veces con admirarnos, ya con sus encantadores caprichos, ya con misterios llenos de alto sentido. ¡ De cuántos modos

nos llama Dios á adorarle con sus obras! Oid el himno que entonan todos esos susurros, todos esos sonidos que no comprendemos, y que en diferentes tonos, ya graves, ya alegres, ya dulces, ya austeros, difunden el aire, el agua, el fuego, las plantas, todo lo que creemos inanimado. Oid atentos y os convencereis de que dicen: ¡venite adoremus!

Aquel pinar era el sitio en que indefectiblemente paseaba el cura todas las tardes.

Aquella á la que habia precedido su conversacion con Vármén, salió como de costumbre tenia.

Cuando se hubo internado en el pinar, vió de repente salir de entre la enramada el guarda que traia su escopeta, el cual, parándose á corta distancia, se la echó á la cara, clavando en él sus ardientes y amenazadores ojos.

El cura se paró igualmente, pero con ánimo tan sereno, que al mirar al que le amenazaba, su rostro solo espresaba la mas completa calma y la mas pura dignidad. Un rato se estuvieron viendo fijamente ambos; inmóviles y en silencio: lentamente se inclinó hacia tierra la direccion de la escopeta del guarda, que en seguida bajó sus ojos, y despues de un momento de indecision, dijo en honda voz:

—¡Vaya V. con Dios, padre! y desapareció bruscamente en la espesura.

—¡Dios bendiga tu primer paso en la senda del bien, hijo!—repuso en recia y conmovida voz el cura,—y salve tu alma, que pierdes entregándola á tus malas pasiones!

Si esta bendicion llevó su fruto, se ignora; pues nunca se volvió á saber de aquel á quien fué aplicada.

NOTA. Este sucedido, tan pequeña cosa en el hecho, y tan grande en su significacion, fué comunicado con la mas sincera sencillez al que lo refiere, por el mismo cura que en él actúa, que lo relatamos solo para probar, que el hombre no cumple tan facilmente como lo concibe un mal propósito; y sin hacer valer que al digno apóstol de la palabra de Dios, al firme sostenedor de las virtudes evangélicas, le respeta el hombre, por perverso que sea, si no ha renegado del bautismo que le hizo cristiano.

FIN.

EL DOLOR ES UNA AGONIA SIN MUERTE.

CUADRO DE COSTUMBRES

POR

EERNAN CABALLERO.

EL DISEÑO ES DE LA ACADIA DE BELLAS ARTES

LABOR DE COSTURAS

FERNAN CABALLERO

EL DOLOR ES UNA AGONIA SIN MUERTE.

¡Amor de madre!
Que lo demás es aire.
(REFRAN POPULAR.)

I.

Utrera es un pueblo grande, situado en un llano, como una torta blanca en una batéa verde. Atraviésalo la carretera real, casi abandonada desde que la ágil navegacion por vapor ha animado el Bétis. Hoy, es, pues, un camino descuidado y solitario, regado por la sangre y sudor del pobre ganado que revientan en la incesante y violenta carrera impuesta á los correos, ó bien que matan á palos para sacar de los atascos á las pesadas diligencias y galeras, á las que, en lugar de poner en franquía tirando de ellas hácia atrás, como sucede en otros paises, hunden mas y mas en los lodazales, haciendo á los infelices animales arrastrar esas pesadas moles hácia adelante.

¡Qué crueldad! Quien en invierno viaja, y vé en los caminos tendidos los cadáveres de los míseros animales, muertos en este martirio cruel, se pregunta si viaja en un pais civilizado. El beduino ama al animal que le sirve, y lo hospeda bajo su mismo techo. Este modo atroz de tratar á los animales debe ser perjudicial á los intereses de las empresas; pero en este particular pueden aquí aun mas la desidia y la dureza que el interés.

Todo el mundo se lamenta de estas y otras atrocidades, de que son víctimas los animales. En cuanto á nosotros, nos hemos propuesto no hablar de ellos entre gentes, porque si lo hacemos, cada persona de las presentes se apresura á referirnos hechos de que ha sido testigo, á cual mas conmovedores é irritantes, hasta acongojar amargamente nuestra alma. No hay animal que exista inmediato al hombre, cuya vida no sea, con pocas escepciones, un continuo martirio. ¿Y es posible que haya ánimo al que esta idea no atormente? ¿Es posible que no se trate de algun modo de poner remedio á una cosa tan unánime-

mente reprobada? ¿Es posible que tan sibaritas nos vayamos haciendo, en cuanto pertenece á los sentidos y al exterior, y tan grosero indiferentismo tengamos en una cosa que directamente toca á los sentimientos, á la delicadeza y á la cultura interna?

Pero nos hemos alejado de nuestro asunto; volvamos á él. Sabemos que hemos prometido un cuadro de costumbres, y no un alegato en favor de los martirizados animales. Cumplamos, pues, lo ofrecido.

El dia en que empieza este sencillo, pero verídico relato, lo era en Utrera de sorteo. Los mozos que habian caido soldados, despues de haber ahogado su pesar en algunas cañas de vino, paseaban las calles cantando estas y parecidas coplas:

Yo ya no quiero apurarme;
 Apúrese quien quisiere,
 Porque he oido decir.
 Que el que se apura, se muere.
 Ya se van los buenos mozos,
 Ya se van los escogidos.
 Y se quedan las muchachas
 Con los que el rey no ha querido.
 Me voy á servir al rey,
 Y en dejando de servir,
 Yo tomaré mi licencia,
 Y vendré á servirte á tí.
 Adios, mi padre y mi madre,
 Adios, novia, si la tengo,
 Que voy á pagarle al rey
 Seis añitos que le debo.
 Me despido de mi madre,
 Me despido con dolor,
 Que en mi madre tengo puesto
 Todito mi corazon.

Ser hombre y ser jóven, son dos poderosos antídotos contra el dolor, ó al menos contra sus demostraciones, que llama el orgullo masculino *flaquezas*.

Pero de ambos antídotos carecia la madre del mas gallardo y mas aventajado de los quintos. Jamás la violencia del dolor se demostró de una manera mas enérgica y mas lastimera que en aquella madre, aun mas que desolada, desesperada.

En vano se afanaban por consolarla su buen marido y sus compasivas vecinas. Sus consuelos eran ineficaces á calmar aquel acerbo dolor, como lo son para dulcificar la amargura del mar las dulces gotas de agua que en él derraman las nubes.

—¡El solo que de mis cinco hijos quedaba!—gemía la infeliz,—mi consuelo, mi gloria, mi alma y mi vida! ¡Un hijo que en su vida me ha dado un sentir! ¡Tan bueno, tan hermoso, tan trabajador, tan madrero! ¡Ay mi Sebastian! me le arrancan, y con él, el alma!

—Consolacion, le dijo su marido, Dios lo ha dispuesto, y no hay sino resignarse á su voluntad. ¿Qué adelantarás con quitarte la vida? El que no le vuelvas á ver cuando haya roto la casaca (1).

—¡No volveré á verle! gimió en honda y apagada voz la pobre madre.

—¡Muger, no digas eso! exclamó una de las vecinas. ¿No fué tambien tu Juan á servir al rey, y le estuviste aguardando hasta que cumplió, y volvió sano y salvo á casarse?

—¡Mi Sebastian no volverá, repitió la madre; hay guerra por allá arriba. ¡Españoles contra españoles! ¡qué dolor!... ¡Y allí me le matarán!

—¡Calla, muger, calla, muger! que no parece sino que le estás abriendo la puerta á la desdicha, opinó la vecina. ¿Con qué razon, ni con qué motivo te atreves á asegurar lo que Dios tiene oculto?

—Me lo dice éste, respondió la afligida madre apoyando sus encrespadas manos sobre su corazon; la bala que le ha de matar, la tengo yo aquí en el pecho. ¡Ay, hijo de mis entrañas! ¿Quién te curará? ¿Quién te asistirá? Se acordará de mí, de la madre que le parió.... ¡y yo estaré lejos! ¡Ay, qué amargo desconsuelo! ¡Ay, quién muriera por tí, hijo de toda mi alma! Pero no, no moriré, que EL DOLOR ES UNA AGONIA SIN MUERTE! Y la infeliz dió un gemido y cayó exánime en los brazos de los que la rodeaban.

II.

Habia pasado mas de un año.

—¡Cuál está Consolacion!—decía una de sus vecinas á otra,—no parece sino que le ha caida la helada. Ni habla ni paula: se vá quedando seca como un esparto; sus lágrimas la consumen.

—Como que está pasando el Japon con la ida de su hijo y con no saber de él. No hay quien la saque de las mientes que le han matado, repuso su interlocutora. ¡Pobrecilla! me parte el alma con su pena! No quiero ver lástimas que no pueda remediar.

—Mira tú, dijo la primera: el hijo de Micaela que es un perdido, un holgazan, un pendenciero, al que le vendria la casaca de molde, como el freno á potro resabiado, tres veces ha metido la mano en

(1) Cumplir su tiempo de serviolo.

cántaro, y tres veces ha salido libre, para tormento de su madre.

—Eso es, repuso la otra, porque á madera que ha de servir para cruz, no le entra polilla. Tiene una suerte ese truhan, que si se embarcase y se perdiese la embarcacion en medio del mar, habia de salir él á la orilla con un pez en la mano. La suerte es como las mugeres locas; le gustan los calaverones. Pero ¿no hay forma de traer á esa infeliz Consuelo á la razon? ¿No vé que se está matando, lo cual es ofender á Dios?

—No; porque á eso responde, que el sentir no mata, y que el dolor es una agonía sin muerte.

Pasaron por entonces por Utrera unos soldados licenciados que se volvian á sus respectivos pueblos, y pararon en un meson que estaba inmediato á la casa de Juan Moreno.

Era una noche de verano suave y serena; no hacia luna; pero las estrellas se esmeraban en suplir su falta, esparciendo la luz del sol que reflejaban, cual si fuesen brillantes.

La perenne agitacion terrestre hacia pausa; todo dormia en la naturaleza, hasta el viento, ese impalpable azogue, ese agitador constante de lo inerte, ese perfecto modelo del movimiento perpétuo, esa fuerza motriz que creó el Omnipotente para sus altos fines, y á la que no puso límites como al mar, ni mas freno que su mandato. Podfíase comparar aquella noche de verano tan tranquila, tan callada y tan serena, á una buena conciencia, la que por término espera un claro dia, en contraposicion de una de aquellas tempestuosas noches de invierno, en que brama el viento, haciendo á todo estremecerse: lloran á torrentes las nubes, brama amenazas desconocidas el mar, esperando por término fatal un dia que alumbrará ocultos horrores: tal cual sucede á una mala conciencia.

Todos dormian en casa de Juan Moreno, menos su pobre muger, que desvelada con su incesante pena, estaba sentada ante su abierta ventana.

Tambien los soldados licenciados estaban despiertos y sentados á la puerta del meson. Uno de ellos se puso á cantar en una tonada triste y monótona uno de esos cantos que compone el pueblo sobre los trágicos eventos que mas le conmueven, que llaman los franceses *complaintes*, y de las que suelen ser objeto los reos de muerte afamados, ó bien cualquier desventura popular. Hé aquí la letra de este canto que la pobre madre escuchaba maquinalmente.

¡Marchén columnas al frente,
 Marchen con la division!—
 Y marchando como iba
 Al enemigo encontró,
 Y le hizo resistencia
 Mas esta no le valió.
 Y despues de la batalla
 A Villaverde llamó
 El general, y le manda
 Que le entregue los estados
 De los heridos y muertos
 Que quedaron en Bilbao.
 Cuatro mil hombres han muerto,
 Y otros tantos por curar;
 Y diciendo estas razones
 Oyen á un hombre quejar.
 El general al oirlo
 Volvió su caballo atrás,
 Y llegándose al herido
 Le ha tocado con la *espá* (1)
 Y levanta su cabeza:
 —No puedo, mi general,
 Que tengo cuatro balazos,
 Y otras tantas *cuchillás*,
 Que toditas son de muerte,
 Y ninguna es de curar.
 Manda de que al cirujano
 Se lo vayan á llamar.
 El cirujano responde:
 —¡Para cura es tarde ya!
 Me lo meten en un carro,
 Camino de Bilbao vá:
 Con la sangre de su cuerpo
 La tierra queda *regá*.
 En medio del arrecife
 Allí dijo la verdad:
 —Compañeritos del alma,
 Soy de Utrera natural,
 Decidle á mi padre y madre,
 Si alguna vez vais allá,
 Que recen un padre nuestro
 Por su hijo Sebastian,
 Que en el campo de batalla
 Queda su sangre *regá*:
 ¡Que ha muerto como cristiano,
 Solito en un hospital!
 ¡MADRE MIA DEL CONSUELO.

(1) Es preciso pronunciar estas palabras al modo popular andaluz, suprimiendo la d.

Que estais en los olivares (1),
 Amparad mi corazon
 Que está lleno de pesares!
 A todos los santos llamo
 Que me vengan á asistir;
 ¡Dadme, Jesus, buena muerte,
 Que sé que voy á morir!

Un grito que no parecia poder ser lanzado por garganta humana, partió el silencio de la noche, como parte un rayo su oscuridad. Los soldados callaron sobrecogidos; pero nada se volvió á oír. Y entonces repitieron en coro:

¡Dadle, Jesus, buena muerte,
 Que sabe que vá á morir!

A la madrugada, cuando Juan Moreno se levantó, halló tendida al pié de la ventana á su muger, sin sentido, inflexibles y yertos sus miembros, cual los de un abandonado cadáver.

III.

Consolacion lo habia dicho y lo probaba: EL DOLOR ES UNA AGONIA SIN MUERTE. Muerto sí su corazon, paralizada su mente, era inmóvil lámpara que perenne ardia ante la desconocida tumba de su hijo. Su vida,—si es que el estado en que se encontraba, se puede llamar vivir,—era una absorbente idea fija, que la hacia insensible á cuanto la rodeaba, apartándola de la vida comun y activa, cual si ya no perteneciese á su círculo.

—¡Cómo está Consolacion!—dijo un dia la buena vecina al marido de aquella.

—¡No parece ni su prógimo!

—Es preciso que la lleve V. á Sevilla, á que la vea un médico de los de fama, por ver si le halla alivio á su estado, antes que tenga usted que llevarla para encerrarla en San Márcos (2).

—Ya he querido llevarla y no quiere ir, contestó Juan Moreno con abatimiento.

—Pues ha de ir que quiera que no, repuso la vecina. Yo tengo que ir allá la semana que viene, y me la llevo, aunque sea arrastrando por los cabellos.

—¡Y bastante que lo agradeceré yo! dijo suspirando el marido.— Pero hasta que lo vea, no lo he de creer ¿Quién hace andar á un reloj si le falta la cuerda?

(1) La Virgen de Consolacion de Utrera tiene su capilla en un olivar.

(2) Hospital de dementes en Sevilla.

Como las mugeres son perseverantes, y como la perseverancia es en el mundo moral lo que la palanca de Arquímedes en el físico si halla su punto de apoyo en la voluntad femenina, en la semana que siguió á la referida conferencia, caminaba la buena vecina en su burro hácia Sevilla, seguida de otra caballería, sobre la que, muda é inerte, iba montada Consolacion.

Llegado que hubieron las viajeras en casa de un médico de fama, la vecina le hizo una exacta pintura del estado en que se encontraba su pobre compañera, que vagaba cual una nube separada del suelo, sin descanso, sin alimento, sin direccion, y preñada solo de lágrimas.

Despues de haberla oido, y de haber examinado á la doliente, dijo el facultativo:

—Señora, con nutrir de esta suerte vuestra pena dais lugar á una pasion de ánimo que os costará la vida.

Consolacion meneó la cabeza y repitió su constante aserto:

—No señor, no. ¡EL DOLOR ES UNA AGONIA SIN MUERTE!

—Debeis hacer por salir de esa agonía, repuso el médico; distraeros, llevar una vida activa que haga funcionar vuestros órganos. Así os nutrireis, y recobrareis el sueño y las fuerzas.

—¡Empezad por quitarle su actividad á mi pena! Si esto lograis, podré seguir vuestro consejo, contestó Consolacion.

—¿Sois la primera madre á la que se le muere un hijo? repuso el médico.

—¿Y creeis vos que el haber otras disminuya mi sentir?

—Tomad de ellas, al menos, ejemplo de resignacion, repuso el facultativo.

—¡Dios mio! exclamó angustiada la pobre madre. ¡Dios mio! dejadme por caridad mi pena, que es lo único que me queda del hijo de mi alma, que murió solo en un hospital; sin saber yo ni dónde está enterrado aquel hijo, que al morir, solo pidió á sus padres un padre nuestro!....

Los sollozos ahogaron su voz.

—No pidais á la medicina remedio para estos males. Pedídselo á Dios,—dijo el medico compadecido, á la vecina.

Ambas mugeres salieron; y teniendo la amiga de Consolacion que hablar con un sugeto que vivia en San Lorenzo, se encaminaron hácia aquel barrio.

Al pasar por delante de la iglesia de San Miguel, frente al cuartel

de artillería, la vecina, que caminaba delante, vió destacarse de entre los que formaban la guardia, á un arrogante y bien portado soldado de artillería, que atravesó la calle, y se dirigia hácia ellas.

—Apenas lo hubo fijado, cuando exclamó:

—¡María Santísima!... Consolacion, ¡tu hijo!

Consolacion, que había visto igualmente al soldado, estaba mas pálida que nunca, muda é inmóvil; sus espantados ojos se salian de sus órbitas; su respiracion estaba parada, y sus entreabiertos lábios convulsos.

—¡Madre! exclamó el soldado arrojándose con los brazos abiertos hácia ella.

Consolacion cayó en ellos sin proferir palabra, sin hacer una exclamacion, é inclinó su cabeza sobre el pecho de su hijo.

—¡Sebastian! gritó con alborozo la vecina, ¿por qué no has avisado tu llegada?

—¡Si llegué ayer! contestó el soldado.

—Tus padres te creian muerto en el sitio de Bilbao.

—Poco le faltó, contestó el artillero; hasta en la lista de los muertos me pusieron.

—¡Ay Sebastian, qué de lágrimas ha derramado tu madre!

—Pues ya no derramará mas, —repuso el artillero, haciendo por incorporar á la que abrazada tenia. —Ya cumplo pronto, madre; y me vais á tener cosido á vuestras faldas mientras viva.

Pero Consolacion no se movia.

—¡Madre! ¡madre! dijo Sebastian incorporándola con fuerza. La cabeza de su madre cayó hácia atrás cuando le faltó el punto de apoyo que le prestaba el pecho de su hijo.

—¡Ha muerto! ¡ha muerto!

Esta frase fué repetida de boca en boca en el círculo de curiosos, que la referida escena había reunido en aquel concarrido paraje.

—¡Dios me valga!... ¡que espiró! gritó desolada y sosteniendo el cadáver la buena vecina. —¡Dios mio! ¡un instante de gozo ha podido lo que no pudieron seis años de nunca visto padecer! ¡Bien lo decia ella! EL DOLOR ES UNA AGONIA SIN MUERTE.

FIN.

